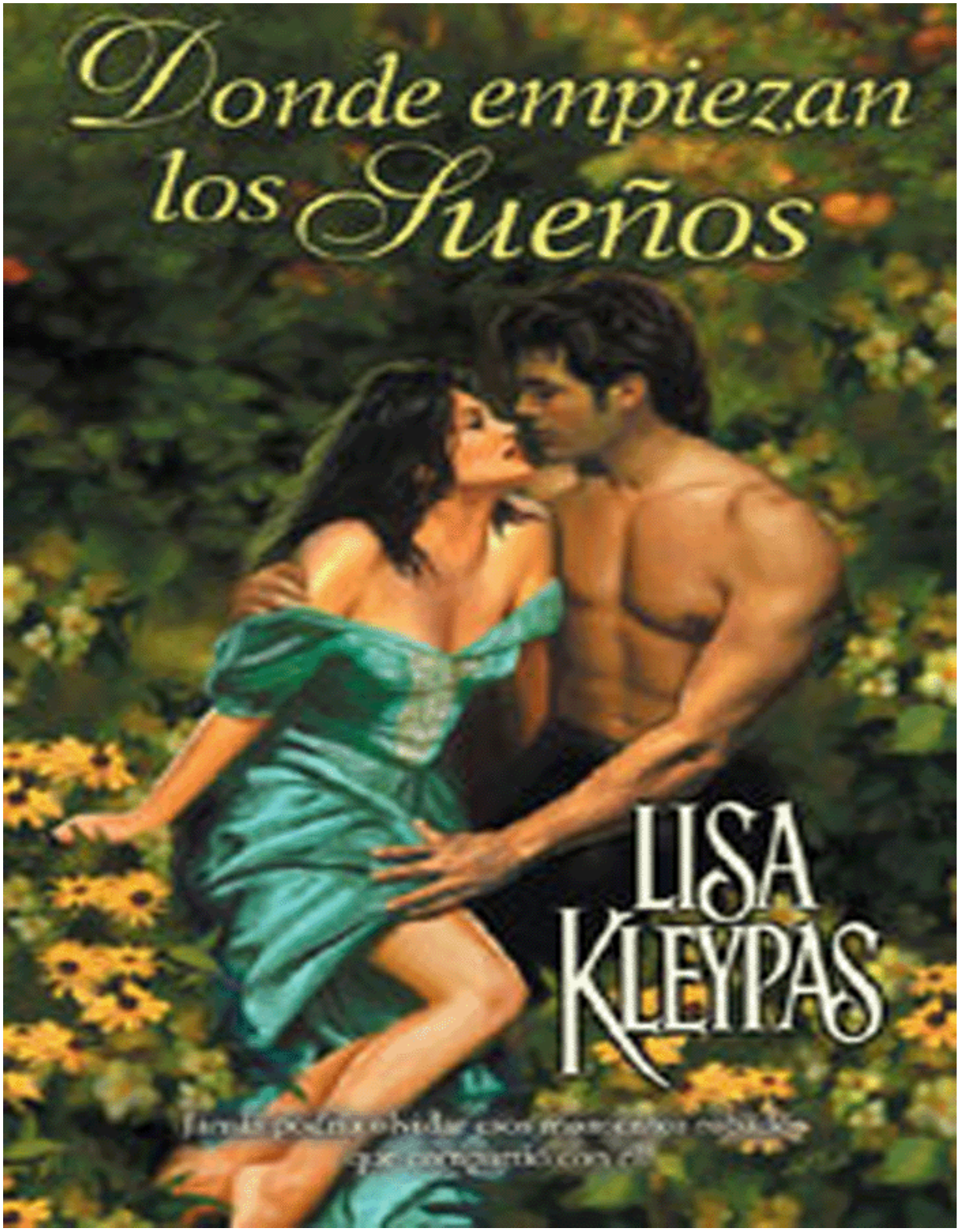
Lysa Kleypas

DONDE EMPIEZAN LOS SUEÑOS



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Londres, 1830

Tenía que escapar.

El rumor de la sofisticada charla, el brillo de las arañas de cristal, que salpicaban de cera caliente a los que bailaban en el salón, y la profusión de olores que anunciaba la inminencia de una suculenta cena resultaban agobiantes a lady Holly Taylor.

Había sido un error asistir a un acto social tan poco tiempo después de la muerte de George. Naturalmente, la mayoría de la gente no consideraría que tres años fueran poco tiempo. Holly había mantenido el luto riguroso durante un año y un día, apenas aventurándose fuera de casa, salvo para pasear por el jardín con su hijita Rose. Se había vestido de negro, y cubierto el cabello y el rostro con velos que simbolizaban la separación de su esposo y del mundo invisible. Había tomado la mayor parte de sus comidas sola, cubierto todos los espejos de la casa con crespón negro y escrito cartas en papel con orla negra, para que toda relación con el mundo exterior llevara el sello de su dolor.

Durante el segundo año, había seguido vistiendo de negro, pero se había deshecho del velo protector. Luego, durante el tercer año, Holly había pasado al medio luto, lo que le había permitido llevar gris o malva, y participar en actividades femeninas reducidas y discretas, como reuniones de té con familiares o con buenas amigas.

Una vez finalizadas todas las etapas del luto, Holly había dejado ci refugio oscuro y reconfortante del período de duelo para introducirse en un esplendoroso mundo social, que se le había vuelto terriblemente extraño. Cierto, las caras y el ambiente eran exactamente como los recordaba... salvo que George ya no estaba con ella. Le parecía que su soledad llamaba la atención, le incomodaba su nueva identidad de viuda de Taylor. Como todos los demás, siempre había considerado a las viudas figuras sombrías dignas de lástima, mujeres que iban envueltas en un trágico manto invisible, independientemente de como se vistieran. En estos momentos comprendía por qué tantas viudas que asistían a actos como aquél parecían querer estar en alguna otra parte. Los conocidos la abordaban expresándole su condolencia, le ofrecían una copa de ponche o unas palabras de consuelo, y se marchaban disimulando su alivio, como si hubieran cumplido con un deber social y por fin fueran libres para disfrutar del baile. La propia Holly había actuado así con otras viudas en el pasado, deseando ser amable, pero sin querer que la desolación que se les reflejaba en los ojos la afectara.

Curiosamente, Holly no había imaginado que pudiera sentirse aislada entre tanta gente. El espacio vacío que había a su lado, donde debería haber estado George, le parecía dolorosamente tangible. De forma inesperada, sintió algo semejante a la vergüenza, como si hubiera irrumpido en un lugar al que no pertenecía. Ella era la mitad de algo que en un tiempo había estado completo. Su presencia en el baile sólo le servía para recordarle la pérdida de un hombre profundamente amado.

Notaba la cara tensa y fría mientras se dirigía sin apartarse de la pared hacia la puerta del salón. La dulce melodía que tocaban los músicos no la había conseguido animar, al contrario de lo que sus amigas le habían sugerido de buena fe... más bien parecía que la música sólo se reía de ella.

Hubo un tiempo en el que Holly habría bailado tan despreocupada y dispuesta como las jóvenes presentes aquella noche, con la sensación de que volaba en brazos de George. Estaban hechos el uno para el otro, y eso había suscitado comentarios y sonrisas de admiración. Ella y George tenían un físico similar. La diminuta estatura de Holly armonizaba con la talla mediana de él. Aunque George no era alto, estaba en muy buena forma y era muy apuesto, con el

cabello castaño dorado, unos ojos azules muy vivos y una sonrisa deslumbrante siempre a punto de asomar. Le encantaba reír, bailar, hablar. Ningún baile, fiesta o cena había estado jamás completo sin él.

«Oh, George. -Holly notó que los ojos le escocían-. Qué afortunada fui al tenerte. Qué afortunados fuimos todos. Pero ¿cómo voy a seguir adelante sin ti?»

Con buena intención, sus amigos le habían insistido para que asistiera al baile aquella noche, con el deseo de que marcara el inicio de sus días de libertad, dejando atrás los agobiantes rituales del luto. Pero no estaba preparada... aquella noche no... tal vez nunca.

Recorrió la multitud con la mirada, y localizó a varios miembros de la familia de George, que conversaban y comían exquisiteces en platos de porcelana de Sevres. El hermano mayor, William, lord Taylor, estaba acompañando a su esposa al salón, donde iba a bailarse una cuadrilla. Lord y lady Taylor hacían una buena pareja, pero su cálido afecto no podía compararse con el genuino amor que ella y George se habían profesado. Parecía que todos los miembros de la familia de George, los padres, los hermanos y sus esposas, habían logrado superar su muerte. Lo bastante al menos como para poder asistir a un baile, reír, comer y beber, y permitirse olvidar que el miembro más querido de la familia estaba prematuramente bajo tierra. Holly no los culpaba por ser capaces de seguir adelante, una vez que George no estaba. De hecho, los envidiaba. Qué maravilloso seria despojarsedel invisible manto de dolor que la envolvía como un sudario. Si no fuera por su hija Rose, no tendría ni un momento de respiro del dolor constante de su pérdida.

-Holland -murmuró alguien cerca de ella, y Holly se volvió para ver al hermano pequeño de George, Thomas. Aunque Thomas tenía las facciones atractivas, los ojos azules y el pelo veteado de ámbar que compartían todos los hombres de la familia Taylor, carecía de la chispa, la sonrisa deslumbrante, la calidez y la confianza que habían hecho de George una persona tan irresistible. Thomas era una versión más alta y sombría de su carismático hermano. Había prestado a Holly un respaldo incondicional desde que la fiebre tifoidea se había llevado a George.

-Thomas -exclamó Holly, obligándose a sonreír-. ¿Te estás divirtiendo?

-No especialmente -respondió él. Holly viola compasión reflejada en sus profundos ojos azules-. Pero creo que lo soporto mejor que tú, querida. Estás pálida, como si te estuviera empezando otra de tus migrañas.

-Así es -admitió Holly, percatándose entonces del insistente dolor en las sienes y la nuca, aquellos latidos que le advertían de que el malestar iría en aumento. Jamás había tenido migrañas hasta la muerte de George, pero habían comenzado después del funeral. Aquellos dolores de cabeza tan fuertes aparecían de improviso y a menudo la obligaban a guardar cama durante dos o tres días.

-¿Te acompaño a casa? -le preguntó Thomas-. Estoy seguro de que a Olinda no le importará.

-No -se apresuró a decir Holly-. Debes quedarte aquí y disfrutar del baile con tu esposa, Thomas. Soy perfectamente capaz de regresar a casa sin compañía. De hecho, lo preferiría.

-Está bien. -Thomas le sonrió, y su parecido con George no hizo más que encogerle el corazón e intensificar los latidos en la sienes-. Al menos, permíteme que llame al carruaje de la familia.

-Gracias -respondió Holly agradecida-. ¿Espero en el recibidor?

Thomas negó con la cabeza.

-Me temo que afuera hay tantos vehículos que el nuestro puede tardar varios minutos en llegar a la entrada. Entretanto, hay varios sitios tranquilos donde puedes esperar. Si no recuerdo mal, hay un saloncito que da a un invernáculo privado. Lo encontrarás pasado el recibidor, por el pasillo a la izquierda de las escaleras de caracol.

-Thomas -murmuró Holly, tocándole suavemente la manga y consiguiendo esbozar una leve sonrisa-. ¿Qué haría yo sin ti?

-No tendrás que averiguarlo jamás -respondió él solemnemente-. No hay nada que yo no hiciera por la esposa de George. El resto de la familia siente igual. Nos ocuparemos de ti y de Rose. Siempre.

Holly sabía que esas palabras deberían ser un consuelo. No obstante, no podía quitarse de la cabeza que, en realidad, era una carga para la familia de George. La pensión que le había quedado tras la muerte de su esposo era casi nula, lo cual la había obligado a vender la elegante casa de columnas blancas en la que habían vivido. Estaba agradecida a los Taylor por lo generosos que habían sido al cederle dos habitaciones en la residencia familiar. Había visto la forma en que algunas familias se deshacían de las viudas, dándolas de lado u obligándolas a casarse por segunda vez. En lugar de ello, los Taylor la trataban como una invitada a la que querían e, incluso más, como a un monumento vivo a la memoria de George.

Holly prosiguió su camino pegada a la pared del salón hasta golpearse bruscamente ci omóplato izquierdo con el duro marco dorado de la puerta, decorado con molduras. Ofuscada, salió a toda prisa al recibidor, con forma de ojo de cerradura, por donde se entraba a la mansión, propiedad de lord Bellemont, conde de Warwick. Aquella residencia urbana estaba diseñada para celebraciones en las que se urdían estrategias políticas, se concertaban matrimonios y se intercambiaban fortunas. Lady Bellemont poseía una reputación~ bien merecida, de experta anfttriona; siempre invitaba a sus bailes y veladas a la combinación perfecta de aristócratas, políticos y artistas famosos. Los Taylor la apreciaban y confiaban en ella, y les había parecido oportuno que Holly reanudara su vida social asistiendo al baile que inauguraba la temporada.

El espacio circular del recibidor estaba flanqueado por dos inmensas escaleras curvas. Convenientemente situadas en la planta baja, las habitaciones principales de la mansión se ramificaban en grupos de saloncitos y zonas de visita que daban a invernáculos o a pequeños jardines pavimentados. Quien deseara tener una pequeña reunión privada o una cita romántica podía hallar un lugar apartado sin ninguna dificultad.

Holly empezó a respirar mejor a medida que se alejaba del concurrido salón, de camino al saloncito que Thomas le había sugerido. La falda del vestido de noche, hecho de seda cordada y de un tono azul tan oscuro que parecía negro, crujía pesadamente a cada paso que daba. El vestido llevaba un relleno de seda y crespón en el dobladillo de la falda, para darle la caída que dictaba la moda del momento, tan distinta a las livianas faldas de los vestidos que se habían llevado antes de que George muriera.

La puerta del saloncito estaba entornada y la habitación sumida en la oscuridad. Sin embargo, por las ventanas se filtraba una luz glaciar que iluminaba lo suficiente para que Holly pudiera ver sin necesidad de encender una vela. Un par de sillones franceses rinconeros y una mesita ocupaban una esquina, cerca de ellos había unos cuantos instrumentos musicales apoyados en soportes de caoba. Cortinas de terciopelo cubrían las ventanas y la repisa de la chimenea. La gruesa alfombra, con un dibujo de medallones florales, amortiguaba sus pasos.

Después de entrar en aquel recinto tranquilo y umbrío, Holly cerró la puerta~ se puso una mano en la ceñida cintura del vestido y suspiró largamente.

-Gracias a Dios -susurró, inmensamente aliviada de estar sola. Qué extraño... Se había acostumbrado tanto a la soledad que se encontrabaincómoda entre mucha gente. Hubo un tiempo en el que le gustaba hacer vida social y divertirse, y en el que se encontraba a gusto en cualquier situación... pero eso se lo debía a George. Ser su esposa le había otorgado la confianza que en esos momentos tanto le faltaba.

Mientras avanzaban a oscuras, notó una corriente de aire frío y se estremeció. Aunque el escote redondo del vestido era bastante discreto y prácticamente le cubría las clavículas, llevaba la garganta ylos hombros al descubierto. Intentando averiguar de dónde provenía la corriente de aire, Holly se fijó en que el saloncito se abría a un invernáculo que conectaba con los jardines exteriores, y en que habían dejado las cristaleras abiertas. Fue a cerrarlas, pero tuvo una extraña sensación y se quedó quieta, con la mano en el frío pomo de bronce. Al mi-

rar por los esmerilados cristales el corazón comenzó a latirle más deprisa, hasta hacerle vibrar todas las extremidades del cuerpo.

Tuvo la sensación de hallarse al borde de un precipicio, a punto de saltar al vacío. Un fuerte impulso de refugiarse en el saloncito, de regresar incluso al salón atestado de gente se apoderó de ella. En lugar de retirarse, siguió aferrada al pomo hasta que la mano empezó a sudarle. La noche la atraía, alejándola de lo seguro yio conocido.

Con un ligero estremecimiento, Holly intentó reírse de su propia estupidez. Avanzó un paso, con la intención de aspirar aquel aire revitalizante. De repente, apareció ante ella una figura inmensa.., la imponente silueta de un hombre. Holly se quedó petrificada. Soltó el pomo como si la mano se le hubiera quedado sin vida, y el sobresalto le produjo un hormigueo en todo el cuerpo. Quizá fuera Thomas para informarle de que el carruaje ya estaba listo. Pero aquel individuo era demasiado alto, demasiado corpulento, para ser su cuñado, o ningún otro hombre que conociera.

Antes de que Holly pudiera articular palabra, el desconocido pasó el brazo por las cristaleras entreabiertas y tiró de ella. Sofocando un grito, Holly no tuvo más remedio que salir al invernáculo sumido en las sombras. El individuo la atrajo hacia sí, y ella se quedó rígida en sus brazos, incapaz de resistirse. Era tan fuerte que Holly se sintió como un gatito indefenso en sus inmensas manos.

-Espere -exclamó Holly perpleja. El cuerpo del desconocido era tan duro que parecía de acero. La chaqueta era suave al tacto cuando Holly la tocó con manos sudorosas. La nariz se le impregnó de uñ olor a lino almidonado, tabaco, coñac y una mezcla profundamente masculina que, en cierto modo, le recordó el olor de George. Hacía tanto tiempo que no la abrazaban así. En los tres últimos años no había acudido a ningún hombre en busca de consuelo, no había querido que ningún abrazo empañara el recuerdo de la última vez que su esposo la tuvo en sus brazos.

Sin embargo, en esta ocasión no había podido elegir. Mientras intentaba balbucear una protesta y se rebullía contra el sólido cuerpo del desconocido, él inclinó la cabeza y le murmuró al oído.

Su voz la dejó estupefacta. Oyó un grave ronroneo, como la voz de Hades, el dios de los infiernos, cuando arrastró a Perséfone al reino de las sombras.

-Se lo ha tomado con calma, señora mía.

Holly se dio cuenta de que él la había confundido con otra. Sin saberlo, había irrumpido en una cita romántica.

-Pero, yo... yo no soy...

Holly no pudo terminar la frase porque él la besó. Se tensó alarmada, asombrada, horrorizada e inmensamente furiosa. ~l le había arrebatado el último beso de George... pero una sensación inesperada extinguió aquel pensamiento. Su boca era tan ardiente, tan apremiante y exigente, que Holly tuvo que separar los labios. Jamás la habían besado así. La boca del desconocido le transmitía un deseo tan inflamado que ella languideció ante tanto ardor. Volvió la cabeza para eludirlo, pero él siguió el movimiento y adoptó una posición que los acercaba todavía más. El corazón de Holly había empezado a latir con un ruido ensordecedor, y un miedo instintivo se apoderó de ella.

Holly percibió el momento exacto en que el hombre se percató de que no la conocía. Notó que se quedaba inmóvil ante la sorpresa y dejaba de respirar. «Ahora la soltaría», pensó confusa. Pero, tras un largo momento de duda, la sujetó con los brazos todavía firmes pero sin estrujarla. Notó que su mano inmensa la recorría hasta rodearle la nuca desnuda.

Había sido una mujer casada; creía ser experta y mundana. Pero aquel desconocido la besaba como nadie lo había hecho jamás, invadiéndola, saboreándola con la lengua, haciéndola estremecerse y retorcerse. Su boca, suave e inflamada, sabía a coñac y a algo más... una esencia íntima que ejercía una fuerte atracción sobre ella. Al final, Holly notó que se abandonaba contra su fuerte cuerpo, aceptando la tierna intrusión de su beso, respondiendo incluso a

la exploración de su lengua con tímidos avances de la suya. Tal vez fuera lo inesperado del encuentro, o la oscuridad que los envolvía, o el hecho de que fueran dos completos desconocidos.., pero, durante unos febriles instantes, ella fue otra en sus brazos. Impulsada a tocarlo en alguna parte, en cualquier parte, se le abrazó al cuello y palpé su nuca, suave y dura, y el espeso cabello corto que se le ensortijaba ligeramente en las yemas de los dedos. Su inmensa estatura la obligó a ponerse de puntillas. Le acarició la mejilla, notando la espesa barba recién afeitada.

Aquella caricia pareció afectar intensamente al desconocido; Holly notó su respiración cálida en la mejilla y el pulso palpitándole en el cuello. Deseaba la dura y masculina textura de su cuerpo, y absorbió su olor y su sabor ávidamente hasta que se dio cuenta bruscamente de lo que estaba haciendo.

Horrorizada, se aparto sofocando un grito y, al notar la primera señal de rechazo, el desconocido la solto. Holly huyó dando traspiés y se refugio en las sombras del invernáculo. Finalmente se detuvo al abrigo de una estatua alada, apoyándose en el muro de piedra que le cerraba el paso. El la siguió, aunque no hizo ademán de volver a abrazarla, deteniéndose a tan corta distancia que Holly casi pudo sentir el calor animal de su cuerpo.

-Oh -susurro Holly con un temblor en la voz, protegiéndose con los brazos, como si pudiera contener las sensaciones que seguía notando en todos los poros de su piel-. Oh.

Estaba demasiado oscuro para que pudieran verse la cara, pero la voluminosa silueta del hombre se perfilaba bajo la luz trémula de la luna. Llevaba traje de etiqueta, debía de ser un invitado. Pero no tenía la constitución esbelta y elegante de un caballero ocioso. Poseía la formidable musculatura de hierro de un jornalero. Tenía los hombros y el pecho demasiado anchos, los muslos demasiado desarrollados. Los aristócratas carecian de una musculatura tan evidente. Preferían diferenciarse de quienes tenían que ganarse el pan con el sudor de la frente.

Cuando el desconocido habló, Holly sintió que el tono grave de su voz le enviaba placenteras vibraciones por la espina dorsal. Su acento no era el de un noble. Se dio cuenta de que provenía de clase humilde. ¿Cómo podía un hombre de esa índole asistir a un baile como aquél?

-No es usted la dama que estaba esperando. -Guardó silencio y añadió, con patente ironía, consciente de que era demasiado tarde para disculparse-. Lo siento.

Holly se esforzó por mantener la calma, aunque la traiciono el temblor de la voz.

-No pasa nada. Simplemente ha asaltado a la mujer equivocada. Estoy segura de que esto podría haberle sucedido a cualquiera que estuviera aquí a oscuras.

Holly notó que su respuesta lo había sorprendido~ que esperaba que ella se pusiera histérica. El desconocido emitió una risa apenas audible.

-Bien. Tal vez no lo siento tanto como pensaba.

Al ver que levantaba el brazo, Holly pensó que quería volver a abrazarla.

-No me toque -dijo, retirándose hasta tener la espalda contra el muro. El desconocido apoyo la mano en la piedra que había junto a la cabeza de Holly y se acercó hasta tenerla prácticamente aprisionada bajo su musculoso cuerpo.

-¿No deberíamos presentarnos?

-Desde luego que no.

-Al menos dígame esto... ¿está usted con alguien?

-¿Con alguien? -repitió Holly sin comprender retirándose hasta tener los omóplatos aplastados contra el muro.

-Casada -aclaro él-. Prometida. Comprometida con alguien.

-Oh... sí. Sí, lo estoy. -Podía ser viuda, pero estaba tan casada con el recuerdo de George como lo habla estado con él en vida. Al pensar en George, Holly se preguntó cómo había lle-

gado su vida a ser lo que era, por qué había tenido que dejarla su maravilloso y amado esposo, y por qué ella estaba allí a oscuras, con un desconocido que prácticamente la había forzado.

-Perdóneme -dijo él con amabilidad-. Tenía que verme aquí con otra persona... una dama que, evidentemente, no es capaz de mantener su palabra. Cuando la vi entrar por la puerta~ la confundí con ella.

-Quería... quería estar sola en algún sitio mientras me traían el carruaj e.

-¿Se va tan pronto? No la culpo. Estas cosas son aburridísimas.

-No tienen por qué serlo -murmuro ella, recordando cuánto había reído, bailado y coqueteado con George hasta altas horas de la madrugada-. Depende de a quién se tenga por compañero. Con la compañía ideal, una noche como ésta podría ser... mágica.

Su voz debió de transmitir la melancolía que sentía, porque el desconocido reaccionó de forma inesperada. Holly notó el ardiente roce de las yemas de sus dedos en el hombro y el cuello, subiéndole hasta la mejilla, que tomó en la palma de la mano. Debería haberse apartado, pero el placer que le produjo aquella mano cálida acunándole la cara la dejó inmovilizada.

-Es usted lo más dulce que he tocado jamás -oyó decir al desconocido en la oscuridad-. Digame quién es. Dígame cómo se llama.

Holly respiro hondo y se aparto del muro, pero no tenía escapatoria. La poderosa silueta masculina lo abarcaba todo, envolviéndola, y, sin pretenderlo, cayó directamente en sus brazos.

-Debo irme -dijo casi sin aliento-. Mi carruaje me espera.

-Que espere. Quédese conmigo. -El desconocido la abrazó, poniéndole una mano en la cintura y otra en la espalda, y Holly, muy a pesar suyo, notó un estremecimiento de placer-. ¿Tiene miedo? -preguntó él al percibir el involuntario temblor de Holly.

-N-no -Holly debería estar protestando, luchando por librarse de su abrazo, pero estar apretada contra su cuerpo, fuerte y protector, le producía un perverso placer. Se protegió con las manos, cuando todo lo que quería era abandonarse a su abrazo y recostar la cabeza en su ancho pecho. Se le escapo una risa vacilante-. Esto es una locura. Suélteme.

-Puede separarse cuando quiera.

Pero ella no se movió. Se quedaron juntos, respirando, conscientes de la fogosa pasión que sentían, mientras les llegaban algunos compases de la música que tocaban en el salón. El baile parecía estar muy lejos de allí.

Holly noto el aliento caliente del desconocido en la oreja, y los pelos se le erizaron.

-Vuelva a besarme -dijo él.

-¿Como osa pedírmelo...?

-Nadie lo sabrá.

-No lo entiende -susurro ella con un temblor en la voz-. Yo no soy así... Yo no hago estas cosas.

-Somos dos extraños en la oscuridad -le susurro él-. Jamás volveremos a estar como ahora. No, no se aparte. Haga que esta noche sea mágica.

Le rozó el lóbulo de la oreja con los labios con una suavidad inesperada.

La situación superaba a cualquier experiencia anterior de Holly. Jamás había entendido por qué las mujeres actuaban de forma imprudente en aquellos asuntos, por qué corrían riesgos y rompían sus votos para obtener un efimero placer físico, pero ahora lo sabia. Nadie le había causado una sensación tan honda en su vida. Se sentía vacía y frustrada, lo único que quería era abandonarse a su abrazo. Había sido fácil ser virtuosa mientras no había tenido tentaciones. Estaba descubriendo cuán débil realmente era su naturaleza. Intentó pensar en la imagen de George, pero, para su desesperación~ no pudo evocar su rostro. Lo único que velan sus ojos estupefactos era la noche estrellada, el brillo de la luna y la realidad palpable de un cuerpo desconocido.

Respirando trabajosamente~ volvió la cabeza, sólo un leve movimiento, pero basto para que su boca se topara con los labios ardientes del desconocido. Dios mío, aquello sí que era besar. El usó la mano para apoyarle la cabeza en su hombro, asiéndola con firmeza mientras la besaba. El tacto de su boca era exquisito mientras la poseía con besos lentos y juguetones, usando la punta de la lengua para excitarla. Ella intentó apretarse más contra él, poniéndose de puntillas para buscar refugio en su cuerpo, fuerte y masculino. El la sostuvo para que no perdiera el equilibrio, poniéndole un brazo en la espalda y el otro en las caderas. Hacia muchísimo tiempo que Holly no sentía placer físico de ningún tipo, y desde luego no aquel abandono voluptuoso.

Los besos se volvieron más profundos~ adquirieron una agresividad más sensual, y Holly los respondía desesperadamente~ mientras, por alguna razón, la fogosa pasión que sentía la hacía llorar. Notó unas lágrimas asomándole por la comisura de los ojos y resbalándole hasta la temblorosa barbilla, mientras continuaba besándolo con una especie de ansia desesperada que no podía controlar.

El desconocido le toco la mejilla con los dedos y notó que estaba húmeda. Retiró lentamente la boca, dejándole la suya húmeda y ablandada por los besos.

-Ah -susurro él, rozándole la piel húmeda con los labios-. Dulce señora... digame por qué mis besos la hacen llorar.

-Lo siento -dijo ella con un hilillo de voz-. Jamás deberia...

Se aparto de él, aliviada de que no intentara seguirla cuando salió huyendo hacia el saloncito y hacia las habitaciones principales. Parecía que sus pies no corrieran lo bastante para alejarla de la escena de cuyo recuerdo, sabía, se avergonzaría~ aunque le hiciera sentir un placer culpable durante el resto de su vida.

Lady Bellemont, una mujer bonita y vivaz de cuarenta y cinco años, se rió cuando una fuerte mano masculina la llevó del brazo hasta la ventana del salón principal. Estaba habituada a recibir la mayor deferencia de todos los hombres que conocía, a excepción de aquel, que parecía dar igual trato a las condesas que a las sirvientas. Le intrigaba que aquel varón, alto y carismático, que aparentemente ignoraba la gran barrera social que existía entre ellos, la tratara con tanta familiaridad. A pesar de la desaprobación de su esposo y amigos, o quizá precisamente por ello, había decidido brindarle su amistad. Después de todo, una mujer no debía ser nunca demasiado previsible.

-Muy bien -dijo lady Bellemont, suspirando divertida-. Muéstreme quién ha conseguido despertar tanto interés en usted.

Juntos, observaron la hilera de carruajes y el hervidero de lacayos que había fuera, mientras la música de un vals procedente del salón se colaba por la puerta de la habitación donde se hallaban. La invitada que se estaba marchando en ese momento se volvió para darle las gracias al lacayo que la había ayudado a subir al carruaje. La luz dorada le dio de lleno en la cara.

Lady Bellemont notó que el hombre que tenía a su lado contenía la respiración.

-Allí-dijo, oscureciéndosele la voz-. Aquélla. La del vestido azul oscuro. Dígame quién es.

El rostro pertenecía a lady Holland Taylor, una joven que lady Bellemont conocía bien. Curiosamente parecía que el dolor por la pérdida de su esposo, que tantos estragos solía causar en la belleza de una mujer, sólo había conseguido realzar la hermosura de lady Holland. Su figura, con cierta tendencia a engordar, se había vuelto esbelta y firme. La severidad de su peinado, con los relucientes cabellos castaños recogidos en un moño, sólo servía para resaltar la belleza poco común de sus facciones: la nariz pequeña y recta, la boca suave y carnosa, y los ojos almendrados del color del whisky escocés. Desde la muerte de su esposo, la vivacidad de su carácter había dado paso a un aire de melancolía. Tenía la perpetua expresión de estar absorta en algún sueño bello y triste. Y, después de todo lo que había perdido, ¿quién podía reprochárselo?

Los hombres se habrían arremolinado alrededor de aquella atractiva joven viuda como abejas ante una flor suculenta. No obstante, lady Holland parecía llevar un cartel invisible que proclamara: «No tocar.» Lady Bellemont había observado el comportamiento de la viuda aquella noche, preguntándose si estaba interesada en conseguir otro esposo. Pero ella no había bailado con nadie y, por lo que parecía no había hecho ningún caso a los diversos hombres que intentaron captar su atención. Era evidente que la viuda no quería otro hombre, no en ese momento, y tal vez nunca.

-Oh, mi querido amigo -murmuro lady Bellemont al hombre que tenía junto a ella-. Por una vez, vuestro gusto es impecable. Pero esa dama no es para usted.

-Está casada -afirmó él más que preguntar. Sus ojos negros estaban tan inexpresivos como la pizarra.

-No. Lady Holland es viuda.

Él miró a lady Bellemont con un interés que parecía causal, pero ella notó la tremenda fascinación que se agazapaba bajo aquella calma aparente.

-No la habia visto hasta ahora.

-No me sorprende, querido. El esposo de lady Holland pasó a mejor vida hace tres años, justo antes de que usted entrara en escena. Éste es el primer acto social al que asiste desde entonces.

Mientras el carruaje de lady Holland se ponía en marcha y se alejaba, el hombre volvió a mirar el vehículo, y no dejó de hacerlo hasta perderlo de vista. A lady Bellemont le hizo pensar en un gato mirando un pájaro que se ha encumbrado demasiado alto para que él pueda alcanzarlo. Suspiro en muestra de solidaridad, pues conocía su personalidad ambiciosa. Siempre anhelaría las cosas que no había nacido para poseer y que no podría tener jamás.

-George Taylor era todo aquello que un caballero debe ser -recalco lady Bellemont en un intento de explicar la situación-. Inteligente, apuesto y de una familia excepcional. Fue uno de los tres hijos varones del difunto vizconde Taylor.

-Taylor -repitió él, sin estar especialmente familiarizado con el nombre.

-Su cultura y su linaje son extraordinarios. George poseía el físico de la familia y más encanto del que debería corresponder a un solo hombre. Estoy segura de que todas las mujeres que lo conocían se enamoraban un poco de él... pero el adoraba a su esposa, y no lo ocultaba. Celebraron una boda impresionante que jamás podrá igualarse. Uno de los Taylor me ha confiado que, probablemente~ Holly no volverá a casarse jamás, porque cualquier relación posterior sería inferior a la que tuvo con George.

-Holly -repitió él en voz baja.

-Un apelativo cariñoso que usan la familia y los amigos íntimos.

-*Lady* Bellemont frunció levemente el entrecejo, incómoda ante el evidente interés del hombre por lady Holland-. Querido, puedo asegurarle que esta noche hay aquí muchas damas encantadoras más dispuestas. Permítame que le presente a unas cuantas que estarían encantadas de recibir *sus* atenciones...

-Cuénteme todo lo que sepa sobre lady Holland -dijo él, mirándola atentamente.

Lady Bellemont hizo un mohín y suspiré.

-*Muy* bien. Mañana puede venir a tomar el té y hablaremos...

-Ahora.

-¿En medio del baile que estoy ofreciendo? Hay un momento y un lugar para... -Se quedó callada y se echó a reír cuando vio que el hombre la arrastraba sin ceremonias a un sofá próximo-. Querido. Su virilidad me resulta encantadora, pero tal vez sea un poco excesiva...

-Todo -repitió él, y le sonrió con tal picardía que el corazón empezó a latirle más deprisa-. Por favor.

Y, de repente, lady Bellemont sintió que no había nada en el mundo que deseara más que pasarse el resto de la velada olvidando sus responsabilidades sociales y contándole todo lo que él quisiera saber.

Holly atraveso el umbral de la mansión familiar de los Taylor como un conejo que busca refugio en su madriguera. Aunque los Taylor no poseían suficiente dinero como para mantener la casa en perfecto estado, Holly adoraba todos los rincones de aquel lugar, elegante y algo decrépito. Los tapices descoloridos y las alfombras de Aubusson deshilachadas eran de una familiaridad reconfortante. Dormir bajo el vetusto techo era como hacerlo en los brazos de un abuelo querido.

Aquella casa majestuosa, con frontones y columnas en la fachada e hileras de pulcras ventanitas, era donde George había pasado su infancia. Era fácil imaginarse al niño revoltoso que debió de ser subiendo y bajando a todo correr por la escalera central, jugando en el césped de suave pendiente, durmiendo en el mismo cuarto donde en ese momento descansaba Rose, la hija de Holly.

Holly se alegraba de haber vendido la residencia donde ella y George habían yivido durante su breve y maravilloso matrimonio. Aquel lugar contenía los recuerdos más felices y más tristes de su vida. Prefería estar aquí, donde el dolor se atenuaba con imágenes agradables de la infancia de George. Había retratos suyos de cuando era niño, lugares donde había grabado su nombre en la madera, baúles de juguetes y libros llenos de polvo que debieron de entretenerlo durante horas. Su familia... su madre, sus dos hermanos y sus esposas~ por no hablar de los sirvientes que habían atendido a George desde que era un bebé, eran amables y afectuosos. Todo el cariño que un tiempo le prodigaron a George, el hijo predilecto~ se lo entregaban a ella y a Rose. Le resultaba fácil imaginarse pasando allí el resto de su vida, en el dulce mundo que los Taylor le ofrecían.

Sólo en raras ocasiones se sentía Holly asfixiada por aquella reclusión tan perfecta. A veces, mientras bordaba, la acosaban fantasías extrañas y descabelladas, que parecían escapar a su control. También había momentos en los que sentía emociones irreprimibles que no tenía forma de expresar. Quería hacer algo escandaloso, gritar en la iglesia, ir a algún sitio con un llamativo vestido rojo y bailar... o besar a un desconocido.

-Dios mio -susurro Holly en voz alta, dándose cuenta de que habla algo perverso en ella, algo que debía cerrarse bajo llave para que no aflorara jamás. Era un problema físico, la necesidad de una mujer de tener un hombre, el dilema al que se enfrentaban todas las viudas cuando ya no tenían un esposo que las visitara en la cama. Adoraba las caricias de George y siempre había esperado con expectación las noches en que iba a su habitación y se quedaba hasta el amanecer. En aquellos tres últimos años, ha bía luchado contra la necesidad inconfesable que sentía desde su muerte. No habla confiado a nadie su problema~ pues conocía bien el concepto que la sociedad tenía sobre el deseo femenino. Ni siquiera debería existir. Las mujeres debían servir de ejemplo a los hombres y usar su virtud para aplacar los bajos instintos de sus esposos. Debían someterse a ellos, pero jamás alentar su pasión y, por supuesto~ no debían dar muestra alguna de sus propios deseos físicos.

-¡Señorita! ¿Qué tal el baile? ¿Se ha divertido? ¿Ha bailado? ¿Había gente que usted recordaba?

-Bien, sí, no y mucha -respondió Holly, forzándose a sonreír cuando su doncella, Maude, salió a recibirla al umbral de su habitación. Maude era la única sirvienta que Holly había podido conservar tras la muerte de George. Los otros sirvientes habían sido contratados por los Taylor o despedidos con buenas referencias y la indemnización más elevada que Holly había podido conseguir. Maude era una atractiva mujer de unos treinta años, bastante rellena, que poseía una energía ilimitada y un buen humor perpetuo. Hasta su cabello rubio era exube-

rante, negándose a quedarse sujeto en los moños que se hacía. Trabajaba duro todos los días, primordialmente como niñera de Rose, y sirviendo también a Holly como doncella cuando era necesario.

-¿Cómo está Rose? -dijo HoIly, acercándose al brasero y extendiendo las manos para calentarse-. ¿Le ha costado dormirse?

Maude esbozó una sonrisa triste.

-Por desgracia sí. Se puso a hablar como un pajarillo sobre el baile, *y* sobre lo guapa que estaba usted con ese vestido azul. -Recogió el manto de Holly y lo doblé pulcramente sobre el brazo-. Aunque, si quiere mi opinión, sus vestidos nuevos siguen pareciendo de luto; son de unos tonos oscurísimos. Ojalá se hiciera uno de color amarillo o de ese verde claro tan bonito que llevan todas las señoras...

-Llevo tres años vistiéndome de negro y de gris -la interrumpió Holly sardónica, quedándose quieta mientras la doncella empezaba a desabrocharle los botones del vestido azul oscuro-. No puedo empezar a lucir un arco iris de colores así de repente, Maude. Hay que hacer las cosas poco a poco.

-Usted sigue llorando la muerte del pobre señor, señora. -Holly notó que el vestido se le aflojaba en los hombros-. Creo que una parte de usted quiere mostrárselo al mundo, en especial a todos los caballeros que puedan desear pretenderla.

Las mejillas de Holly adoptaron un rubor que nada tenía que ver con el calor del fuego. Afortunadamente Maude estaba detrás de ella y no se dio cuenta. Incomoda, penso que al menos existia una hombreal cual ella no habia intentado mantener a raya. De hecho, hasta lo había incitado a que la besara por segunda vez. El recuerdo de su boca seguía vívido. Él había trasformado una noche corriente en algo incierto, dulce y extraño. La había abrazado con tanta audacia, *y,* no obstante, había sido tan.., tierno. Desde el momento en que huyó de él, Holly no había podido dejar de preguntarse quién *y* cómo sería. Era posible que volviera a toparse con él sin llegar a saber que era el desconocido que la había besado.

Pero reconocería su voz. Cerrando los ojos, recordé su viril ronroneo, envolviéndola como el humo: «Dulce señora... dígame por qué mis bésos la hacen llorar.» Se tambaleo ligeramente y la voz preocupada de Maude la devolvió a la realidad.

-Debe de estar cansada, señora. Es su primer baile desde que el señor falleció... ¿Es por eso por lo que ha vuelto pronto a casa?

-En realidad, me he marchado porque empezaba a tener una de mis migrañas *y...* -Holly guardó silencio, confusa, y se froté distraídamente las sienes-. Qué raro -murmuro-. Se me ha pasado. En cuanto empiezan, en general, es imposible detenerlas.

-¿Le traigo el tónico que le dio el doctor, por si le vuelve?

Holly sacudió la cabeza, saliendo del vestido, que había caído a sus pies.

-No, gracias -respondió, aún confusa. Parecía que el episodio del invernáculo había alejado cualquier indicio de jaqueca. Qué remedio tan extraño para las migrañas, pensó con remordimiento-. No creo que vaya a tener más problemas por esta noche.

Con la ayuda de Maude, se puso un camisón blanco de batista *y* una bata con encajes que se abrochaba por delante. Tras calzarse un par de desgastadas zapatillas, Holly le dio las buenas noches a la doncella *y* subió las estrechas escaleras que conducían al cuarto de los niños. La vela que llevaba vertió su luz trémula sobre la angosta habitación rectangular.

Una silla infantil tapizada con terciopelo rosa *y* adornada con un fleco de seda se hallaba en una esquina, junto a una pequeña mesa sobre la que había un servicio de té de juguete descascarillado por el uso. Una colección de viejos frascos de perfume llenos de agua coloreada estaba cuidadosamente dispuesta en las estanterías inferiores de la librería. Había al menos media docena de muñecas diseminadas por todo el cuarto. Una estaba sentada en la silla, *y* otra montada en el baqueteado caballo de juguete que había pertenecido a George. Y Rose dormía con otra muñeca en los brazos.

Holly sonrió al acercarse a la cama, sintiendo un profundo amor al ver a su hija dormida. La carita de Rose era inocente *y* estaba serena. Sus pestañas oscuras descansaban en sus rollizas mejillas, *y* tenía la boca ligeramente abierta. Arrodillándose junto a la cama, Holly le tocó una mano, sonriendo al ver los restos de azul y verde que aún le quedaban a pesar de habérselas lavado vigorosamente. A Rose le encantaba pintar *y* dibujar, y siempre llevaba las manos manchadas de colores. A sus cuatro años, sus rollizas manitas aún seguían recordando a las de un bebé.

-Qué manitas tan deliciosas -susurro Holly, *y* le beso una. Se puso de pie sin apartar los ojos de su hija. Cuando nació, todo el mundo, Holly incluida, pensó que se parecía a los Taylor. No obstante, Rose se había convertido en su réplica casi exacta, pequeña, con el cabello moreno y los ojos castaños. Tenía el carácter más parecido a George, pues poseía su encanto e inteligencia innatos.

«Ojalá pudieras verla, amor mío», pensé Holly con melancolía.

En el año que siguió al nacimiento de su hija, los últimos doce meses de vida de George, Holly y él a menudo habían mirado a su hija mientras dormía. La mayoría de los hombres no habrían mostrado tanto interés por sus hijos, considerándolo poco viril. Los niños eran parte del mundo femenino, y los hombres apenas se ocupaban de ellos, limitándose a interesarse esporádicamente por sus progresos o a tenerlos en las rodillas durante un par de minutos. Sin embargo, George estaba claramente fascinado con su hija, hechizado, y Holly disfrutaba viendo cómo la acunaba y jugaba con ella. El orgullo que George sentía por Rose no había tenido límites.

«Esta hija nos ha unido para siempre -había dicho George una noche mientras él y Holly miraban a su bebé, que yacía en una cuna adornada con encajes-. La hemos hecho juntos, Holly... pero me parece casi incomprensible.» Demasiado conmovida para articular palabra, Holly lo había besado, amándolo por ver a Rose como el milagro que era.

-Qué padre habrías tenido, Rose -susurré. Le dolía saber que su hija crecería sin la seguridad *y* la protección que un padre le habría proporcionado... Pero ningún hombre podría jamás sustituir a George.

2

Zachary Bronson necesitaba una esposa. Se había fijado en la clase de señoras con las que estaban casados los hombres ricos y de buena posición: mujeres serenas que nunca levantaban la voz, y que llevaban la casa y todos los detalles de la vida de un hombre. Los sirvientes de una casa bien dirigida parecían trabajar al unísono como el mecanismo de un reloj.., todo lo contrario de la suya. A veces, sus criados hacían bien las cosas, pero otras le hacían la vida imposible. Las comidas a menudo se servían tarde; las sábanas, la plata yios muebles nunca estaban impecables~ como en otras casas pudientes, y la despensa siempre estaba a rebosar o completamente vacla.

Zachaty había contratado a varias amas de llaves hasta darse cuenta de que incluso las mejores seguían necesitando la supervisión de la señora de la casa. Y Dios sabía que su madre era incapaz de dar órdenes al servicio, aparte de pedirle tímidamente a una criada una taza de té o que la ayudara a vestirse.

-Son sirvientes, madre -le había dicho pacientemente Zachary, al menos un centenar de veces-. Esperan que usted les pida cosas. Quieren que lo haga. De lo contrario, no tendrían trabajo. Así que intente que no parezca que está pidiéndoles perdón cada vez que necesita algo, maldita sea, *y* toque la campanilla con cierta autoridad.

Pero su madre sólo se había reído y protestado, aduciendo que detestaba molestar a nadie, aun cuandole pagaran para ello. No, su madre no iba nunca a mejorar en aquel terreno, había vivido en la miseria durante demasiado tiempo y jamás sabría tratar a un sirviente.

Parte del problema era que sus criados, como su dinero, eran nuevos. Otros hombres adinerados habían heredado una casa con sirvientes experimentados que llevaban años, incluso décadas, viviendo y trabajando juntos. Zachary había tenido que contratar a los suyos en un santiamén. Algunos se estaban iniciando en el oficio, pero la mayoría habían sido despedidos de sus anteriores puestos por razones diversas. En otras palabras, tenía a su cargo la mayor acumulación de borrachos, madres solteras, chapuceros y ladronzuelos del oeste de Londres.

Sus amigos le habían aconsejado que la mujer idónea podría hacer maravillas para mejorar la gestión de su casa, dejándole a él las manos libres para hacer lo que mejor sabía: dinero. Por primera vez en su vida, Zachary encontraba la perspectiva de casarse sensata e incluso atractiva. No obstante, tenía que encontrar a la mujer idónea y convencerla de que lo aceptara, y eso no era tarea fácil. La mujer que tomara como esposa debería cumplir una serie de requisitos.

Por lo pronto, tendría que ser de sangre azul, si quería tener acceso a los círculos de la alta sociedad a los que aspiraba. De hecho, considerando su propia falta de modales y educación, lo mejor sería que, para compensarlo, ella fuera de un linaje que se remontara a Guillermo el Conquistador. No obstante, no debería ser condescendiente con ella; no tendría una esposa que lo mirara por encima del hombro. También debería ser independiente, para que no le importaran sus frecuentes ausencias. Era un hombre ocupado, y lo último que necesitaba era que nadie lo agobiara e intentara usurparle el poco tiempo del que disponía.

La belleza no era un requisito. De hecho, no quería que su esposa fuera tan hermosa que los demás hombres estuvieran siempre mirándola e intentando seducirla. Era esencial que gozara de buena salud física y mental, pues quería tener hijos fuertes e inteligentes. También

debería tener habilidades sociales, porque tendría que introducirlo en una sociedad que claramente se negaba a aceptarlo.

Zachary sabía de buena tinta que muchos aristócratas se burlaban de él a sus espaldas por sus orígenes humildes y por la rapidez con que había amasado su fortuna, aduciendo que tenía una mentalidad burguesa y mercantil, que no sabía lo que era el buen gusto, la elegancia y los buenos modales. No se equivocaban. Él conocía sus limitaciones. Sin embargo~ saber que nadie podía reírse abiertamente de él le producía un placer macabro. Se había convertido en una fuerza con la que había que contar. Había hundido sus tentáculos en bancos, negocios~ inmobiliarias, sociedades de cartera... Era probable que tuviera algún tipo de vínculo financiero, fuera grande o pequeño~ con todos los hombres acaudalados de Inglaterra.

La nobleza no querría que él contrajera matrimonio con alguna de sus preciadas hijas. Casarse con una aristócrata significaba unir familias importantes~ mezclar sangres azules. Un perro con un pedigrí impecable no se apareaba con un chucho callejero. Salvo que aquel chucho en particular tuviera suficiente dinero como para comprar todo lo que quisiera, incluso a una esposa de alcurnia.

Con aquel fin, había organizado un encuentro con lady Holland Taylor. Si su invitación era lo bastante tentadora, ella vendría a tomarel té. Zachary había calculado que pasaría un día mientras aquella viuda tan esquiva consideraba la posibilidad~ otro mientras sus amigos y parientes intentaban disuadirla y un tercero mientras su curiosidad se apoderaba de ella. Para su satisfacción, ella había aceptado su invitación. La vería hoy.

Se acercó a la ventana de la biblioteca, la vasta habitación ubicada en la esquina noreste de su mansión gótica. La casa pertenecía a un estilo que su arquitecto había llamado «cottage orné», un término que, según lo que Zachary había acabado por suponer, significaba pretencioso y excesivamente caro. No obstante, era muy admirada por la alta sociedad, o al menos era el tema de muchas conversaciones, y cumplía el objetivo que pretendía Zachary: demostrar que era un hombre importante a quien había que tener en cuenta. Era una tarta de boda inmensa cargada de capiteles, torres, arcos, invernáculos y cristaleras. Un edificio de veinte habitaciones que se erigía insolente en un solar inmenso al oeste de Londres. Lagos artificiales y frondosos bosquecillos embellecían el paisaje, por no mencionar los jardines~ parques y paseos~ serpenteantes y también rectos, a gusto del visitante.

Se preguntó qué pensaría lady Holland de su propiedad~ si la consideraría un paraíso o un horror. Probablemente poseería el buen gusto que caracterizaba a casi todas las damas de su posición~ el buen gusto que Zachary admiraba, pero que parecía incapaz de emular. Él se inclinaba por estilos ostentosos que dieran fe de su prosperidad; no podía evitarlo.

El reloj de péndulo que había en el recibidor lo alertó de la hora, y él contempló desde la ventana el camino circular por el que se accedía a su casa.

-Lady Holly -dijo en voz baja, excitado ante la perspectiva-. La estoy esperando.

A pesar de las objeciones unánimes de los Taylor, Holly había decidido aceptar la inesperada invitación del señor Zachary Bronson para tomar el té. No había podido resistirse. Desde la noche en el baile de los Bellemont, su vida había retomado el ritmo sereno de siempre, pero, por alguna razón, la reconfortante rutina que le ofrecían los Taylor había perdido su magia. Estaba harta de bordar y de escribir cartas, y de todas las actividades refinadas que la habían distraído durante los últimos tres años. Desde aquellos besos furtivos en el invernáculo de los Bellemont, se sentía inquieta. Quería que sucediera algo, alterar el previsible fluir de su existeñcia.

Entonces había llegado la carta del señor Zachary Bronson, con una frase de apertura que la había fascinado al instante:

Aunque no he tenido el honor de conocerla, al parecer necesito su ayuda en un asunto que atañe a mi casa...

¿Cómo era posible que un hombre tan notorio como el señor Bronson necesitara su ayuda?

Todos los Taylor consideraban que conocerlo era una decisión imprudente. Habían señalado que muchas damas importantes no se rebajaban a que les fuera presentado. Incluso algo tan inocuo como un té podría provocar un escándalo.

-¿Un escándalo? ¿Por un simple té? -había respondido Holly con escepticismo, y el hermano mayor de George, William, se lo había explicado.

-El señor Bronson no es un hombre corriente, querida. Es un trepador, un advenedizo; es inculto y vulgar. Corren rumores sobre él que me horrorizan, y como tú ya sabes, soy un hombre de mundo. De tu asociación con él no podría salir nada bueno. Por favor, Holly, no te expongas a que te hagan daño ni a que te insulten. Rechaza su invitación de inmediato.

Ante la seguridad de William, Holly había considerado no aceptar la invitación del señor Bronson. No obstante, su curiosidad era más fuerte. Y la perspectiva de quedarse de brazos cruzados cuando uno de los hombres más poderosos de Inglaterra quería conocerla... bueno, sencillamente, tenía que averiguar el porqué.

-Creo que podré hacer frente a su mala influencia durante al menos una o dos horas -dijo, quitándole importancia al asunto-. Y si considero que su conducta es impropia~ me marcharé sin más dilación.

William, cuyos ojos azules tenían la misma forma y el mismo color que los de su difunto esposo, la miró con desaprobación.

-George jamás habría querido que te relacionaras con un personaje tan vil.

Aquel comentario bastó para que Holly se desmoronara. Bajó la cabeza y se contuvo para no llorar. Había jurado que durante el resto de su vida viviría como su difunto esposo habría deseado. George la había protegido de todo lo que no fuera decoroso y bueno, y ella había confiado a ciegas en su criterio.

-Pero George no está -susurró, y miró el rostro tenso de William con los ojos inundados de lágrimas-. Ahora debo aprender a fiarme de mi criterio.

-Y si tu criterio no es acertado -replicó él-, me veo obligado a intervenir, por la memoria de mi hermano.

Holly sonrió levemente, pensando que, desde el día en que nació, siempre había tenido a alguien para protegerla y guiarla. Primero, sus queridos padres, luego George... y en esos momentos la familia de George.

-Deja que cometa algunos errores, William -dijo-. Ahora debo aprender a tomar decisiones, por el bien de Rose y no sólo por el mío.

-Holly... -William adoptó un tono ligeramente exasperado-. ¿Qué podrías ganar visitando a un hombre como Zachary Bronson?

Holly se excitó ante la perspectiva comprobando cuán desesperadamente necesitaba huir de la protección que le prodigaban los Taylor.

-Bueno -dijo-. Confío en que pronto lo averiguaré.

La información que los Taylor habían conseguido reunir sobre el señor Bronson no había disminuido en lo más mínimo su preocupación por la falta de juicio que Holly mostraba al aceptar la invitación. Amigos y conocidos los habían puesto gustosamente al corriente de todo lo que sabían sobre aquel esquivo recién llegado a la sociedad de Londres. En muchos

círculos, lo tildaban de príncipe mercader, y el término no pretendía ser un halago. Era escandalosamente rico, y su vulgaridad era casi tan grande como su fortuna.

Excéntrico, interesado no en el dinero sino en el poder que proporcionaba, Bronson no dudaba en aplastar a sus competidores como un león a los cristianos. No negociaba como un caballero, aceptando los acuerdos y limitaciones implícitos. Según se decía, si no se especificaban todas las condiciones, Bronson se aprovechaba cruelmente de las lagunas. Aunque los aristócratas eran reacios a hacer negocios con él, los hacían de todas formas, confiando en recibir una fracción mínima de los inmensos beneficios que jalonaban su camino.

Alguien habla dicho que Bronson había empezado siendo boxeador. Un vulgar boxeador callejero. Y luego había conseguido que lo contrataran como capitán en un barco de vapor y habla ido adquiriendo cada vez más rutas. Su carácter implacable y sus astutas maquinaciones habían dejado en la bancarrota a sus competidores o los hablan forzado a fusionarse con él.

La próspera fortuna de Bronson se había multiplicado cuando empezó a vender mercancías al público a precios excesivos y se dedicó a los bienes raíces. Como en Inglaterra escaseaban los terrenos en venta, había comprado millares de tierras de labor en América y la India. Las dimensiones de sus granjas hacían que las propiedades centenarias de los aristócratas británicos parecieran ridículas en comparación, y la ingente cantidad de artículos que Zachary producía e importaba había aumentado aún más su fortuna. Ültimamente Bronson había invertido en la construcción de una línea de ferrocarril en Durham, que, según se decía, permitiría a una locomotora de vapor arrastrar vagones cargados a una velocidad de veinte kilómetros por hora. Aunque todo el mundo sabía que la fuerza de vapor jamás sustituiría a los caballos para el transporte de pasajeros, el experimento se seguía con impaciencia porque el señor Bronson estaba implicado.

-Bronson es peligroso -dijo lord Avery, un anciano amigo de los Taylor que habla estado cenando con ellos. Avery pertenecía a las juntas de varios bancos y compañías de seguros-. Todos los días presencio cómo las riquezas de Inglaterra pasan de estar en manos de familias nobles y de la aristocracia rural a pertenecer a oportunistas como Bronson. Si le permitimos mezclarse con nosotros, sólo porque se ha hecho rico..., será el fin de la buena sociedad que hoy conocemos.

-Pero ¿acaso no debería recompensarse el éxito? -había preguntado Holly vacilante, sabiendo que una mujer respetable jamás debía participar en conversaciones sobre política o economía. No obstante, no había podido resistirse-. ¿No deberíamos reconocer el éxito del señor Bronson aceptándolo en nuestra sociedad?

-No es apto para nuestra sociedad, querida -respondió Avery con énfasis-. La nobleza es el producto de generaciones de cultura, educación y refinamiento. Uno no puede comprarse un lugar en la alta sociedad, que es exactamente lo que está intentando hacer el señor Bronson. No tiene honor ni linaje y, por lo que sé, apenas si tiene educación. Yo comparo a Bronson con un mono adiestrado; sólo sabe hacer una cosa: barajar cifras hasta que, de alguna forma, acaba convirtiendo una cantidad pequeña en otra inmensa.

Los demás invitados y los Taylor asintieron unánimemente.

-Entiendo -murmuró Holly y se concentró en la comida que tenía en el plato mientras pensaba para sus adentros que el tono de lord Avery no estaba exento de cierta envidia. Era posible que el señor Bronson sólo supiera hacer una cosa, pero ¡vaya don el suyo! Todos los hombres de la mesa habrían querido poseer las dotes mercantiles de Bronson. Y que lo trataran con desprecio no la disuadió de querer conocerlo. De hecho, avivó aún más su curiosidad.

3

Holly no había visto nada igual a la casa que Zachary Bronson tenía en Londres. Era de una opulencia que podría haber despertado la envidiade un Médicis. El recibidor, con lujosos suelos de mármol de estilo Rouge Royal, brillantes columnas doradas y tapices valiosísimos, tenía dos pisos de altura. Del techo encofrado de plata y oro colgaban inmensas arañas de cristal que iluminaban una cantidad asombrosa de estatuaria romana.

Enormes jarrones de malaquita llenos de palmas y frondosos helechos flanqueaban las cuatro puertas de acceso.

Un mayordomo sorprendentemente joven condujo a Holly por el recibidor hacia el conjunto de habitaciones que albergaba la biblioteca.

-¿Habitaciones? -había repetido Holly perpleja, yel mayordomo le había explicado que la colección privada de libros, manuscritos, folios antiguos y mapas del señor Bronson era demasiado extensa para caber en una sola habitación. Holly reprimió el impulso de volverse de un lado a otro para ver lo que tenía a su alrededor. Las paredes del pasillo estaban tapizadas de seda azul con centenares de mariposas de cristal adheridas a la tela. La puerta de acceso a la biblioteca estaba flanqueada por dos Rembrandts, cada uno más valioso que las mejores obras en posesión de los Taylor.

Educada para pensar que la simplicidad era el entorno que mayor tranquilidad y reposo podía ofrecer, Holly encontró aquel lugar de un mal gusto extraordinario. Pero su aparatosidad era tan espectacular que la hizo sonreír. Recordando que Bronson había empezado siendo boxeador, sintió una admiración que rayaba en el respeto ante el hecho de que alguien pudiera llegar tan lejos.

El mayordomo la condujo a una habitación iluminada por la luz que se colaba a través de un intrincado techo de cristal plomado. Las paredes estaban tapizadas con terciopelo verde y tenían una gran cantidad de trípticos que parecían retratos de venerables antepasados. Innumerables hileras de estanterías acristaladas contenían interesantes colecciones de volúmenes. Qué tentadora era la idea de sacar un libro, sentarse en uno de aquellos mullidos sillones de piel y apoyar la espalda en un cojín afelpado. Al pasar junto a un enorme globo terráqueo, que debía de medir casi dos metros de diámetro, Holly se detuvo ylo tocó tímidamente.

-Jamás había visto una biblioteca tan suntuosa como ésta -dijo. Aunque el mayordomo se esforzó por permanecer impasible, su expresión proclamaba una mezcla de diversión y orgullo.

-Esto no es más que la entrada a la biblioteca, señora. La sala p rincipal está más adelante.

Holly lo acompañó a la habitación contigua y se detuvo en el umbral sofocando un grito. Parecía la biblioteca de un palacio; era demasiado espectacular para pertenecer a una sola familia.

-¿Cuántos libros contiene? -preguntó ella.

-Casi veinte mil volúmenes, creo.

-Al señor Bronson debe de gustarle mucho leer.

-Oh, no; el señor no lee casi nunca. Pero le gustan los libros.

Conteniendo la risa ante aquel comentario tan incongruente, Holly siguió avanzando. La sala principal de la biblioteca tenía tres pisos de altura y estaba coronada por un techo con elaborados frescos de ángeles y escenas celestiales. Del brillante suelo de parqué emanaba una fresca fragancia a cera de abeja, que se mezclaba gratamente con el olor de la piel y la

vitela de los libros, aderezada con un leve aroma a tabaco. Un fuego ardía en una chimenea de mármol verde labrado donde podría estacionarse un carruaje. Al fondo de la sala se hallaba una mesa de caoba tan inmensa que debieron de necesitarse doce hombres para trasladarla. El hombre que estaba sentado tras ella se puso de pie, y el mayordomo anunció a Holly.

Aunque ya le habían presentado a miembros de la nobleza y de la realeza sin que ella perdiera la compostura, Holly se sintió un poco nerviosa. Tal vez fuera por la reputación del señor Bronson, o por el esplendor del entorno, pero lo cierto es que notó que le faltaba momentáneamente el aire cuando se acercó a él. Se alegraba de haber llevado su mejor vestido de seda italiana color café, con el cuello de encaje color vainilla y las amplias mangas sujetas en los codos con franjas de tela.

«Caramba, es joven», pensó Holly sorprendida, pues esperaba encontrarse con un hombre de entre cuarenta y cincuenta años. Sin embargo, Zachary Bronson no podía tener más de treinta. A pesar de su elegante ropa, una chaqueta negra y pantalones gris oscuro, le recordó a un gato, alto y fornido, sin el refinamiento aristocrático al que ella estaba acostumbrada. Las rebeldes greñas que le caían sobre la frente tendrían que haber sido fijadas hacia atrás con crema y llevaba el nudo de la corbata demasiado flojo, como si hubiera estado tirando de él sin darse cuenta.

Bronson era apuesto, aunque tenía las facciones poco refinadas y parecía haber sufrido una fractura de nariz en el pasado. Tenía una mandíbula poderosa, la boca grande y patas de gallo que delataban sentido del humor. Holly tuvo la extraña sensacjón de que ya lo conocía. Sus ojos eran de un castaño tan oscuro que parecían negros, y aquel color hacía que su despierta mirada fuera tan penetrante que Holly se sintió visiblemente incómoda. El diablo debía de tener ojos como aquéllos, audaces, sabios... sensuales.

-Bienvenida, lady Holland. No creí que fuera a venir.

Al oír el sonido de su voz, Holly dio un ligero respingo. Cuando recobró la compostura, se quedó paralizada y con la mirada clavada en la alfombra. Tuvo la sensación de que la habitación empezaba a dar vueltas y se concentró en mantener el equilibrio mientras la confusión y el pánico se apoderaban de ella. Conocía aquella voz, la habría reconocido en cualquier parte. Era la del desconocido, la del hombre que le había hablado con tanta ternura y la había besado con una pasión que ella jamás olvidaría. Se ruborizó azorada y le pareció imposible volver a mirarlo a la cara. Pero el silencio la obligó a decir algo.

-Estuvieron a punto de disuadirme -susurró. ¡Oh, ojalá hubiera hecho caso a la familia de George y se hubiera quedado entre las seguras paredes del hogar de los Taylor!

-¿Puedo preguntarle qué la hizo decidirse en mi favor? -Su tono era tan educado, tan suave, que ella alzó la mirada sorprendida. Aquellos ojos oscuros la miraban sin ningún atisbo de burla.

«No me ha reconocido», pensó Holly, aliviada. Aquel hombre no sabía que ella era la mujer a quien había besado en el baile de los Bellemont. Humedeciéndose los labios resecos, intentó entablar una conversación normal.

-Yo... no lo sé exactamente -dijo-. La curiosidad, supongo.

Aquello hizo sonreír al señor Bronson.

-Es una razón tan válida como cualquier otra.

Le tomó la mano en señal de bienvenida, abarcándosela por completo con sus largos dedos. El cálido roce de su piel atravesó el delicado guante que llevaba puesto. Holly estuvo a punto de tambalearse cuando súbitamente recordó.., el ardor de su piel la noche del baile de los Bellemont, la contundencia y la pasión de su boca cuando la besó...

Retiró la mano, visiblemente incómoda.

-¿Nos sentamos? -Bronson señaló un par de sillones de estilo Luis XIV situados junto a una mesa de té de mármol.

-Si, gracias. -Holly agradeció la idea de sentarse en un sillón, pues no estaba muy segura de que no fueran a flaquearle las piernas.

Después de sentarse ella, Bronson ocupó el sillón que había enfrente. Separó los muslos musculosos y se inclinó levemente hacia delante.

-Té, Hodges -musitó al mayordomo; luego volvió a concentrar su atención en Holly y le dedicó una sonrisa encantadora-. Espero que lo encuentre aceptable, señora. Tomar refrigerios en mi casa es como jugar ala ruleta.

-¿La ruleta? -Holly frunció el entrecejo, intrigada por aquel término tan poco familiar.

-Un juego de azar -explicó él-. Si tiene un buen día, mi cocinera es insuperable. Si lo tiene malo.., bueno, podrías romperte un diente con sus galletas.

Holly se rió súbitamente, relajándose un poco al constatar que Bronson tenía quejas sobre la servidumbre como cualquier hombre corriente.

-Seguramente, con un poco de supervisión -empezó a decir; luego guardó silencio al darse cuenta de que estaba a punto de darle un consejo que no le habla pedido.

En mi casa no hay una verdadera supervisión, señora. Todos salimos del paso como podemos, pero eso es algo de lo que quiero hablar luego con usted.

¿Era aquél el motivo de su invitación? ¿Conocer su opinión sobre cómo llevar bien una casa? Claro que no. Debía de sospechar que era la mujer del baile de los Bellemont. Quizás estuviera jugando con ella. Quizá le hiciera unas cuantas preguntas capciosas para ver si ella mordía el anzuelo.

En tal caso, la mejor defensa era sacarlo todo a la luz cuanto antes. Le explicaría sencillamente que aquella noche él la había sorprendido, que se había comportado de una forma totalmente impropia de ella porque la había pillado con la guardia baja.

-Señor Bronson -dijo. El nudo en la garganta casi no la dejaba hablar-, hay algo que... que debería decirle...

-¿Sí? -La miró interesado con aquellos ojos tan oscuros.

De repente, a Holly le pareció imposible haber besado a aquel individuo fornido y viril, haberlo abrazado y haberle acariciado las mejillas recién afeitadas... que él le hubiera secado las lágrimas con sus besos. En el furtivo momento en que había estado con él, había compartido más intimidad que con ningún otro hombre salvo George.

-Us-usted... -Tuvo la sensación de que el corazón iba a estallarle. Maldiciéndose por su cobardía, Holly se echó atrás-. Tiene una casa muy bonita.

Él esbozó una sonrisa.

-Pensé que no sería de su agrado.

-No lo es, al menos del todo. Pero cumple impecablemente su propósito.

-¿Y qué proposito es ése?

-Caramba, anuncia a todo el mundo que usted ha llegado.

-Exacto. -La miró cautivador-. Hace unos días, un barón pomposo me llamó «arribista». Tardé un poco en descubrir lo que significaba.

-Será porque acaba usted de «arribar» a nuestra sociedad -repuso ella en tono jocoso.

-No era un cumplido -dijo él con sarcasmo.

Intuyendo que Bronson debía de haber recibido centenares de sutiles desplantes por parte de los nobles con los que se había codeado, Holly sintió un punto de compasión. Bronson no tenía la culpa de que sus orígenes no fueran estelares. Sin embargo, la aristocracia inglesa compartía la opinión de que un hombre no debía intentar jamás subir de categoría. Los sirvientes, o la clase trabajadora, jamás tendrían acceso a los estratos superiores de la sociedad. nor muy vastas uue fueran sus fortunas. Pero Holly, en cambio, se inclinaba más bien a pensar que el éxito por si solo debería bastar para que la buena sociedad aceptara a un hombre como

aquél. Se preguntó si George habría estado de acuerdo con ella, o lo que habría pensado de aquel hombre. Lo cierto es que no tenía ni la más remota idea.

-En mi opinión, sus éxitos son dignos de admiración, señor Bronón -dijo ella-. En su niavorfa los nobles se limitan a conservar las riquezas que los antiguos reyes concedieron a sus &milias en recompensa por sus servicios. Usted ha amasado su propia fortuna, y eso exige inteligencia y voluntad. Aunque el barón no estuviera haciéndole un cumplido al llamarle arribista, así debería habérselo tomado usted.

Bronson se quedó mirándola durante un instante que a Holly le pareció interminable.

-Gracias -musitó finalmente.

Para sorpresa de Holly, sus palabras habían conseguido que Bronson se ruborizara levemente. Supuso que no estaba habituado a elogios tan directos como aquél. Confió en que no pensara que su intención era coquetear con él.

-Señor Bronson, no estaba lisonjeándolo -dijo.

Bronson sonrió por la comisura de la boca.

-Estoy seguro de que usted no me lisonjearía... Sea lo que sea eso.

Llegaron dos sirvientas con enormes bandejas de plata y se pusieron a servir la mesa de té. La más rolliza, que servía platitos de sándwiches, tostadas y galletas, parecía nerviosa y no podía evitar reírse mientras desempeñaba su labor. La más bajita puso toscamente los cubiertos de plata y las servilletas, y colocó las tazas y los platos en donde no debía. Les costó colocar la tetera en el fogoncillo y estuvieron a punto de volcarla. Incómoda ante la ineptitud de las muchachas, que sin duda necesitaban que las instruyeran un poco en sus deberes, Holly optó por simular que no se daba cuenta.

La evidente falta de formación que tenían las sirvientas la sorprendió. «Un hombre de la posición del señor Bronson debería contar con un servicio impecable», pensó. Un criado bien formado era silencioso, eficiente y se esforzaba por pasar inadvertido. Por experiencia, Holly sabía que una sirvienta jamás llamaría la atención y preferiría morir antes que reírse delante de un invitado.

Cuando las criadas por fin terminaron los preparativos y se marcharon, Holly se desabrochó los pequeños guantes grises y se los quitó con delicadeza, tirando de los dedos. Se detuvo al notar la intensidad con que la miraba el señor Bronson, ylo miró con una sonrisa interrogante.

-¿Puedo? -preguntó, señalando el servicio de té, y él asintió, volviendo de inmediato a centrar su atención en sus manos.

Había algo en los ojos de Bronson, un brillo inquietante que la hizo sentirse como si estuviera desabrochándose la blusa y no quitándose unos simples guantes. Era habitual descubrirse las manos ante un caballero, y, sin embargo, su forma de mirarla imprimió una insólita intimidad a la situación.

Holly aclaró la tetera de Sevres con agua hirviendo para calentarla, luego vertió el liquido en un cuenco de porcelana. Con mano experta, puso en la tetera la cantidad exacta de fragantes hojas de té y añadió agua caliente. Mientras se hacía el té, Holly sirvió en los platos un surtido de sándwiches y galletas, y dio conversación a Bronson, a quien su iniciativa pareció gustarle.

-Ha llenado su biblioteca con una bella colección de retratos, señor Bronson.

-Los antepasados de algún otro -respondió él con sarcasmo-. Los míos no eran de los que se hacían retratos.

Holly sabía que muchos otros hombres con fortunas recién amasadas hacían lo mismo: colgar retratos de desconocidos en su casa para dar la impresión de que procedían de un linaje ilustre. Pero Zachary Bronson era el primer hombre que ella supiese que lo admitía abiertamente.

Le ofreció un platito y una servilleta.

-¿Vive aquí solo?

-No, mi madre y mi hermana pequeña, Elizabeth, viven conmigo.

Aquello despertó el interés de Holly.

-Creo que nadie me había dicho que usted tuviera una hermana.

Le pareció que Bronson ¡e contestaba midiendo sus palabras.

-He estado esperando el momento idóneo para presentar a Elizabeth en sociedad. Me temo que, hoy por hoy, podría resultarle bastante dificil. No le han enseñado a... -Guardó silencio, buscando claramente una palabra que describiera el dominio que se le exigía a una mujer joven de áreas tan enrevesadas como las buenas formas y las aptitudes sociales.

-Entiendo. -Holly asintió de inmediato, frunciendo el entrecejo. Desde luego, seria difícil para una muchacha que no había sido rigurosamente instruida en ciertos aspectos. La alta sociedad podía ser despiadada.

Además, la &milia Bronson no destacaba en ninguna otra faceta que no fuera el dinero, ylo último que les faltaba era que Élizabeth fuera acosada por centenares de cazaforturnas-. ¿Ha considerado enviarla a alguna escuela para señoritas, señor Bronson? Si lo desea, yo puedo recomendarle lina...

-Tiene veintiún años -la interrumpió él-. Sería mayor que las demás alumnas; dice que «preferiría morirse» antes que ir a una de esas escuelas. Quiere vivir en casa.

-Naturalmente. -Holly vertió diestramente el té en un pequeño colador de plata con el mango en forma de pájaro-. ¿Prefiere el té fuerte, *señor* Bronson, o le pongo un poco de agua?

-Fuerte, por favor.

-¿Un terrón o dos? -preguntó, dejando las delicadas pinzas suspendidas sobre el azucarero.

-Tres. Y sin leche.

Por alguna razón, Holly no puedo evitar sonreír.

-Tiene debilidad por lo dulce, señor Bronson.

-¿Hay algo malo en ello?

-Desde luego que no -respondió ella en voz baja-. Sólo estaba pensando que le encantarían los tés de mi hija. Para Rose, tres terrones son el mínimo absoluto.

-Tal vez le pida a Rose que me sirva el té algún día, entonces, Holly no estaba segura de lo que aquello significaba, pero la intimidad que implicaba, la familiaridad que insinuaba, la incomodó. Obligándose a apartar los ojos de él, volvió a concentrarse en el té. Tras preparar una taza para Bronson, se dispuso a servirse ella, añadiendo un poco de azúcar y un buen chorro de leche.

-Mi madre pone antes la leche -comentó Bronson, observándola.

-Tal vez podría sugerirle que es más fácil juzgar el té por su color cuando la leche se añade al final -murmuró Holly-. Los nobles tienden a despreciar a los que vierten primero la leche~ porque quienes lo hacen son normalmente niñeras, sirvientes y...

-Gente de mi clase -dijo él con sarcasmo.

-Sí. -Holly se obligó a mirarlo a ¡os ojos-. Tenemos una frase para una mujer que no tiene suficiente educación;;, decimos que es «de las que pone la leche primero».

Era presuntuoso por su parte darle aquel consejo, por muy buenas que fueran sus intenciones. No obstante, Bronson lo aceptó sin incomodarse.

-Se lo diré a mi madre -dijo-. Gracias.

Relajándose un poco, Holly probó una galleta. Era delicada, dulce y ligeramente esponjosa, un acompañamiento perfecto para el té.

-La cocinera tiene un buen día -dijo después de tomarse un trozo.

Bronson se rió, una risa baja y oscura, profundamente atractiva.

-Gracias a Dios -dijo.

Después de aquello, la conversación fue fluida, aunque a Holly se le hacía extraño estar con un hombre que no fuera ni su pariente ni un antiguo conocido. Su fascinación por Zachary Bronson pronto desterró cualquier resquicio de timidez. Era un hombre extraordinario, con una ambición y un ímpetu quc hadan que, a su lado, todos los hombres q~e ella conocía parecieran seres débiles y pasivos.

Fue tomándose el té mientras lo escuchaba describir sus últimos experimentos con la locomotora de vapor en Durham. Habló de bombas de alimentación que inyectaban agua en calderas, y de cómo el vapor era canalizado por la chimenea hasta la parte superior del vehículo, y sobre varios intentos de mejorar el tiro de la fragua para aumentar la potencia. Algún día no muy lejano, afirmó, la locomotora no sólo se utilizaría para transportar mercancías, sino también ganado e incluso personas, y las líneas de ferrocarril conectarían todas las ciudades importantes de Inglaterra. Holly tenía sus reservas al respecto, pero estaba fascinada. Aquél era un tema del que un caballero rara vez hablaría con una dama, porque se pensaba que las damas estaban más interesadas en asuntos de familia, de sociedad y de religión. Pero era refrescante oír algo distinto de los chismorreos de sociedad, y Bronson conseguía explicar los aspectos técnicos de una forma comprensible para Holly.

Zachary Bronson provenía de un mundo tan distinto al suyo, un mundo de hombres de negocios, inventores, empresarios... Era obvio que jamás encajaría en la aristocracia, esclava de una tradición secular. No obstante, también era obvio que estaba decidido a hacerse un lugar en la buena sociedad, y que Dios se apiadara de quien intentara disuadirlo.

«Debe de ser agotador vivir con él», pensó Holly, preguntándose cómo soportaban su madre y hermana su energía inagotable. Tenía la mente insólitamente activa y un sinfín de intereses, y sus evidentes ganas de vivir la asombraban. Uno se preguntaba si alguna vez le quedaba tiempo para dormir. No pudo evitar compararlo con George, que adoraba los paseos largos y tranquilos, leer plácidamente con ella junto al fuego durante las tardes lluviosas y demorarse por las mañanas viendo jugar a su hija. No podía imaginar que Zachary Bronson pudiera permanecer sentado mientras contemplaba algo tan trivial como un niño aprendiendo a gatear.

De alguna forma, la conversación fue derivando poco a poco hacia temas más personales~ y Holly se encontró describiendo su vida con la familia de George yios detalles de su viudedad. Normalmente, cuando hablaba sobre George con alguien que lo había conocido, se le hacía un nudo en la garganta y se le humedecían los ojos. Sin embargo, Bronson no lo conocía, y por alguna razón, le resultó mucho más fácil hablar sobre su esposo con un extrano.

-George nunca se ponía enfermo -dijo-. Jamás tenía fiebre ni dolores de cabeza; siempre estaba en forma y con buena salud. Pero un día empezó a quejarse de que se cansaba y de que le dolían la articulaciones, y dejó de comer. El médico le diagnosticó unas fiebres tifoideas. Yo sabía que eran peligroslsimas, pero muchas personas sobreviven. Me convencí de que, con buenos cuidados y mucho reposo, George se recuperaría. -Miró la taza vacía y recorrió con el dedo el delicado reborde dorado-. Día a día fue encogiéndose ante tuis ojos. La fiebre dio paso al delirio. Se fue en dos semanas.

-Lo siento -dijo Bronson en voz baja.

«Lo siento» era algo que todo el mundo decía. Realmente, no podía decirse otra cosa. Pero los ojos negros de Bronson tenían una calidez que transmitía una compasión auténtica, y Holly sintió que comprendía realmente la magnitud de su pérdida.

Se hizo un largo silencio entre los dos, hasta que Bronson volvió a hablar.

-¿Le gusta vivir con la familia Taylor, señora?

Ella sonrió levemente.

-No se trata de si me gusta o no. Es la única opción que tengo.

-¿Y su familia?

-Mis padres aún mantienen a tres hijas casaderas. No quise ser otra carga para ellos regresando a casa con mi hija. Y, con los Taylor, me siento, en cierto modo, más cerca de George.

Bronson apretó los carnosos labios con la última frase. Mirando la taza y el plato vacíos de Holly, se levantó y le ofreció la mano.

-Venga a pasear conmigo.

Sorprendida por su brusquedad, Holly obedeció automáticamente, tomándole la mano que le tendía. Sintió un cosquilleo en los dedos al notar el cálido roce de su piel y se olvidó momentáneamente de respirar. Tirando de ella para ponerla en pie, Bronson la tomó del brazo y la condujo hasta la puerta. La había tocado con demasiada familiaridad; ni siquiera los hermanos de George se atreverían tocarle la mano desnuda. Pero aparentemente el señor Bronson no sabía hacerlo mejor.

Mientras paseaban, Bronson tuvo que acomodar sus largas zancadas a los pasitos de ella, y Holly sospechó que rara vez caminaba a aquel ritmo tan lento. El no era de los que andaban sin propósito.

La biblioteca daba a una inmensa pinacoteca privada, flanqueada por altas ventanas por las que se veían unos jardines exteriores ornamentales. El recinto albergaba una colección de clásicos impresionante. Había obras de Tiziano, Rembrandt, Vermeer y Botticelli, todas de un colorido y un romanticismo asombrosos.

-Caramba, ¿no hay nada de Leonardo da Vinci? -preguntó Holly como si tal cosa, sabiendo que la colección privada de Bronson era sin lugar a dudas la más impresionante de toda Inglaterra.

Bronson miró las hileras de cuadros y frunció el entrecejo, como si la falta de un Da Vinci fuera una omisión imperdonable.

-¿Debería comprar uno?

-No, no. Sólo estaba bromeando -se apresuró a aclarar Holly-. Sin duda, señor Bronson, su colección es magnífica y más que completa. Además, sería imposible adquirir un Da Vinci.

Con un carraspeo ambiguo, Bronson miró un hueco en la pared, planteándose a todas luces cuánto constaría colocar un Da Vinci allí.

Holly le soltó el brazo y se puso frente a él.

-Señor Bronson, ¿no va a decirme por qué me ha invitado?

Bronson se acercó a un busto de mármol colocado en un pedestal y le quitó el polvo con el dedo pulgar. Miró a Holly de soslayo, estudiándola mientras permanecía en el rectángulo de luz que proyectaba la ventana.

-Me la describieron como a la dama perfecta -dijo-. Ahora, habiéndola conocido, comparto por completo esa opinión.

Holly abrió los ojos de par en par y pensó, en un arrebato de culpabilidad y nerviosismo, que él jamás habría hecho aquella afirmación si hubiese sabido que era la mujer que con tanta lascivia había respondido a sus besos hacía unas noches.

-Iiene una reputación impecable -continuó-. La reciben en todas partes y posee unos conocimientos y una influencia que yo necesito. Por ese motivo, querría contratarla como una especie de... guía social.

Asombrada, Holly fue incapaz de mirarlo. Tardó medio minuto en poder articular palabra.

-Señor, no busco empleo de ninguna clase.

-Lo sé.

-Entonces, comprenderá por qué debo rechazar...

Él la hizo callar con un sutil ademán.

-Escúcheme primero.

Holly asintió por cortesía, aunque era totalmente imposible que aceptara su oferta. Había ocasiones en que las viudas se veían obligadas a buscar empleo por necesidad económica, pero ella no se encontraba ni por asomo en aquella situación. La familia de George no querría ni oír hablar de ello, ni tampoco la suya. No era lo mismo que pasar a formar parte de la clase trabajadora, pero sin duda afectaría a su posición social. Y estar contratada por un hombre como Zachary Bronson, por muy rico que fuera... el hecho era que habría personas y lugares que quizá dejarían de recibirla.

-Necesito pulirme -continuó Bronson sin inmutarse-. Necesito que me presenten gente. Desde luego, ya habrá oído que se refieren a mí como a un trepador, y no hay duda de que lo soy. He llegado hasta aquí sin ninguna maldita ayuda, pero necesito que alguien me ayude a subir el próximo peldaño. Usted. También necesito a alguien que le enseñe a Elizabeth a ser.., bueno, como usted. Que le enseñe a hacer las cosas que hacen las damas de Londres. Es la única forma de que consiga casarse decentemente.

-Señor Bronson -dijo Holly con cautela, clavando la mirada en el banco de mármol que había junto a él-. Me siento francamente halagada. Ojalá pudiera ayudarle. Sin embargo, hay muchas otras personas que serían mucho más aptas que yo...

-No quiero a nadie más. La quiero a usted.

-No puedo, señor Bronson -dijo ella con firmeza-. Entre mis muchas reservas, debo pensar en mi hija. Cuidar de Rose es para mí la responsabilidad más importante del mundo.

-Sí, hay que pensar en Rose. -Bronson se metió las manos en los bolsillos, dando una falsa impresión de tranquilidad, y rodeó el banco-. No hay una forma delicada de plantearlo, lady Holland, por lo que voy a ir directo al grano. ¿Qué proyectos tiene para el futuro de su hija? Querrá enviar a Rose a escuelas caras... que viaje a Europa... darle uná dote para atraer pretendientes de buena clase. Pero, en sus circunstancias actuales, no sería capaz de proporcionarle esas cosas. Sin dote, Rose sólo podrá optar a alguien de menor categoría, como mucho. -Guardó silencio y añadió con mucha suavidad-: Si Rose tuviera una cuantiosa dote, combinada con su buen linaje, algún día se casaría con el esposo aristocrático que le habría gustado a George.

Holly se quedó mirándolo, estupefacta. Entendía cómo había podido Bronson conquistar a tantos oponentes comerciales. No se detenía ante nada para salirse con la suya; estaba utilizando a la hija de Holly para convencerla de que hiciera lo que él quería.

-Calculo que necesitaré su ayuda durante un año aproximadamente -prosiguió-. Firmaríamos un contrato que nos convenga a los dos. Si a usted no le gusta trabajar para mí, si piensa que, por alguna razón, quiere poner fin al acuerdo, bastará con que lo diga y podrá marcharse con la mitad de la suma que le ofrezco.

-¿Y de cuánto estamos hablando? -se oyó preguntar Holly. Su mente era un hervidero de ideas. Sentía una curiosidad insoportable por saber en cuánto valoraba él sus servicios.

-Diez mil libras. Por un año de trabajo.

Al menos mii veces más de lo que un ama de llaves ganaba en un año. Era una fortuna, suficiente para que su hija tuviera una dote generosa y suficiente para tener una casa propia, incluyendo al servicio. Imaginarse viviendo en su propia casa casi le dio vértigo de tanto que lo deseaba. Pero la perspectiva de estar tan cerca de aquel hombre, y la reacción de su familia y sus amigos...

-No -dijo en voz baja. La palabra casi se le atragantó-. Lo siento, señor Bronson. Su oferta es muy generosa~ pero debe buscar a otra persona.

Su negativa no pareció sorprender a Bronson en absoluto.

-Veinte mil entonces ijo, y le sonrió con picardía-. Venga, lady Holland. No me diga que está pensando en regresar con los Taylor y pasarse el resto de su vida como estos tres últimos años. Usted es una mujer inteligente; para vivir necesita algo más que bordar y contar chismes.

Con gran tino, Bronson había tocado otro punto vulnerable. Ciertamente, vivir con los Taylor se habla vuelto bastante monótonO, y pensar en dejar de depender de ellos.., de cualquiera... Holly se retorció la manos.

Bronson levantó una pierna y apoyó la rodilla en el banco.

-Basta con que diga que sí y abriré una cuenta para Rose. Jamás le faltará de nada. Y cuando se case con un noble, le enviaré un carruaje tirado por cuatro caballos como regalo de bodas.

Aceptar su oferta sería aventurarse en un mundo desconocido. Si Holly decía que no, sabía exactamente qué tipo de vida tendrían ella y Rose. Una vida segura, aunque no siempre confortable. Saldrían adelante, y disfrutarían del amor y la aprobación de todas las personas que conocían. Si decía que sí, habría un escándalo y la censurarían. Se harían comentarios desagradables y correrían rumores que tardarían años en extinguirse, si es que llegaban a hacerlo. Pero ¡qué futuro tendría Rose! Y Holly sentía algo en su interior, algo audaz e indómito, la misma impulsividad con la que había estado combatiendo desde que su esposo había muerto.

De repente, perdió la batalla.

-Lo haría por treinta mil -dijo, oyendo su voz como si, de algún modo, ella estuviera fuera de la escena.

Aunque Bronson no cambió la expresión, ella percibió su tremenda satisfacción, como un león que se dispone a devorar a su presa.

-Treinta -repitió, como si la cifra fuera escandalosa. Creo que veinte es suficiente por lo que le estoy pidiendo, ¿usted no?

-Veinte para Rose y diez para mí-respondió Holly con la voz cada vez más firme-. La influencia social es como el dinero: cuando se gasta no es fácil recuperarla. Tal vez no me quede mucha cuando concluya este año. Si acepto su oferta, la buena sociedad murmurará y hará correr rumores sobre mí. Pueden incluso dar a entender que yo soy su...

-Querida -finalizó él en voz baja-. Pero se equivocarían, ¿no?

Ella se ruborizó y habló precipitadamente.

-En la buena sociedad no se hace distinción entrelos rumores y los hechos. Por lo tanto, perder mi respetabilidad bien vale otras diez mil libras. Y... y quiero que sea usted quien invierta y administre mi dinero.

Bronson enarcó ligeramente las cejas.

-¿Quiere que sea yo quien administre su dinero? -repitió, casi con un ronroneo. ¿Y no lord Taylor?

Holly meneó la cabeza, pensando en William, que era responsable pero extremadamente conservador con las inversiones. Como la mayoría de hombres de su posición, William servía para conservar el dinero, no para multiplicarlo.

-Preferiría que fuese usted quien se ocupara de ello -dijo-. Mi única condición es que no haga ninguna inversión que pueda considerarse inmoral.

-Veré qué puedo hacer -dijo Bronson con seriedad, pero su mirada diabólica revelaba que aquello lo divertía.

Holly respiró hondo.

-Entonces, ¿le parece bien treinta? Y, si dejo antes el empleo, ¿conservaré la mitad?

-De acuerdo. No obstante, a cambio de la suma adicional que me exige, voy a pedirle que haga una concesión.

-¿Cuál? -preguntó ella con cautela.

-Quiero que viva aquí. Conmigo y con mi familia.

Holly lo miró sin salir de su asombro.

-Eso es imposible.

-Usted y Rose tendrán su propias habitaciones, un carruaje, caballos para su uso exclusivo y libertad para ir y venir cuando les plazca. Tráigase a sus sirvientes, silo desea. Su salario correrá de mi cuenta durante el próximo año.

-No veo por qué es necesario...

-Para enseñar a los Bronson a comportarse como los miembros de la nobleza va a necesitar más que unas pocas horas. En cuanto nos conozca, no le cabrá ninguna duda.

-Señor Bronson. Yo no podría...

-Puede tener sus treinta mil libras, lady Holland. Pero deberá dejar a los Taylor para conseguirlas.

-Preferiría quedarme con menos y no vivir aquí.

Bronson se echó a reír de improviso, aparentemente inmune a la expresión grave de Holly.

-Se acabó, señora mía. Vivirá aquí durante un año y aceptará treinta mil libras, o no hay trato.

Turbada y nerviosa, Holly se estremeció de la cabeza a los pies.

-Entonces acepto -dijo con voz entrecortada-. Y querría que el carruaje de cuatro caballos que me ha prometido para Rose quedara estipulado en el contrato.

-Muy bien. -Bronson extendió la mano y le estrechó su pequeña mano con firmeza-. Tiene la mano fría. -Retuvo sus dedos un instante.

Era lo mismo que le había preguntado en el invernáculo la noche en que la había besado. Holly tenía una sensación muy parecida a la de entonces; estaba viviendo algo extraordinario que jamás habría anticipado.

-Sí -susurró-. De repente, me da miedo no ser la clase de mujer que siempre he creído ser.

-Todo saldrá bien -dijo él con suavidad.

-No puede pro-prometer una cosa así.

-Sí que puedo. Me hago una idea de la reacción que va a tener su familia. No se deje intimidar.

-Naturalmente que no -dijo ella, esforzándose por aparentar dignidad-. Tiene mi palabra de que no me echaré atrás.

-Bien -murmuró él. Su mirada tenía el irritante brillo de la victoria.

El carruaje de lady Holly se puso en camino. El vehículo lacado de negro despedía un brillo cegador bajo la luz del sol. Zachary corrió las cortinas de la ventana de la biblioteca y se quedó mirándolo hasta perderlo de vista. Se sentía impregnado de la misma energía explosiva que siempre lo invadía después de cerrar un trato que obraba claramente en su favor. Lady HollandTaylor iba a vivir bajo su techo, con su hija. Era una situación que nadie, ni siquiera él, habría creído posible.

¿Qué tenía ella que lo afectaba tanto? Se había excitado desde el momento en que la vio entrar, excitado y fascinado como jamás había hecho con ninguna otra mujer. El instante en que se había quitado los guantes, descubriendo sus manos delicadas y pálidas, fue el momento más erótico de todo el año.

Había conocido muchas bellezas y mujeres de gran talento, tanto en la cama como fuera de ella. No se explicaba por qué aquella viuda tan diminuta producía un efecto tan profundo en él. Tal vez fuera la calidez que se adivinaba bajo su aspecto recatado. Sin duda, era toda una dama, pero no tenía los aires ni las pretensiones que había observado en otras mujeres de

su. dase. Le gustaba la forma directa y afectuosa en que le había hablado, como si pertenecieran a la misma clase social. Era luminosa, cálida y demasiado refinada para lo que a él solía gustarle.

Preocupado, Zachary se metió bruscamente las manos en los bolsillos del oantalón. Tirándose de la chaqueta. Paseó por la biblioteca, mirandoausente la valiosa colección de volúmenes y obras de arte que había reunido. Desde su más tierna infancia sentía en su fuero interno una necesidad irrefrenable e irresistible, el impuslo de triunfar y conquistar. Lo atenazaba una insatisfacción que lo inducía a trabajar, a urdir estratagemas y hacer planes hasta avanzadas horas de la noche, mientras otros hombres dormían. Siempre había otro objeto más que adquirir, otro trato más que cerrar, una última montaña que coronar. Y entonces tal vez sería feliz. Pero jamás lo era.

De alguna forma, en compañía de lady Holly Taylor se había sentido como un hombre corriente, capaz de relajarse y divertirse. Durante la hora que lo había visitado, toda su agresividad habitual había desaparecido. Se había sentido casi... satisfecho. Aquello no le había sucedido jamás. Era imposible deshacerse de esa sensación, y quería continuar sintiéndola. Anhelaba tenerla en su casa.

Y anhelaba tenerla en su cama. Al recordar el momento preciso en que Holly se había dado cuenta de que era el hombre al que había besado, Zachary sonrió brevemente. Se había ruborizado y había empezado a temblar como una hoja. Durante unos instantes, Zachary temió que fuera incluso a desmayarse. Ojalá lo hubiera hecho; así habría tenido una excusa para volver a tenerla en sus brazos. Pero Holly había recobrado la compostura y había callado, con el evidente deseo de que él no la hubiera reconocido. Parecía que hubiera cometido un crimen mucho más grave que intercambiar un rápido beso con un desconocido en la oscuridad. A pesar de todas sus aptitudes sociales, no era sofisticada. Zachary no sabía muy bien por qué eso también lo excitaba.

Holly irradiaba una inocencia que no solían tener las mujeres casadas, como si no fuera capaz de reconocer el pecado o la depravación incluso cuando los tenía delante.

Había llorado la segunda vez que la había besado, y ya había descubierto por qué. Estaba seguro de que nadie la había besado ni acariciado desde la muerte de su esposo. «Algún día -pensó- volvería a llorar en sus brazos. Pero la próxima vez, sería de placer, no de dolor.»

4

Holly se maldijo por su impulsividad durante todo el camino de regreso. Mientras el carruaje traqueteaba por el irregular pavimento de las calles de Londres, decidió que en cuanto llegara a casa de los Taylor escribiría una carta al señor Bronson. Le diría que se había precipitado en su decisión, que un cambio de vida tan drástico no la beneficiaría ni a ella ni por supuesto a Rose. ¿En qué había estado pensando al acceder a trabajar para una familia que no conocía, una familia de una posición social muy inferior a la suya, para un hombre al que todo el mundo tenía por un sirvengüenza sin escrúpulos y un mercenario?

«Me he vuelto loca», susurró para sus adentros.

Sin embargo, el desasosiego que le producía su decisión quedaba atenuado por un deseo cada vez mayor de abandonar la vida tediosa que había llevado durante los últimos tres años. Por alguna razón, la casa que tanto consuelo le había procurado desde la muerte de George, se le había vuelto una prisión, y los Taylor carceleros sumamente amables y bienintencionados. Era injusto por su parte, lo sabía, pero así se sentía.

«Todo saldrá bien», le había murmurado el señor Bronson justo antes de que se marchara. Sabía que ella se replantearía su decisión, que incluso la fortuna que le había ofrecido no seria suficiente para convencerla de que trabajara para él, a menos que...

A menos que hubiera algo indómito y audaz en ella, algo que no le dejaría retractarse del salto al vacío que estaba a punto de dar. Y lo cierto era que quería llevarse a Rose y a Maude y dejar a los Taylor. Quería apartarse del camino marcado y previsible por el que habla caminado hasta ese momento.

¿Qué era lo peor que podía sucederle si lo hacía? Se enfrentaría a la desaprobación de la sociedad... Bueno, ¿qué más daba? La persona cuya aprobación más le importaba estaba muerta. La reacción de la familia de George la preocupaba, naturalmente, pero siempre podría insistir en que no quería continuar siendo una carga para ellos. Había que tener en cuenta a Rose, pero Holly sabía que podría persuadirla de que se tomara aquello como una aventura. Y Rose dispondría algún día de una cuantiosa dote y podría casarse con algún noble de alto rango.

Holly gimió y se cubrió el rostro con las manos, sabiendo que no iba a faltar a la promesa que le había hecho a Zachary Bronson. Porque todos sus razonamientos se resumían en una sola cosa: quería trabajar para él.

Aunque todas las personas que vivían en la casa de los Taylor, induidos los sirvientes, estaban visiblemente impacientes por saber qué había sucedido en el transcurso del té con Zachary Bronson, Holly fue escueta. En respuesta a la avalancha de preguntas, dijo que Bronson se había comportado como un caballero, que su casa era de una magnificencia extraordinaria y que la conversación había sido muy agradable. En lugar de anunciar públicamente que pronto se marcharía, decidió que sería más fácil darles la noticia a los hermanos de George y dejar que fueran ellos quienes informaran al resto de la familia. Después de la cena, solicitó verse con William y Thomas en la biblioteca, y ellos accedieron, ambos sorprendidos por aquella petición tan poco habitual.

A los hermanos les trajeron oporto y a Holly una taza de té, y ella se sentó junto al fuego en un voluminoso sillón de piel. Thomas ocupó el sillón contiguo y William se quedó de pie, con el codo apoyado en la repisa blanca de mármol de la chimenea.

-Bueno, Holly -dijo William en tono amable-. Suéltalo. ¿Qué, en el nombre de Dios, quería Bronson de ti? Creo que ya nos has mantenido en suspense durante bastante rato.

Ante aquellos dos hombres que tan dolorosamente se parecían a su marido, mirándola con la misma expresión de curiosidad en los ojos azules, Holly notó que la taza le temblaba en el plato qué sostenía. Inesperadamente se alegró de marcharse de allí. Tal vez sería mejor, más fácil, no estar rodeada de tantas cosas que le recordaban a George con tanta persistencia. «Perdóname, amor mío», pensó preguntándose si George la estaba observando en aquel preciso momento.

Despacio esforzándose por no parecer insegura Holly les explicó que Bronson deseaba contratarla como guía social e instructora de su familia por un período de un año.

Durante unos instantes, los hermanos Taylor la miraron con sorpresa, y luego Thomas se echó a reír.

-Vayá que si quiere contratarte -consiguió decir Thomas entre carcajadas. Pensar que podría emplear a uno de los nuestros. A la esposa de George, ¡nada menos! Espero que le dijeras a ese mono arrogante que tienes mejores cosas que hacer que enseñarle modales a él. Espera a que se lo cuente a los muchachos...

-¿Cuánto te ha ofrecido? -preguntó William sin secundar las carcajadas de Thomas. Al ser el hermano mayor y también el más perspicaz de los dos, había percibido algo en el rostro de Holly que le daba motivos para preocuparse.

-Una fortuna -dijo Holly en voz baja.

-¿Cinco mil? ¿Diez? -insistió William, dejando la copa de oporto en la repisa y poniéndose delante de ella.

¿Más de diez? -preguntó William con incredulidad-. Le dijiste que no estabas en venta, naturalmente.

-Le dije... -Holly guardó silencio para tomarse un sorbo de té hirviendo, luego dejó la taza y el plato en una mesita cercana. Entrelazó las manos en el regazo y habló sin mirar a ninguno de los hermanos de George-. Llevo viviendo aquí tres años y los dos conocéis mi preocupación por ser una carga para la familia...

-No eres una carga -se apresuró a interrumpirla William-. Te lo hemos dicho mil veces.

-Sí, y no tengo palabras para expresar cuánto valoro vuestra amabilidad y generosidad. No obstante...

Cuando Holly guardó silencio intentando hallar las palabras correctas, los dos hermanos adoptaron idénticas expresiones de incredulidad al darse cuenta de lo que iba a decirles.

-No -dijo William en voz baja-. No me digas que estás considerando su oferta.

Holly se aclaró la garganta, nerviosa.

-He aceptado su oferta, de hecho.

-Dios mío -exclamó William-. ¿No escuchaste ni una palabra de lo que lord Avery dijo anoche sobre él? Es un lobo, Holly. Y tú eres tan indefensa como un cordero. Puede con personas mucho más astutas y experimentadas que tú. Si no piensas en ti, al menos hazlo por tu hija. ¿No tienes el instinto maternal de protegerla?

-Estoy pensando en Rose -dijo Holly, acalorada-. Es todo lo que me queda de George. Ella es en lo único que pienso.

-Rose es también todo lo que nos queda de George a nosotros. Sería demasiado cruel, un pecado, alejarla de la única familia que ha conocido.

-Vosotros tenéis esposas e hijos propios a quienes proteger y cuidar. Yo no tengo esposo. No tengo un medio de vida. Y no quiero depender de vosotros para siempre.

William reaccionó como si ella lo hubiera agredido.

-¿Vivir aquí ha sido tan terrible? No me había dado cuenta de que nuestra compañía te resultaba tan desagradable.

-Pues claro que no. No quería decir... -Holly suspiro frustrada-. Siempre estaré agradecida por la forma en que me habéis acogido desde... pero debo pensar en el futuro. -Miró a Thomas, que seguía en el sillón junto a ella. Aunque confiaba en que se pusiera de su parte, él estaba obviamente de acuerdo con su hermano mayor.

-Me parece imposible que esté ocurriendo esto -dijo Thomas. Su tono no contenía ira, sino angustia. Holly, dime cómo pararlo. Dime qué tiene la oferta de Bronson que te ha impulsado a aceptarla. Sé que no es el dinero. No eres la clase de persona que se deja llevar por eso. ¿Es la familia? ¿Hemos hecho o dicho algo que te haya ofendido? ¿Que te diera la impresión de que no eres bien recibida?

-No -se apresuró a asegurarle Holly, sintiéndose tremendamente culpable. Querido Thomas, no creo que hubiera sobrevivido a la muerte de George sin vuestra ayuda. Es sólo que últimamente, yo...

-Bronson querrá algo más de ti aparte de que le enseñes buenos modales -la interrumpió fríamente William-. Espero que lo tengas en cuenta.

Holly lo miró con desaprobación.

-Ese comentario me parece de mal gusto, William.

-Necesitas saber lo que te espera viviendo en la casa de un hombre que toda la sociedad sabe que no es un caballero. Estarás a su merced, y tu afán por su dinero te inducirá a hacer cosas que ni siquiera puedes imaginarte.

-No soy una niña..

-No, eres una viuda joven que lleva tres años sin las atenciones de un hombre -dijo William con una contundencia brutal que la sobresalto-. Jamás serás tan vulnerable como ahora, y, por ese motivo, no hay que confiar en ninguna de las decisiones que tomes. Si es dinero lo que quieres, hallaremos alguna forma de aumentar tus ingresos. Invertiré en algo que te reporte más beneficios. Pero no voy a permitir que aceptes ni un chelín de Bronson, ese cerdo sin escrúpulos. No permitiré que te hagas eso, ni que se lo hagas a la hija de mi hermano.

-Basta, William -espeto Thomas-. Necesita comprensión y, en lugar de eso, estás haciendo todo lo posible para intimidarla y ofenderla...

-No pasa nada, Thomas -dijo Holly con serenidad. Aunque una parte de ella quería que los hermanos de George tomaran la decisión en su lugar, otra recordaba el desafío en la mirada burlona de Zachary Bronson, y su advertencia de que no se dejara intimidar-. Comprendo que William se preocupe por mi bienestar. No quiere que corneta un error. He tenido la suerte de que vosotros dos me hayáis protegido desde que George murió. Y siempre os estaré agradecida. Pero quiero que dejéis de hacerlo. Quiero tomar mis decisiones. Incluso quiero cometer algunos errores.

-No lo entiendo -dijo Thomas despacio-. ¿Por qué lo haces, Holly? Jamás pensé que el dinero fuera tan importante para ti.

Antes de que ella pudiera responder, la interrumpió la voz fría y categórica de William.

-Por primera vez, me alegro de que mi hermano esté muerto. Me alegro de que no pueda ver lo que te está ocurriendo.

Holly se puso lívida al oír aquellas palabras. Pensaba que la herirían, pero lo único que hicieron fue dejarla entumecida. Se puso en pie con dificultad y se alejó de ellos andando de espaldas.

-No vamos a ganar nada hablando más de esto. Me marcho dentro de una semana. Querría llevarme a Maude, mi doncella, si me lo permitís.

-Te vas a vivir con Bronson -dijo William en voz baja, atajando las protestas de su hermano-. Ahora entiendo exactamente lo que está pasando. Sí, llévate a Maude, desde luego.

Pero ¿y Rose? ¿Te desharás de ella con la facilidad con que te has deshecho del recuerdo de mi hermano y nos la dejarás para que cuidemos de ella? ¿O te la llevarás y permitirás que vea como te conviertes en la amante de un hombre rico?

Nadie le había hablado jamás de una forma tan insultante. Oírselo a un desconocido habría sido ya bastante doloroso, pero que proviniera del hermano de George era casi insoportable. Conteniendo las lágrimas, Holly se dirigió a la puerta.

-No abandonaría a Rose por nada del mundo -dijo, volviéndose. La voz le tembló menos de lo que esperaba.

Cuando se marchó, oyó discutir a los hermanos. Thomas censuraba a William por su crueldad, y William respondía con el tono contenido de un hombre que está a punto de montar en cólera.

«¿Qué habría querido George que hiciera ella?», se preguntó Holly, y supo la respuesta al instante. Habría deseado que se quedara bajo la protección de su familia.

Holly se detuvo en la ventana que daba a un pequeño patio. El alféizar tenía millares de arañazos y mellas. Uno de los sirvientes le había contado que George solía librar batallas con sus soldados de juguete en aquella misma ventana. Se imaginó sus pequeñas manos manipulando los hombrecillos de hierro pintado, las mismas manos que de adulto la habían acariciado y abrazado.

-Lo siento, querido -susurro-. Cuando termine este año, viviré exactamente como a ti te habría gustado. Y a Rose no le faltará de nada. Sólo este año, y luego mantendré la promesa que te hice.

5

Lady Holly bajó ágilmente del carruaje con la ayuda de un lacayo. Al mirarla, Zachary notó una peculiar sensación en el pecho, una profunda palpitación de placer. Al fin había llegado. La miró con deleite. Estaba impecable. Llevaba las manos enguantadas~ y el sedoso cabello castaño oscuro le resplandecía bajo un sombrerito provisto de un vaporoso velo que le cubría el rostro. Zachary tuvo el impulso de desarreglar su recatado aspecto, de hundirle las manos en el cabello y desabrocharle la pulcra hilera de botones que llevaba en el cuello de su vestido color chocolate.

«Otro vestido marrón», pensó Zachary frunciendo el entrecejo. Comprobar que aún no había dejado de llevar luto, que se vestía con aquellas prendas tan austeras, lo indigno. Jamás había conocido a ninguna mujer que hubiera llevado voluntariamente luto durante tanto tiempo. Su propia madre, que sin duda había amado a su padre, no había vacilado en quitarse las sofocantes ropas de luto al cabo de un año, y Zachary no la había culpado ni por un instante. Una mujer no enterraba todas sus necesidades e instintos junto con su esposo, por mucho que la sociedad pretendiera lo contrario.

Las viudas excesivamente devotas eran muy admiradas y se las ponía en un pedestal para dar ejemplo a las demás mujeres. No obstante, Zachary snsnechaba oue lady Hollv no seguía llevando luto porque estuviera bien visto o porque deseara que la admiraran. Lamentaba sinceramente la muerte de su esposo. Zachary se preguntó qué clase de hombre había inspirado un vínculo tan apasionado. Lord George Taylor había sido un aristócrata, de eso no cabía duda. Como Holly, alguien bien educado y honorable. «Alguien completamente distinto a él», pensó Zachary con tristeza.

Una sirvienta y una niña descendieron por las escalerillas móviles que habían colocado ante la puerta del carruaje, y Zachary se fijó en la niña. Al mirarla, no pudo evitar sonreír. Rose era una muñequita idéntica a su madre, con las mismas facciones hermosas y largos cabellos castaños, adornados por un lazo azul pálido prendido en la coronilla. Rose parecía un poco nerviosa y estrujaba entre sus manitas algo que resplandecía como las joyas, mientras contemplaba el esplendor de la casa y los jardines.

Zachary pensó que tal vez debería quedarse en la casa y recibir a lady Holly en el salón, o incluso en el recibidor, en lugar de salir a su encuentro. «~Qué diablos!», pensó, ceñudo, y bajó las escaleras a grandes zancadas, decidiendo que si daba un paso en falso, lady Holly no dudaría en indicárselo.

Se acercó mientras ella estaba dando instrucciones a los lacayos que descargaban los baúles y las maletas. Levantó el ala del sombrero para mirar a Zachary y esbozó una sonrisa.

-Buenos días, señor Bronson.

El se inclinó y la estudió con la mirada. Estaba tensa y pálida, como si llevara varias noches sin dormir, y Zachary supo de inmediato que los Taylor debían de haberle hecho pasar un infierno.

-¿Tan mal ha ido? -preguntó con suavidad-. Deben de haberla convencido de que soy la encarnación del diablo.

-Habrían preferido que trabajara para el mismo diablo -dijo ella, y se echó a reír.

-Intentaré no corromperla hasta el punto de dejarla irreconocible, señora mía.

Holly puso las yemas de los dedos en el diminuto hombro de su hija y la empujó con suavidad. Su orgullo de madre fue patente cuando habló.

-Ésta es mi hija Rose.

Zachary se inclinó y la niña le hizo una reverencia perfecta. Luego Rose habló sin dejar de mirarlo a los ojos.

-¿Eres el señor Bronson? Hemos venido a enseñarte modales.

Zachary sonrió a Holly.

-Cuando cerramos el trato, no sabía que serían dos en lugar de una. Con cautela, Rose tomó la mano de su madre.

-¿Es aquí dónde vamos a vivir, mamá? ¿Hay una habitación para mí? Zachary se puso en cuclillas y la miró con una sonrisa en los labios.

-Creo que te han preparado una habitación junto a la de tu madre-le dijo. Se fijó en el amasijo de objetos brillantes que Rose tenía entre las manos-. ¿Qué es eso, señorita Rose?

-Mi cordel de botones.

La niña desenrollo un trozo del cordel, que tenía varios botones cuidadosamente ensartados... botones grabados con flores, frutas o mariposas, otros hechos de cristal oscuro y unos cuantos de esmalte y papel pintados.

-Éste es mi botón del perfume dijo Rose con orgullo, enseñándole un botón grande forrado de terciopelo. Se lo llevó a la nariz e inhalo profundamente-: Mamá le pone su perfume para mí, para que huela bien.

Cuando Rose se lo ofreció, Zachary bajó la cabeza y detecto una tenue fragancia a flores que reconoció al instante.

-Sí -dijo en voz baja, mirando el rostro ruborizado de lady Holly-. Huele exactamente igual que tu mamá.

-Rose -dijo Holly visiblemente turbada-, ven conmigo; las damas no se quedan hablando en la entrada de casa.

-No tengo ningún botón como ése -le dijo Rose a Zachary~ sin prestar atención a las palabras de su madre, mientras se fijaba en uno de los grandes botones de oro macizo que adornaban la chaqueta de Zachary.

Siguiendo el dedito de Rose, Zachary vio que el primer botón tenía grabada una escena de caza en miniatura. Hasta ahora, no había reparado en ello.

-Concédame el honor de aumentar su colección, señorita Rosedijo, mientras metía la mano en el bolsillo de la chaqueta para sacar una navaja de plata plegable. Con destreza, cortó los hilos que sujetaban el botón a la chaqueta y se lo entregó a la niña.

-Oh, gracias, señor Bronson -exclamó Rose excitada-. ¡Gracias!-Se apresuré a ensartar el botón en el cordel antes de que su madre pudiera poner ninguna objeción.

-Señor Bronson -balbuceo Holly-, un caballero no saca a... armas en presencia de damas y niños...

-No es un arma. -Con naturalidad, Zachary volvió a meterse la navaja en la chaqueta y se levantó-. Es una herramienta.

-En cualquier caso, no es... -Holly se quedó callada al ver lo que estaba haciendo su hija-. Rose, debes devolverle ese botón al señor Bronson ahora mismo. Es demasiado bonito y caro para tu colección.

-Pero me lo ha dado -protestó Rose, moviendo frenéticamente sus cortos deditos hasta tener el botón bien ensartado en el cordel.

-Rose, insisto...

-Deje que se lo quede -dijo Zachary, sonriendo ante la evidente turbación de Holly-. No es más que un botón, señora.

-Parece de oro macizo, y forma parte de un juego...

-Venga conmigo -la interrumpió él, ofreciéndole invitadoramente el brazo-. Mi madre y mi hermana están dentro, esperándola.

Frunciendo el entrecejo, lady Holly lo tomó del brazo.

-Señor Bronson -dijo en tono resuelto-. Me he esforzado mucho para que mi hija no sea consentida. Por lo tanto...

-Lo ha conseguido -dijo él, subiendo con ella las escaleras de la entrada mientras la doncella los seguía con Rose-. Su hija es encantadora.

-Gracias. Pero no quiero que Rose se habitúe a su estilo de vida derrochador. Y quiero que mis instrucciones con respecto a ella se sigan al pie de la letra. Debe tener una vida disciplinada y ordenada, como tuvo en casa de los Taylor.

-Naturalmente -se apresuro a decir él, intentando aparentar sumisión y humildad. Detrás de ellos, el cordel de botones que arrastraba Rose tintineo alegremente.

La turbación de Holly no disminuyó cuando entró en la casa y contemplo una vez más su exagerada opulencia. «Dios mio -pensó, súbitamente preocupada-. ¿Cómo va a vivir aquí gente corriente?» Miró a Maude, que se había quedado muda mirando las columnas doradas de dos pisos de altura que había junto a las paredes del recibidor y las gigantescas arañas de cristal que iluminaban el recinto.

-Escucha, mamá -exclamó Rose, y empezó a hacer ruiditos que reverberaron en aquel espacio tan inmenso-. ¡Hay eco!

-Cállate, Rose. -Holly miró al señor Bronson, que parecía estar reprimiendo una sonrisa ante las payasadas de la niña.

Apareció una mujer fornida de unos cuarenta años que se presenté con bastante brusquedad como la señora Burney, el ama de llaves.

Con expresión perpleja, Maude se fue con ella por la escalera barroca que conducía a las habitaciones, donde debía supervisar cómo deshacían el equipaje.

Holly mantuvo a Rose a su lado mientras proseguían por un circuito de ornados recibidores. Entraron en un saloncito que alternaba en las paredes paneles de terciopelo verde estampado con otros dorados, y tenía muebles franceses decorados con pan de oro. Los esperaban dos mujeres que se pusieron nerviosamente en pie al entrar ellos. La más joven, una muchacha alta de un atractivo impresionante con una rebelde mata de pelo negro recogida en la coronilla, se acercó.

-Bienvenida, lady Holland -exclamó, sonriendo ampliamente.

Sin embargo. Holly notó que la estudiaba con nerviosismo y timidez.

-Mi hermana Elizabeth -musité Bronson.

-No di crédito a mis oídos cuando Zach nos dijo que usted vendría a vivir aquí -exclamó la muchacha-. Es usted muy valiente atreviéndose con el lote completo. Intentaremos que esto no sea un infierno para usted.

-En absoluto -respondió Holly, sabiendo al instante que la hermana de Bronson le agradaba-. Sólo espero poder serles de ayuda, y tal vez ofrecerles alguna orientación cuando sea necesario.

-Oh, necesitaremos mucha orientación -le aseguré Elizabeth con una risotada.

Había un claro parecido entre Bronson y su hermana. Tenían el mismo cabello negro, los mismos ojos negros y brillantes, y la misma sonrisa pícara. También irradiaban una energía desbordante, como si sus mentes activas y su inmejorable salud física no les permitieran relajarse durante más de unos minutos.

«No sería difícil para Elizabeth atraer pretendientes -pensó Holly-.

No obstante, le haría falta un compañero fuerte, pues la riqueza de su hermano, combinadas con su propio vigor, intimidarían a muchos hombres.»

Elizabeth sonrió, leyéndole aparentemente el pensamiento a pesar de que Holly la miraba con mucha discreción.

-La única razón por la que Zach quiere que me refine un poco es para que le resulte más fácil casarme con algún aristócrata ricachón -dijo sin tapujos-. Sin embargo, debo advertirle que mi concepto de un buen esposo es muy distinto del de Zach.

-Conociendo algunas de las opiniones de su hermano sobre el tema -dijo Holiy en tono neutro-, estoy totalmente dispuesta a ponerme de su parte, señorita Bronson.

La muchacha se echó a reír encantada.

-Oh, usted me agrada, señora -exclamó, y se fijó en la niña que aguardaba pacientemente junto a Holly-. Caramba, tú debes de ser Rose. -La voz se le suavizó a medida que hablaba-. Creo que eres la niña más guapa que conozco.

-Tú también eres guapa, como una gitana -dijo Rose con franqueza.

-Rose -la reprendió Holiy, temiendo que Elizabeth fuera a ofenderse con el comentario, pero la joven se echó a reír.

-Eres una monada -exclamó, arrodillándose para examinar el cordel de botones de Rose.

Mientras Rose le mostraba a Elizabeth las maravillas de su colección de botones, Holiy se dirigió a la otra mujer, que parecía estar deseando que se la tragara la tierra. «La madre de Bronson», pensó, y sintió una repentina compasión hacia ella cuando vio lo incómoda que se sentía mientras su hijo hacía las presentaciones.

Sin duda, Paula Bronson había sido una mujer bella, pero los años de trabajo y las preocupaciones le habían dejado su huella. Tenía las manos permanentemente ásperas y enrojecidas por los arduos trabajos que había desempeñado, y el rostro surcado de arrugas demasiado profundas para una mujer de su edad. El pelo, que llevaba recogido en un moño muy apretado, había sido negro azabache, pero estaba profusamente veteado de gris. No obstante, seguía teniendo las facciones bellas, y los ojos castaños eran cálidos y aterciopelados. Presa de la timidez, Paula consiguió a duras penas darle la bienvenida.

-Señora -dijo, obligándose a mirarla a los ojos-, mi hijo tiene el don de... de conseguir que los demás hagan cosas que no quieren hacer. Espero que no esté aquí en contra de su voluntad.

-Madre -murmuro Zachary. La miró divertido-. Por lo que dices, parece que haya traído a lady Holly encadenada hasta aquí. Yo jamás obligo a nadie a hacer nada que no quiera. Siempre le doy opción.

Mirándolo con escepticismo, Holly se acercó a su madre.

-Señora Bronson -dijo afectuosamente, tomándole la mano y apretándosela con suavidad-, le aseguro que deseo estar aquí. Me encanta la perspectiva de poder ser útil. Durante los últimos tres años he estado de luto y... -Guardó silencio, buscando las palabras idóneas, y Rose la interrumpió con lo que ella consideraba un comentario de vital importancia.

-Mi papá no viene a vivir aquí con nosotros porque ahora está en el cielo. ¿No es cierto, mamá?

Se hizo un repentino silencio. Holly miró a Zachary Bronson, que estaba impasible.

-Eso es, querida -respondió suavemente a su hija.

Mencionar a George había envuelto la escena en un velo mortuorio, y Holly intentó pensar en algo para salvar la situación. No obstante, cuanto más se alargaba el silencio, más difícil parecía romperlo. En un arrebato de desesperación, no pudo evitar pensar que si George estuviera vivo, elia jamás se hallaría en aquella situación, mudándose a la casa de unos desconocidos, aceptando empleo de un hombre como Zachary Bronson.

De repente, Elizabeth rompió el silencio con una sonrisa radiante, si bien un poco forzada.

-Rose, déjame que te enseñe tu nueva habitación. ¿Sabes que mi hermano ha comprado una tienda entera de juguetes para ti? Muñecas, libros, y la casa de muñecas más grande que has visto en tu vida.

Cuando la niña dio un grito de alegría y se apresuro a seguirla, Holly clavo en Zachary Bronson una mirada reprobatoria.

-Una tienda entera de juguetes.

-Nada de eso -dijo Bronson de inmediato-. Elizabeth es propensa a exagerar. -Miró a Paula, exigiéndole tácitamente que le diera la razón-. ¿Verdad, madre?

-Bueno -dijo Paula insegura-. La verdad es que te...

-Estoy seguro de que lady Holland querrá que le enseñemos la casa mientras deshacen su equipaje -se apresuro a interrumpirla Bronson-. ¿Por qué no se la enseñas tú?

Presa de un evidente ataque de timidez, la señora Bronson murmuro alguna excusa y se marchó a toda prisa, dejándolos a los dos solos en el saloncito.

Ante la mirada reprobatoria de Holly, Zachary se metió las manos en los bolsillos y se puso a golpetear rítmica e impacientemente el suelo con la punta del zapato.

-¿Qué hay de malo en uno o dos juguetes de más? -dijo por fin en un tono excesivamente razonable-. ‘Su habitación era casi tan alegre como una celda carcelaria. Pensé que una muñeca y unos cuantos libros la harían más acogedora...

-En primer lugar -lo interrumpió Holly-, dudo que alguna habitación de esta casa pueda describirse como una celda carcelaria. En segundo lugar, no quiero que me hija se vuelva consentida y se deje influir por sus desmedidos gustos.

-Bien -dijo él frunciendo el entrecejo-. Entonces nos desharemos de los malditos juguetes.

-Por favor, cuide su vocabulario en mi presencia -dijo Holly, y suspiro-. ¿Cómo voy a quitarle los juguetes a Rose después de que los haya visto? No entiende mucho de niños, ¿verdad?

-No -dijo él ásperamente-. Sólo sé sobornarlos.

Holly sacudió la cabeza y su disgusto dio repentinamente paso a la diversión.

-No hay necesidad de sobornar a Rose, ni a mí, por cierto. Le di mi palabra de que no me echaría atrás. Y, por favor, no mueva el pie de esa forma.., no es de buena educación.

El impaciente golpeteo cesó de inmediato y Bronson la miro con ironía.

-¿Hay algo más de mi educación que desearía cambiar?

-Sí, ahora que lo dice. -Holly vaciló cuando sus miradas se encontraron. Se le hacia extraño dar instrucciones a un hombre como aquél. Sobre todo, a un hombre tan poderoso y con un fisico tan imponente como el de Bronson. No obstante, la había contratado para aquel propósito específico, y ella demostraría que podía estar a la altura-. No debe meterse las manos en los bolsillos; no son buenas formas.

-¿Por qué? -preguntó él, sacándoselas.

Holly enarcó una ceja mientras pensaba en la respuesta.

-Supongo que porque indica que tiene algo que ocultar.

-Tal vez lo tenga. -Bronson no dejó de mirarla cuando Holly se acercó a él.

-A mí me han insistido mucho en la forma correcta de llevar el cuerpo -dijo Holly-. Las damas y los caballeros deben aparentar serenidad en todo momento. Intente no encogerse nunca de hombros ni cambiar el peso de una pierna a otra, y gesticule lo menos posible.

-Eso explica por qué los aristócratas están siempre tan rígidos como un cadáver -musito Bronson.

Conteniendo una carcajada, Holly lo miró muy seria.

-Inclínese ante mí, por favor -le ordenó-. Cuando ha salido a recibirnos, creo que he notado algo...

Bronson miró la puerta del saloncito para asegurarse de que nadie los veía.

-¿Por qué no empezamos las clases mañana? Estoy seguro de que quiere deshacer el equipaje y acostumbrarse al lugar...

-Ahora mejor que nunca -le aseguro ella-. Inclínese, por favor.

Murmurando algo para sus adentros, Bronson obedeció.

-Eso es -dijo Holly en voz baja-. Ha vuelto a hacerlo.

-¿El qué?

-Cuando se inclina, no debe dejar de mirar a la persona a la que se dirige, no debe bajar los ojos, ni siquiera un instante. Parece una nimiedad, pero es muy importante.

Sólo los sirvientes y los subordinados se inclinaban bajando la mirada y desconocer aquel detalle colocaba automáticamente a un hombre en inferioridad de condiciones.

Bronson asintió, tomándose el comentario con la seriedad que ella pretendía. Volvió a inclinarse, esta vez sin dejar de mirarla. De repente, Holly se quedó sin respiración, incapaz de apartar la mirada de aquellos ojos tan negros y profundos como la noche... de aquella mirada tan perversa y enigmática.

-Eso está mucho mejor -consiguió decir-. Creo que dedicaré el resto del día a elaborar una lista con las asignaturas que necesitamos estudiar: porte, normas de conducta en la calle y en casa, normas para las visitas y las conversaciones, etiqueta en el salón de baile y... ¿sabe bailar, señor Bronson?

-No muy bien.

-Entonces, tendremos que empezar enseguida. Conozco a un profesor de baile excelente que le enseñará todo lo que hay que saber sobre la alemanda, el reel, la cuadrilla y el vals...

-No -la atajo Bronson-. Que me aspen si tiene que enseñarme algún petimetre. Contráte-lo para Elizabeth, si lo desea. No baila mejor que yo.

-¿Quién le enseñará a usted, entonces? -pregunté Holly, obligándose a adoptar un tono paciente.

-Usted.

Ella sacudió la cabeza, riéndose para expresar su desacuerdo.

-Señor Bronson, no estoy cualificada para enseñarle a bailar como es debido.

-Sabe bailar, ¿no?

-Existe una inmensa diferencia entre saber hacer algo y poder enseñárselo a otra persona. Debe permitirme que contrate un profesor experto...

-La quiero a usted -dijo él obstinado-. Le pago una fortuna y espero que mi dinero dé fruto. Lo que aprenda durante los próximos meses, me lo enseñará usted.

-Muy bien. Haré lo que pueda, señor Bronson. Pero no me culpe si asiste a un baile algún día y ni siquiera baila bien una cuadrilla.

Bronson sonrió.

-No infravalore sus capacidades, señora. Jamás he conocido a nadie a quien se le diera tan bien decirme lo que debo hacer. Salvo mi madre, naturalmente. -Le ofreció el brazo-. Venga conmigo a la pinacoteca. Quiero enseñarle mi Da Vinci.

-¿Qué? -preguntó Holly, atónita-. No tiene ningún Da Vinci, señor Bronson. Al menos, la semana pasada no lo tenía, y nadie podría...

-Guardé silencio cuando vio el brillo de los ojos de Bronson-. ¿Ha adquirido un Da Vinci? -preguntó con un hilillo de voz-. ¿Cómo...? ¿Dónde...?

-La National Gallery de Londres -respondió él, dirigiéndose a la biblioteca y a la pinacoteca contigua-. Tuve que intercambiarlo por algunos de mis cuadros y prometerles que les construiría una sala para albergar una colección de estatuaria romana. Y técnicamente la pintura sigue sin ser mía... Pagué un rescate digno de un rey únicamente para que me dieran ese maldito cuadro en préstamo por un período de cinco años. Deberla haber estado presente en las negociaciones. Hacer tratos con los banqueros y los hombres de negocios de Londres no es moco de pavo, pero, por lo que he visto, los directores de museos son los cerdos más ambiciosos de todos...

-Señor Bronson, su vocabulario -le reprendió Holly-. ¿Qué pintura ha adquirido?

-Una madona con niño. Me dijeron que era un ejemplo soberbio de no sé qué técnica italiana para la luz y las sombras.

-¿El claroscuro?

-Si, eso.

-Dios mío -dijo Holly, perpleja-. Tiene un Da Vinci. Me pregunto si hay algo que no esté al alcance de su dinero. -Había algo en la actitud de Zachary, una cierta presuncion~ un entusiasmo juvenil, que le ablando inesperadamente el corazón. Zachary Bronson era un hombre despiadado a quien sin duda mucha gente temía. No obstante, presentía que su necesidad de pertenecer a una sociedad que estaba tan decidida a rechazarlo era un indicio de su vulnerabilidad. Siendo un hombre inteligente, había adquirido todas las guarniciones~ la casa y las tierras, los purasangre, las pinturas y la ropa bien confeccionada, pero su objetivo definitivo se hallaba aún muy lejos.

-Por desgracias aún hay unas cuantas cosas que no puedo comprar-dijo Bronson, como si le leyera el pensamiento. Holly se quedo mirándolo con fascinación.

-¿Qué es lo que más desea?

-Ser un caballero, naturalmente.

-No lo creo -musito ella-. Usted no quiere ser realmente un caballero, señor Bronson. Sólo quiere aparentarlo.

Zachary se detuvo y se volvió. Tenía las cejas enarcadas y la miraba divertido.

Holly se quedó sin respiración al darse cuenta de lo que acababa de decir.

-Perdóneme -se apresuro a decir-. No sé por qué...

-Tiene razón. Si fuera realmente un caballero, en lugar de querer sólo aparentarlo jamás triunfaría en el mundo de los negocios. Los verdaderos caballeros no tienen la mentalidad ni los arrestos para hacer dinero.

-No estoy de acuerdo con eso.

-.¿Oh? Nómbreme a un caballero auténtico que usted conozca que sepa defenderse en el mundo de los negocios.

Holly pensó durante un buen rato, repasando mentalmente la lista de hombres que eran conocidos por su perspicacia comercial. No obstante, los que se podían llamar realmente emprendedores triunfadores en el sentido al que se refería Bronson, habían perdido la pátina de honor e integridad que en un tiempo los habla definido como auténticos caballeros. Incómoda, reflexioné sobre la facilidad con que se deteriora la reputación de un hombre cuando se lanza en pos de la gloria económica. No se podía navegar en aguas turbulentas sin sufrir el embate de las olas.

Bronson sonrió con suficiencia ante su silencio.

-Exactamente.

Frunciendo el entrecejo, Holly se puso a caminar a su lado, declinando tomarle el brazo.

-Aumentar la fortuna no debería ser el objetivo prioritario en la vida de un hombre, señor Bronson.

-¿Por qué no?

-El amor, la familia, la amistad... Esas son las cosas que importan. Y, definitivamente, la mayoría no puede comprarse.

-Se sorprendería -dijo él, y Holly no pudo evitar reírse de su cinismo.

-Sólo espero que algún día, señor Bronson, encuentre alguien o algo por lo que renunciaría gustosamente a su fortuna. Y espero estar allí para presenciarlo.

-Tal vez lo esté -dijo él, y la guié por otro largo pasillo.

Aunque Holly enseguida se despejaba cuando Rose se metía en su cama para darle el beso de buenos días, ese día se resistía a que la sacara de su sueño reparador. Murmuro adormecida y hundió la cara en la almohada, mientras Rose hacía cabriolas a su alrededor.

-Mamá -gritó la niña, metiéndose bajo las cálidas mantas-. Ma*ma,* ¡despierta! Ya ha salido el sol, y hace un día espléndido. Quiero jugar en los jardines. Y visitar los establos. El señor Bronson tiene muchos caballos, ¿lo sabías?

Maude escogió justo aquel momento para entrar en la habitación.

-El señor Bronson tiene mucho de todo -fue la irónica observación de la doncella, y Holly desenterró la cara de la almohada, sofocando una risa. Diligentemente, Maude llenó de agua caliente el lavamanos con repisa de mármol, y sacó el cepillo y el peine con base de plata, junto con otros artículos de higiene.

-Buenos días, Maude -dijo Holly, sintiéndose anormalmente alegre-. ¿Has dormido bien?

-Sí, y nuestra Rose también. Sospecho que se agoté jugando con todos aquellos juguetes. ¿Y usted, señora?

-He dormido maravillosamente bien. -Después de haberse pasado las últimas noches dando vueltas en la cama y levantándose en plena noche acosada por las dudas, Holly había sucumbido finalmente a un sueño profundo. Supuso que era natural que se relajara, una vez instalada bajo el techo del señor Bronson y sin poder echarse atrás. Y les habían destinado unas habitaciones muy hermosas, grandes y ventiladas, decoradas en beige y rosa, y con las paredes blancas artesonadas. Las ventanas tenían vaporosas cortinas de encaje de Bruselas y los sillones franceses estaban cubiertos por tapices gobelinos. La cama tenía labrado un motivo de caracolas a juego con el inmenso armario situado enfrente.

A Holly le complacía que Rose tuviera una habitación contigua a la suya en lugar de estar relegada al último piso, donde solían hallarse los cuartos de los niños. La habitación tenía muebles de cerezo de tamaño infantil y estanterías llenas de volúmenes con bellas ilustraciones, y una mesa de caoba con la casa de muñecas más grande que Holly había visto en su vida. Cada detalle de la casa era de una perfección asombrosa, desde las diminutas alfombras de Aubusson que cubrían los suelos hasta los jamones y pollos, del tamaño de un dedal, que colgaban del techo de la cocina.

-He tenido un sueño espléndido -comenté Holly, bostezando y frotándose los ojos. Se incorporo y empezó a apilar un montón de mullidos almohadones-. Estaba paseando por un jardín lleno de rosas rojas... Eran enormes, con pétalos aterciopelados, y parecían tan reales que incluso las olía. Y lo más extraordinario era que podía recoger tantas como quisiera, y no tenían espinas.

-¿Rosas rojas, dice? -Maude la miró con interés-. Dicen que soñar con rosas rojas significa que pronto será afortunada en amores.

Holly la miró sorprendida, luego sacudió la cabeza y sonrió con melancolía.

-Ya lo he sido. -Mirando a la niña acurrucada junto a ella, le besé los cabellos-. Todo mi amor es para ti y para tu padre -musito.

-¿Puedes seguir queriendo a papá ahora que está en el cielo? -le preguntó Rose, mientras recogía la muñeca que había dejado en la colcha de seda bordada.

-Claro que sí. Tú y yo seguimos queriéndonos incluso cuando no estamos juntas, ¿no?

-Sí, mamá. -Rose le sonrió y le enseño la muñeca-. Mira. Una de mis nuevas muñecas. Ésta es mi favorita.

Holly miré el juguete con una sonrisa de admiración. La cabeza, los brazos y los pies eran de porcelana barnizada, y las facciones, pintadas con suma delicadeza, quedaban enmarcadas por una mata de pelo natural adherido mechón a mechón. La muñeca llevaba un exuberante vestido de seda con botones, lazos y volantes, y en los pies tenía pintados unos zapatitos rojos.

-Es preciosa -dijo Holly con franqueza-. ¿Y cómo se llama, querida?

-Magdalena.

Holly se echó a reír.

-Intuyo que tú y ella vais a tomaros muchos tés juntas.

Rose abrazó la muñeca y miró a Holly por encima de la cabecita del juguete.

-¿Puedo invitar al señor Bronson a uno de nuestros tés, mamá?

Holly dejé de sonreír cuando le respondió.

-No creo que vaya a ser posible, Rose. El señor Bronson es un hombre muy ocupado.

-Oh.

-Ese señor Bronson es bien raro -comento Mande, sacando una bata con volantes del armario y sosteniéndola para que Holly metiera los brazos por las mangas-. Esta mañana he estado hablando con algunos criados; tuve que ir a buscar el agua caliente yo misma, porque al parecer aquí no acude nadie cuando suena la campanilla; y me han contado unas cuantas cosas sobre él.

-¿Como qué? -preguntó Holly casualmente, disimulando la curiosidad.

Indicándole a Rose que se acercara, Mande le puso una camiseta y unas calzas limpias de color blanco, y gruesas medias de algodón.

-Dicen que es un buen amo y que a nadie le falta de nada. Pero la casa no está bien dirigida. El ama de llaves, la señora Burney, y todos los criados saben que el señor Bronson no tiene ni idea de cómo funcionan las casas de los nobles auténticos.

-Y por eso se aprovechan de su ignorancia en ese terreno -concluyó Holly, sacudiendo la cabeza en señal de desaprobación. En aquel instante, decidió que, aunque no consiguiera nada más en el tiempo que pasara allí, al menos se aseguraría de que la servidumbre recibiera instrucción. Zachary Bronson se merecía que sus empleados le proporcionaran un buen servicio.

No obstante, lo que Maude dijo a continuación extinguió en ella todo deseo desinteresado por ayudarlo. Poniéndole a Rose un vestido blanco de volantes por la cabeza, la doncella se aseguré de que la niña no pudiera oírla cuando prosiguió.

-Dicen, señora, que el señor Bronson es un salvaje. A veces, ha dado fiestas aquí, con montones de bebida, juegos y prostitutas, y sus invitados eran miembros de la alta sociedad de muy mala reputación. Después de una de esas fiestas, tuvieron incluso que cambiar las alfombras y los muebles de algunas habitaciones...

-~Maude! -Rose se retorció incómoda bajo la tienda de volantes blancos.

-Y aseguran que el señor Bronson es el caballero más libertino que existe -dijo Mande, aparentemente complacida ante la muda expresión de terror que adopté Holly-. No tiene escrúpulos ni con las lavanderas ni con las duquesas, persigue todo lo que lleva faldas. Una de las doncellas, Lucy, dice que en una ocasión lo vio con dos mujeres a la vez. -Dándose cuenta de que Holly no captaba el significado, Mande añadió en un susurro-. ¡En la cama, señora!

-Mande -dijo Rose debajo del vestido que la envolvía-. No puedo respirar.

Mientras Mande le bajaba el vestido a la niña y le ataba una cinta azul en la cintura, Holly guardo un compungido silencio y analizó la información. ¿Dos mujeres a la vez? Jamás había oído nada igual; no podía imaginarse cómo o por qué iba a hacerse nada semejante. Notó una sensación decididamente desagradable. Por lo visto, Zachary Bronson sabía lo que era la depravación. Inquieta, se preguntó cómo podría influir en un hombre como aquél. Sin duda, era una locura siquiera intentarlo. Bueno, el señor Bronson tendría que cambiar. Allí no invitarían a ningún aristócrata de mala reputación, ni habría juegos ni conductas licenciosas de ninguna clase. En cuanto tuviera la más mínima sospecha de que en aquella casa ocurría algo escandaloso, ella, Rose y Maude se marcharían de inmediato.

-El señor era boxeador, ¿lo sabía? -le preguntó Maude a Holly, y se dispuso a quitarle los enredos a Rose.

La niña suspiro y aguardo con una paciencia tremenda, mirando a Magdalena con resignación.

-¿Te falta mucho? -pregunto, haciendo sonreír a la doncella.

-¡Acabaré en cuanto haya peinado estas greñas que llevas, señorita!

-Sí, lo había oído -dijo Holly, arrugando la frente.

-Durante unos dos años más o menos, me ha dicho James, el lacayo -le informó Mande-. El señor Bronson peleaba sin protegerse los nudillos, eso hacía, y siempre que subía al *ring se* llevaba a casa la bolsa llena. De hecho, James lo vio pelear en una ocasión, mucho antes de que hiciera su fortuna. ¿No le parece increíble? James dice que el señor Bronson tiene el mejor cuerpo que ha visto en su vida, con unos brazos que no puedes abarcar con las dos manos y el cuello tan fuerte como un toro. Y peleaba con muchísima sangre fría, sin dejarse llevar jamás por la pasión. El campeón de los puños perfecto.

La consternación de Holly fue en aumento con cada palabra que decía la doncella.

-Oh, Mande... Debí de estar loca para traeros aquí. Es imposible intentar enseñarle buenos modales.

-No lo creo, señora -respondió Mande mientras se apartaba los cabellos rubios que se le hablan salido de la cofia-. Al fin y al cabo, el señor ha conseguido dejar el *ring* y tener la casa más ostentosa de todo Londres. Seguramente, convertirse en un caballero es sólo otro paso más.

-Pero es el más grande -dijo Holly con ironía.

Rose recogió la muñeca y se acercó a la cama.

-Yo te ayudaré, mamá. Le enseñaré modales al señor Bronson.

Holly le sonrió con afecto.

-Te agradezco que quieras ayudar, querida. Pero quiero que te relaciones lo menos posible con el señor Bronson. No es... un buen hombre.

-Sí, mamá -dijo Rose obedientemente, mirándola con desilusión.

Como había dicho Mande, ningún sirviente acudía a las habitaciones por mucho que se tocara la campanilla, y Holly acabó por rendirse con un suspiro de frustración.

-Si esperamos a que un criado le traiga el desayuno a Rose a la habitación, se morirá de hambre -musito-. Tendré que hablar con la señora Burney esta mañana, y quizás ella me explique por qué ninguno de los ochenta criados que hay en esta casa es capaz de subir las escaleras.

-No son buenos, señora -dijo Mande enigmáticamente-. Ninguno de ellos. Cuando he pasado por las cocinas esta mañana, he visto una doncella con la barriga así de grande -indicó un embarazo avanzado-, y otra dándole besos a su amante, allí mismo, en medio de la cocina, fíjese, y otra muchacha se había quedado dormida en la mesa. Había un lacayo que se paseaba con el cabello a medio empolvar y otro que no hacía más que protestar porque nadie le había lavado las calzas de la librea el día de la colada.

-Por favor, no sigas -le suplicó Holly, riéndose para no llorar, alzando las manos con desespero-. Hay tanto que hacer que apenas sé por dónde empezar. -Se inclinó y le estampo un beso a su hija-. Rose, querida, ¿por qué no te bajas a Magdalena y vemos si podemos desayunar?

-¿Desayunar contigo? -preguntó la niña encantada. Como la mayoría de niños de su posición, estaba acostumbrada a tomar el desayuno en su habitación. Comer con los adultos era un privilegio que normalmente sólo se concedía a niños de la edad apropiada y con unos modales impecables.

-Esta mañana solamente -dijo Holly riéndose, apretando suavemente el gran lazo azul que su hija llevaba en el pelo-. Y espero sinceramente que darás buen ejemplo a los Bronson.

-~Oh, sí! -Poniendo a Magdalena frente a ella, Rose empezó a instruirla sobre la importancia de comportarse como una dama.

Sin saber muy bien cómo, Holly consiguió llevar a su hija y a la doncella hasta la habitación donde se servía el desayuno, de la que emanaba un aroma muy apetitoso. El recinto, con altas ventanas que daban a los suntuosos jardines y las paredes artesonadas con motivos florales dorados, era encantador. Había una mesa auxiliar con calentadores de platos, que estaba repleta de bandejas de plata maciza, y un soporte giratorio de varios pisos con compartimentos de porcelana. La araña de cristal vertía luz sobre seis mesitas redondas.

Elizabeth Bronson ya estaba sentada en una de las mesas, llevándose una delicada taza de porcelana a los labios. Al ver entrar a Holly, Mande y Rose, les dedicó una sonrisa radiante.

-Buenos días -dijo alegremente-. Caramba, Rose, ¿vas a desayunar con nosotras? Qué bien. Espero que te sientes a mi lado.

-~Y Magdalena también? -preguntó Rose, enseñándole su nueva muñeca.

-Magdalena tendrá su propia silla -dijo Elizabeth con solemnidad- y las tres hablaremos sobre lo que vamos a hacer hoy.

Entusiasmada de ver que la trataban como a una persona mayor, Rose fue hacia la muchacha con toda la rapidez que le permitieron sus piernecitas. En silencio, Maude se puso a prepararle el plato del desayuno, como si quisiera demostrar a la servidumbre la forma correcta de desempeñar sus obligaciones.

Holly se dirigió al aparador, donde Zachary Bronson se estaba llenando el plato con un surtido de huevos, embutidos, panes y verduras. Aunque llevaba una elegante chaqueta gris oscuro, pantalones negros y un chaleco gris claro, recordaba vagamente a un pirata. Holly supuso que, por mucho que se refinara, nunca podría disimular por completo que se había criado en las calles. Cuando clavo en ella sus ojos oscuros, Holly notó un hormigueo justo debajo de las costillas.

-Buenos días -musito Bronson-. Espero que haya descansado. Recordando los escandalosos comentarios sobre su conducta licenciosa, Holly respondió con una sonrisa cortés y distante.

-Muy bien, gracias. Veo que hemos llegado a tiempo para tomar juntos el desayuno.

-Yo ya llevo un rato -respondió Bronson alegremente-. Éste es mi segundo plato.

Holly enarcó involuntariamente las cejas al ver la montaña de comida que pensaba tomarse.

El ama de llaves entro en la habitación justo en aquel momento, y Holly la miró interrogante.

-Buenos días, señora Burney... Como ve, he bajado a mi hija para que desayune, porque parece que nadie responde a la campanilla. Me pregunto si a lo mejor se ha estropeado el mecanismo.

-Tenemos todos mucho trabajo, señora -respondió el ama de llaves inexpresiva, mostrando únicamente su desagrado con la mirada y la expresión de la boca-. Las criadas no pueden responder a la campanilla cada vez que la tocan.

Resistiéndose a la tentación de preguntar si las criadas respondían realmente alguna vez a la campanilla, Holly decidió tratar el tema con la señora Burney más tarde aquel mismo día. El ama de llaves puso más tazas y salió de la habitación.

Tras llenarse el plato, Bronson se quedó en el aparador mientras Holly elegía unas cuantas exquisiteces para su desayuno: una rebanada de pan tostado, una cucharada de huevo picado, una pizca de jamón.

-Esta mañana tengo cosas que hacer -comento-. Podré empezar las dases después del almuerzo, si le parece bien.

-Me parece bien -dijo Holly-. De hecho, ¿por qué no hacemos el mismo horario todos los días? Instruiré a su hermana por la mañana, y le daré clases a usted, mientras Rose hace la siesta.

-No sé si siempre estaré libre al mediodía -respondió Bronson.

-En esas ocasiones, usted y yo podríamos vernos por la tarde, después de que Rose se acueste -sugirió Holly, y Bronson asintió con un movimiento de cabeza. Holly le dio su plato-. Puede llevar mi plato a la mesa, señor. Cuando no hay ningún lacayo disponible, un caballero puede ofrecerse a ayudar a una dama.

-¿Por qué debería llevarle yo el plato a una mujer cuando ella es perfectamente capaz de hacerlo sola?

-Porque un caballero debe siempre servir a una dama, señor Bronson. Debe hacer todo lo posible para que se encuentre a gusto y cómoda.

Bronson enarcó una ceja.

-Ustedes las señoras lo tienen bastante fácil.

-En absoluto -respondió Holly, hablando con tanta ironía como había hecho él-. Nos pasamos la vida trayendo hijos al mundo, llevando las cuentas domésticas, atendiendo a los enfermos cuando es necesario, supervisando las reparaciones, la colada y las comidas, y planeando la agenda social de nuestros esposos.

Bronson la miró con expresión divertida.

-¿Es eso lo que puedo esperar de una esposa? Entonces, me gustaría casarme pronto.

-Algún día le enseñaré cómo cortejar a una dama.

-Estoy impaciente -dijo él en voz baja.

Bronson llevó los platos a la misma mesa que ocupaban Elizabeth y Rose. Antes de que Holly pudiera enseñarle cómo ofrecer asiento a una dama, Rose lo miró con curiosidad y le hizo una pregunta que casi le provocó un desmayo a su madre.

-Señor Bronson -trino la niña inocentemente-, ¿por qué durmió con dos mujeres en su fiesta?

Estupefacta, Holly se dio cuenta de que Rose había oído su conversación con Maude.

La doncella se quedo paralizada. El plato de porcelana que estaba sirviendo para Rose se le resbaló de las manos y cayó ruidosamente en el aparador.

Elizabeth se atraganté con la comida, consiguió tragársela y se tapo el rostro con la servilleta para ocultar su rubor. Cuando se repuso, miró a Holly, consternada y divertida a la vez, y farfullo una excusa.

-Perdónenme. me duele el zapato derecho. Creo que voy a ponerme otro par. -Salió huyendo a toda prisa, dejando a los demás pendiente~de Bronson.

Zachary fue el único que no mostró ninguna reacción visible, salvo el gesto pensativo de la boca. «Debía de ser un jugador de cartas fabuloso», pensó Holly.

-A veces, mis invitados se cansan mucho -le dijo Bronson a la niña con mucha naturalidad. Yo sólo las ayudaba a descansar.

-Oh, entiendo -dijo alegremente Rose.

Holly recobró el habla.

-Creo que mi hija ya ha terminado de desayunar, Maude.

-Sí, señora. -La criada se apresuro a sacar a la niña de aquella escena tan embarazosa.

-Pero mamá -protestó Rose-. Ni siquiera he...

-Puedes llevarte el plato a la habitación -dijo Holly con firmeza, sentándose como si nada hubiera sucedido- Inmediatamente, Rose. Tengo que hablar de un asunto con el señor Bronson.

-¿Por qué no puedo comer siempre con los mayores? -preguntó la niña con un mohín, saliendo con Maude de la habitación.

Bronson se sentó junto a Holly, sin dejar de mirar su expresión reprobatoria.

-Por lo visto, mis criados han estado hablando -musito.

Holly intentó adoptar el tono más frío y enérgico que pudo.

-Señor Bronson, lo de «ayudar a las señoras a descansar», de una en una, a pares o en la cantidad que sea, se ha acabado mientras nosotras estemos aquí alojadas. No expondré a mi hija a un ambiente tan perjudicial. Es más, aunque los criados le deben respeto por su condición, le favorecería muchísimo comportarse de una forma que fuera digna de su respeto.

En lugar de parecer avergonzado o incómodo, Bronson le devolvió la mirada frunciendo el ceño.

-Su cometido es enseñarme unas cuantas normas de etiqueta, señorá. Lo que yo haga en mi vida privada, es cosa mía.

Holly asió el tenedor y jugueteo con unos cuantos trozos de yema de huevo.

-Por desgracia, no puede separar su vida privada de la pública, señor. Nadie puede dejar su moralidad en la entrada como hace con el sombrero, y ponérsela cuando sale a la calle.

-Yo sí.

Asombrada por su frialdad, Holly no pudo contener una carcajada escéptica.

-Por lo visto, ¡le gusta creerlo!

-No me diga que cada instante de su vida privada resistiría el escrutinio público, señora. ¿Nunca ha tenido usted un desliz?

Dándose cuenta de que estaba sujetando el tenedor como si fuera un arma defensiva, Holly dejó el cubierto en la mesa.

-¿Qué está preguntándome exactamente?

-¿No ha bebido nunca demasiado? ¿No ha perdido todo su dinero en el juego? ¿No ha jurado como un marinero cuando no puede contenerse? ¿No ha dicho algo desagradable sobre una buena amiga a sus espaldas?

-Bueno, yo... -Holly hizo memoria, consciente de su mirada expectante-. Creo que no.

-¿Jamás? -La respuesta parecía haberlo turbado-. ¿Nunca se ha gastado demasiado dinero en la modista? -preguntó, como si deseara desesperadamente que ella hubiera cometido algún error grave.

-Bueno, hay una cosa. -Holly se alisé el vestido en el regazo-. Me gustan demasiado los pasteles. Soy capaz de comerme un plato entero de una vez. Es superior a mi.

-Pasteles -musité él con obvia desilusión-. ¿Ése es su único defecto?

-Oh, si estuviéramos hablando de debilidades de carácter, tengo varias -le aseguré Holly-. No tengo moderación, soy terca y debo contenerme para no pecar de vanidosa. Pero ése no es el tema que nos ocupa ahora, señor Bronson. Estamos hablando de sus hábitos per-

sonales, no de los míos. Y el hecho es que, si desea parecer un caballero, no debe permitir jamás que sus bajos instintos gobiernen sobre los nobles.

-Yo no tengo instintos nobles, lady Holland.

-Sin duda, es más conveniente y placentero fingir que no los tiene. No obstante, un hombre no es nunca dueño de sí mismo hasta que es capaz de controlar sus impulsos lascivos. Y cuando esa conducta es excesiva, es nociva para la mente y para el cuerpo.

-Nociva -repitió él con gravedad-. Con el debido respeto, jamás he notado ningún efecto perjudicial, señora.

-Bueno, algún día lo notará. No es saludable que un hombre se deje llevar por sus apetitos, sea la comida, el alcohol o... o...

-¿El sexo? -sugirió él.

-Sí. Así pues, espero que, de ahora en adelante, será moderado en todo. Creo que le gustará comprobar los efectos positivos que eso tendrá en su forma de ser.

-No soy un niño imberbe, lady Holland. Soy un hombre, y los hombres tienen ciertas necesidades. Si no tiene inconveniente en referirse a nuestro contrato, no se hace mención de las actividades que yo realice en mi dormitorio...

-Entonces, si necesita a sus prostitutas, llévelas a alguna otra parte dijo Holly. Aunque no levantó la voz, el tono era contundente-. Por consideración a su madre y hermana, a mi hija... y a mí. Insisto en que reine una atmósfera de respeto y decencia, y no me quedaré aquí si esas actividades persisten.

Se desafiaron con la mirada durante unos instantes.

-Me está diciendo que no puedo acostarme con una mujer en mi propia casa -dijo él, como si tanta audacia le pareciera increíble-. En mi propia cama.

-No mientras yo resida aquí, señor.

-Los hábitos sexuales de un hombre no tienen nada que ver con que sea o no un caballero. Podría nombrarle al menos una docena de supuestos «caballeros», todos muy respetables, que frecuentan los mismos burdeles que yo. De hecho, podría enumerarle las singulares prácticas por las que se los conoce...

-No, gracias -se apresuro a interrumpirlo Holly, tapándose los oídos con las manos-. Veo su táctica, señor Bronson. Está intentando desviar la atención de usted hablándome sobre la conducta reprobable de otros hombres. No obstante, he puesto mis condiciones e insisto en que usted las cumpla. Y si trae a esta casa una mujer de mala reputación y tiene relaciones íntimas con ella, romperé nuestro acuerdo de inmediato.

Bronson se sirvió una tostada de una delicada bandeja de plata y empezó a untarsela con mermelada.

-Para el infierno que voy a tener que soportar -dijo ominosamente-, espero que sus clases sean fructíferas.

-He prometido enseñarle todo lo que pueda. Y, por favor, no gesticule con ese cubierto.

Haciendo una mueca, Bronson dejó la cuchara en la fuente de las mermeladas.

-Enséñeme cuanto quiera, señora. Pero no intente reformarme.

Era un canalla incorregible y, no obstante, su impertinencia tenía cierto encanto. Holly se extrañó de encontrarlo tan agradable. A lo mejor había estado rodeada de hombres honorables durante demasiado tiempo.

-Señor Bronson -dijo-, espero que algún día comprenda que el acto sexual puede ser mucho más de lo que usted cree. Es una elevada expresión de amor... una comunión de almas.

Bronson respondió con una carcajada apenas audible, como si le divirtiera enormemente la posibilidad de que ella pudiera saber algo sobre el acto sexual que él ya no supiera.

-No es más que una necesidad física -la contradijo-. No importa cuántos bardos, poetas y novelistas hayan intentado que parezca otra cosa. Y resulta que es uno de mis pasatiempos favoritos.

-Practíquelo cuanto quiera entonces -dijo ella con acritud-. Pero no en esta casa.

Bronson le sonrió, pero su intención era hacer que se enfadara.

-Es lo que pienso hacer.

6

Mientras cabalgaba a la ciudad como alma que lleva el diablo, Zachary intentó poner en orden sus pensamientos con objeto de prepararse para una reunión de junta. Llevaba mucho tiempo esperando aquel día. Cerraría un trato, con otros dos propietarios de una inmensa fábrica de jabón, para mejorarla y construir nuevas viviendas para muchos de sus empleados. Los copropietarios, ambos aristócratas, se habían mostrado reacios a incurrir en aquellos gastos, señalando que la producción de la fábrica ya reportaba suficientes beneficios sin necesidad de mejoras. Ante la insistencia de Zacharn habían argumentado que realizarlas sería un verdadero derroche. Después de todo, opinaban ellos, los trabajadores de la• fábrica estaban acostumbrados a las míseras condiciones de vida en que~vivían y trabajaban, y no esperaban nada más.

Zachary había tenido que insistir mucho y recurrir a la intimidación para que sus socios comprendieran su punto de vista: que los trabajadores producirían incluso más si su vida cotidiana no era tan mísera. Sabía exactamente por qué habían cedido sus socios a sus exigencias. Se consideraban demasiado refinados y caballerosos como para inmiscuirse en asuntos tan sucios. Preferían dejárselos a Zachary lo cual le parecía bien. Mejor que bien. Dirigiría el negocio como él quisiera y se ocuparía de que fuera rentable para todos en el futuro. De hecho, se aseguraría de que los beneficios anuales se multiplicaran por dos, y su fábrica acabaría convirtiéndose en un modelo para todas las demás que había en Londres.

«Limítese a firmar y mantenga la boca cerrada -le había aconsejado un socio al otro en presencia de Zachary-. Hasta ahora, con Bronson nos ha ido muy bien, ¿no? Ha convertido mi inversión en la mejor fuente de ingresos que mi familia ha tenido jamás. ¿Por qué poner objeciones al éxito?»

Zachary debería estar pensando únicamente en la reunión y en sus proyectos para la fábrica. Sin embargo, no se podía quitar a lady HolIy de la cabeza, pensaba en su dulzura y en su recato, que lo impulsaban a turbarla y a escandalizarla, y en su boca, normalmente triste y reservada, que a veces esbozaba una sonrisa arrebatadora de forma inesperada.

Zachary la encontraba irresistible, aunque no sabía muy bien por qué. Ya se había topado con mujeres refinadas, mujeres amables y virtuosas a las que había admirado. Pero jamás habían despertado el más mínimo deseo en él. La bondad no lo excitaba. La inocencia del cualquier clase no le resultaba en absoluto tentadora. Prefería estar en compañía de mujeres que tenían experiencia en el sexo, mujeres que lo miraban con descaro y poseían alma de aventureras, cuyas manos bien cuidadas desaparecían bajo la mesa durante las cenas. Le gustaban sobre todo las mujeres malhabladas y que hacían comentarios picantes, mujeres que sabían aparentar que eran damas, pero que en la cama se abandonaban al placer.

Lady Holly no era nada de todo aquello. De hecho, llevarla a la cama sería una aventura en todos los sentidos. ¿Por qué, entonces, con sólo pensarlo se ponía a sudar? ¿Por qué le excitaba el mero hecho de estar en la misma habitación que ella? Era bonita, pero Zachary ya había conocido mujeres de gran belleza. Su figura era armónica, pero no espectacular, y no poseía la silueta espigada y elegante que se admiraba entonces. De hecho, era de baja estatura. Se le escapó una sonrisa al imaginársela desnuda entre las sábanas de seda de su inmensa cama. No podía concebir nada más placentero que perseguir su figura diminuta y sensual de un extremo al otro del colchón.

Pero eso jamás ocurriría. Para su gran pesar, Zachary reconocía que lady Holly le gustaba demasiado para seducirla. La experiencia la destrozaría. Cualquier placer temporal que sintiera sucumbiría pronto a la culpa y al remordimiento. Y ella lo odiaría por eso. Mejor de-

jarla como estaba, satisfecha con los recuerdos felices de su difunto esposo, reservándose para George Taylor cuando volviera a encontrarse con él en el otro mundo.

Zachary podía obtener placer sexual con otras mujeres, pero nadie podía procurarle lo que le daba Holly. Era inteligente, de fuertes principios y fascinante, y mientras él no se pasara de la raya, podría disfrutar de su compañía durante un año. Aquello era mucho más importante que un revolcón de una noche, por muy placentero que fuera.

Por sugerencia de Holly, ella y Elizabeth salieron a pasear por el jardín, de cinco acres de superficie, posponiendo temporalmente las clases hasta que se conocieran mejor.

-Éste es mi sitio favorito para pasear -dijo Elizabeth, conduciéndola a un sendero que estaba mucho menos arreglado que el resto del jardín. Mientras caminaban por un camino enlosado, Holly admiró los montones de campanillas que había a su alrededor. El sendero estaba flanqueado por árboles ornamentales y matojos de madreselva, que impregnaban el aire con su fragancia. Los ciclámenes y las clemátides salpicaban de manchas de color rosa y escarlata los frondosos setos recortados, incitando a Holly a adentrarse en aquel sendero serpenteante.

Al conversar con Elizabeth, Holly comprobó que era una muchacha francamente extraordinaria. Su carácter alegre no pretendía ocultar su familiaridad con las facetas más duras de la vida. No era una señorita refinada que miraba el mundo a través de un cristal tornasolado, sino una muchacha que había nacido en la miseria, la clase de miseria que te despoja de toda ilusión juvenil. En sus ojos oscuros se veía una sabiduría impropia de una mujer de su edad, y no parecía dispuesta a querer agradar a nadie salvo a sí misma. Ambas cualidades disuadirían a muchos pretendientes~ pero Elizabeth tenía la suerte de poseer una belleza indómita y romántica que casi todos los hombres encontrarían irresistible.

Apartándose los oscuros cabellos que le caían continuamente sobre el rostro, Elizabeth empezó a conversar con una franqueza que, como Holly no tardaría en descubrir, era habitual en ella.

-Espero que no tenga una opinión demasiado negativa de mi hermano, lady Holland.

-Lo considero un desafío interesante. -Holly apreté el paso para adaptarse a las largas y perezosas zancadas de la joven.

-Entonces, ¿no le disgusta?

-En absoluto.

-Eso está bien -dijo Elizabeth con evidente alivio-. Porque yo lo entendería si usted pensara que es despreciable. Zach tiene muchas malas costumbres y es un poco indómito, por no hablar de su arrogancia sin límites.., pero en el fondo es el hombre más dulce que existe. Probablemente, usted nunca verá esa faceta suya, sólo nos la enseña a mi madre y a mí. Pero quiero que sepa que definitivamente se merece su ayuda.

-Si no lo pensara, jamás habría aceptado el empleo que me ha ofrecido. -Ascendieron por una suave pendiente hacia un par de estanques rectangulares. Todavía era temprano, aún quedaban restos de neblina sobre el agua y escarcha en las hojas de los setos. Aspirando una bocanada de aire matinal, Holly sonrió a Elizabeth-. Me parece extraordinario que su hermano haya conseguido todo esto -dijo, señalando la espectacular belleza que las rodeaba.

-Zach hace lo que sea para obtener lo que desea -respondió Elizabeth, aminorando el paso cuando cruzaron un puente de piedra que conducía a un jardín ornamental-. No importa lo que le cueste. Yo no conocí a mi padre, sólo estaba Zach para cuidar de mi madre y de ml. Durante toda mi infancia, Zach trabajó en los muelles para mantenernos. Pero nunca teníamos dinero suficiente para vivir decentemente. Luego Zach se hizo boxeador. Se le daba bien, naturalmente, pero las peleas eran tan brutales... Cuando me las contaban, yo me ponía enferma. -Deteniéndose en un seto recortado con forma de tres bolas superpuestas, Elizabeth se aparté el rebelde cabello negro que le caía sobre la frente. Suspiré ante un recuerdo doloroso-.

Después de una pelea, Zach entraba en la pestilente casa de huéspedes donde vivíamos.., y, oh, qué aspecto tenía. Ensangrentado y magullado, con el cuerpo lleno de moretones. No soportaba que lo tocáramos, ni siquiera para dejar que mi madre le extendiera linimento. Le suplicábamos que no volviera a hacerlo, pero cuando toma una decisión, no hay quien le haga cambiar de idea.

Holly se dirigió distraídamente hacia un seto con forma de cono.

-¿Durante cuánto tiempo boxeo?

-Unos dos años, creo. -El moño se le deshizo parcialmente y Elizabeth hizo una mueca-. Este maldito pelo... no tiene remedio. -Se enroscó los mechones que se le habían soltado y volvió a recogérselo-. Cuando yo tenía doce años -prosiguió-, nos mudamos a nuestra casita. Luego Zachary consiguió ser copropietario de un barco de vapor y empezó a ganar dinero, y... bueno, parece que se le da bien. Zach ha alcanzado casi todos los objetivos que se ha fijado. Salvo que... no ha cambiado mucho desde sus tiempos de boxeador. A menudo se comporta como si aún estuviera en el *ring.* No es que sea físicamente violento, pero... ¿entiende a qué me refiero?

-Sí -musito Holly. Zachary seguía peleando y aspirando a más. Incapaz de despojarse de su agresividad contenida, la canalizaba hacia el mundo de los negocios en lugar de desahogarse boxeando. Y era totalmente indulgente consigo mismo, obteniendo placer de muchas mujeres para resarcirse por todo lo que le había estado vedado. Necesitaba a alguien que lo metiera en cintura lo bastante para poder vivir cómodamente en una sociedad civilizada. No obstante, esa persona no sería ella, desde luego; Holly sólo sería capaz de pulir un poco la superficie.

-Zach quiere casarse, y casarse bien -dijo Elizabeth con ironía-. Dígamelo con franqueza, lady Holly, ¿conoce usted alguna mujer que fuera capaz de manejarlo?

La pregunta incomodé a Holly, porque la respuesta era «no». Y sabía que entre la legión de jovencitas criadas entre algodones que se pondrían de largo aquella temporada no habría ninguna capaz de manejar a un hombre como Bronson.

-Me lo imaginaba -dijo Elizabeth, leyendo la respuesta en el rostro de Holly-. Bueno, todos lo tenemos difícil, ¿no? Por que Zachary quiere que yo también me case, y no se contentará con algún vejestorio que sea barón o vizconde. -Solté una carcajada alegre y espontánea-. ¡No descansará hasta que me haya agenciado un duque!

Holly se sentó en un banquito de mármol y miró a la muchacha con curiosidad, sin compartir su diversión.

-¿Es eso lo que usted quiere?

-Dios mío ,¡no! -La risa de Elizabeth se suavizó ligeramente, y empezó a pasearse entre los setos recortados. Su incansable energía no le permitía tomar asiento-. Lo que yo deseo es imposible... Así que seguramente acabaré siendo una solterona, y viajaré por todo el mundo hasta el fin de mis días.

-Dígame -insistió Holly con suavidad-. ¿Qué es lo que usted desearía?

Elizabeth la miró con una extraña expresión de desafío.

-De hecho, es sencillo. Quiero un hombre que me ame sin que le importe la maldita fortuna de mi hermano. Un hombre honrado y decente que sea lo bastante fuerte para tratar con mi hermano. Pero jamás lo conseguiré, por muchos modales que intente usted enseñarme.

-¿Por qué no?

-Porque soy bastarda -espeté Elizabeth. Al ver el rostro inexpresivo de Holly, se rió vacilante-, ¿No se lo ha dicho Zach? Claro que no; cree que intentando olvidarlo conseguirá borrarlo. Pero lo cierto es que soy el fruto de una breve aventura que mi madre tuvo mucho después de que su esposo muriera. Apareció un canalla en su vida, la sedujo con palabras bonitas y unos cuantos regalos insignificantes, y se esfumé cuando se cansé de ella. Yo no llegué a conocerlo, naturalmente. Pero fui una terrible carga para la familia, hasta que Zachary tuvo edad suficiente para hacerse cargo de nosotras.

Al ver la turbación de la muchacha, Holly sintió compasión.

-Elizabeth, venga aquí, por favor. -Le indicó que se sentara junto a ella.

Después de vacilar durante un buen rato, la muchacha obedeció. Se quedó mirando el paisaje, con expresión preocupada y las largas piernas estiradas. Holly le habló con una cautela infinita.

-Elizabeth, ser ilegítima no es nada extraño. Hay muchos hijos ilegítimos de aristócratas que se han situado en la buena sociedad.

-Bueno -gruñó Elizabeth-. No es que me haga precisamente más atractiva, ¿no?

-No es nada que uno desearía -admitió Holly-. Pero tampoco tiene que cerrarle todas las puertas para que pueda casarse como usted desea. -Le dio unas palmaditas en la mano, larga y esbelta-. Por lo tanto, yo aún no contaría con acabar siendo una solterona.

-No voy a casarme con cualquiera -dijo Elizabeth-. Será un hombre que merezca la pena, o me quedaré soltera.

-Naturalmente -respondió Holly con afabilidad-. Hay cosas mucho peores que no tener marido, y una es tener un marido que sea un mal hombre o un inepto.

Elizabeth se rió sorprendida.

-Siempre he pensado que las mujeres de su clase pensaban que estar casada, felizmente o mal, era mejor que nada.

-Yo he visto muchas uniones infelices, donde los esposos no se llevan bien y se hacen tremendamente desgraciados. Los cónyuges deben agradarse y respetarse.

-¿Cómo fue su matrimonio, señora? -En cuanto hizo la pregunta, Elizabeth se ruborizó, temiendo haber ofendido a Holly-. Lo siento... ¿le molesta que se lo pregunte?

-No, claro que no. Me complace hablar de mi difunto esposo. Quiero mantenerlo vivo en el recuerdo. El nuestro fue el mejor de los matrimonios. -Holly sonrió con melancolía, mientras estiraba las cortas piernas y se miraba las desgastadas punteras de los zapatos-. En retrospectiva, casi me parece un sueño. Yo siempre había amado a George. Éramos primos lejanos, y durante mi infancia sólo lo habla visto en raras ocasiones. George era un joven apuesto, y muy amable, y sus amigos y familia lo adoraban. Yo era una niña regordeta y muy tímida, y dudo de que llegara a intercambiar más de diez palabras con él. Luego George se fue de viaje por Europa y no lo vi durante mucho tiempo. A su regreso cuatro años después, yo tenía dieciocho años. Nos encontramos en un baile.

-Sonriendo, Holly se puso las manos en las mejillas y las notó calientes, comprobando que aquel recuerdo tan placentero aún la ruborizaba-. George me pidió que bailara con él, y yo creí que iba a parárseme el corazón. Él irradiaba una serenidad y un~a confianza en sí mismo que me resultaban irresistibles. En el transcurso de los meses siguientes, me cortejé con mucho ardor, hasta que mi padre dio su consentimiento para que nos casáramos. Pasamos juntos tres años. No hubo un día de mi matrimonio en el que no me sintiera querida y apreciada. Rose nació poco antes de que George muriera. Doy las gracias porque pudiera pasar algún tiempo con ella.

Elizabeth parecía hipnotizada con la historia.

-Oh, lady Holland. -La miró con compasión y asombro-. Qué suerte ha tenido de estar con un hombre así.

-Sí -dijo Holly en voz baja-. Desde luego.

Las dos guardaron silencio durante un instante, mirando los parterres de flores que había detrás de los setos, hasta que Elizabeth salió de su ensimiSmamiento.

-Vamos a ver si puede hacer usted algo con el mal material de trabajo que le han dado, lady Holland -dijo enérgicamente-. ¿Regresamos a la casa para empezar las clases

-Desde luego. -Holly se levantó y se sacudió la falda-. He pensado que podía empezar enseñándole a sentarse, levantarse y andar correctamente.

Ante aquello, la joven estalló en una carcajada.

-i Yo pensaba que eso ya sabía hacerlo!

Holly sonrió.

-Lo hace bastante bien, Elizabeth. No obstante, hay unas cuantas cosas...

-Sí, ya lo sé. Muevo mucho los brazos cuando camino. Como si estuviera en una competición de remo.

La descripción la hizo sonreír.

-Le aseguro que no es tan grave como usted çree.

-Es usted muy diplomática -dijo Elizabçth sonriendo-. Pero sé que soy tan femenina como un soldado obedeciendo órdenes de su sargento. Será un milagro si consigue algo conmigo.

Emprendieron el camino de regreso a la mansión, y Holly se apresuré para adaptarse a las largas zancadas de Elizabeth.

-Por lo pronto -dijo sin aliento-, puede intentar andar un poco más despacio.

-Lo siento. -Elizabeth animoró el paso de inmediato-. Parece que siempre tenga prisa, incluso cuando no tengo que ir a ningún sitio.

-Mi institutriz me enseñé que los caballeros y las damas no deberían andar deprisa jamás; es una muestra de vulgaridad.

-¿Por qué?

-No sé por qué. -Holly se rió con tristeza-. De hecho, no sé la razón de muchas otras cosas que pienso enseñarle... Es así y basta.

Conversaron amigablemente de regreso a la casa, y Hølly estuvo pensando que no esperaba que la hermana de Zachary Bronson fuera a agradarle tanto. Elizabeth se merecía definitivamente su ayuda, y también ser amada. Pero necesitaba una clase de esposo muy particular, un hombre que no fuera ni demasiado débil ni demasiado controlador. Alguien fuerte que apreciara su vitalidad y no intentara aplacarla. Su entusiasmo innato era parte de su inmenso atractivo.

Tenía que haber alguien, medité Holly, examinando la lista de sus conocidos. Escribiría algunas cartas esa tarde, a amigos con los que hacía demasiado tiempo que no tenía contacto. Era hora de que volviera a hacer vida social y renovara sus viejas amistades, y de que se pusiera al corriente de todas las novedades y rumores. Se extrañó de que, tras los años que había pasado aislada, estuviera súbitamente impaciente por reincorporarse a los círculos que antes frecuentaba. La invadió un repentino optimismo, y se sintió ilusionada, excitada, como no lo había estado desde...

Desde que murió George. De repente, el desasosiego se apoderé de ella y su optimismo se esfumé. Se sintió culpable de estar disfrutando. Como si no tuviera derecho a ser feliz, porque George ya no estaba con ella. Mientras guardaba luto, él había ocupado sus pensamientos cada instantç del día... Pero empezaba a tener nuevas ideas y ambiciones, y se estaba asociando con personas que no conocía.

«Jamás te dejaré, amor mío -pensó con todas sus fuerzas-. Jamás olvidaré ni un solo instante de los que pasamos juntos. Tan sólo necesito un cambio de aires, eso es todo. Pero pasaré el resto de mi vida esperando a reunirme contigo...»

-Lady Holland, ¿se encuentra bien? -Elizabeth se había detenido cerca de la entrada a la mansión y la miraba preocupada-. Se ha quedado tan callada, y está ruborizada... Oh, he vuelto a ir demasiado deprisa, ¿no? -Bajó la cabeza contrita-. Perdóneme. A este paso voy a quedarme coja.

-No, no... -Holly se rió, azorada-. No es culpa suya. Es difícil de explicar. Mi vida ha transcurrido a un ritmo muy lento estos últimos tres años. Un ritmo muy lento. Ahora me parece que todo está cambiando muy deprisa, y me cuesta un poco adaptarme.

-Oh. -Elizabeth parecía aliviada-. Bueno, eso es lo que hace mi hermano con la gente. Se entromete y manipula su vida, y lo pone todo patas arriba.

-En ese caso, celebro que lo haya hecho. Me alegro de estar aquí, y de serle de utilidad a alguien aparte de a mi hija.

-Más nos alegramos nosotros, señora. Gracias a Dios que alguien va a intentar hacer de nosotros una familia presentable. Lo único que siento es no poder ver cómo le enseña buenos modales a Zach. Tengo la impresión de que me divertiría de lo lindo.

-A mí no me importaría que usted se uniera a las clases -dijo Holly, y la idea le gustó de inmediato. No tenía ganas de estar a solas con Zachary Bronson. Y contar con la compañía de su hermana podría distender la tensión que parecía flotar en el ambiente siempre que él andaba cerca.

-A Zach sí que le importaría -dijo Elizabeth burlona-. Dejó bien claro que las clases con usted debían ser estrictamente privadas. Tiene mucho orgullo, ya sabe. Jamás dejará que sus debilidades salgan a la luz, y no quiere que nadie, ni siquiera yo, descubra lo poco que sabe sobre cómo ser un caballero.

-Ser un caballero exige algo más que unas cuantas clases sobre buenos modales -respondió Holly-. Es una forma de ser... Significa ser noble, amable, modesto, audaz, abnegado y honrado. Todos los minutos del día. Esté uno acompañado o solo.

Se hizo un breve silencio y luego, para sorpresa de Holly, Elizabeth le sonrío con malicia.

-Bueno -dijo-, haga usted lo que pueda con él.

La clase con Elizabeth había ido muy bien, y Holly había conseguido enseñarle a sentarse y a levantarse con elegancia. El truco consistía en no echar el cuerpo excesivamente hacia delante y en sujetarse la falda con una mano sin enseñar los tobillos. Paula, la madre de Elizabeth, fue a verlas y se sentó silenciosamente en el borde de un mullido sofá.

-Venga a probarlo con nosotras, madre -le urgió Elizabeth, pero ella decliné la oferta con una tímida sonrisa.

Hubo varios momentos cómicos, cuando Elizabeth se puso a hacer payasadas con el propósito, sospechaba Holly, de divertir a su madre... Anduvo y se sentó con demasiada rigidez, luego se sentó teatralmente, hasta que las tres se echaron a reír. Hacia el final de la mañana, no obstante, Elizabeth dominaba la técnica a la perfección, y Holly estaba más que satis*fecha.*

-Perfecto. Es usted francamente elegante, Elizabeth -exclamó Holly.

La joven se ruborizó, evidentemente poco acostumbrada a recibir elogios tan directos.

-Mañana *ya* se me habrá olvidado todo.

-Practicaremos hasta que le salga de forma espontánea -respondió Hoily.

Cruzando los brazos, largos y esbeltos, Elizabeth se derrumbé en una silla y abrió las piernas en una postura nada femenina.

-Lady Holland -le preguntó sonriente-, ¿ha pensado alguna vez que todos estos modales y normas sociales han sido inventados por personas que no sabían qué hacer con su tiempo?

-Puede que tenga razón -dijo Holly riéndose.

Cuando Holly dejó a Elizabeth y a Paula para ir en busca de su hija, continué reflexionando sobre la pregunta. Todo lo que ella sabía sobre la buena sociedad y las conductas asociadas con la nobleza se lo habían inculcado desde el nacimiento. Hasta ese momento, nunca

había pensado que pudiera llegar a cuestionarse aquellas lejanas clases. Muchas de las cualidades sociales, como la cortesía y la moderación, eran sin duda necesarias para vivir en una sociedad civilizada. Pero los innumerables convencionalismos a los que Elizabeth se refería... ¿Era realmente importante la forma en la que una persona se sentaba, se levantaba o gesticulaba o qué frases eran de buen gusto y qué ropa se debía llevar? ¿O era sólo una manera en que ciertas personas intentaban probar su superioridad sobre otras?

El concepto de que un hombre como Zachary Bronson podía ser inherentemente igual que... bueno, uno de los Taylor, o incluso su amado George... era muy provocativo. La gran mayoría de aristócratas lo rechazarían automáticamente. Algunos hombres nacían con sangre azul, con generaciones de antepasados nobles a sus espaldas, y eso los hacía mejores, más refinados que los hombres corrientes. Eso es lo que siempre le habían enseñado a Holly. Pero Zachary Bronson había empezado sin ninguna ventaja y se había convertido en un hombre influyente. Y se estaba esforzando mucho para que él y su familia mejoraran y para suavizar la tosquedad de su carácter. ¿Era en realidad tan inferior a los Taylor? ¿Lo habría aprobado George?

Después de pasar una tarde muy agradable leyendo y dando un paseo juntas por los jardines, Holly y Rose se sentaron en la biblioteca ala espera de Zachary Bronson. Rose devoré un tentempié de pan con mantequilla y leche, y se puso a jugar en el suelo mientras Holly se tomaba el té en una taza de porcelana con un dibujo floral. El resplandor del fuego que crepitaba en la chimenea de mármol verde se mezclaba con los haces de luz crepuscular que se colaban por las cortinas de terciopelo.

Sin atreverse a sentarse en el escritorio de Bronson, inmenso y masculino, Holly ocupó un sillón en una mesita cercana mientras tomaba unas cuantas notas sobre las formas de tratamiento adecuadas para los distintos rangos de la aristocracia. Se trataba de un tema complicado, incluso para los mismos nobles, pero era importante que Bronson lo dominara si deseaba integrarse con éxito en la buena sociedad. Se concentro tanto en la labor que no se habría dado cuenta de que Bronson entraba en la habitación a no ser por la exclamación de su hija.

-¡Ahí está, mamá!

Alzando la vista, Holly se sobresalté y notó que su presencia le causaba un cosquilleo extraño y placentero. Era un hombre tan grande y tan vital, y traía consigo el olor del exterior. Cuando se detuvo cerca de ella y se inclinó, Holly no pudo evitar percibir los atractivos olores que despedía, mezcla de efluvios de caballos, camisas almidonadas y sudor. Con su rostro atezado, sus brillantes ojos oscuros y una sombra de barba, irradiaba más fuerza y virilidad que ningún hombre que ella conociera. Bronson le sonrió; los blancos dientes contrastaron con su rostro bronceado, y Holly volvió a constatar, no sin cierta sorpresa, que era apuesto. No en el sentido clásico, ni tampoco en el poético ni en el artístico.., pero su atractivo era incuestionable.

A Holly le molesto la impresión que su presencia le causaba. Zachary no era, bajo ningún concepto, la clase de hombre que ella debería encontrar atractivo, no después de haber conocido y amado a alguien como George. Su esposo tenía una forma de conducirse y una presencia impecables. A Holly incluso le divertía ver cómo otras mujeres lo miraban y lo admiraban. No obstante, no era su aspecto deslumbrante lo que lo hacía tan irresistible. Era su extremado refinamiento, tanto en su forma de ser como en sus modales. Había sido distinguido, cortés, un caballero de la cabeza a los pies.

Comparar a George con Zachary Bronson era como comparar un príncipe con un pirata. Aunque alguien se pasara diez años inculcándole normas y rituales, cualquiera que lo mirara seguiría viéndolo como un canalla. Nada extinguiría la picardía de su mirada ni el encanto de su sonrisa irreverente. No costaba nada imaginarse a Bronson como un boxeador callejero, que peleaba sin protegerse los nudillos, desnudo de cintura para arriba, acorralando al contrincante contra las cuerdas. El problema era que Holly sentía, muy a pesar suyo, un interés por él totalmente impropio de una dama.

-Buenas tardes, señor Bronson -dijo, indicándole que tomara asiento junto a ella-. Espero que no ponga objeciones a que Rose juegue en un rincón durante nuestra conversación de hoy. Ha prometido que no hará ningún ruido.

-Naturalmente que no pondría objeciones a una compañía tan grata con ésta. -Bronson sonrió a la niña, que estaba sentada en la alfombra con sus juguetes-. ¿Está tomando el té, señorita Rose?

-Sí, señor Bronson. Magdalena me ha pedido que lo sirva. ¿Le gustaría también una taza? -Antes de que Holly pudiera detenerla, la niñacorrió hacia Bronson con una taza y un plato de juguete no más grandes que la uña de su dedo pulgar-. Aquí tiene, señor. -Rose arrugó ligeramente la frente-. Sólo es «té de aire», pero está delicioso si se lo imagina.

Bronson acepté la taza como si se tratara de un gran favor. Con cuidado, probé la infusión invisible.

-Un poco más de azúcar, quizá -dijo pensativo.

Holly los observó mientras los dos preparaban la taza hasta que estuvo al gusto de Bronson. No esperaba que Zachary se encontrara tan a sus anchas con una niña. De hecho, ni siquiera los hermanos de George, los tíos de Rose, se hablan mostrado tan relajados en su compañía. Los niños rara vez formaban parte del mundo de los hombres. Hasta el padre más cariñoso hacía poco más para ver a su hijo una o dos veces al día y preguntar sobre sus progresos.

Mirando brevemente a Holly, Bronson capté su expresión de perplejidad.

-Elizabeth me obligó a tomar unos cuantos tés como éste cuando no era mayor que Rose ijo-. Aunque Lizzie tenía que hacerse los platos con piedrecitas y usar una vieja taza de hojalata en vez de porcelana. Juré que algún día le compraría un juego de té de juguete como es debido. Cuando pude hacerlo, ella ya era demasiado mayor para que le hiciera ilusión.

Una criada entró en la habitación. Era evidente que le habían pedido que trajera un refrigerio y Bronson se froté las manos con impaciencia. En la enorme bandeja de plata que llevaba, había un servicio de café y un plato de pastelitos que puso torpemente en la mesita.

Después de preguntarle el nombre a la muchacha en voz baja, Holly le susurré unas cuantas sugerencias.

-Puedes poner la bandeja en la mesita auxiliar, Gladys -dijo-, y traer los platos de uno en uno o de dos en dos. Y sirve por la izquierda, por favor.

Claramente desconcertada ante los inesperados consejos de Holly, la muchacha miró a Bronson. Él contuvo la risa y le habló con seriedad.

-Haz lo que te dice lady Holland, Gladys. Me temo que no hay nadie que se libre de sus órdenes, ni siquiera yo.

Asintiendo de inmediato, Gladys obedeció las instrucciones de Holly. Para su sorpresa, la doncella sirvió un plato con un montón de diminutos pasteles redondos, todos cubiertos con una delicada capa de escarchado rosa pálido.

Holly miró a Bronson con reprobación, sabiendo que habla pedido el plato especialmente para ella.

-Señor Bronson -dijo, recordando su conversación de aquella mañana-. Me pregunto qué razón puede tener usted para atiborrarme de pastelitos.

Bronson se arrellané en su sillón, mirándola con impertinencia.

-Quería ver cómo se resiste a la tentación.

Holly no pudo contener la risa. ¡Aquel canalla insolente!

-Me temo que es usted perverso -dijo.

-Lo soy -admitió él sin vacilar.

Aún sonriendo, Holly utilizó diestramente un par de tenedores como pinzas y se sirvió un frágil pastelito intacto. Lo puso en un platito de porcelana y se lo dio a su hija, quien gritó de alegría y se puso a devorarlo. Tras servirse ella y a Bronson, Holly le dio las páginas de notas que había hecho.

-Tras el éxito que he tenido hoy con su hermana, me siento bastante ambiciosa -dijo-. He pensado que podíamos empezar por el tema más difícil de todos.

-Títulos y formas de tratamiento -musité Bronson, mirando las largas columnas escritas en letra clara-. Que Dios me ayude.

-Si se aprende esto -dijo Holly-, y consigue bailar decentemente una cuadrilla, la batalla estará prácticamente ganada.

Bronson asió un pastelito con los dedos y se lo comió casi entero de un solo bocado.

-No se esfuerce -la aconsejé él por la comisura de la boca que no tenía llena.

Holly tomó nota para mejorar más adelante su tosca forma de comer y empezó su explicación.

-Estoy segura de que ya está familiarizado con los cinco títulos de nobleza: duque, marqués, conde, vizconde y barón.

-¿Y los caballeros?

-Los caballeros no son nobles, ni tampoco lo son los baronets.

-Holly se llevó el tenedor a los labios, dio un mordisco a un esponjoso pastel y cerró los ojos durante unos instantes, cuando el crujiente y delicado escarchado se le disolvió en la lengua. Tomó un sorbo de té y luego se dio cuenta de que Bronson la estaba mirando de una forma extraña. Se había quedado inmóvil y la observaba como un gato que acecha en la hierba, alerta al más leve movimiento.

-Lady Holland -dijo, con voz pastosa-, tiene una pizca de azúcar en el... -Se quedó callado, aparentemente demasiado abstraído para seguir hablando.

Holly se exploré la comisura de la boca con la punta de la lengua, notando un resabio dulce.

-Gracias -musité, limpiándose con la servilleta. Cuando prosiguió en tono enérgico, le extrañó verlo ligeramente incómodo y distraído-. Bien, volvamos a los títulos. Sólo un noble auténtico tiene el título por derecho propio. Todos los demás títulos, incluyendo los que posee el hijo mayor del noble, son meros tratamientos de cortesía. Si pasa a la tercera página que le he dado, hay un pequeño gráfico que espero que le aclare las cosas... -Holly se dirigió al escritorio y se puso detrás de Bronson, mirando por encima de su hombro mientras él pasaba las páginas-. Ahí. ¿Tiene sentido para usted? ¿O estoy complicándolo todavía más?

-No, está claro. Salvo que... ¿por qué no hay tratamientos de cortesía en estas dos columnas?

Holly se obligó a concentrarse en el papel que le mostraba Bronson, pero le resulté difícil. Estaba a muy poca distancia de él y sentía el fuerte impulso de tocarle el pelo. Aquellos espesos cabellos ondulados tenían que alisarse con un poco de fijador, en especial el mechón rebelde que le caía sobre la frente. Qué diferencia con el sedoso pelo rubio de George. El cabello de Bronson era tan negro como la noche, un poco basto, y se le rizaba ligeramente en las puntas y en la nuca. El tenía el cuello ancho y musculoso, y parecía tan duro como el acero. Holly estuvo a punto de rozárselo con los dedos. Horrorizada ante aquel impulso, cerró la mano y le respondió.

-Porque los hijos de los duques, marqueses y condes pueden poner «lord» o «lady» delante de su nombre, pero los hijos de los vizcondes y los barones son sólo «señor» y «señorita».

-Como su esposo -musité Bronson, sin apartar los ojos de la lista.

-Sí, es un ejemplo excelente. El padre de mi esposo era vizconde. Lo llamaban vizconde Taylor de Westbridge, o, de una forma más sencilla, Albert, lord Taylor. Tuvo tres hijos, William, George y Thomas, y los tres fueron «señor Taylor». Cuando el vizconde falleció, hace unos años, su hijo mayor William heredé el título y se convirtió en William, lord Taylor.

-Pero George y su hermano no pasaron a ser «lores».

-No, se quedaron los dos como «señores».

-Entonces, ¿por qué la llaman «lady Holland»?

-Bueno... -Holly guardé silencio y se rió pesarosa-. Ahora estamos entrando en un terreno más espinoso. Yo soy hija de un conde. Por lo tanto, tengo el tratamiento de cortesía de «lady» desde que nací.

-¿Y no lo perdió al casarse con George?

-No, cuando la hija de un noble se casa con un hombre que no lo es, puede conservar su tratamiento de cortesía. Después de casarme, mi rango seguía proviniendo de mi padre y no de George.

Bronson volvió la cabeza y la miró intensamente. Contemplar aquellos ojos insondables desde tan cerca le produjo a Holly un ligero sobresalto. Hasta podía verle las manchitas castañas en las pupilas negras.

-Así que su rango siempre fue superior al de su esposo -dijo-. En cierto modo, se casó con alguien inferior a usted.

-Técnicamente sí-admitió ella.

Bronson pareció saborear la información. Holly tuvo la impresión de que> por alguna razón, la idea le complacía.

-¿Qué le ocurriría a su rango si se casara con un hombre corriente? -pregunté de forma casual-. Como yo> por ejemplo.

Ruborizándose, Holly se aparté de él y volvió a tomar asiento.

-Bueno, yo... yo seguiría siendo «lady Holland», pero tomaría su apellido.

-Lady Holland Bronson.

Holly se alarmé un poco al oír lo extraño que sonaba su nombre asociado a algo que no fuera Taylor.

-Sí -dijo en voz baja-. En teoría, es correcto.

Al notar la mirada de Bronson clavada en ella, Holly se dedicó a ahsarse la &lda en el regazo. Alzando la vista, vio la expresión de *sus* ojos, su mirada de puro deseo. El corazón empezó a latirle más deprisa. ¿Cuándo la había mirado un hombre de aquella forma? Los ojos azules de George le habían transmitido amor y ternura, pero jamás aquel deseo tan sexual... tan ardiente... tan apasionado.

Bronson posó la mirada en su boca> sus pechos y luego volvió a concentrarse en su rostro, causándole un hormigueo bajo la piel. La miraba con un atrevimiento impropio de un caballero. «Lo hacía para escandalizarla -pensó Holly-. Se estaba divirtiendo a su costa, turbándola a propósito.» Pero Zachary no parecía divertido. Tenía el ceño fruncido y parecía tan turbado como ella, o más si cabe.

-¡Mamá! -La risueña voz de Rose rompió el incómodo silencio-. ¡Te has puesto roja!

-¿Ah, si? -respondió Holly con un temblor en la voz, tocándose la cara con los dedos para refrescarse-. Debo de estar demasiado cerca del friego.

Rose se puso a Magdalena debajo del brazo y se acercó a Bronson.

-Yo sólo soy una «señorita» -le informó, habiendo oído su conversación sobre los títulos nobiliarios-. Pero cuando un día me case con un príncipe, seré la «princesa Rose», y entonces tú podrás llamarme «vuestra alteza».

Bronson se echó a reír y su tensión pareció disiparse.

-Ya eres una princesa -dijo, aupando a la niña y sentándosela en la rodilla.

Sorprendida~ Rose se echó a reír.

-~No, nolo soy! ¡No tengo corona!

Bronson pareció tomarse el comentario en serio.

-¿Qué clase de corona os gustaría~ princesa Rose?

-Bueno, a ver... -Rose arrugó la frente, profundamente concentrada.

-¿De plata? -le preguntó Bronson-. ¿De oro? ¿Con piedras de colores, o perlas?

-Rose no necesita una corona -intervino Holly levemente alarmada, al ver que Bronson estaba más que dispuesto a comprársela-. Vuelve a jugar, Rose, a menos que quieras dormir la siesta, en cuyo caso llamaré a Maude.

-Oh, no. No quiero hacer siesta -dijo la niña, bajándose inmediatamente de la rodilla de Bronson-. ¿Puedo tomarme otro pastel, mamá?

Holly le sonrió con afecto y sacudió la cabeza.

-No, no puedes. Luego no comeras.

-Oh, mamá, ¿no puedo tomarme sólo uno? ¿Uno de los pequenos?

-Acabo de decirte que no, Rose. Ahora, por favor, juega sin hacer ruido mientras el señor Bronson y yo terminamos nuestra conversación.

Obedeciendo de mala gana, Rose miró a Bronson.

-¿Por qué tiene la nariz torcida, señor Bronson?

-Rose -la reprendió Holly con severidad. Sabes perfectamente que nunca se hacen comentarios sobre el aspecto de una persona.

No obstante, Bronson respondió a la niña sonriendo.

-En una ocasión, choqué contra algo.

-¿Una puerta? -aventuré la niña-. ¿Una pared?

-Un potente gancho de izquierda.

-Oh. -Rose lo miró pensativa-. ¿Qué es eso?

-Es un golpe que te dan cuando peleas.

-Pelear es malo -dijo la pequeña con firmeza-. Muy, muy malo.

-Sí, lo sé. -Bajando la cabeza, Bronson intentó aparentar arrepentimiento, pero su aire de sumisión no fue nada convincente.

-Rose -la advirtió Holly-. No va a haber más interrupciones, espero.

-No, mamá. -Obediente, la niña regresó a la alfombra. Cuando pasé por detrás de la silla de Bronson, él le dio a hurtadillas otro pastel. Asiendo la golosina, Rose se fue corriendo a su rincón como una ardilla furtiva.

Holly lo miré con reprobación.

-No voy a permitir que consienta a mi hija, señor. Se habituará a todas sus desmesuras, y cuando termine este año, le costará adaptarse a la vida normal.

Pendiente del diablillo que jugaba cerca de ellos, Bronson bajó la voz.

-No va a hacerle daño que la consientan un poco. La infancia es muy corta.

-Rose debe conocer las realidades y las responsabilidades de la vida...

-¿Es ése el concepto de educación que impera ahora? -pregunté él, indolente-. Eso explica por qué casi todos los hijos de aristócratas que he visto son criaturas pálidas, reprimidas y malcaradas. Sospecho que la impaciencia de los padres por exponer a sus hijos a la «realidad» es un poco excesiva.

Instantáneamente ofendida, Holly abrió la boca para expresar su desacuerdo, pero se dio cuenta, a pesar suyo, de que no podía. Los Taylor eran muy estrictos con sus hijos y solían insistirle para que hiciera lo mismo con Rose. La disciplina, la insistencia en la formación moral y los castigos eran métodos que se empleaban para que un niño fuera obediente y tuvie-

ra buenos modales. No es que funcionara, naturalmente. Los hijos de los Taylor eran gamberros en miniatura, y Holly creía que Rose también lo habría sido de no ser porque ella había sido mucho más blanda con su hija de lo que los Taylor le habían aconsejado. Y, no obstante, aquellas opiniones eran frecuentes en las familias nobles y casi todas las personas de su rango las compartian..

-La infancia debería de ser maravillosa -dijo Bronson con brusquedad-. Sin preocupaciones. Feliz. Me da igual que nadie esté de acuerdo conmigo. Ojalá... -Súbitamente, clavo la mirada en los papeles que tenía delante.

-¿Sí? -preguntó Holly con suavidad, inclinándose hacia delante.

Bronson respondió sin mirarla.

-Ojalá yo hubiera logrado que fuera así para Lizzie. Su infancia fue un infierno. Éramos pobres, íbamos sucios y casi siempre pasábamos hambre. Le fallé.

-Pero usted no es mucho mayor que Elizabeth -murmuré Holly-. Usted también era un niño, con una responsabilidad inmensa.

Bronson desecho su argumento con un ademán. Estaba claro que no quería que lo excusaran.

-Le fallé -repitió bruscamente-. Lo único que puedo hacer es intentar que ahora todo le vaya bien, y lo mismo con mis hijos cuando los tenga.

-¿Y entretanto mimará a mi hija hasta la saciedad? -dijo Holly esbozando una sonrisa.

-Tal vez también la mime a usted. -Aunque el tono era jocoso, el desafío que percibió en su mirada la dejó estupefacta. No sabía cómo reaccionar. Si se indignaba o lo reprendía, sólo conseguiría que él se riera de ella. Pero no podía permitir que él jugara con ella de aquella manera. Jugar al ratón y al gato no era su fuerte, y no disfrutaba haciéndolo.

Adopté un tono de voz enérgico y sereno.

-Ya me ha proporcionado un buen salario, señor Bronson, que tengo la intención de ganarme enseñándole modales. Ahora, si se remite a la segunda página de notas, hablaremos de las diferencias entre formas de tratamiento correctas en la correspondencia y en la conversación. Por ejemplo, jamás se referiría a un hombre como «el Honorable» personalmente, pero sí lo haría por escrito...

-Más tarde -la interrumpió Bronson, entrelazando las manos y apoyándolas en su estómago plano-. Tengo la cabeza llena de tratamientos. Por hoy ya he tenido suficiente.

-Muy bien. ¿Me voy entonces?

-¿Quiere usted irse? -le preguntó él en voz baja.

Holly parpadeó y estuvo a punto de echarse a reír.

-Señor Bronson, ¡me gustaría que dejara de intentar desconcertarme!

Él la miró burlón.

-Veamos, ¿qué tiene de desconcertante una pregunta tan sencilla?

-Porque si dijera que sí sería de mala educación y si dijera que no... podría implicar que le gusta mi compañía concluyó él, enseñándole la blanca dentadura al sonreírle-. Váyase entonces. Dios sabe que yo jamás la obligaría a admitir algo semejante.

Holly permaneció en su sillón.

-Me quedaré si me cuenta cómo le rompieron la nariz.

Sin dejar de sonreír, Bronson se tocó reflexivamente el torcido puente.

-Me lo hice boxeando con Tom Crib, un antiguo minero de carbón al que llamaban Diamante Negro. Tenía los puños como dos jamones y un gancho de izquierda que te hacia ver las estrellas.

-¿Quién ganó? -preguntó Holly, incapaz de resistirse.

-Yo aguanté más que Crib después de veinte asaltos yal final lo noqueé. De ese combate es de donde viene mi sobrenombre: Bronson *el Carnicero.*

El evidente orgullo viril que sentía al contarle aquello turbé ligeramente a Holly.

-Qué halagador -murmuré con un tono de burla que lo hizo reír.

-Que Crib me aplastara el pico no mejoré mucho mi aspecto -dijo él, frotándose el puente de la nariz con los dedos índice y pulgar-. Antes ya no era bonita, pero ahora, seguro que nadie me confundirá con un aristócrata.

-Nadie lo habría hecho de todas formas.

Bronson simulo una mueca de dolor.

-Ése es un gancho tan doloroso como los que recibí en el *ring,* señora. Así que mi hocico roto no es de su agrado, ¿es eso lo que está intentando decirme?

-Usted sabe perfectamente que es un hombre atractivo, señor Bronson. Pero no para los cánones de la aristocracia. Para empezar, tiene demasiados... o sea, es demasiado... musculoso. -Le señaló las mangas y las hombrera de la chaqueta, a punto de reventarle por las costuras-. Los nobles consentidos no tienen brazos como ésos.

-Eso me dice mi sastre.

-¿No hay una forma de hacerlos, bueno... menos voluminosos?

-No que yo sepa. Pero, sólo para satisfacer mi curiosidad, ¿cuánto tendría que encoger para pasar por un caballero?

Holly solté una carcajada y sacudió la cabeza.

-Su aspecto físico es lo que menos me preocuparía, señor. Necesita usted parecer una persona formal. Es demasiado irreverente.

-Pero atractivo -contraatacó él-. Usted ha dicho que yo era atractivo.

-¿Ah, sí? Estoy segura de que quería utilizar la palabra «incorregible».

Los dos sonrieron, y Holly tuvo una sensación de proximidad y calor muy placentera. Se apresuré a clavar los ojos en su regazo y empezó a respirar un poco más rápido de lo normal. Se sentía extraña, a punto de explotar, como si la excitación que sentía en sus entrañas fuera a arrancarla del sillón. No se atrevía a mirar a Bronson, temiendo su propia reacción si lo hacía. Él conseguía que ella quisiera... bueno, no estaba segura de qué. Todo lo que sabía era que, de repente, el recuerdo de sus besos, su sudor, la cálida invasión de su boca, ocupaba todo su pensamiento. Se ruborizó y entrelazó las manos, reprimiéndose.

-Mi carrera de boxeador no duró mucho -oyó que decía Bronson-. Sólo lo hice para reunir el dinero que necesitaba para comprar parte de un barco de vapor.

-¿En serio? -preguntó Holly, capaz al fin de volver a mirarlo-. Me pregunto si no obtenía cierto placer haciéndolo.

-Sí, lo obtenía -admitió él-. Me gusta competir. Y ganar. Pero boxear era demasiado doloroso y los beneficios demasiado escasos. Y pronto aprendí que hay formas de vencer a un hombre sin tener que ensangrentarse las manos.

-Por el amor de Dios, señor Bronson. ¿Tiene usted que vivir siempre como si la vida fuera una lucha constante por la supremacía?

-¿De qué otra forma debería actuar?

-Podría intentar relajarse un poco y disfrutar de lo que ha conseguido.

Bronson la miró burlón, clavando en ella sus ojos oscuros moteados de canela.

-¿Jugó alguna vez a ser el rey de la montaña cuando era pequeña, lady Holly? Probablemente no. No es un juego para niñas respetables. Buscas una pila de basura y compites con tus amigos para ver quién es el primero en llegar arriba. Y ésa es la parte fácil.

-¿Cuál es la difícil, señor Bronson?

-Quedarse allí.

-Seguro que usted conseguía quedarse arriba todo el santo día -dijo Holly en voz baja-. Dando patadas y puñetazos a todos los niños que intentaban echarlo.

-Sólo hasta la hora de cenar -confesó él con una repentina sonrisa-. Mi estómago siempre podía más que yo.

De repente, Holly solto una carcajada impropia de una dama. Le pareció imposible contenerse, ni siquiera cuando su hija, visiblemente sorprendida, se acercó a ella.

-¿Qué te pasa, mamá?

-El señor Bronson -explicó Holly-, me estaba contando una historia de cuando era pequeño.

Aunque Rose no veía dónde estaba la gracia, también empezó a reírse.

Mientras Bronson las miraba, Holly percibió una extraña calidez en sus ojos castaños.

-Creo que son la estampa más bonita que he visto jamás. Holly dejó automáticamente de reírse y se puso en pie con brusquedad, obligando a Bronson a hacer lo mismo. «No debería estar aquí -se repetía mentalmente-. Jamás debería haber accedido a trabajar para él, por muy tentador que me pareciera.» Se daba cuenta de lo inexperta que era y de lo poco que habla vivido; de lo contrario, él no podría desconcertarla con tanta facilidad. Si no se guardaba de él, haría estragos en sus emociones. ¿Por qué la turbaban tanto sus atenciones? ¿Era porque llevaba tanto tiempo sin un hombre? ¿O porque Zachary era distinto de todos los hombres que ella conocía?

Lo peor de todo era la sensación de que, por poco que disfrutara con su compañía o admirara su físico imponente, estaba traicionando a George.

Por unos instantes, Holly recordó su amarga desesperación en los días que sucedieron a la muerte de su esposo y el tenebroso deseo que la había consumido. Había querido monirse con él. Sólo el amor y la preocupación que Holly sentía por su hija la habían mantenido cuerda. Había prometido honrar a George pasando el resto de su vida amándolo sólo a él, pensando sólo en él y en sus deseos. Jamás se le había ocurrido que le costaría mantener aquella promesa. Pero allí estaba aquel completo desconocido, alejándola poco a poco del decoro con sus galanteos.

-Señor Bronson -dijo con un ligero temblor en la voz-. Lo... lo veré en la cena.

Bronson adopté una expresión que era tan grave como la suya.

-Permita que Rose coma con nosotros -dijo-. ¿No hay ningún niño de clase alta que cene con su familia?

Holly tardó un largo instante en contestar.

-En algunas casas de campo los niños pueden comer en familia. No obstante, en la mayoría de las casas pudientes, los niños comen aparte. Rose se ha habituado a las costumbres de los Taylor, y no me gustaría cambiar un ritual familiar...

-Pero allí podía comer con otros niños, ¿no? -señaló Bronson-. Y aquí tiene que comer casi siempre sola.

Holly miró la carita de su hija. Rose parecía estar conteniendo la respiración, aguardando en silencio para ver si su inesperado aliado le conseguía un lugar en la mesa de los adultos. Holly podría haber insistido en su postura. No obstante, ante la mirada expectante de Bronson y Rose, supo, entre desesperada y divertida, que estaba a punto de rebasar otro limite más.

-Muy bien ijo-. Si Rose se porra bien, puede comer con la familia de ahora en adelante.

Para sorpresa de Holly, Rose dio un grito de alegría, se fue corriendo hacia Bronson y se le abrazó a la pierna.

-Oh, señor Bronson -gritó-. ¡Gracias!

Sonriendo, Bronson le separé los bracitos y se puso en cuclillas.

-Dale las gracias a tu madre, princesa. Yo no he hecho más que pedírselo. Ha sido ella la que te ha dado permiso.

Corriendo hacia Holly, Rose la llenó de besos.

-Querida -murmuré Holly, intentando no sonreír-, vamos arriba a cambiarte de delantal y a lavarte la cara antes de la cena. No podemos permitir que vayas con esa pinta de granuja.

-Sí, mamá. -Rose le ofreció la manita y se fue dando saltitos de impaciencia.

7

Cuando Holly empezó a escnibirse con varias amistades, muchas de las cuales no había visto desde el funeral de George, le sorprendió su reacción ante la noticia de que estaba trabajando y residiendo en la propiedad que el señor Zachary Bronson tenía en Londres. Naturalmente, muchas le demostraron su desaprobación~ ofreciéndole incluso un lugar en sus propias casas, pensando que debía de estar en la miseria para haber aceptado. Sin embargo, para su sorpresa, la mayoría se mostraron muy interesadas en su nueva situación y le preguntaron si podían ir a visitarla a la casa de Bronson. Aparentemente muchas señoras estaban impacientes por ver la casa y, más que eso, por conocerlo a él.

Bronson no pareció sorprenderse cuando Holly se lo mencioné.

-Siempre pasa lo mismo -dijo con una sonrisa cínica-. Las mujeres de su clase irían a la guillotina antes que casarse con un advenedizo como yo... pero hay una cantidad sorprendente que quieren ser mis «amigas».

-¿Quiere decir que están dispuestas a... con usted? -Holly se quedó callada sin dar crédito a sus oídos-. ¿Incluso las casadas?

-Sobre todo ésas -le informó Bronson burlón-. Mientras usted estuvo recluida en casa de los Taylor guardando luto, yo he tenidó a muchas damas elegantes de Londres entre mis sábanas.

-Un caballero no alardea de sus conquistas sexuales -había replicado Holly, ruborizándose con el comentario.

-No estaba alardeando. Estaba exponiendo un hecho.

-Hay hechos que es mejor no airear.

La inesperada dureza con que Holly había pronunciado aquellas palabras pareció despertar inmensamente el interés de Bronson.

-Tiene una expresión muy extraña, lady Holly -dijo con voz aterciopelada-. Casi parece que esté celosa.

Holly se enojo tanto que estuvo a punto de atragantarse. Zachary Bronson tenía el don de conseguir sacarla de sus casillas como nadie había hecho antes.

-En absoluto. Sólo pensaba en la cantidad de enfermedades desagradables que uno debe de contraer con tantos idilios.

-Idilios -repitió el, riéndose entre dientes-. Nunca había oído a nadie expresarlo con tanta delicadeza. No, jamás he contraído la sífilis ni ninguna otra enfermedad en mis contactos con prostitutas. Un hombre tiene formas de protegerse...

-Le aseguro que no me apetece oírlas! -Horrorizada, Holly se había tapado los oídos con las manos. Bronson, el ser más lujurioso que conocía, estaba demasiado dispuesto a hablar sobre ciertas cuestiones íntimas que un caballero nunca debería admitir que conoce-. Usted, señor mío, es completamente inmoral.

En lugar de parecer avergonzado por su comentario, Bronson se echó a reír.

-Y usted, señora mía, es una mojigata.

-Gracias -exclamó ella.

-No pretendía ser un cumplido.

-Cualquier crítica suya, señor Bronson, la recibiré definitivamente como un cumplido.

Bronson se había reído, como hacía siempre que Holly intentaba darle lecciones de moral. Sólo le interesaba que le enseñara a comportarse superficialmente como un caballero. Y cuando le conviniera, no dudaría en despojarse de su fachada refinada. No obstante, por mucho que lo intentara, Holly no podía sentir antipatía por él.

A medida que pasaban las semanas, Holly fue averiguando muchas cosas sobre su patrón, incluyendo el hecho de que poseía muchas cualidades personales dignas de admiración. Bronson era honesto sobre sus defectos y extraordinariamente modesto en todo lo referente a sus orígenes y su falta de educación. Poseía una extraña clase de modestia, rebajando constantemente su tremenda inteligencia innata y sus importantes logros. A menudo se valía de su picardía para hacerla reír en contra de su voluntad. De hecho, parecía que disfrutara provocándola hasta que ella se enojaba; luego, para frustración de Holly, la hacía reír.

Pasaban muchas tardes juntos, en ocasiones conversando con Rose a sus pies. De vez en cuando, se quedaban hablando hasta que se hacía de noche, después de que Elizabeth y Paula se hubieran retirado por lo avanzado de la hora. Mientras las brasas ardían en la chimenea, Bronson obsequiaba a Holly con vinos poco corrientes y le regalaba los oídos con historias vulgares, pero fascinantes, de su vida. A cambio, él insistía en que Holly le hablara de su infancia. Ella no sabía por qué se interesaba tanto por detalles triviales de su pasado, pero él no cejaba hasta lograr que Holly le contara cosas ridículas, como la vez que su primo le había atado el cabello al respaldo de una silla, o la ocasión en que ella había tirado desde el balcón una esponja mojada en la cabeza de un lacayo.

Y a veces le preguntaba sobre George. Sobre su matrimonio... incluso sobre lo que había sentido al dar a luz.

-Sabe que no puedo hablar de una cosa así con usted -protestó Holly.

-¿Por qué no? -El resplandor del fuego dulcificaba la mirada de Bronson. Estaban en el saloncito privado, una acogedora habitación muy ornada con cortinas de terciopelo verde. Parecía que el resto del mundo estuviera muy lejos de aquella habitación, pequeña y elegante. Holly sabía que no deberían estar en aquel ambiente tan íntimo. Había demasiada proximidad... demasiada intimidad. No obstante, le parecía imposible marcharse. Había una parte de ella que quería quedarse, a pesar de lo que le dictaba el decoro.

-Sabe perfectamente que eso es indecente -le dijo-. Le recrimino que me haga esa pregunta.

-Dígame -insistió él perezosamente~ llevándose una copa de vino a los labios-. ¿Se porto como un buen soldadito o gritó como una condenada?

-¡Señor Bronson! -Holly lo miró *con* reprobación-. ¿Acaso no sabe lo que es la delicadeza? ¿O es que no me tiene ni el más mínimo respeto?

-La respeto mucho más de lo que nunca he respetado a otro ser humano, señora -le dijo sin titubear.

Holly sacudió la cabeza, reprimiendo la sonrisa que estaba a punto de esbozar.

-No fui un buen soldado -admitió-. Fue muy doloroso y difícil, y lo peor es que sólo duró doce horas y todo el mundo dijo que había sido un parto fácil, y casi no me consolaron.

Bronson se echó a reír, visiblemente complacido por la queja de HolIy.

-¿Habría tenido más hijos? ¿Si George hubiera vivido?

-Naturalmente. Una mujer casada no tiene opción en esas cuestiones.

-¿Ah, no?

Perpleja, Holly se encontró con su mirada sagaz.

-No... ¿qué quiere decir?

-Digo que hay formas de evitar un embarazo no deseado. Holly lo miró en silencio, horrorizada. Las mujeres respetables ni siquiera abordaban aquellas cuestiones. De hecho, era un tema tan espinoso que ella y George jamás lo habían hablado. Oh, sin querer, había oído comentarios, pero no había dudado en alejarse de una conversación tan inapropiada. ¡Y allí estaba aquel hombre sin escrúpulos, atreviéndose a decir aquellas cosas delante suyo!

-Ahora la he ofendido de verdad -observó Bronson, intentando aparentar arrepentimiento, pero ella supo que en el fondo se divertía-. Perdóneme, señora. A veces me olvido de que alguien pueda ser tan cándido.

-Es hora de que me retire -dijo Holly con mucha dignidad, decidiendo que su único recurso era pasar totalmente por alto aquel comentario de mal gusto-. Buenas noches, señor Bronson. -Se puso en pie y él la siguió de inmediato.

-No hace falta que se vaya-le rogó-. Me comportaré bien a partir de ahora. Lo prometo.

-Es tarde -dijo Holly con firmeza, dirigiéndose a la puerta-. Insisto, señor, buenas noches...

Sin saber cómo, él llegó antes que ella, sin dar la impresión de haberse apresurado. Apoyé la mano en la puerta, cerrándola con un chasquido casi inaudible.

-Quédese -musito-, y abriré una botella del vino del Rin que tanto le gustó la otra noche.

Frunciendo el entrecejo, Holly se volvió para encararse con él. Estaba dispuesta a decirle que un caballero no intentaba disuadir a una dama cuando ella deseaba marcharse, y que no sería decoroso que ellos se quedaran en la habitación con la puerta cerrada. Pero, al mirar aquellos ojos oscuros y burlones, notó que su determinación empezaba a flaquear.

-Si me quedo, hablaremos de algún tema decoroso -dijo con cautela.

-De lo que usted guste -fue la pronta respuesta de Bronson-. Impuestos. Problemas sociales. El tiempo.

Holly quiso sonreír al ver que suavizaba deliberadamente su expresión. Parecía un lobo haciéndose pasar por un cordero.

-Está bien -dijo, y regreso al sofá. Él le trajo una copa de vino, oscuro y con cuerpo, y ella bebió aquel reserva con delectación. Se había aficionado a los vinos escandalosamente caros que él adquiría, lo cual lamentaba, porque algún día tendría que renunciar a ellos. Entretanto, sin embargo, ¿por qué no aprovechar las ventajas de vivir en la casa de Bronson: los vinos, las obras de arte, y lo que más placer le producía... su compañía.

Unos años antes, habría tenido miedo de estar a solas con un hombre como Zachary Bronson. Él no la trataba con la cortesía que siempre le habían prodigado su padre, los educados caballeros que la habían cortejado y el hombre impecable con el que se había casado. Bronson era malhablado en su presencia, discutía sobre temas en los que ninguna dama estaría interesada y tampoco intentaba ocultarle las realidades más desagradables de la vida.

Él fue rellenándole deliberadamente la copa mientras hablaban, y, a medida que avanzaba la noche, Holly se acurrucó en un rincón del sofá y acabó con la cabeza apoyada en un brazo. «Caramba, he bebido demasiado», pensó sorprendida, pero no le avergonzó tanto como debería. Las damas nunca se excedían con el alcohol, sólo se permitían beber unas gotas de vino rebajado con agua de vez en cuando.

Contemplando perpleja su copa casi vacía, Holly se movió para dejarla en la mesita que había junto al sofá. De repente, le pareció que la habitación se inclinaba y estuvo a punto de dejar caer la copa. Con un rápido ademán, Bronson la asió por la base y la dejó en la mesa. Al mirar su atractivo rostro, Holly se sintió frívola y atrevida, y extrañamente aliviada y libre, como siempre se sentía cuando Maude la ayudaba a quitarse un vestido muy ceñido a la hora de acostarse.

-Señor Bronson -dijo; le pareció que sus palabras se quedaban flotando en el aire-. Me ha dejado beber demasiado vino... De hecho, me ha animado a hacerlo, lo cual está francamente mal.

-No está tan ebria como dice, señora. -Sonrió divertido-. Sólo está un poco más relajada que de costumbre.

Aunque la afirmación era evidentemente falsa, Holly se relajo un poco.

-Es hora de que me retire -anuncio ella, levantándose con dificultad. Le pareció que la habitación daba vueltas y tuvo la sensación de que se precipitaba al vacío, como si hubiera saltado desde un precipicio. Bronson se apresuro a sostenerla para evitar que siguiera bamboleándose.

-Oh... -Hoily se aferro a sus antebrazos para mantener el equilibrio-. Creo que estoy un poco mareada. Gracias. Debo de haber tropezado con algo. -Se inclinó para examinar la alfombra, buscando el objeto que debía de haber pisado, y oyó la suave risa de Bronson.

-¿Por qué se ríe? -preguntó Holly cuando él volvió a sentarla en el sofá.

-Porque nunca había visto a nadie animarse tanto con tres copas de vino. -Ella hizo ademán de levantarse, pero Zachary se sentó a su lado, impidiendo su débil intento de huida. Tenía la cadera peligrosamente cerca de Holly, y ella volvió a acurrucarse en el sofá-. Quédese conmigo-musito Bronson-. Ya ha pasado media noche.

-Señor Bronson -preguntó ella suspicaz-. ¿Está intentando comprometerme?

Bronson le sonrió, como si estuviera bromeando, pero la miró con un ardor que la turbéo.

-Es posible. ¿Por qué no pasa las próximas horas conmigo, en este sofá?

-¿Hablando? -preguntó ella con un hilillo de voz.

-Entre otras cosas. -Le tocó la curva de la mandíbula con el dedo índice, dejando una estela de fuego-. Le prometo que le gustaría. Y luego podemos echarle la culpa al vino.

Ella apenas podía creer que él se hubiera atrevido a sugerir algo tan escandaloso.

-Echarle la culpa al vino -repitió indignada, y se echó bruscamente a reír-. Me pregunto cuántas veces habrá usado esa frase en el pasado.

-Ésta es la primera vez -le aseguro él sin titubear-. Es bastante buena, ¿no cree?

Holly lo miró con el ceño fruncido.

-Le ha hecho proposiciones a la mujer equivocada, señor Bronson. Hay un centenar de razones por las que no haría eso con usted.

-Dígame algunas -la desafio Zachary.

Ella lo señaló con un dedo tembloroso.

-Moralidad... decencia... respeto por mí misma... la responsabilidad de darle ejemplo a mi hija... por no mencionar el hecho de que una indiscreción con usted me impediría quedarme aquí.

-Interesante -musito él. Holly fue retirándose mientras él acortaba las distancias hasta tener la cabeza apoyada en el brazo del sofá y estar echada casi debajo de él.

-¿Qué es interesante? -preguntó ella, respirando hondo una vez, y luego otra. En la habitación hacía mucho calor. Notó que el brazo le pesaba cuando fue a apartarse un mechón de pelo de la frente. Apoyo el codo junto a la cabeza, dejando la palma de la mano vuelta hacia arriba. Había bebido demasiado... estaba ebria.., y, aunque aquello no la preocupaba especialmente en aquel momento, ella sabía que más adelante la atormentaría.

-Ha enumerado todas las razones salvo la que es realmente importante. -Bronson tenía la cara muy cerca de ella, y su boca, sin duda la más tentadora que Holly había visto jamás, de labios carnosos e incitadores, estaba tan próxima que Holly noto la suave caricia de su respiración en la mejilla. Le olía gratamente a vino y a su sabor íntimo-. Ha olvidado decir que no me desea.

-Bueno, eso... eso se supone -farfullo ella.

-¿Ah, sí? -En lugar de ofenderse, aquello pareció divertirle-. Me pregunto, lady Holly, si habría alguna forma de que usted me deseara.

-Oh, no creo... -Holly bajó la voz hasta hablar en un suave murmullo cuando vio que Zachary bajaba la cabeza. Sintió un hormigueo en todo el cuerpo y apreto los labios con mucha fuerza, esperando, esperando... y notó que la boca de Bronson se posaba en la delicada piel de su muñeca. El roce de sus labios aterciopelados fue tan erótico que Holly noto una corriente subiéndole oor el brazo y cerró los dedos involuntariamente. Zachary no aparto la boca y Holly noto que el pulso se le aceleraba. Se tenso como un arco, y quiso levantar las piernas y enroscarlas a su cuerpo. Tenía los labios inflamados y ardientes, anticipando el beso de Zachary. Bronson levanto la cabeza y la miró con unos ojos tan tenebrosos como el fuego del infierno.

Alargó la mano y le puso algo delante. La copa de vino resplandeció al fuego de la chimenea. Aún le quedaban unos pocos sorbos de aquel líquido granate.

-Termínese el vino -sugirió en voz baja-, y déjeme hacer lo que quiero con usted. Y por la mañana, los dos simularemos que no se acuerda de nada.

Holly se asusto de lo mucho que le tentaba aquella oferta tan pecaminosa. «Zachary se estaba riendo de ella», pensó mareada.., era obvio que no podía estar haciéndole proposiciones. Estaba esperando a ver cuál sería su reacción, y luego, tanto si aceptaba como si no, se reiría de ella.

-Es usted perverso -susurro.

Bronson ya no sonreía.

-Sí.

Respirando entrecortadamente, Holly se pasó una mano por los ojos, como si intentara disipar la confusión en la que la había sumido el vino.

-Quie... quiero ir a mi habitación. Sola.

Se produjo un largo silencio entre ellos, y luego Bronson dijo en tono amistoso y consolador.

-Déjeme ayudarla.

La sujeto por los codos y la ayudo a ponerse en pie. Cuando Holly estuvo de nuevo erguida, descubrió que la habitación había dejado de inclinarse. Aliviada, se aparto de aquel cuerpo duro e invitador, y se dirigió a la puerta.

-Soy perfectamente capaz de ir a mi habitación sin compañía-dijo, mirándolo suplicante.

-Está bien. -Bronson fue a abrirle la puerta, recorriendo con la mirada su figura descompuesta.

-Señor Bronson... mañana lo habremos olvidado todo. -Holly habló con un nervioso tono de interrogación.

Él asintió brevemente, mirándola mientras ella se alejaba con toda la rapidez que le permitían sus piernas temblonas.

-~Ni hablar! -musito Zachary en cuanto Holly hubo desaparecido de su vista. Había ido demasiado lejos, lo había sabido incluso mientras se permitía cruzar las barreras invisibles que se alzaban entre ellos, pero había sido incapaz de contenerse. No podía refrenar su deseo por ella. Era un martirio hallarse bajo el influjo de una mujer virtuosa. El único consuelo era que Holly no parecía saber hasta qué punto estaba Zachary a su merced.

Aquella situación lo irritaba y lo impacientaba, porque jamás había sentido nada semejante. Arrogante y seguro de sí mismo, siempre había sabido que podía seducir a cualquier mujer que deseara, fuera cual fuese su posición. Estaba incluso seguro de que podría llevarse a Holly a la cama, si contaba con el tiempo suficiente para derribar sus defensas. Pero en

cuanto se acostara con ella, la perdería. Después, no habría forma de convencerla para que se quedara. Y lo extraordinario era que deseaba su compañía incluso más que acostarse con ella.

~Cuando Zach se imaginaba a la mujer que captaría definitivamente su atención, sus emociones, todos sus pensamientos, tenía siempre la certeza de que sería mundana, descarada... que sería su igual en el sexo. Jamás había considerado la posibilidad de perder el corazón y la cabeza por una viuda recatada. Inexplicablemente, Holly era como una droga para él, excitante y dulce, y, como tal, su ausencia lo dejaba vacío y anhelante.

No era estúpido. Saltaba a la vista que lady Holly no era para él. Mejor recoger otra fruta de un árbol que estuviera a su alcance. Pero allí estaba ella, tentadora y exquisita, siempre inalcanzable.

En un intento desesperado de saciar su apetito sexual, Zachary había recurrido a otras mujeres. Ser socio del burdel más exclusivo y caro de la ciudad, le permitía comprar una noche con cualquier bella prostituta que eligiera. Últimamente frecuentaba el lugar casi todas las noches.

Por las tardes, Zachary se derretía en compañía de Holly, mirándola tan sólo, deleitándose con el sonido de su voz. Luego, cuando ella se retiraba a su cama vacía, él cabalgaba a Londres y daba rienda suelta a su lascivia durante las próximas horas. Por desgracia, la habilidad de una prostituta sólo aliviaba temporalmente su deseo. Por primera vez en su vida, estaba empezando a reconocer que la verdadera pasión no se satisface fácilmente, que había una diferencia entre las necesidades de su pene y las del órgano que residía medio metro más arriba. No era un descubrimiento agradable.

-¿Está construyendo otra casa? -preguntó Holly sorprendida. Estaba de pie en la biblioteca junto a una mesa alargada mientras Bronson desenrollaba unos planos ylos aseguraba en las esquinas con pesas de bronce-. Pero ¿dónde... y por qué?

-Quiero tener la casa de campo más ostentosa de Inglaterra -dijo Bronson-. He comprado tierras en Devon, tres haciendas que se convertirán en una. Mi arquitecto ha dibujado el proyecto de la casa. Quiero que lo vea.

Holly lo miró con una sonrisa irónica. En un acto de cobardía, había fingido no recordar la extraña escena de seducción que había sucedido la noche anterior y, para su infinito alivio, Bronson no había dado muestras, ni con comentarios ni con miradas, de que hubiera ocurrido nada indecente. En lugar de ello, le había hecho partícipe de uno de los muchos proyectos que se llevaba entre manos. En privado, Holly concluyó que su sorprendente conducta de la noche anterior se debía íntegramente al vino, una situación que decidió evitar en el futuro.

-Señor Bronson, me encantaría ver el proyecto, pero debo advertirle de que mis conocimientos en ese terreno son nulos.

-Eso no es cierto. Usted sabe lo que admira la aristocracia. Dígame lo que opina.

Pasó suavemente su mano inmensa por los planos, allanando las arrugas y colocando diestramente las pesas. Mientras Holly inspeccionaba los bocetos a tinta de las diversas fachadas de la casa, se daba perfecta cuenta de que Bronson estaba de pie a su lado.

Él se apoyo en los planos con ambas manos y se inclinó sobre los dibujos.

Holly intentó concentrarse en los planos, pero la proximidad de Bronson la distraía. No podía evitar fijarse en sus brazos musculosos, que abultaban las costuras de la chaqueta, en las ondas que su recio cabello negro le hacía en la nuca, en la sombra de barba que oscurecía su atezada piel. Cuidaba su imagen, pero no era presumido. Olía a almidón y jabón, pero no a colonia, y llevaba la ropa entallada, pero un poco holgada, en un intento de ocultar aquella musculatura tan impropia de un caballero. Tal vez no fuera tan refinado como debiera, pero su extrema virilidad tenía un atractivo muy poderoso.

-¿Qué opina? -preguntó con su voz oscura.

Holly tardó bastante en responder.

-Creo, señor Bronson -dijo despacio-, que el arquitecto ha proyectado lo que cree que usted quiere.

La casa era ostentosa, excesiva y demasiado convencional. Se erigiría como una mole inmensa en el paisaje de Devon. Visible, sí. Suntuosa, sin lugar a dudas. Pero «elegante» y «apropiada» no eran palabras que se pudieran aplicar a aquel presuntuoso homenaje a un estilo pasado de moda.

-Es muy grande-continuo-y cualquiera que la viera no tendría ninguna duda de que su propietario es un hombre próspero. No obstante...

-No le gusta.

Sus miradas se cruzaron, y Holly se enterneció al mirar aquellos ojos tan negros.

-¿Le gusta a usted, señor Bronson? -consiguió preguntarle. Aquello lo hizo.

-Yo tengo mal gusto -sentenció él-. Mi única virtud es que lo sé. Holly abrió la boca para rebatirlo, pero la cerró al instante. En cuestiones de estilo, Bronson tenía un gusto francamente horrible.

Bronson emitió una risa gutural casi inaudible al ver su expresion.

-Dígame lo que cambiaría de la casa, señora.

Levantando una esquina del primer boceto e inspeccionando el plano de la primera planta que había debajo, Holly sacudió la cabeza indecisa.

-No sabría por dónde empezar. Y usted ha debido de hacer un desembolso enorme para que le dibujaran estos planos...

-Ese desembolso no es nada comparado con lo que costará construir la maldita casa.

-Sí, bueno... -Holly guardó silencio, mordiéndose el labio inferior mientras pensaba qué decirle. Él desvio la mirada a su boca, y Holly hablo sin mucha seguridad-. Señor Bronson, ¿sería demasiado presuntuoso por mi parte sugerirle a otro arquitecto? Tal vez podría encargar otro proyecto basado en un concepto diferente y luego decidir cuál prefiere. Tengo un primo lejano, el señor Jason Somers, que está dándose a conocer por sus proyectos. Es un joven arquitecto con gustos modernos, aunque no creo que jamás le hayan ofrecido un proyecto de tanta envergadura como éste.

-Bien -se apresuro a decir Bronson, sin apartar los ojos de su boca-. Lo enviaremos de inmediato a Devon para ver qué opina de los terrrenos.

-Es posible que pase un tiempo antes de que el señor Somers pueda estar a su disposición. Por lo que sé, sus servicios están muy solicitados, y siempre tiene la agenda llena.

-Oh, irá a Devon sin dilación, en cuanto le mencione mi nombre-le aseguro Bronson con cinismo-. Todos los arquitectos sueñan con tener un patrón como yo.

Holly no pudo evitar reírse.

-¿Es que su arrogancia no tiene límites?

-Espere y verá -insistió él-. Somers me entregará un proyecto en un plazo de quince días.

Como Bronson había predicho, Jason Somers fue a su casa con un fajo de bocetos y planos de planta parciales en un tiempo extraordinariamente corto, dieciséis días, para ser exactos.

-Elizabeth, creo que esta mañana tendremos que acortar las clases-musito Holly, mirando por la ventana al ver el modesto carruaje negro del senor Somers acercándose a la casa. Su primo no tenía cochero y llevaba las riendas con evidente destreza-. Está llegando el arquitecto, y su hermano ha insistido en que yo asista a la reunión que van a tener.

-Bueno, si debe... -dijo Elizabeth encogiéndose de hombros, aparentando que aquello la contrariaba.

Holly se contuvo para no sonreír, sabiendo que Elizabeth no lamentaba en absoluto que la clase se cancelara. La muchacha tenía poca paciencia para el tema que las ocupaba: las normas de la correspondencia. Era una joven enérgica a quien le apasionaban montar, el tiro al arco y otras actividades físicas, y escribir se le hacía excesivamente tedioso.

-¿Querría conocer al señor Somers? -sugirió Holly-. Su trabajo es de mucha calidad, y estoy segura de que su hermano no pondrá ninguna objeción...

-Dios mío, no. Tengo mejores cosas que hacer que ver los bocetos de algún vejestorio aburrido. Hace una mañana espléndida. Creo que saldré a montar a caballo.

-Muy bien. Entonces nos vemos a mediodía.

Dejando a la muchacha, Holly se apresuro a bajar por la suntuosa escalera. La perspectiva de ver a su primo lejano la hizo sonreír. La última vez que se habían visto había sido en una reunión familiar hacía al menos cinco años, cuando Jason era apenas un adolescente. Afectuoso, con sentido del humor y una sonrisa irresistible, Jason siempre había sido el predilecto de la familia.

Desde que era pequeño, había hecho dibujos y bocetos de forma compulsiva, lo cual le había valido muchas reprimendas por llevar los dedos siempre manchados de tinta. Sin embargo, últimamente se estaba labrando una reputación formidable por su singular arquitectura «natural», cuyo objetivo era integrarse en el paisaje.

-Primo Jason -exclamo Holly, alcanzando la entrada justo al mismo tiempo que él.

Somers sonrió en cuanto la vio, deteniéndose para quitarse el sombrero y ejecutar una reverencia impecable. Holly se complació al comprobar que en los últimos años Jason se había convertido en un joven francamente atractivo. Llevaba el cabello, espeso y castaño, muy corto, y los ojos, de color verde, tenían un brillo inteligente. Aunque todavía era muy joven, transmitía una madurez sorprendente para alguien que no llegaba a la treintena.

-Señora -dijo Jason. Tenía una voz de barítono gratamente áspera. Holly le dio la mano y él se la apreto con delicadeza. Dejó de sonreír y la miró apesadumbrado cuando prosiguió en voz más baja-: Por favor, acepte mis disculpas por no asistir al funeral de su esposo, aunque sea con tanto retraso;

Holly lo miró con afecto. No había motivo para que se disculpara, pues estaba viájando por Europa cuando George murió de aquella forma tan imprevista. Como Jason no habría tenido tiempo de regresar para el funeral, le había escrito una carta dándole el pésame. Dulce, algo tímida, y de una franqueza maravillosa, la carta había conmovido a Holly por la sinceridad de sus sentimientos.

-No hace falta que se disculpe, como usted bien sabe -respondió ella en voz baja.

El ama de llaves, la señora Burney, se acercó para recoger el sombrero y el abrigo de Jason.

-Señora Burney -musité Holly-. ¿Puede decirme dónde está el señor Bronson?

-Creo que en la biblioteca, señora.

-Conduciré al señor Somers hasta allí. -Tomando a su primo por el brazo, Holly lo guié por la casa, mientras él llevaba los planos bajo el otro brazo.

Mirando a su alrededor, Jason emitió un suspiro que combinaba el asombro con la repugnancia.

-Increíble -exclamo-. Un monumento a la desmesura. Señora, si éste es el estilo que prefiere Bronson, habría hecho mejor en acudir a otro arquitecto. Yo sería incapaz de proyectar nada semejante.

-Aguarde a haber hablado con el señor Bronson -le suplicó Holly.

-Está bien. -Jason le sonrió mientras seguían andando-. Lady Holly, sé que estoy aquí por su influencia, y le agradezco la oportunidad. Pero debo preguntarle... ¿qué la impulso a trabajar para Bronson? -Adopto un tono divertido-. Como sin duda ya sabe, en general, la familia no está «complacida».

-Mi madre me ha puesto al corriente -admitió Holly con una sonrisa triste.

Cuando supieron que había decidido aceptar el empleo de Bronson, sus padres le habían dejado bien claro que no estaban de acuerdo. Su madre habla llegado incluso a cuestionar su cordura, sugiriendo que tanto dolor la había incapacitado para tomar decisiones racionales. No obstante, su padre, un hombre de un pragmatismo extremo, había dejado de oponerse en cuanto Holly les menciono la cuenta que Bronson abriría para Rose. Padre de cuatro hijas, tres de ellas aún solteras, conocía perfectamente la importancia de tener una buena dote.

-¿Y bien? -preguntó Jason.

-Es difícil negarle nada al señor Bronson -dijo Holly con humor-. Lo averiguará enseguida.

Llevó a su primo a la biblioteca, donde los estaba aguardando Bronson. Jason no dio muestras de amilanarse cuando vio a aquel hombre fornido levantándose de la silla, lo cual dijo mucho en su favor. Como Holly sabía por experiencia, ver a Bronson por primera vez era cuando menos memorable.

Pocos hombres poseían su imponente presencia. Aun cuando nadie le hubiera dicho nada sobre él, Holly habría sabido por instinto que era un hombre que no sólo se labraba su propio destino, sino que también modelaba el de los demás.

Mirándolo a los ojos, Jason le dio la mano.

-Señor Bronson -dijo con la franqueza y la amabilidad que lo caracterizaban-, permítame darle las gracias por invitarme a su casa, y por la oportunidad de enseñarle mi trabajo.

-Es a lady Holly a quien debe darle las gracias -respondió Bronson-. Fue sugerencia suya que me dirigiera a usted.

Holly parpadeo sorprendida. Con sutileza, Bronson había dado a entender que las sugerencias de ella, sus opiniones, tenían mucho valor para él. Para su pesar> aquella insinuación no había pasado inadvertida a Jason Somers. La miró brevemente, intrigado~ y luego volvió a centrar su atención en Bronson.

-Entonces, confío en haber estado a la altura de la fe que lady Holly ha depositado en mí -dijo Jason, acomodándose los bocetos que llevaba bajo el brazo.

Bronson le señaló su gran escritorio de caoba, que estaba vacío, y el arquitecto extendió los dibujos en la lustrosa superficie.

Aunque había decidido permanecer neutral cuando viera el trabajo de su primo, Holly no pudo contener una exclamación de placer al mirar los planos. Con sus matices románticos y góticos, la casa era encantadora y a la vez sofisticada, con abundantes ventanas de forma alargada con iiinas de cristal aparentemente sin dividir, para llevar el paisaje «dentro». Las grandes habitaciones principales y los aireados invernáculos serían un escenario magnífico para celebrar fiestas, pero también había alas que proporcionarían intimidad y aislamiento a la familia.

Holly esperaba que Bronson aceptara el estilo modesto del proyecto, y que no cayera en el error de creer que la elegancia era sinónimo de una ornamentación excesiva. Tenía la certeza de que al menos le complacerían los abundantes avances técnicos, incluyendo agua corriente en todas las plantas, y muchos aseos y cuartos de baño embaldosados, además de un sistema de calefacción por aire para el invierno.

Bronson permaneció impasible mientras miraba los planos y sólo hizo una pregunta o dos que Jason se apresuro a responder. Holly se dio cuenta de que alguien había entrado en la habitación. Era Elizabeth. Llevaba un distinguido traje de montar, rosa con ribetes escarlata. El atuendo, de corte sencillo pero elegante, y el femenino cuello de encaje, la favorecían es-

pecialmente. Con la negra cabellera recogida en una trenza, el sombrero escarlata y aquellos ojos oscuros de espesas pestañas, Elizabeth irradiaba juventud, frescura y un exótico atractivo.

-No he podido resistirme a ver los planos antes de salir... -empezó a decir Elizabeth, pero se calló cuando Jason Somers se dio la vuelta y se inclinó ante ella. Holly se apresuré a presentarlos~ observando con orgullo que Elizabeth saludaba a Jason con una reverencia impecable. Tras las presentaciones, los dos jóvenes se estudiaron con una curiosidad electrizante que duró sólo unos instantes. Luego Somers volvió a mirar los planos y se concentro en una pregunta que le había hecho Bronson. Daba la impresión de que la presencia de Elizabeth no lo había alterado en lo más mínimo.

Perpleja ante su aparente indiferencia, Holly se pregunté cómo podía él o cualquier otro varón en su sano juicio resistirse a la espectacular belleza de aquella muchacha. No obstante, cuando Elizabeth se unió a ellos en la mesa, HoIly se fijó en que Jason volvía a mirarla intensamente por un instante. «La muchacha le interesaba -pensó Holly disimulando el placer que aquello le producía-, pero era lo bastante inteligente como para no demostrarlo.»

Ligeramente molesta por la falta de atención de aquel desconocido, Elizabeth se colocó entre Holly y Jason e inspeccioné los planos.

-Como puede ver -musito Jason dirigiéndose a Bronson-, he intentado proyectar un espacio que esté en armonía con el entorno. En otras palabras, sería imposible construir esta casa en un lugar distinto sin que pareciera fuera de lugar...

-Sé lo que significa la palabra «armonía» -dijo Bronson con una sonrisa irónica. Continuo evaluando los dibujos, sin pasar por alto ningún detalle. Por la forma en que Bronson asimilaba la información, Holly sabía que, al cabo de unos minutos, estaría casi tan familiarizado con los planos como el propio Jason. Bronson poseía una memoria impresionante, aunque sólo la aplicaba a temas que eran de su interés. Elizabeth estudió también los planos y entorno críticamente los ojos, oscuros y aterciopelados.

-¿Qué es esto? -preguntó, señalando una sección del plano-. No estoy segura de si me gusta o no.

Jason respondió en un tono algo más grave que de costumbre.

-Haga el favor de quitar el dedo de mis planos, señorita Bronson...

-Sí, pero qué es esto.., esto que sobresale, esta proyección tan extrana...

-Se llama ala -dijo Jason con sequedad-. Y estos rectangulitos son lo que nosotros los arquitectos llamamos ventanas y puertas.

-Su ala este no combina con el ala oeste.

-Algún día me gustaría explicarle por qué -musito Jason en un tono que implicaba justo lo contrario.

-Bueno, se ve desproporcionada -persistió Elizabeth.

Se retaron con la mirada, y Holly sospecho que los dos estaban disfrutando secretamente del intercambio.

-Deja de provocarlo, Lizzie -musito Zachary, sin darse cuenta de la complicidad que se había establecido entre ellos. Tenía toda su atención puesta en Holly-. ¿Qué opina de los planos, señora?

-Creo que la casa sería magnífica -respondió.

El asintió con decisión.

-Entonces la construire.

-No sólo porque a mí me gusta, espero -dijo Holly, ligeramente alarmada.

-¿Por qué no?

-Porque usted debe únicamente decidirse basándose en sus propios gustos.

-Los planos me parecen bien -respondió Bronson pensativo-, aunque no me molestaría que hubiera alguna torre, y algunas almenas...

-Nada de torres -se apresuro a interrumpirle el arquitecto.

-¿Almenas? -preguntó Holly al mismo tiempo. Entonces vio el brillo en los ojos de Bronson y se dio cuenta de que estaba bromeando.

-Constrúyala como la ha proyectado -le aconsejo Bronson al arquitecto, sonriéndole.

-¿Así exactamente? -preguntó Jason, a todas luces sorprendido por la celeridad de la decisión-. ¿Está seguro de que no quiere estudiar los planos en privado y considerar la cuestión sin prisas?

-Ya he visto todo lo que necesitaba -le aseguro Bronson. Holly no pudo evitar sonreír al ver lo sorprendido que estaba su primo. Sabía que Jason nunca había conocido un hombre que se hallara tan a gusto con su autoridad como Zachary Bronson. Le gustaba tomar decisiones con rapidez y rara vez malgastaba el tiempo en considerar las dificultades. En una ocasión le había dicho que, aunque el diez por ciento de sus decisiones resultaban ser equivocadas, y otro veinte por ciento solían tener resultados mediocres, en general acertaba con el setenta por ciento restante. Holly no tenía ni idea de cómo había calculado aquellas cifras, pero no le cabía la menor duda de que podría sustentarlas con pruebas. Tenía la peculiaridad de traducir todas las situaciones en números y porcentajes. En una ocasión, había llegado a calcular que su hermana tenía el diez por ciento de probabilidades de casarse con un duque.

-¿Por qué sólo el diez por ciento? -había preguntado Elizabeth con desparpajo, apareciendo prácticamente al final de la conversacion-. Te informo de que podría casarme con quien yo quisiera.

-He calculado la cantidad de duques disponibles, restado los que son demasiado viejos o están enfermos, y he estimado las clases que lady Holland tiene que darte para que estés presentable. También he tenido en cuenta la cantidad de mujeres en edad de merecer con las que competirás.

-Bronson había guardado silencio y le había dedicado a su hermana una sonrisa astuta-. Por desgracia, tu edad ha desviado un poco las cifras.

-¿Mi edad? -había gritado Elizabeth, fingiendo que se escandalizaba-.¿Acaso estás diciéndome que no estoy en la flor de la vida?

-Tienes más de veintiuno, ¿no? -señalé Bronson, y pescó al vuelo el cojín de terciopelo que su hermana le había tirado a la cabeza.

-Elizabeth, una dama no tira cosas cuando un caballero la ofende -dijo Holly, riéndose de sus payasadas.

-¿Puede una dama romperle la cabeza a su hermano con un atizador? -Elizabeth se acercó a Bronson con aire amenazante.

-Por desgracia no -respondió Holly-. Y considerando lo dura que la tiene el señor Bronson, es probable que el golpe no fuera muy efectivo.

Bronson había fingido que se ofendía, aunque no había podido contener la risa.

-Entonces~ ¿cómo puede vengarse una dama? -pregunto Elizabeth.

-Con la indiferencia -respondió Holly en voz baja-. Retirándose.

Elizabeth se desplomo en una silla, estirando las piernas bajo la falda.

-Confiaba en que fuera algo más doloroso.

-Un golpe con un atizador de hierro no es más que un dolor momentáneo -le había dicho Bronson a su hermana, riéndose entre dientes-. Pero la indiferencia de lady Holly... -Fingió que se estremecía, como si lo hubiera envuelto una ola de frío ártico-. Es el peor castigo que podría sufrir un hombre.

Holly había sacudido la cabeza, divertida, mientras pensaba que ninguna mujer podía permanecer indiferente ante un hombre como Zachary Bronson.

No obstante, había días en que Bronson no la hacía reír... días en los que podía ser irascible y obstinado, desahogando su mal humor con todos los que lo rodeaban. A veces, parecía

tener un demonio dentro. Ni siquiera Holly se libraba de su cinismo y sarcasmo, y parecía que cuanto más fría y correcta se ponía ella, más se avivaba la llama de su insatisfacción. Holly intuía que había algo que él quería pero que, en su opinión~ no estaba a su alcance, y, fuera lo que fuera, aquel anhelo lo hacía sufrir amargamente. No obstante, era imposible discernir qué era exactamente ese «algo», si la aceptación social o tal vez un trato comercial que no había logrado cerrar. Holly estaba segura de que no era la soledad, pues a Bronson no le faltaba la compañía femenina. Como el resto de la casa, estaba al corriente de sus actividades nocturnas, sus frecuentes ires y venires, las huellas que el exceso de alcohol y el libertinaje dejaban en su rostro tras una velada particularmente desenfrenada.

Sus correrías nocturnas empezaron a molestar a Holly cada vez más. Ella intentaba relativizarlas diciéndose que no era distinto de otros muchos hombres en aquel aspecto. Había muchos aristócratas que se comportaban aún peor, festejando toda la noche y recuperándose de sus excesos durmiendo durante el día. El hecho de que Bronson consiguiera pasar la noche en blanco y trabajar durante el día daba fe de su extraordinaria energía. Pero a Holly no le resultaba fácil restar importancia a los apetitos sexuales de Bronson, y en un momento de sinceridad, admitió que su desaprobación tenía bastante menos que ver con la moralidad que con sus propios sentimientos.

Imaginarse a Bronson en brazos de otra mujer le producía una extraña tristeza. Y le despertaba una curiosidad insoportable. Todas las noches cuando él se marchaba a la caza de mujeres, Holly daba rienda suelta a su imaginación. De alguna forma, sabía que las actividades sexuales de Bronson eran totalmente distintas de los dulces y suaves interludios que ella había compartido con George. Aunque su esposo no era virgen en su noche de bodas, su experiencia en aquel terreno era muy limitada. En la cama, George era respetuoso y amable, amoroso más que fogoso~ y a pesar de su carácter afectuoso, creía que el acto sexual era un placer al que no había que abandonarse con demasiada frecuencia. Jamás había ido a su habitación más de una vez a la semana. Aquellas ocasiones habían sido siempre dulces y especiales~ y los dos las vivían cada vez con la misma intensidad.

Zachary Bronson, en cambio, tenía el mismo autocontrol que un gato. La forma en que la había besado en el invernáculo indicaba unos conocimientos sexuales que superaban con creces la experiencia de Holly, o la de George. Ella sabía que debería sentirse repelida por aquella faceta de Bronson. Ojalá pudiera borrar los sueños que a veces la despertaban en plena noche, las mismas imágenes confusas y eróticas que la habían atormentado desde la muerte de George. Sueños donde ella aparecía desnuda, recibiendo caricias, besos y abrazos de un hombre desnudo.., salvo que últimamente las imágenes eran más perturbadoras que nunca, porque el desconocido de sus sueños tenía un rostro. Eran las varoniles facciones de Zachary Bronson lo que veía, su boca ardiente poseyendo la suya, sus manos tocándola con pasión.

Holly siempre se despertaba de aquellos sueños alterada y envuelta en sudor, y al día siguiente apenas podía mirar a Bronson sin ruborizarse. Siempre había pensado que estaba por encima de aquellos deseos tan básicos e incluso había sentido lástima de las personas que parecían incapaces de controlar sus instintos. La lujuria jamás la había perturbado. Pero no había otra palabra para ello, para aquel dulce dolor que a veces la invadía, aquel terrible desvelo por Zachary Bronson... aquel horrendo deseo de poder ser una de las mujeres que él visitaba para satisfacer sus necesidades.

8

Aunque Holly llevaba un vestido de color gris, los ribetes frambuesa del cuello y las mangas le daban un toque de color. Era la clase de prenda con la que una monja se habría sentido cómoda... salvo por el escote. La ligera abertura tenía forma de ojo de cerradura y mostraba una pizca de su piel, tierna y pálida. Para Zachary, ver aquella porción mínima de piel fue suficiente para disparar su imaginación. Jamás lo había fascinado tanto una parte del cuello de una mujer. Quería posar los labios en aquel dulce hueco, olerlo, lamerlo... Imaginarse el suave cuerpo que había debajo de aquel vestido gris le resultaba casi insoportable.

-Señor Bronson, hoy parece distraído -dijo Holly, y él aparto la mirada del vestido para posarla en sus cálidos ojos, que tenía el color del whisky. Aquellos ojos castaños tan inocentes... Juraría que ella no era en absoluto consciente del efecto que le causaba.

Holly esbozó una sonrisa.

-Sé que esto no le apetece nada -dijo-. No obstante, debe aprender a bailar, y a hacerlo bien. Sólo quedan dos meses para el baile de los Plymouth.

-El baile de los Plymouth -repitió él, enarcando las cejas sardénicamente-. Es la primera noticia que tengo.

-Pensé que sería la ocasión ideal para poner a prueba lo que ha aprendido. Es un baile que lord y Lady Plymouth celebran todos los años, siempre en plena temporada social. Conozco a los Plymouth desde hace muchos años, y son una familia extremadamente cortés, Les sugeriré con mucha discreción que me envíen invitaciones. Presentaremos a Elizabeth en sociedad esa misma noche, y usted... bueno, no hay duda de que verá a muchas jóvenes de buena familia, y quizás alguna capte su interés.

Zachary asintió automáticamente, aunque sabía que ninguna mujer del mundo podría captar su interés con tanta intensidad como lo había hecho lady Holland Taylor. Debió de fruncir el entrecejo o parecer malhumorado, porque Holly sonrió para tranquilizarlo.

-Creo que comprobará que no es tan complicado como piensa-dijo, creyendo que a él le preocupaban las clases de baile-. Iremos paso a paso. Si vemos que yo no puedo enseñarle como es debido, consultaremos al señor Girouard.

-No quiero un profesor de baile -sentencio Zachary, porque aquel hombre le había repugnado nada más verlo. Había estado viendo la clase de baile de Elizabeth la mañana anterior y se había negado rotundamente a participar cuando el señor Girouard había cometido el error de intentar que se uniera a ellos.

Holly suspiro como si estuviera a punto de perder la paciencia.

-A su hermana le agrada -señaló-. El señor Girouard es un profesor de baile con mucho talento.

-Intentó tomarme la mano.

-Le aseguro que su intención sólo era enseñarle los pasos de la cuadrilla.

-Yo no tomo de la mano a ningún hombre -dijo Zachary-. Y tengo la impresión de que al franchute ése le habría gustado.

Holly puso los ojos en blanco y no hizo ningún comentario.

Se hallaban solos en el suntuoso salón de baile. Las paredes estaban tapizadas con seda verde pálido y decoradas con bajorrelieves dorados. Hileras de columnas de malaquita verde, dignas de un palacio ruso, separaban espejos con marcos de oro que medían más de cinco metros de altura. Parecía casi imposible que el techo pudiera soportar el peso de las seis inmensas arañas de cristal, cada una provista de una cantidad de lágrimas impresionante. Como

no necesitaban música para que Zachary aprendiera los pasos básicos de los distintos bailes, la tribuna de Los músicos, ubicada en el fondo del salón, estaba vacía.

Zachary veía el reflejo de su compañera en muchos de los espejos que los rodeaban. Su vestido gris contrastaba con un entorno tan suntuoso. ¿Qué aspecto tendría Holly con un vestido de noche? La imagino con una prenda escotada que le dejara los hombros al descubierto y estuviera adornada con los vaporosos ribetes que últimamente había visto en los vestidos de noche; las bellas formas redondeadas de sus senos asomando por el corpiño... el brillo adamantino de su pálida piel. El cabello castaño oscuro recogido para dejar a la vista los lóbulos de las pequeñas orejas, adornados con pendientes...

-¿Recuerda las normas de etiqueta en el salón de baile de las que hablamos ayer? -oyó que le preguntaba Holly, e intentó concentrarse en el tema que los ocupaba.

-Cuando saco a una joven a bailar -dijo él con voz cantarina-, no debo dejarla sola hasta llevarla de nuevo junto a su acompañante. Cuando termina el baile, le pregunto si le apetece algún refrigerio. Si dice que sí, le busco un sitio en la sala donde se sirven y le llevo todo lo que necesita, y me quedo con ella hasta que termine. -Se quedó callado y pregunto, frunciendo ligeramente el entrecejo-: ¿Y si se quiere quedar una hora dándose un atracón? ¿O incluso más?

-Usted debe permanecer con ella hasta que esté satisfecha -dijo Holly-. Y luego se la devolverá a su acompañante~ se inclinará ante ella y le dará las gracias por su compañía. Es más, debe bailar con las muchachas corrientes y no sólo con las que son hermosas, y jamás baile más de dos veces con la misma chica. Y, si es un baile con cena, debe ofrecerse a conducir a la acompañante a la mesa, y ser lo mis amable y agradable posible.

Zachary dejo escapar un profundo suspiro.

-Bien, la marcha inicial -dijo Holly enérgicamente-. Cuando encabece el desfile para inaugurar un baile en su casa, debe mantener un paso lento y digno. Siga las paredes y cambie de dirección en las esquinas.

-Se acercó un poco más a él y le dijo en tono conspirador-: La marcha no es más que un paseo alrededor del salón para que todas las damas puedan exhibir sus vistosos vestidos. Es imposible que se equivoque, señor Bronson. Basta con dar la vuelta al salón y regresar al centro. Y adopte un aire un poco arrogante. Eso no debería suponerle ningún problema.

Aquella discreta broma le causó a Bronson un placer inmenso. Imaginarse ejecutando aquel desfile solía darle risa. Pero pensar en desfilar por el salón llevando a una mujer como Holly del brazo... aquello era un incentivo. Era una afirmación territorial que le resultaba muy grata.

-Y bajo ningún concepto debe desfilar con dos damas a la vez-lo amonesto Holly.

-¿Por qué no?

-Por un lado, cambiar de dirección en las esquinas sería imposible, y por el otro... -Se quedó callada, como si hubiera olvidado lo que iba a decir cuando sus miradas se encontraron. Tras un lento parpadeo, como si se hubiera distraído, se forzó a continuar-: Es un honor que un caballero le hace a una dama determinada -Lo tomó del brazo con suavidad-. Vayamos hacia la primera esquina.

Avanzaron con gran dignidad, mientras Zachary era absurdamente consciente del sonido de sus pasos en el lustroso suelo de parquet. Al llegar a la esquina, se detuvieron mientras Holly le explicaba los pasos.

-Le soltaré el brazo y lo tomaré de la mano, y usted me llevará de su izquierda a su derecha... -Holly empezó a ejecutar el movimiento mientras hablaba, y Zachary la obedeció. Sus manos se tocaron y notar los deditos fríos de ella en la palma de la mano lo dejó sin aliento.

Holly se detuvo, aparentemente confusa, y retiró la mano sofocando un grito. Ella también debía de haber notado la corriente que había producido el roce de sus manos. Zachary le miró la cabeza, que ella tenía baja, ardiendo en deseos de tomarle la cara entre las manos y obligarla a mirarlo. Jamás olvidaría lo que sintió al besarla, la forma en que sus labios se habían unido a los suyos, la suavidad de su boca, su respiración vulnerable.

-Deberíamos... -dijo Holly con un temblor en la voz-, deberíamos llevar guantes. Las damas y los caballeros siempre llevan guantes cuando bailan.

-¿Envío a alguien a buscarlos? -Zachary se sorprendió por el tono rasposo con que había hablado.

-No, supongo... supongo que no será necesario. -Holly respiro hondo y pareció recobrar la compostura. Lleve siempre un par de guantes de recambio cuando va un baile -murmuré-. Un caballero jamás debe ofrecerle un guante sucio a una dama.

Sin mirarlo, volvió a tomarle la mano. Ambos notaron una intensa corriente cuando unieron sus dedos desnudos, y ella le enseño a cambiar de dirección.

-Hace tanto tiempo -dijo Holly casi en un susurro-. Casi he olvidado cómo se hace.

-¿No ha bailado desde que George murió? -preguntó él.

Holly hizo un ademán afirmativo con la cabeza.

«Así es como él concebía el infierno», pensó Zachary para sus adentros. Ardía de deseo en cuerpo y alma mientras Holly le enseñaba a desfilar. Agradecía que su chaqueta tuviera la largura al uso y le tapara la entrepierna. Si Holly tuviera la más mínima sospecha de lo excitado que estaba, de lo poco que le faltaba para estrujarla en sus brazos y profanarla con sus manos, su boca y cualquier parte del cuerpo concebible, probablemente saldría corriendo del salón dando gritos.

No obstante, desfilar fue mucho más llevadero que la cuadrilla, una tediosa sucesión de *glissades* y *chassés,* y un sinfín de pasos afeminados. Y el vals resulto ser el tormento más atroz que el hombre, o la mujer, podía haber concebido.

-Póngase un poco a mi derecha -dijo Holly, bajando las espesas pestañas-~ y rodéeme la cintura con el brazo derecho. Con firmeza, pero sin apretar demasiado.

-¿Así? -Con cuidado, Zachary le pasó el brazo por la cintura, sintiéndose infinitamente torpe. Él sabía lo que era tener a una mujer en sus brazos, pero aquella experiencia no era como las demás. Jamás había tocado a nadie tan delicado como Holly, jamás había deseado tanto complacer a una mujer. Por una vez, le costaba interpretar las emociones de ella, y se preguntó si le desagradaba estar tan cerca de él. Después de todo, Holly estaba acostumbrada a bailar en brazos de aristócratas esbeltos y elegantes, no con boxeadores fornidos y vulgares. Le parecía que tenía zarpas en lugar de manos, y se notaba los pies tan grandes y pesados como las ruedas de un carruaje.

Ella posó la mano izquierda en su hombro derecho. El sastre de Zachary le había quitado las hombreras a la chaqueta pata disimular su corpulencia, pero, lamentablemente, nada podía ocultar su desarrollada musculatura.

Holly le tomó la mano izquierda con la derecha... Sus dedos eran delicados y tuvo ganas de estrujarlos. Era tan liviana y dulce en sus brazos que Bronson la deseo más que nunca.

-El hombre guía a su pareja con esta mano -dijo, mirándolo a los ojos-. No debe tomarme la mano con demasiada fuerza... Debe llevarme usted, pero con suavidad. Y mantenga el brazo un poco combado.

-Tengo miedo de pisarla -musito él.

-Concéntrese en mantener la distancia apropiada entre los dos. Si estoy demasiado cerca de usted, no podré moverme bien. En cambio, si estamos demasiado apartados, me faltará apoyo.

-Creo que no voy a saber hacerlo -dijo Zachary con voz pastosa-. Me ha enseñado a desfilar, y me defiendo con la cuadrilla. Dejémoslo por hoy.

-Oh, pero debe aprender a bailar el vals -insistió Holly-. Jamás podrá cortejar a una joven como es debido si no sabe hacerlo.

Ante la sucinta respuesta de Bronson, Holly frunció el entrecejo con determinación.

-Puede decir tantas obscenidades como guste, señor Bronson. Nada me disuadirá de enseñarle a bailar el vals. Y si no colabora, haré venir al señor Girouard.

La amenaza de convocar al profesor de baile sólo consiguió que él frunciera aún más el entrecejo.

-Está bien, maldita sea. ¿Qué hago?

-El vals se compone de dos pasos, cada uno de tres tiempos. Lleve hacia atrás el pie izquierdo, sólo un pasito, luego deslice el derecho un poco por detrás del izquierdo y rote hacia la derecha...

Al principio fue una verdadera batalla. No obstante, a medida que Zachary se concentraba en las instrucciones de Holly y notaba que ella seguia sus movimientos con una compenetración aparentemente mágica, sus pasos titubeantes adquirieron cierta seguridad. Le ayudaba el que Holly lo siguiera con tanta facilidad, girando ante la más ligera presión de su mano. También le ayudaba percibir que parecía estar disfrutando, aunque no se imaginaba cómo podía gustarle dar tumbos con él.

-Deje el brazo quieto -le advirtió Holly; los ojos le centellearon cuando lo miró a la cara-. Lo mueve como si estuviera sacando agua con una bomba.

Como probablemente había sido la intención de Holly, el comentario lo distrajo. Enarcó una ceja y le dedicó una mirada que normalmente fulminaba al contrario.

-Lo único que puedo hacer por el momento es concentrarme en no dejarla lisiada si doy un paso en falso.

-De hecho, está haciéndolo muy bien -dijo ella-. No me diga que ésta es la primera vez.

-Lo es.

-Tiene una agilidad sorprendente. Casi todos los principiantes apoyan el peso en los talones.

-El boxeo -dijo Zachary, haciéndole dar otra media vuelta-. Si tienes los pies de plomo en el *ring,* no hay forma de esquivar los golpes.

Aunque su intención no era que el comentario fuera divertido, a Holly se lo pareció.

-Le sugiero que no aplique muchas de sus técnicas de boxeo a las clases de baile, señor Bronson. No me gustaría acabar a puñetazos con usted.

Mirando a Holly, que estaba sonriente y tenía las mejillas sonrosadas, Zachary tuvo una sensación tan dulce que casi le dolió y notó que el dolor tenía menos que ver con el cuerpo que con el espíritu. Holly era la mujer más adorable que había conocido jamás. Por primera vez, envidio profundamente a George Taylor porque ella lo habla amado. Por tener el derecho a tocarla y besarla siempre que quisiera. Porque Holly había recurrido a él para todas sus necesidades. Porque ella seguía amándolo.

Por lo que él sabía, George Taylor había sido el hombre ideal. Apuesto, rico, honorable, respetable, caballeroso y compasivo. Todo indicaba que era digno de una mujer como Holly, en la misma medida en que un hombre como Zachary no lo era. Bronson sabía que él no era nada de lo que había sido George. Todo lo que podía ofrecerle, incluyendo su corazón, estaba corrompido.

«Ojalá» era la palabra que Zachary más detestaba. Le repiqueteaba en el cerebro despiadadamente. «Ojalá, ojalá...»

Zachary se perdió y se detuvo con tanta brusquedad que Holly chocó contra él. Ella sonrió con nerviosismo.

-Oh, ha parado tan de repente que...

Musitando una disculpa, Zachary la ayudo a enderezarse. La inercia había impulsado su pequeño cuerpo contra el de él. Sentirla, incluso a través de su vestido gris, le había desbocado los sentidos. Intentó soltarla, relajar el brazo, pero sus músculos rebeldes se contrajeron hasta tenerla bien sujeta. Holly jadeaba a causa del cansancio, y él notó el suave movimiento de sus senos contra su pecho. Tuvo la impresión de que el tiempo se había detenido. Espero a que ella rompiera el hechizo, protestara, pero Holly se había quedado extrañamente callada. Alzó sus sedosas pestañas ylo miro con perplejidad. Sellados en algo que innegablemente se estaba convirtiendo en un abrazo, se miraron con una fascinación inevitable.

Al final, Holly desvio la mirada, pero él sintió su aliento cálido en la barbilla. Notó la boca reseca e inflamada y ardió en deseos de besarla. Espero a que Holly moviera las manos, que tenía apoyadas en sus hombros... ojalá deslizara una hasta su cuello y le bajara la cabeza.., ojalá le diera la más minima muestra de que lo deseaba.., pero ella se quedó paralizada en sus brazos, sin apartarse, pero sin alentarlo.

Bronson suspiro y consiguió al fin relajar los músculos, aunque su cuerpo torturado protesto para sus adentros. Se le había nublado ligeramente la vista. Se preguntó si Holly intuía qué poco le faltaba para tomarla en brazos y llevársela a algún sitio. A cualquier sitio. Tenía la impresión de que todo el deseo que había conocido en su vida lo estaba invadiendo, agolpándosele en la entrepierna. Quería sentirla debajo de él, estar dentro de ella. E incluso más que eso, quería su afecto, sus caricias, sus susurros de amor al oído. Jamás se había sentido tan estúpido, anhelando algo que estaba tan claramente fuera de su alcance.

De repente, una fría voz interior le dijo que lo que no pudiera obtener de Holly lo obtendría de otra mujer. Había centenares de mujeres en Londres que podrían proporcionarle el afecto que deseaba, durante el tiempo que él quisiera. Agradecido, Zachary se aferro a la idea como un náufrago a una tabla de salvación. No necesitaba a lady Holland Taylor. Podía conseguir una mujer más bonita, más lista, con unos ojos igual de cálidos. Ella no tenía nada de especial, y se lo demostraría a sí mismo aquella noche, y la próxima... durante el tiempo que hiciera falta.

-Creo que es suficiente por hoy -musito Holly, que aún parecía un poco aturdida-. Hemos avanzado mucho, señor Bronson. Estoy segura de que muy pronto dominará el vals.

Zachary respondió con una reverencia, forzando una sonrisa cortés.

-Gracias, señora. En ese caso, la veré mañana en nuestra próxima clase.

-¿No cenará esta noche en casa?

El negó con la cabeza.

-Voy a verme con algunos amigos en la ciudad.

Holly parpadeo, un indicio involuntario de su desaprobación. Zachary sabía que ella detestaba sus correrías nocturnas y, de repente, desagradarle le produjo un agudo placer. Le daba igual que durmiera en su casto lecho todas las noches... El no tenía escrúpulos en obtener placer donde pudiera encontrarlo.

Holly se dirigió lentamente a la habitación de Rose, donde su hija y Maude estaban leyendo y jugando. Se sorprendió de cuánto le costaba controlar sus pensamientos. No podía ahuyentar las imágenes de ella en brazos de Zachary Bronson, girando despacio en el salón de baile lleno de espejos, rodeados de sus reflejos unidos. Estar tan cerca de él, hablando y riendo durante más de dos horas, la había alterado muchísimo. Se sentía perturbada, nerviosa, infeliz por algo que no sabia identificar. Se alegraba de que la clase de baile hubiera terminado. Habían tenido un instante delicioso y terrible a la vez cuando él la había abrazado, y Holly pensaba que iba a besarla.

¿Y si lo hubiera hecho? ¿Cuál habría sido su reacción? Tenía miedo de reflexionar sobre aquella cuestión. Bronson despertaba en ella una atracción profunda y primitiva. Para una mujer que estaba educada para pensar que incluso la atracción sexual por su propio esposo debía mantenerse dentro de unos limites estrictos, aquello era alarmante.

La tosquedad de Bronson deberla repelerla, pero, en lugar de ello, la atraía. No la trataba como a una muñeca frágil, ni con çompasión. La provocaba, le tomaba el pelo y le hablaba con franqueza. Hacia que se sintiera viva y vital, y demasiado interesada en un mundo que no era el suyo. En lugar de refinarlo a él, Holly temía que estuviera ocurriendo justo lo contrario: él la estaba cambiando, y no precisamente para mejor.

Con una sonrisa insegura, Holly se pasó la mano por los ojos, que le dolían y le escocían. Vio lucecitas y contuvo la respiración.

-Oh, no -murmuro, reconociendo los signos que anunciaban una de sus migrañas. Como siempre, aquel dolor tan penetrante aparecía ~ ninguna razón aparente. Tal vez si se echaba un rato con un paño húmedo en la frente podría evitar que le empeorara.

Apoyándose en la barandilla, Holly subió las escaleras, con los ojos entornados a causa del dolor que sentía en las sienes y la nuca. Al llegar a las habitaciones que compartían ella y Rose, oyó la voz de su hija.

no, ¡eso no es trotar! Vas demasiado despacio. Esto es trotar...

Asomándose a la habitación, Holly vio que su hija estaba sentada en la alfombra con la doncella rubia, ambas rodeadas de juguetes. Rose sostenía uno de los juguetes que ~Bronson le había dado, un caballito de cuero. Tenía la cola preciosa, la crin de pelo auténtico y los ojos de cristal. Tiraba de un pequeño carruaje y llevaba a un grupo de muñecas por delante de edificios construidos con montones de libros.

-¿Adónde van, querida? ~Le preguntó Holly en voz baja-. ¿Al parque, o a las tiendas de Regent Street?

Rose la miró sonriéndole. Los rizos se le agitaron.

-Mamá -exclamó, y volvió a concentrarse en el caballo al trote-. Van a la fábrica de acero.

-La fábrica de acero -repitió Holly sorprendida.

La cara redonda de Maude se iluminé con una sonrisa irónica.

-Sí, señora. El señor Bronson ha estado contándole a Rose cómo vive la gente trabajadora, y lo que hacen en las refinerías y fábricas que posee. Intenté explicarle que un niño no necesita oír esas cosas, pero él no me hizo caso.

El primer impulso de Holly fue enojarse con Bronson. No tenía derecho a hablarle a su hija sobre las miserias de la clase trabajadora. Por otra parte, Holly jamás se había planteado que su hija estaba creciendo sin comprender las diferencias entre ricos y pobres, o por qué algunas personas vivían en hogares acogedores mientras que otras lo hacían en las calles y pasaban hambre.

-Supongo -dijo vacilante-, que no es nada malo. Rose debería saber algo sobre el mundo.., que las vidas de la mayoría de las personas no son como la suya...

Se frotéola frente cuando el dolor se intensificó, dando paso a punzadas continuas. Por primera vez, se dio cuenta de que Zachary Bronson se estaba haciendo más real, más influyente, para su hija de lo que jamás había sido George. Bronson había jugado al escondite con Rose, probado la mermelada que ella había «ayudado» a hacer a la cocinera una tarde lluviosa, y le había hecho un castillo de naipes mientras estaban sentados en el suelo junto al fuego. Cosas que su padre jamás podría hacer con ella.

Bronson nunca pasaba por alto la presencia de Rose ni consideraba sus preguntas absurdas. De hecho, la trataba como si tuviera el mismo valor, si no más, que cualquier otro miembro de la casa. Casi todos los adultos consideraban a los niños como personas a medio formar, que no eran dignas de tener derechos ni privilegios hasta alcanzar la edad adulta. Pero era evidente que Bronson le tenía afecto a la niña, y Rose, por su parte, se lo había tomado a él. Era otra faceta inesperada de una situación que preocúpaba a Holly en muchos aspectos.

-Oh, señora -dijo Maude, mirándola atentamente-. Es su migraña, ¿verdad? Está pálida y tiene muy mal aspecto.

-Sí. -Holly se apoyo en el quicio de la puerta y sonrió a su hija apesadumbrada-. Lo siento muchísimo, Rose. Te prometí llevarte a pasear conmigo, pero hoy no puedo.

-¿Te encuentras mal, mamá? -La niña arrugó la frente en señal de preocupación y se puso en pie de un salto. Se acercó a Holly y se le abrazó a la cintura-. Deberías tomarte tu medicina -le instruyó como si fuera un adulto en miniatura-. Y correr las cortinas y cerrar los ojos.

Sonriendo a pesar de que la cabeza le doliera cada vez más, Holly le permitió que la tomara de la mano y la llevara hasta su dormitorio. Maude se apresuro a correr las gruesas cortinas, sumiendo la habitación en la oscuridad, y ayudo a Holly a desnudarse.

-¿Tienes el tónico que el doctor Wentworth dejó la última vez?-susurré Holly, haciendo una mueca de dolor cuando Maude le desabrocho los botones de la espalda. El menor movimiento hacía que las sienes le latieran violentamente. La última vez que había tenido una crisis en casa de los Taylor, el médico de la familia le había dado un frasco de tónico que la había sumido en un sueño reparador.

-Naturalmente -musito Maude, sabiendo por experiencia que debía hablar en voz baja-. No lo habría olvidado por nada del mundo, señora. Le traeré una buena cucharada en cuanto la haya metido en la cama.

-Gracias a Dios. -Holly suspiro quejumbrosa-. ¿Qué haría yo sinti, Maude? Gracias, gracias por venir a la casa de Bronson con nosotras. No te habría culpado si te hubieras quedado con los Taylor.

-¿Y permitir que usted y Rose vinieran solas a este lugar tan raro?-susurré Maude risueña-. Si quiere que le sea sincera, señora, aquí me encuentro muy a gusto.

El vestido resbaló hasta el suelo, seguido de un liviano corsé y las medias. Con sólo la camisola y las enaguas, Holly se metió en la cama. Se mordió el labio inferior para reprimir un gemido de dolor y se recosto en la almohada.

-Maude -susurro-. Has tenido muy poco tiempo libre. Lo solucionaré en cuanto me ponga bien.

-No se preocupe por nada -la tranquilizó la robusta doncella-. Apoye la cabeza. Ahora vuelvo con su medicina.

Vestido con una chaqueta azul y pantalones grises, y luciendo una corbata limpia de seda de color negro, Zachary bajó la suntuosa escalera para ir a divertirse a la ciudad. No era que realmente lo deseara, pero estaba decidido a hacerlo. Todas las sensaciones que la clase de la tarde había despertado en él aún le bullían en las entrañas, exigiéndole que las saciara. Pensaba darse un revolcón con una mujer que estuviera bien dispuesta y, después de aquello, tal vez jugaría a las cartas y bebería durante unas horas. Cualquier cosa para conseguir olvidar lo que había sentido al tener a Holly entre los brazos.

No obstante, cuando estaba en el rellano central, aminoro el paso y se detuvo al ver la figura desconsolada de Rose sentada en uno de los peldaños. Verla, como una muñequita vestida de punta en blanco, con las rollizas pantorrillas aprisionadas por gruesas medias blancas y su omnipresente cordel de botones en las manitas, le hizo sonreír. Qué diferente había sido

Elizabeth a su edad. Rose era educada, tranquila y de una seriedad deliciosa, mientras que Elizabeth había sido un terremoto. Hasta el momento, Holly había hecho un trabajo espléndido proveyendo a su hija de un entorno seguro y ordenado, pero, en opinión de Zachar» Rose necesitaba la influencia de un padre. Alguien que la instruyera sobre el mundo que existía más allá de los barrotes del parque infantil y los pulcros jardines amurallados, sobre los niños que no llevaban ropa con cuellos de encaje, y sobre personas que se ganaban el pan con el sudor de su frente. sobre la vida real, en definitiva. No obstante, Rose no era hija suya y él no tenía derecho a aventurar ninguna opinión sobre su educación.

Se detuvo a unos pasos de ella y la miró burlón.

-Princesa -dijo, sonriendo por la comisura de la boca-. ¿Por qué estás aquí tan sola?

Rose suspiro, examinando los relucientes botones con sus manitas rollizas. Hallando su favorito, el botón del perfume, se lo llevó a la nariz y lo olió.

-Estoy esperando a Maude -dijo taciturna-. Le está dando a mamá su medicina, y luego cenaremos en mi habitación.

-Medicina -repitió Zachary, frunciendo el entrecejo. ¿Por qué diablos necesitaba Holly una medicina? Se encontraba perfectamente hacía dos horas, al término de la clase de baile. ¿Había sufrido algún accidente?

-Para sus migrañas. -La niña apoyo la barbilla en la mano-,

Y ahora no tengo con quién jugar. Maude va a intentarlo, pero está demasiado cansada. Me meterá pronto en la cama. ¡Oh, no me gusta que mamá esté enferma!

Zachary miró a la niña pensativo, preguntándose cómo era posible que a alguien se le presentara una migraña, un episodio tan grave, en tan sólo dos horas. Dejó de pensar abruptamente en sus actividades nocturnas.

-Princesa, quédate aquí -musité-. Voy a visitar a tu madre.

-¿Lo hará? -Rose lo miró esperanzada-. ¿ Puede hacerquese ponga bien, señor Bronson?

La inocencia de la pregunta lo emociono y lo hizo reír al mismo tiempo. Se agacho y posó la mano en la coronilla de la niña.

-Me temo que no, Rose. Pero puedo asegurarme de que no le falte nada.

Dejó a la niña y subió las escaleras de dos en dos. Llegó a la habitación de Holly justo cuando salía Maude y, por la expresión de la doncella, supo que estaba preocupada. Lo invadió una repentina angustia.

-Maude -dijo con brusquedad-. ¿Qué diablos le pasa a lady Holland?. La robusta doncella rubia se apresuro a indicarle que se callara, llevándose un dedo a los labios.

-Otra de sus migrañas, señor -dijo susurrando-. Se le presentan con mucha rapidez y cualquier sonido, olor o luz le causanun dolor espantoso.

-¿Qué las provoca?

-No lo sé, señor. Las ha tenido periódicamente desde que el señor Taylor pasó a mejor vida. Suelen durar un día, tal vez un poco más, y luego se recupera.

-Haré llamar a un médico -dijo Zachary resoluto.

Maude sacudió la cabeza de inmediato.

-Perdóneme, señor, pero no es necesario. Ya la ha visitado un especialista, y dijo que no hay cura para esta clase de migrañas, sólo descansar y tomarse la medicina hasta que se encuentre mejor.

-Voy a verla.

La doncella arrugó la frente en señal de alarma.

-Oh, señor. ¡Desearía que no la molestara! Lady Holland no está en condiciones de hablar con nadie, tiene dolores, y la medicina la hace desvariar un poco. Y no está... bueno, no está vestida como es debido.

-No la molestaré, Maude. Ve a atender a Rose. Está sentada sola en las escaleras. -Desoyendo las protestas de la doncella, Zachary la sorteo y entró en el dormitorio. Parpadeando, espero a que los ojos se le habituaran a la oscuridad. Oyó a Holly respirar trabajosamente. El aire estaba impregnado de un aroma empalagoso, y él lo olfateo con curiosidad. Al acercarse a la cama, vio un frasco y una cuchara pegajosa en la mesita de noche. Tocando el cubierto con el dedo, se lo llevó a la nariz y notó que el jarabe estaba reforzado con opiáceos.

Holly se revolvió bajo la delgada sábana, percibiendo la presencia de alguien en la habitación. Tenía los ojos y la frente cubiertos con un paño húmedo.

-¿Ma... Maude? -susurro.

Zachary vaciló antes de contestar.

-Pensé que al salir de la clase de baile le dolerían los pies -musito-. No la cabeza.

El suave ronroneo de su voz la sobresalto.

-Oh... señor Bronson... debe marcharse de inmediato. -Estaba aturdida, bajo la evidente influencia de los opiáceos-. No... no estoy vestida.., y este tónico a veces.., me hace decir cosas que normalmente no quiero decir...

-En ese caso, insisto en quedarme.

Holly solto una risita.

-Por favor, no me haga reír... Es muy doloroso.

Zachary se sentó en la silla que había junto a la cama. Holly hizo una mueca de dolor cuando el mueble crujió bajo el peso de su cuerpo. Como los ojos se le habían habituado a la oscuridad, Zachary se quedó mirando la luminosa blancura de los hombros de Holly y el dulce perfil de su cuello.

-Esa medicina que toma lleva mucho opio, querida. Me sabría fatal que se volviera adicta a ella. Yo he visto cómo el opio convertía a hombres sanisimos en esqueletos andantes.

-Es lo único que me ayuda -musito Holly, con la mente claramente aturdida por el dolor y las drogas-. Me pasaré el día en duermevela.., luego la migraña remitirá. Mañana no habrá clase... perdóneme...

-Al diablo con las clases -dijo Zachary con ternura.

-Su vocabulario -lo reprendió ella con un débil suspiro.

-¿Cómo empiezan sus migrañas? ¿He hecho algo antes...?

-No, no... nunca hay una razón. Comienzo a ver chispas y destelbs. El dolor me empieza en un lado de la cabeza, o en el cuello... Se extiende hasta que tengo náuseas y me indispongo.

Con cautela, Zachary se sentó junto a ella en el colchón. Holly murmuro una protesta al notar cómo cedía la cama.

-Señor Bronson... por favor... déjeme en paz.

Zachary le pasó los dedos por debajo del cabello. Lá zona entre la nuca y la base del cráneo estaba tan tensa que él notó las fibras de músculo duras y contraídas. Holly gimió ante el exquisito dolor que le produjo el contacto. Con las yemas de ambos dedos, Zachary froto la musculatura tensa con una inmensa suavidad. Vio una lágrima rodándole por la mejilla y la oyó suspirar.

-¿La alivia? -susurro Zachary al cabo de un minuto, notando que la tensión disminuía parcialmente.

-Si, un poco...

-¿Lo dejo?

De inmediato, Holly alargó el brazo y le asió la muñeca.

-No, siga.

Zachary continuo dándole el masaje en el cuello sin articular palabra. La respiración de Holly fue volviéndose más honda y espaciada, hasta que él pensó que se había quedado dormida. Al cabo de un rato, lo sorprendió al hablarle con voz abotargada.

-Las migrañas empezaron después de que George muriera. Tuve la primera después de pasarme un día entero leyendo cartas... La gente fue tan amable... Me acompañaban en el sentimiento... Todo el mundo decía lo sorprendido que estaba... Nadie tanto como yo, sin embargo. -El tono era ausente, distanciado, como si hablara en sueños-. Un hombre con tan buena salud. No tan robusto como usted, pero aun así, en excelente forma física. Luego contrajo las fiebres, y no pudo tomar más que té. Guardó cama durante una semana. Perdió peso con tanta rapidez... Se quedó en los huesos. Durante la segunda semana, me asusté cuando empezó a delirar. Parecía saber que iba a rnorirse... Empezaba a prepararse. Un día hizo llamar a su mejor amigo, Ravenhill, a quien conocía desde que era un muchacho. Nos hizo prometerle a Ravenhill y a mi...

Suspiro, dejándose llevar aparentemente por los recuerdos.

-¿El qué? -preguntó Zachary~ mirándole atentamente la boca laxa-. ¿Qué es lo que le prometieron?

-No importa -farfullo Holly-. Le dije que sí, cualquier cosa para tranquilizarlo. Le pedí un último beso. Él me lo dio... El beso más dulce... aunque estaba demasiado débil para tomarme en sus brazos. Poco después, empezó a respirar de otra forma... El médico dijo que eran estertores. Lo abracé y sentí cómo la vida lo abandonaba... Lo tuve en brazos durante mucho tiempo, hasta que se enfrio.

Zachary terminó el masaje y le cubrió dulcemente los hombros con la sábana.

-Lo siento -susurro.

-Más tarde me enfadé con él -confesó Holly, tomándole la mano con un gesto infantil-. No se lo he contado a nadie.

Él se quedó muy quieto, reteniendo suavemente sus dedos entre los suyos.

-¿Por qué se enfadé, querida?

-Porque George... no lucho en absoluto. Se fue yendo... lo acepto.., como un caballero. Se fue y me dejó. Luchar no formaba parte de su naturaleza. ¿Cómo podía culparlo por eso? Pero lo hice.

«Yo habría luchado -pensó Zachary, reprimiéndose para no expresar sus pensamientos en voz alta-. Me las habría visto con el mismo diablo para quedarme contigo y con Rose. Me pondría a aullar y a dar patadas antes que renunciar a lo que tenía.»

Holly esbozó una sonrisa hastiada.

-Ahora, ya sabe.., lo mala mujer que soy.

Zachary se quedo allí sentado, mirándola mientras se dormía. Era la mejor mujer que había conocido jamás. Todo su ser se consumía con un solo deseo, poder protegerla para que no volviera a tener jamás otro instante de infelicidad. Lucho contra el sentimiento que le provocaba, contra aquella ternura tan horrible, pero fue extendiéndose hasta invad irlo por completo. El deseo de hallar alivio en el cuerpo de otra mujer había desaparecido por completo. Lo único que quería era quedarse allí, en aquella habitación a oscuras, velando por los sueños de lady Holland Taylor mientras ella soñaba con su difunto esposo.

Muy turbado, Zachary se levantó. Impulsivamente tomó la mano de Holly y se la llevó reverentemente a los labios. Le besó el dorso de los dedos, el tierno hueco de la palma. Nada le habla resultado jamás tan grato como el roce de aquella piel sedosa en sus labios.

Dejándole la mano en la cama con sumo cuidado, Zachary la miró por última vez sintiéndose inmensamente desgraciado. Tenía que marcharse de allí, de su propia casa. Se sentía aprisionado~ atrapado~ sofocado.

-¿Señor? -Maude esperaba en el pasillo mirándolo con evidente suspicacia.

-¿Dónde está Rose? -le preguntó Zachary con brusquedad.

-Está en el saloncito, jugando con la señora y la señorita Bronson.-Maude frunció el entrecejo incómoda-. Si me permite preguntárselo, señor, ¿qué ha hecho en la habitación de lady Holland durante tanto rato?

-La he violado mientras estaba inconsciente -dijo él con gravedad-. He tardado un poco más de lo que pensaba.

-Señor Bronson -exclamó la doncella escandalizada-. ¡Decir eso está muy mal!

-No te sulfures -dijo Zachary con una leve sonrisa-. Sólo me he quedado con lady Holly hasta que se ha dormido. Usted sabe que me cortaría el cuello antes de causarle ningún daño.

Maude lo miró con curiosidad.

-Sí, señor -dijo al cabo de un instante-. Creo que lo sé.

Ante aquel comentario, Zachary se preguntó incómodo si tanto se le notaba lo que sentía por Holly. «Maldita sea», pensó furioso, y se marchó a toda prisa, dominado por la necesidad de huir.

9

En Londres había clubes para todos los gustos... Clubes para caballeros que eran deportistas incondicionales, para políticos, filósofos, bebedores, jugadores o mujeriegos. Había clubes para los ricos, los arribistas, los inteligentes o los de alta cuna. Zachary había recibido ofertas para ser socio de innumerables clubes que acogían de buen grado a caballeros profesionales, incluyendo comerciantes, abogados y empresarios prósperos. No obstante, Zachary no deseaba pertenecer a ninguno de ellos. Quería pertenecer a un club que no tenía ningún deseo de aceptarlo, un club tan exclusivo y aristocrático que sólo admitía socios cuyos abuelos ya habían pertenecido a él. El Marlow era la meta que finalmente se había fijado.

En el Marlow bastaba con que un hombre chasqueara los dedos pidiendo algo, una bebida, un plato de caviar, una mujer, para que se lo trajeran con prontitud y discreción. Siempre los artículos de mejor calidad, en el entorno más elegante, sin que el mundo exterior se enterara jamás de las preferencias de sus socios. Por fuera, el edificio no tenía nada de especial. Estaba ubicado cerca del final de St. James Street, formando parte de una larga hilera de clubes similares. La fachada clásica, provista de un frontispicio, era simétrica y nada imponente. No obstante, el interior era sobrio y lujoso. Todas las paredes y techos estaban revestidos de caoba abrillantada y los suelos tenían fastuosas alfombras decoradas con cenefas octogonales, rojas y marrones. Los muebles de piel eran sólidos y robustos, y había lámparas y candelabros de hierro forjado que iluminaban el recinto con luz muy tenue. Estaba pensado para que un hombre se sintiera a gusto, sin flores ni frisos decorativos.

El Marlow era el Olimpo de los clubes, donde muchas familias solicitaban en vano ingresar generación tras generación. A Zachary le había costado tres años que lo aceptaran. Con su estrategia habitual, una mezcla de extorsión económica, sobornos y manipulaciones entre bastidores, habla conseguido que lo admitieran, no como socio, sino como «invitado» permanente que podía ir y venir a su antojo. Había demasiados aristócratas cuyos negocios estaban vinculados a los de Zachary, hombres que perderían su fortuna si él empezaba a jugar con las fuerzas del mercado. También había comprado las deudas de unos cuantos lores derrochadores, y no había vacilado en utilizarlas como un látigo contra ellos.

Zachary habla disfrutado planteándoles a los miembros clave del Marlow la alternativa entre perderlo todo o permitir que un advenedizo como él frecuentara el club. La mayoría hablan votado a regañadientes a favor de su condición de invitado, pero era indudable que deseaban librarse de el. A Zachary no le importaba. Obtenía un placer perverso arrellanándose en alguno de los mullidos sillones de piel y hojeando el periódico junto a otros socios, y calentándose los pies en la gran chimenea de piedra.

Aquella noche, imponer su presencia al club le estaba resultando especialmente placentero. «Ni siquiera George Taylor habría sido bienvenido aquí», pensó perversamente. De hecho, era probable que los Taylor jamás se hubieran planteado ei solicitar su ingreso en el Marlow. Su sangre, si bien azul, no lo era lo bastante, y Dios sabía que no tenían dinero. Pero Zachary lo habla conseguido, aunque sólo fuera un «invitado permanente» y no un socio propiamente dicho. Y al haberse hecho un sitio en los estratos más altos de la sociedad, se lo había puesto un poco más fácil a los que vendrían detrás de él. Aquello era lo que más temían los aristócratas, que sus filas se vieran invadidas por arribistas, que su linaje dejara algún día de bastar para distinguirlos de los demás.

Mientras Zachary estaba sentado ante la chimenea, contemplando melancólicamente las llamas, se acercaron a él tres jóvenes; dos se sentaron en sillones cercanos y el otro se quedó de pie en una postura insolente, con una mano apoyada en la cadera. Zachary lo miró con sarcasmo. Lord Booth, conde de Warrington, un asno engreído sin apenas nada de qué presu-

mir aparte de su distinguido linaje. Tras la reciente muerte de su padre, Warrington había heredado un título nobiliario, dos propiedades impresionantes y una montaña de deudas, la mayoría debidas a sus correrías de juventud. Era evidente que el anciano conde había tenido dificultades para controlar los derroches de su hijo, que en su mayoría hablan sido realizados para impresionar a compañeros que apenas se merecían tal esfuerzo. El joven Warrington se había rodeado de amigos que lo adulaban y lisonjeaban constantemente, aumentando de aquella forma su engreimiento innato.

-Warrington -musitó Zachary inclinando levemente la cabeza. Saludó a los otros dos, Turner y Enfield, sin mucho entusiasmo.

-Bronson -dijo el joven conde con fingida amabilidad-, qué sorpresa tan grata encontrarlo aquí. -Warrington era un hombre corpulento y carilargo, una cara aristocrática, aunque no realmente hermosa. Se movía con la confianza de un hombre adético y deportista-. El club no ha tenido el honor de contar con su presencia desde hace semanas -continuó-. Imagino que debe de haber estado muy ocupado con la nueva, mm... situación que hay en su casa.

-¿A qué situación se refiere? -preguntó Zachary en voz baja, aunque sabía perfectamente el cariz que iba a tomar la conversación.

-Caramba, todo el mundo en Londres sabe lo de su querida, la exquisita lady Holland. Permítame que lo elogie por esa muestra extraordinaria y bastante sorprendente de buen gusto. Lo felicito, mi afortunado amigo.

-Felicitarme está fuera de lugar -dijo secamente Zachary-. No tenemos ninguna relación sentimental, ni la tendremos.

Warrington enarcó las oscuras cejas, como si acabara de oír una mentira flagrante.

-La dama en cuestión está viviendo bajo su techo, Bronson. ¿Nos toma por imbéciles?

-Bajo el mismo techo que mi madre y mi hermana -puntualizó Zachary sin alterarse, aunque por dentro notó cómo la ira le iba helando la sangre-. Para instruir y asesorar a la familia.

Warrington se rió groseramente~ enseñando unos dientes largos y desiguales.

-Oh, estoy seguro de que lady Holly está enseñándole muchas cosas. ¿Como qué le gusta hacer a una dama en la cama, tal vez?

Los compañeros de Warrington se rieron de aquel mal chiste.

Zachary no se levantó del sillón. Aparentaba calma, pero dentro se notaba a punto de estallar. Estaba haciendo otro descubrimiento indeseado: que cualquier insinuación sobre lady Holland Taylor bastaba para que deseara cometer un asesinato. Cuando él y lady Holly firmaron su maldito contrato de empleo, sabía que habría rumores. La propia Holly había previsto que su reputación saldría maltrecha. En aquel momento, el tema apenas le había importado, había estado demasiado absorto en conseguir lo que quería. No obstante, le molestaba cada vez más. Notó que le hervía la sangre.

-Retire ese comentario -dijo en voz baja-. Y, de paso, añada una disculpa.

Warrington sonrió, claramente complacido de que la flecha hubiera dado en el blanco.

-¿Y si no lo hago?

-Se la sacaré a golpes -respondió Zachary totalmente en serio.

-¿Un combate de boxeo? Excelente idea. -No había duda de que aquello era lo que Warrington quería-. Si le gano, me dará su palabra de que abandonará inmediatamente el club y no volverá jamás. Y si usted sale vencedor, yo retiraré el comentario y me disculparé.

-Y una cosa más -dijo Zachary mirando el primer botón de la elegante chaqueta que llevaba Warrington. Todos los botones eran grandes y de oro, y llevaban la insignia de la fami-

lia. No obstante, el de arriba estaba adornado con un gran diamante blanco que parecía ser al menos de dos quilates-. Si gano, me quedaré también con este botón de diamante.

-¿Qué? -Warrington parecía perplejo-. Vaya petición tan extraña. ¿Para qué diablos lo quiere?

-Digamos que será un recuerdo -respondió Zachary.

El conde sacudió la cabeza, como si sospechara que estaba tratando con un loco.

-Muy bien. ¿Lo organizamos para mañana por la mañana?

-No. -Zachary no tenía intención de permitir que aquel gallito y sus amigotes hicieran público el evento en todo Londres ni de que difamaran aún más el honor de lady Holly. El asunto se resolvería de inmediato. Se puso en pie y apretó los puños, anticipando el combate-. Lo haremos ahora, en la bodega del club.

Los modales fríos y calculadores de Zachary parecieron confundir momentáneamente a Warrington.

-No puedo hacerlo ahora mismo sin ningún tipo de preparación. Hay una diferencia entre un combate bien organizado y una vulgar pelea callejera, aunque usted no lo comprendería.

De repente, Zachary sonrió.

-Comprendo que usted quiere demostrarle a todo el mundo lo bien que boxea y echarme del club a patadas. Aquí tiene su oportunidad, Warrington. Pero será aquí y ahora, de lo contrario no hábrá combate.

-Está bien -espetó Warrington-. Me pelearé con usted cuando y donde quiera-. Se dirigió a uno de sus compañeros-. Enfield, ¿serás mi segundo?

Su amigo asintió de inmediato, claramente complacido de que se lo hubiera pedido.

Warrington miró a su otro compañero.

-Turner, supongo que eso significa que tú tendrás que atender a Bronson.

Turner, un pelirrojo rollizo con la cara muy redonda que llevaba el pelo demasiado largo, frunció el entrecejo y se cruzó de brazos. Era evidente que ser el segundo de Bronson, quedarse en el rincón del *ring* para animarlo y asistirlo, no le parecía muy atractivo.

Bronson lo miró con sarcasmo.

-No se preocupe, señor -musitó-. No necesito segundo.

Para sorpresa de todos, se oyó una voz que aún no había intervenido.

-Yo seré su segundo, Bronson, si me lo permite.

Zachary miró en la dirección de donde provenía aquella voz seca y culta, y vio a un hombre sentado en un sillón rinconero. Dejando la última edición del *Times,* el individuo se puso en pie y se acercó a él. El recién llegado era alto, esbelto y rubio, con el aspecto que un aristócrata debería tener, pero que, por alguna razón, ninguno tenía. Zachary lo observó meticulosamente; no lo había visto antes en el Marlow. Los fríos ojos de color gris, el cabello rubio y las facciones perfectamente esculpidas lo hacían apuesto, incluso principesco. Su aire reservado y su mirada alerta le recordaron a un halcón.

-Vardon, lord Blake de Ravenhill -dijo el hombre, alargando la mano.

Zachary se la estrechó, notando que se la tomaba con firmeza. Aquel nombre le recordaba algo. Ravenhill, Ravenhill... El nombre que Holly había pronunciado hacía sólo unas horas cuando recordaba a George bajo los efectos del opio. Ravenhill era el nombre del mejor amigo de George Taylot, un hombre tan digno de confianza y tan estimado que había estado presente en su lecho de muerte. ¿Se trataba de la misma persona? ¿Por qué iba a ofrecerse como segundo de Zachary en un combate de boxeo? ¿Y qué le parecía a Ravenhill que la esposa de su querido George estuviera trabajando para una persona del pueblo llano como él? Zachary lo miró a los ojos, distantes y de color gris plateado, pero no pudo detectar ninguna emoción.

-¿Por qué se ofrece? -preguntó Zachary, fascinado muy a pesar suyo.

-Tengo mis razones.

Estudiándolo durante unos instantes más, Zachary asintió brevemente con la cabeza.

-Bien, entonces. Vamos.

Los socios del Marlow cerraron los periódicos que estaban leyendo y siguieron la extraña procesión con la mirada. Intuyendo que iba a haber algún altercado, varios hombres se levantaron y los siguieron mientras los contrincantes se dirigían hacia las escaleras de la bodega, al fondo del club. Al descender por aquellas escaleras oscuras y estrechas, Zachary captó retazos de las conversaciones que Warrington y sus compañeros se susurraban delante de él.

-Creo que cometes una estupidez peleándote con.., ese maldito gigante bastardo... -musitó Turner.

-No sabe nada de técnica ni de disciplina... No es más que una bestia parda -fue la sardónica respuesta de Warrington.

Zachary sonrió perversamente. Es posible que Warrington tuviera mucha técnica y disciplina. Es posible que llevara años entrenándose. Todo aquello no significaba nada, comparado con la experiencia que Zachary habla ganado en las calles, peleando con todos los que lo retaban. ¿Cuántos días y cuántas noches había peleado para conseguir tanto dinero como pudiera, sabiendo que su madre y hermana no tendrían comida ni cama si lo derrotaban? Pelear jamás había sido una diversión para él... Era supervivencia... Su forma de vida. Y para Warrington no era más que un deporte.

-No lo subestime -oyó decir a Ravenhill detrás de él, como si, en cierto modo, estuviera leyéndole el pensamientc». Warrington tiene una derecha contundente, y es más ágil de lo que parece. Peleé con él unas cuantas veces en Oxford y siempre me noqueo.

Llegaron a la bodega, un recinto fresco, mal iluminado y mohoso. El suelo de tierra estaba ligeramente húmedo, y las paredes de piedra verdosas y resbaladizas. Media bodega estaba ocupada por incontables estantes de vino, pero quedaba suficiente espacio para librar el combate.

Mientras Zachary y Warrington se quitaban la chaqueta y la camisa, los segundos midieron con pasos las dimensiones del *ring* y trazaron dos surcos, a dos palmos de distancia, en el centro del área. Ravenhill habló enérgicamente~ enumerando los términos del combate.

-Normas de boxeo de Londres, cada asalto durará hasta que uno de los dos contrincantes toque el suelo con una parte del cuerpo. Al término de cada asalto, los contrincantes regresarán a su rincón, descansarán treinta segundos y tendrán ocho segundos para volver a pisar la marca. Si un contrincante baja voluntariamente la rodilla, será penalizado. -Miró el rostro impertérrito de Zachary y la expresión resuelta de Warrington-.¿He olvidado algo, caballeros?

-Sí -dijo Warrington, mirando acusadoramente a Zachary, como si esperara que fuera a hacer trampa-. Nada de bloqueos a la cabeza.

Ravenhill respondió antes de que Zachary tuviera ocasión:

-Los bloqueos a la cabeza son perfectamente legales, señor.

-Está bien -dijo Zachary sin inmutarse, quitándose bruscamente la corbata-. No haré bloqueos si él no quiere. -Sabía lo que Warrington temía: que pudiera agarrarle la cabeza en un bloqueo y le rompiera todos los huesos de la cara.

-Una concesión muy caballerosa, señor Bronson -observó Ravenhill. Parecía que supiera cuánto le molestaba a Warrington oír la palabra «caballeroso» aplicada a su contrincante-. Muy bien entonces. Nada de bloqueos. -Extendió los brazos para que Zachary le diera la camisa, la chaqueta, el chaleco y la corbata, doblo las prendas con la destreza de un ayudante de cámara y las dejó en un estante.

Cuando los dos hombres, ambos desnudos de cintura para arriba, se volvieron para encararse, Zachary vio que Warrington abría mucho los ojos, visiblemente consternado.

-Dios bendito -dijo Warrington, incapaz de contenerse-. Fíjate... parece un mono.

Hacía ya tiempo que Zachary se había acostumbrado a aquellos comentarios. Sabía la impresión que causaba su cuerpo, su torso surcado de músculos, con cicatrices en algunos lugares, los brazos voluminosos, el cuello de más de cuarenta centímetros de diámetro y el pecho cubierto por espeso vello negro. Era un cuerpo hecho para pelear, y para trabajar duro en los campos y en las fábricas. Warrington, en cambio, tenía una silueta enjura y desgarbada, la piel sin cicatrices, una musculatura bien torneada y el pecho casi lampiño.

Ravenhill sonrió por primera vez, enseñando su blanca dentadura.

-Creo que a Bronson solían llamarlo el Carnicero -informó a Warrington; luego se dirigió a Zachary, enarcando una ceja con expresión interrogativa. ¿No es así?

Sin ganas de compartir su buen humor, Zachary asintió con sequedad. Ravenhill volvió a concentrarse en Warrington y habló con más sobriedad.

-Tal vez pueda persuadir al señor Bronson de que abandone el combate, señor, si usted se retracta de lo que ha dicho sobre lady Holland.

Warrington sacudió la cabeza con desdén.

-Una mujer que vive bajo su techo no me merece ningún respeto. Ravenhill miró a Zachary, exhortándolo fríamente a combatir. Parecía que cualquier insulto a Holland lo ofendiera casi tanto como a él. Cuando Ravenhill pasó junto al de camino al rincón, le murmuró algo entre dientes:

-Bájele los humos, Bronson.

En silencio, Zachary fue hasta la marca y esperó a que Warrington hiciera lo mismo. Se encararon y adoptaron la tradicional postura de los boxeadores, la pierna izquierda adelantada, el brazo izquierdo delante, el codo flexionado, los nudillos al nivel de los ojos.

Warrington abrió el combate asestando a Zachary un irritante directo de izquierda que lo hizo retroceder automáticamente. Pronto, Warrlngton le propinó más directos de izquierda, seguidos de un gancho de derecha. Aunque Warrington no logró alcanzar a Zachary en el mentón, sus compañeros empezaron a vitorearlo, claramente excitados por su agresividad. Zachary permitió que Warrington marcara el ritmo, limitándose a retirarse y defenderse mientras su oponente le daba una serie de golpes al cuerpo. Los punetazos le alcanzaron de lleno en las costillas, pero ya hacía tiempo que Zachary era inmune a aquel tipo de dolor, después de los vapuleos que había soportado durante años. Contraatacó con una única serie de directos suaves destinados a irritar a su contrincante y a medir sus fuerzas.

Finalmente, cuando la cara sudorosa de Warrington lucia una risa triunfal y Turner y Enfield aplaudían vigorosamente~ anticipando la victoria, Zachary le asestó una combinación de tres golpes seguida de un fulminante derechazo que lo alcanzó en pleno ojo.

Warrington retrocedió tambaleándose, claramente aturdido por la potencia y la rapidez de los golpes. Los hombres se quedaron instantáneamente en silencio cuando se bamboleó y cayó de rodillas, antes de volver a levantarse con dificultad.

-Fin de primer asalto -anunció Ravenhill, y Zachary se fue a su rincón. Estaba empezando a sudar y se frotó con impaciencia el cabello mojado que le caía sobre la frente-. Aquí tiene -dijo Ravenhill, dándole una servilleta limpia, y Zachary se enjugó la cara.

Warrington se retiró a su rincón, mientras Enfield le enjugaba la caray le daba consejos.

-No juegue con él durante demasiado tiempo -musitó Ravenhill, sonriendo, aunque sus ojos grises permanecieron impasibles-. No hay necesidad de alargar esto, Bronson.

Zachary le devolvió la servilleta.

-¿Qué le hace pensar que estoy jugando con él?

-Es evidente que usted puede concluir el combate cuando le plazca. Pero sea un caballero. Demuéstreles quién es y termine cuanto antes.

Habían pasado treinta segundos y Zachary regresó a la marca central para librar el segundo asalto. Le enojaba que Ravenhill lo viera venir con tanta facilidad. Sí que había pensa-

do en alargar el combate, provocando y humillando a Warrington con su evidente superioridad. Tenía la intención de darle a aquel aristócrata consentido una buena paliza que lo dejara lleno de moretones. En lugar de ello, Ravenhill quería que concluyera el combate enseguida y permitiera a Warrington salir por su propio pie cuando aún le quedara un poco orgullo. Zachary sabía que su recomendación era lo que sin duda debía hacer un caballero. Pero lo irritaba muchísimo. Él no quería ser un caballero; quería ser despiadado y despojar a Warrington de toda su vanidad.

Warrington lo atacó con fuerzas renovadas, asestándole tres ganchos de derecha que lo alcanzaron en el mentón. Zachary respondió con dos potentes golpes en las costillas y un contundente gancho de izquierda que alcanzó a Warrington en la cabeza. La potencia del golpe lo obligó a dar dos pasos para no caer al suelo. Retrocediendo, Zachary aguardó a que su contrincante volviera a acercársele e intercambiaron golpes hasta que Zachary le asestó un poderoso directo de izquierda que lo alcanzó en la mandíbula. Aturdido, Warrington cayó al suelo y empezó a maldecir mientras intentaba ponerse en pie.

Enfield anunció el fin del asalto y los dos oponentes se retiraron a sus rincones.

Zachary se limpió la cara con la servilleta mojada. Iba a dolerle a la mañana siguiente, Warrington le había dejado el ojo izquierdo morado y le había magullado la parte derecha del mentón. De hecho, no boxeaba mal. Era ágil y tenía determinación. No obstante, Zachary no sólo lo superaba en fuerza, sino que tenía mucha más experiencia, dando menos golpes que, no obstante, eran infinitamente más efectivos.

-Buen trabajo -dijo Ravenhill en voz baja. Zachary quería decirle que no necesitaba ni quería su maldita aprobación. Ni tampoco necesitaba sus malditas instrucciones sobre cómo combatir caballerosamente. No obstante, contuvo su furia, dejando que se le disolviera en las entrañas.

Zachary regresó a la marca para el tercer asalto y soportó una rápida tanda de golpes de Warrington, que ya se estaba cansando. Esquivando al menos la mitad, Zachary experimentó la familiar sensación de haber alcanzado un estado en el que podría seguir boxeando durante horas. Podría continuar todo el día sin necesidad de descansar. Habría sido fácil seguir así hasta que Warrington cayera exhausto. No obstante, le asestó una combinación de cinco golpes que lo derribaron.

Claramente aturdido, sacudiendo la cabeza en un intento inútil de despejarse, Warrington no fue capaz de levantarse. Turner y Enfield le gritaron que lo hiciera, pero él escupió saliva con sangre y alzó las manos haciendo un ademán negativo.

-No puedo -murmuró-. No puedo. -Incluso cuando Enfield lo levantó y lo llevó al centro del *ring,* Warrington se negó.

Aunque a Zachary le hubiera gustado hacerle más daño, ver su cara magullada y cómo se sujetaba las costillas con evidente malestar lo aplacó un poco.

-El combate ha terminado -dijo Warrington por la comisura de la boca, que tenía hinchada-. Me rindo.

Tras un par de minutos para recobrar fuerzas, Warrington se encaró con Zachary.

-Mis disculpas a lady Holland -dijo, mientras sus compañeros se quejaban y refunfuñaban en voz alta-. Retiro todo lo que he dicho sobre ella. -Se dirigió a Enfield-. Corta el primer botón de mi chaqueta y dáselo.

-Pero ¿qué es lo que va a hacer con él? -se quejó Enfield, fulminando a Zachary con la mirada.

-Me da lo mismo -respondió Warrington con sequedad-. Haz el favor de arrancarlo de una vez. -Dirigiéndose a Zachary, le tendió la mano-. Bronson, tiene usted la cabeza como un yunque. Supongo que eso lo convierte en una compañía adecuada para todos nosotros.

Zachary se sorprendió al ver la mirada afable de su oponente. Despacio, le estrechó la mano. Ninguno apretó demasiado porque los dos tenían los nudillos doloridos. El gesto indi-

caba que Warrington reconocía a Zachary como a un igual, o al menos como a alguien a quien consideraba un miembro aceptable del club.

-Usted tiene un buen derechazo -respondió Zachary sin sonreír-. Tan bueno como cualquiera de los que me dieron cuando fui boxeador.

A pesar de tener la boca hinchada, Warrington sonrió, aparentemente complacido por el cumplido.

Regresando junto a Ravenhill, Zachary dejó la servilleta y se puso la ropa, abrochándose la camisa con dificultad y dejándose el chaleco abierto.

-Permítame -se ofreció Ravenhill, pero Zachary sacudió la cabeza con irritación. Detestaba que otro hombre lo tocara, hasta el punto incluso de rechazar los servicios de un ayudante de cámara.

Ravenhill sacudió la cabeza y sonrió levemente.

-Tan manso como un jabalí -comentó en un tono frío y seco-. ¿Cómo en nombre de Dios consiguió que lady Holland accediera?

-¿Accediera a qué? -preguntó Zachary, aunque sabía exactamente a qué se refería.

-La dama tímida y dulce que conocí hace tres años jamás habría accedido a trabajar para usted. Usted la habría aterrorizado.

-Tal vez haya cambiado -musitó Zachary con frialdad-. O tal vez no la conocía tan bien como pensaba. -Notó el desagrado en los distantes ojos grises del otro hombre y experimentó una extraña mezcla de emociones. Triunfo, porque Holly estaba viviendo con él y porque la vida de ella estaba entrelazada con la suya como jamás lo había estado con la de aquel aristócrata engreído. Y celos, unos celos punzantes y amargos, porque aquel hombre la había conocido antes que él, Zachary, y durante mucho más tiempo. Y Holly y Ravenhill estaban obviamente cortados por el mismo patrón, los dos cultos y refinados.

Frotándose por última vez la cara magullada con la servilleta, Zachary sonrió ligeramente a aquel apuesto aristócrata.

-Le doy las gracias, Ravenhill. Lo escogería como mi segundo siempre que hiciera falta. -Se midieron con la mirada, sin mostrar hostilidad, pero tampoco afabilidad. Zachary se dio cuenta de que a Ravenhill no le complacía que Holly hubiera cambiado. El lord estaba ofendido por el hecho de que la esposa de su difunto amigo trabajara para un plebeyo inculto. «Lo siento por ti -pensó Zachary furibundo. Se hallaba bajo el influjo de sus instintos más primarios y posesivos. Ahora es mía, y no hay nada en este maldito mundo que ni tú ni nadie podáis hacer para evitarlo.»

Casi al cabo de veinticuatro horas exactas del inicio de su migraña, Holly se encontró lo bastante bien como para levantarse de la cama. Se sentía débil y un poco aturdida, como siempre le ocurría después de una crisis. Era por la tarde, la hora a la que los Bronson solían reunirse en el Saloncito antes de cenar.

-¿Dónde está Rose? -fue lo primero que Holly preguntó cuando Maude la ayudó a incorporarse.

-Abajo, con el señor, su madre y su hermana -respondió Maude, poniéndole más almohadones en la espalda-. Se han dedicado todos a mimarla mientras usted dormía, jugando y dándole más caramelos que de costumbre. El señor Bronson ha cancelado la visita que tenía hoy en la ciudad y se ha pasado la mañana paseándola por el prado, montada en un pequeno poni marrón.

-Oh, no debería haberlo hecho -dijo Holly preocupada.. No debería haber desatendido sus negocios; cuidar de mi. hija no es cosa suya.

-Ha insistido, señora. Me ha extrañado un poco, y he intentado decirle que no hacía falta. Pero ya sabe cómo es el señor cuando se le mete algo en la cabeza.

-Sí, lo se. -Holly suspiró y se puso la mano en la frente, que aún le dolía-. Oh, las molestias que os he causado, a ti y a todo el mundo...

-Venga, señora, no se provoque otra migraña preocupándose por eso -le dijo Maude-. Los Bronson están encantados, parece, y Rose ha disfrutado con todos sus mimos y cariños. No pasa nada. ¿Pido que le suban algo de comer, señora?

-Gracias, pero querría bajar y cenar con la familia. Llevo en la cama demasiado tiempo. Y debo ver a Rose.

Con ayuda de la doncella, Holly se bañó y se puso un sencillo y ligero vestido marrón de seda bordada con el cuello color sepia de encaje y ribetes de encaje en las mangas. Como aún tenía el cuero cabelludo dolorido tras la crisis de migraña, se hizo un moño y se lo sujetó únicamente con dos horquillas. Tras mirarse en el espejo de su tocador para comprobar que estaba presentable, Holly bajó despacio al saloncito.

Como le habla dicho Maude, los Bronson estaban todos allí. Zachary se hallaba en la alfombra junto a Rose, absortos los dos en un montón de piezas de un rompecabezas de madera pintada. Elizabeth leía en voz alta de una colección de cuentos cortos y Paula ocupaba una esquina del largo sofá, remendando gustosa un volante roto de un delantal blanco de Rose. El pequeño grupo alzó la vista al unísono cuando Holly hizo su entrada.

Pálida y fatigada, consiguió esbozar una sonrisa en señal de disculpa.

-Buenas tardes a todos.

-¡Mamá! -exclamó Rose, sonriendo mientras corría hacia ella y se le abrazaba a las caderas-. ¡Te encuentras mejor!

-Sí, querida. -Holly le acarició afectuosamente el cabello-. Siento haber dormido tanto.

-Me lo he pasado muy bien mientras dormías -dijo Rose, y se puso a contarle que por la mañana había montado en poni.

Mientras Rose hablaba por los codos, Elizabeth se acercó a Holly, lamentándose por su estado y expresándole su preocupación, y la guió hasta el sofá. Paula insistió en cubrirle las rodillas con una manta, a pesar de la débil protesta de Holly.

-Oh, señora Bronson, es usted demasiado amable. De verdad, no es necesario...

Mientras las mujeres la mimaban, Bronson se puso en pie y la saludó con una inclinación. Notando su mirada clavada en ella, Holly le sonrió vacilante.

-Señor Bronson, yo... -Se detuvo sorprendida al ver que tenía el ojo morado y la mandíbula magullada-. ¿Qué le ha pasado en la cara, señor?

Rose respondió antes que él, con el orgullo de un niño que está dando una noticia de gran importancia.

-El señor Bronson ha chocado otra vez con un gancho de izquierda, mamá. Boxeó. Y me trajo esto. -Sacó un extremo del cordel de botones, que llevaba en el bolsillo del delantal, y se encaramó al regazo de Holly ara enseñarle su nueva adquisición.

Abrazando a su hija, Holly examinó el botón con detenimiento. Era inmenso diamante engarzado en oro. Perpleja, miró a Elizabeth, que parecia incómoda, y el rostro tenso de Paula, antes de encontrarse finalmente con los enigmáticos ojos negros de Bronson.

-No deberla haberle dado a Rose un objeto tan costoso, señor Bronson. ¿De quién es el botón? ¿Y por qué boxeó?

-Tuve una diferencia de opinión con alguien del club.

-¿Por dinero...? ¿Por una mujer...?

Bronson permaneció impasible y se encogió de hombros, como si el asunto no tuviera importancia.

Mientras pensaba en cuál podría haber sido la razón, Holly continuó mirándolo. La habitación se sumió en un tenso silencio y, de repente, dio con la respuesta.

-¿Por mí? -susurró.

Sin prisas, Bronson se arrancó un hilo de la manga de la camisa.

-En realidad, no.

En aquel instante, Holly se dio cuenta de que conocía a Zachary lo bastante para saber que mentía.

-Sí que ha sido por mí -dijo con más convicción-. Alguien debió de decir algo desagradable y usted, en lugar de pasar por alto el comentario, aceptó el desafio. Oh, señor Bronson, ¿cómo ha podido?

Viendo que Holly se contrariaba en lugar de estarle agradecida, como probablemente había esperado, Bronson respondió con desdén.

-¿Preferiría que algún c... -Se contuvo al percibir la atención incondicional que Rose estaba prestando a la conversación-.., algún tipo con aires -dijo, dulcificando un poco el tono- difundiera mentiras sobre usted? Había que cerrarle la boca, y yo podía y estaba dispuesto a hacerlo.

-La única forma de responder a un comentario de mal gusto es no hacer caso -dijo Holly resuelta~. Usted hizo justo lo contrario, dando de esa forma a entender que podía tener algo de cierto. No deberla haberse peleado por mi honor. Debería haber sonreído con desdén ante cualquier insinuación, demostrando que en nuestra relación no hay nada indecoroso.

-Pero, señora, yo me pelearía con el mundo entero por usted -dijo Bronson con el tono que empleaba siempre que hacía esos comentarios tan sorprendentes, con un desenfado tal que al oyente no le cabía la menor duda de que estaba bromeando.

Entonces intervino Elizabeth, esbozando una sonrisa burlona.

-Para mi hermano, cualquier excusa es buena para boxear, lady Holly. Le gusta usar los puños para demostrar que es todo un hombre.

-Ése es un aspecto de su carácter que tendremos que corregir.

-Holly lo miró con reprobación, y él se echó a reír.

Una doncella entró para anunciar que la cena estaba listay Rose se puso, a dar saltos, excitada.

-Cordero al romero con patatas -dijo haciéndosele la boca agua; era evidente que la información se la había dado la cocinera-. ¡Mi plato preferido! ¡Venga, Lizzie! ¡Deprisa!

Riéndose, Elizabeth le dio la mano y dejó que se la llevara a rastras del saloncito. Paula sonrió mientras dejaba sus labores y las siguió. Holly tardó en levantarse, conteniendo una repentina náusea al pensar en el cordero, que no le resultaba en absoluto apetitoso. Por desgracia, el tónico que le había aliviado la migraña y le había permitido dormir durante un día entero no estaba exento de efectos secundarios, uno de los cuales era la pérdida del apetito.

Cerrando los ojos durante unos instantes, los abrió para descubrir que Bronson se había puesto a su lado con una rapidez asombrosa.

-¿Va a desmayarse? -le preguntó en voz baja, escrutándola con la mirada.

-Sólo estoy un poco mareada -musitó ella, intentando ponerse en pie-. Seguro que me encontraré mejor cuando coma algo.

-Permítame. Le pasó el brazo, firme y fuerte, por la espalda y la ayudó a levantarse. Aquel contacto le resultó a Holly de una familiaridad deliciosa. Tuvo la sensación de que, desde la clase de baile, su cuerpo se había acostumbrado a tener cerca a Bronson. Estar en sus brazos le resultaba demasiado natural y placentero.

-Gracias -murmuró, tocándose el moño, que parecía bastante suelto. Las horquillas se habían soltado tras el cariñoso abrazo de Rose. Para consternación de Holly, acabaron cayéndosele y el cabello se le derramó sobre los hombros. Se apartó de Bronson con una leve exclamación.

-Oh, Dios mío.-Avergonzada por la cascada de ondas castañas que le llegaba casi hasta la cintura, algo que ninguna mujer revelaba a otro hombre que no fuera su esposo, empezó a recogérselo-. Perdóneme-dijo, ruborizándose-. Me compondré en un santiamén.

Bronson se había quedado extrañamente callado. Avergonzada, Holly no le miró la cara, pero le pareció que había empezado a respirar más profundo y rápido de lo habitual. Zachary alzó las manos y, al principio, ella creyo que iba a ayudarla a recogerse el pelo. Pero, en lugar de ello, la asió por las muñecas y le apartó los brazos.

Sofocando un grito, Holly lo miró a la cara.

-El pelo.., oh, señor Bronson, por favor... suélteme...

Él siguió sujetándola, sin apretarle las muñecas, y Holly se puso a abrir y cerrar las manos inútilmente.

El cabello le caía sobre los hombros y el corpiño en relucientes ondas castañas que, a la luz de la lámpara, lanzaban destellos dorados y rojizos. Bronson lo miraba como si estuviera hipnotizado, resiguiéndolo por su cuerpo, fijándose en cómo se dividía en los suaves montículos de sus senos. A Holly le ardieron las mejillas de vergüenza e intentó liberarse. Zachary la soltó de repente, y ella pudo alejarse unos pasos, pero él la siguió.

Humedecjéndose los labios resecos, Holly buscó algo, lo que fuera, para romper el incómodo silencio que se había creado entre ellos.

-Maude me ha dicho -dijo con un temblor en la voz-, que entró en mi habitación anoche, después de que me tomara la medicina.

-Estaba preocupado por usted.

-No importa lo buenas que fueran sus intenciones. Estuvo mal. Yo no estaba en condiciones de recibir visitas. Ni siquiera recuerdo que viniera, ni de qué hablamos...

-No hablamos de nada. Estaba usted dormida.

-Oh... -Holly se detuvo cuando topó con la espalda en la pared, lo cual le impidió seguir alejándose-. Zachary -susurró.

No había pretendido decir su nombre... Ni siquiera lo usaba en sus sueños... pero, sin saber cómo, se le habla escapado. Aquella familiaridad la dejó perpleja y quizá también a él. Bronson cerró los ojos durante un largo instante, y cuando los abrió, tenían un brillo inflamado.

-Estoy un poco alterada -murmuró ella, descubriendo que tembiaba de la cabeza a los pies-. La medicina... Aún me siento un poco...

-Shhhh. -Bronson tomó un sedoso mechón de cabello entre los dedos y lo frotó suavemente con el dedo pulgar. Lo acariciaba con lentitud, como si estuviera en un sueño. Sin apartar la vista del brillante mechón de cabello, se lo llevó a los labios y lo besó.

Holly notó que le flaqueaban las piernas y estuvo a punto de desplomarse. La ternura y la adoración de aquel gesto, el extremo cuidado con que había tocado el mechón, la habían dejado aturdida. Bronson se inclinó sobre ella, sin llegar a rozarla. Su proximidad la impulsó a apretarse contra la pared. Suspiró cuando lo vio apoyar las manos en el artesonado de madera, una a cada lado de su cabeza.

-Nos están esperando -dijo Holly con un hilillo de voz.

Él pareció no oírla. «Iba a besarla», pensó ella. Respiró hondo y el tentador aroma de Zachary, el olor maravillosamente masculino de su piel, le impregnó la nariz y la boca. Holly abrió las manos y volvió a cerrarlas en el vacio, temblando de deseo, anhelando atraer la cabeza de Bronson hacia ella. Confundida, esperó en una dulce agonía a que él la besara, mientras decía mentalmente: «Sí, hazlo ya, por favor...»

-¿Mamá? -La risa sorprendida de Rose rompió el silencio que se había creado entre ellos. Su hija habla regresado para averiguar por qué aún no se habían unido a los demás en la mesa-. ¿Qué hacéis los dos tan juntos?

Holly oyó su propia voz como si viniera desde muy lejos.

-Se... se me ha soltado el pelo, querida. El señor Bronson me estaba ayudando a recogérmelo.

Agachándose, Rose encontró las horquillas y se las dio.

-Aquí tienes -dijo radiante.

Bronson bajó un brazo, permitiendo que ella escapara, aunque la siguió con una penetrante mirada. Respirando hondo, Holly se alejó y se negó a mirarlo.

-Gracias, Rose -dijo, inclinándose para besar brevemente a su hija-. Qué niña tan diligente.

-Deprisa, por favor -les rogó Rose, mirando cómo se recogía Holly el cabello, se lo enroscaba y volvía a ponerse las horquillas-. ¡Tengo hambre!

La cena transcurrió sin sobresaltos, pero Zachary se dio cuenta de que había perdido por completo el apetito, normalmente voraz. Se sentó en la cabecera de la mesa, percatándose de que Holly lo había hecho tan lejos de él como había podido. Haciendo un esfuerzo supremo, se concentró en que la conversación fluyera, tratando temas de una neutralidad tranquilizadora, cuando lo único que deseaba era estar a solas con Holly.

Maldita mujer... Sin saber cómo le había quitado el apetito y el sueño. Tampoco le complacía jugar ni visitar los burdeles: todos sus deseos se concentraban en ella. Quedarse una tarde entera sentados, conversando tranquilamente, le parecía más excitante que pasar la noche en el burdel más obsceno de Londres. Holly despertaba en él las fantasías más lascivas, y no podía mirarle las manos, el cuerpo o la boca sin excitarse tremendamente. Y también le inspiraba otras fantasías: imágenes caseras y cotidianas que hasta entonces le habían parecido ridículas.

Anhelaba pasar con ella otra velada íntima como la que habían compartido, cuando todo el mundo se había retirado, y ellos se quedaron conversando y bebiendo junto al fuego, pero era evidente que Holly estaba cansada. Se excusó en cuanto acabó de cenar, sin apenas mirarlo, y se retiró inmediatamente.

Por alguna razón, Paula se quedó en la mesa con él después de que todo el mundo se hubiera marchado, bebiendo una taza de té mientras él se tomaba una copa de oporto. Zachary sonrió a su madre, orgulloso de verla luciendo un elegante vestido de seda azul y un broche de perlas que él le había regalado en Navidad. Zachary jamás olvidaría los vestidos viejos y raídos que Paula había llevado en el pasado, lo duro que había trabajado para alimentar a sus hijos. Había sido costurera, lavandera, vendedora ambulante. Por fin, él podía cuidar de ella, y se aseguraría de que no le faltara de nada.

Zachary sabía que Paula a menudo se sentía incómoda con su nueva situación, que habría preferido vivir en una casita de campo con únicamente una cocinera a su servicio. Sin embargo, él quería que viviera como una reina y no se contentaría con menos.

-Quiere decirme algo, madre -señaló él, agitando el oporto en la copa. Le sonrió por la comisura de la boca-. Lo veo en su cara. ¿Va a darme otro sermón sobre el combate?

-No es sobre el combate -dijo Paula, acunando la taza de té humeante entre sus manos ajadas. Clavó en él sus ojos castaños, mirándolo a la vez con afecto y con reprobación-. Eres un buen hijo, Zach, a pesar de tus excesos. Tienes buen corazón, y por eso me he mordido la lengua cuando te has ido con prostitutas y mujeres de mala vida, y cuando has hecho cosas de las que deberías avergonzarte, pero quiero que escuches todo lo que voy a decirte.

Bronson fingió que se alarmaba y esperó a que ella prosiguiera.

-Se trata de lady Holly.

-¿Qué pasa con ella? -preguntó él con aprensión.

Paula suspiró incómoda.

-Jamás será tuya, Zach. Debes hallar la forma de dejar de pensar en ella, o serás su desgracia.

Zachary se obligó a reír, aunque fue una risa hueca. Tal vez su madre no fuera culta ni refinada, pero era inteligente, y él no podía desoír sus palabras.

-No tengo intención de ser su desgracia. Jamás la he tocado.

-Una madre conoce a su hijo -insistió Paula-. Veo cómo eres con ella. Puedes ocultárselo al mundo, pero no a mí. Zach, no está bien. Tú no estás hecho para ella más de lo que un... burro lo está para un purasangre.

-Supongo que yo soy el burro -musitó Zachary con ironia-. Bueno, aprovechando que está tan habladora, dígame por qué hasta ahora no habla puesto ninguna objeción cuando yo le hablaba de casarme con una mujer noble.

-Puedes tener una esposa de buena familia si eso es lo que quieres. Pero lady Holland no es mujer para ti.

-¿Por qué?

Paula meditó sus palabras con sumo cuidado.

-Tú y yo nos hemos endurecido, e incluso Lizzie, y demos gracias a Dios por ello. Por eso hemos sobrevivido todos estos años en los bajos fondos de Londres. Pero lady Holly es inmensamente blanda. Y si vuelve a casarse, necesita un hombre que también lo sea. Tú nunca serás así. Conozco unas cuantas damas con las que, en mi opinión, te llevarás bien.

Quédate con una de ellas y deja en paz a lady Holly.

-¿No es de su agrado? -preguntó Zachary en voz baja.

-¿Que si no es de mi agrado? -repitió Paula, mirándolo sorprendida-. Claro que lo es. Es la criatura más dulce y amable que he visto jamás. Tal vez la única dama auténtica que conozco. Es precisamente por el aprecio que le tengo por lo que estoy diciéndote estas cosas.

En el silencio que siguió, Zachary se concentró en terminarse el oporto. Las verdades que le había dicho su madre eran innegables. Estaba tentado de rebatir sus argumentos, pero eso lo obligaría a decir cosas que ni siquiera se había atrevido a aceptar ante sí mismo. Así pues, asintió brevemente y en silencio, reconociendo con amargura que su madre estaba probablemente en lo cierto.

-Oh, Zach -murmuró Paula en tono compasivo-. Conténtate con lo que tienes. ¿No puedes aprender a hacer eso?

-Por lo visto no -musitó él tristemente.

-Tiene que haber una palabra para los hombres como tú, para los que apuntan demasiado alto.., pero no sé cuál es.

Entonces, Zachary le sonrió, a pesar del peso que sentía en el corazón.

-Tampoco yo, madre. Pero tengo una palabra que la define a usted perfectamente.

-¿Cuál es? -le preguntó ella suspicaz, fingiendo que lo amenazaba con el dedo.

Poniéndose de pie y acercándose a ella, Zachary se inclinó para besarle el pelo cano.

-Sabia -murmuro.

-Entonces, ¿seguirás mi consejo y te olvidarás de lady Holly?

-Sería un tonto si no lo hiciera, ¿no?

-¿Es eso un sí? -persistió Paula, pero él se echó a reír y salió de la habitación sin responderle.

10

En las semanas que siguieron al episodio de la migraña, Holly observó una serie de cambios en el hogar de los Bronson. La diferencia más evidente fue la actitud de los sirvientes.

Si bien antes habían sido descuidados, imprevisibles e indiferentes con su trabajo, al parecer habían empezado a sentir una especie de orgullo colectivo por su labor. Era posible que se debiera a la discreción con que Holly había instruido a los Bronson sobre lo que debían exigir al servicio que tenían contratado.

-Comprendo que le cueste, señora Bronson -habla murmurado Holly una tarde, cuando las criadas habían traído una bandeja de té que contenía un cazo de agua tibia, una jarra de leche que no sabía a nada y pasteles rancios-. No obstante, debe devolverla. No hay nada malo en rechazar comida inaceptable.

-Ya trabajan mucho -protestó Paula, haciendo ademán de servirse-. No quiero darles más faena, y además tampoco está tan mal.

-Está fatal -insistió Holly, conteniendo la risa.

-Devuélvalo usted -le imploró Paula.

-Señora Bronson, debe aprender a dirigir a sus sirvientes.

-No puedo. -Paula sorprendió a Holly tomándole la mano y apretándosela-. Yo era vendedora ambulante -susurró-. Era más humildeque la fregona más humilde que tenemos. Y todos los saben. ¿Cómo voy a darles órdenes?

Holly la miró pensativa y sintió una inmensa compasión por Paula al comprender finalmente por qué era tan tímida con todos salvo con Elizabeth y con Zachary. Paula Bronson habla vivido en la más mísera pobreza durante tanto tiempo que no se sentía digna de la situación en la que se hallaba. La hermosa casa llena de tapices y obras de arte poco corrientes, las elegantes ropas que llevaba, las suculentas comidas y los vinos caros, sólo servían para recordarle sus origenes humildes. Sin embargo, para ella no había marcha atrás. La opulencia que Zachary había conseguido para su familia superaba cualquier expectativa o fantasía de Paula. Era imprescindible que se adaptara a su nueva situación, o jamás se sentirla a gustoy feliz con su nueva vida.

-Ahora ya no es vendedora ambulante -dijo Holly en tono resuelto-. Es usted una mujer rica. Es la madre del señor Zachary Trajo dos hijos extraordinarios al mundo y los educó sin la ayuda de nadie, y cualquiera que tenga dos dedos de frente admiraría su logro. -Le apreto la mano-. Insista en que la traten con el respeto que se merece dijo, mirándola directamente a los ojos castaños, que reflejaban su preocupación-, sobre todo sus sirvientes. En esa misma línea, hay muchas otras cosas que deseo comentar con usted, pero por ahora... -Holly guardó silencio e intenté pensar en una palabrota que diera énfasis a lo que iba a decir-. ¡Devuelva esa maldita bandeja!

Paula abrió mucho los ojos y se tapo la boca para intentar contener inútilmente la risa.

-Lady Holly, es la primera vez que le oigo decir una mala palabra.

Holly le devolvió la sonrisa.

-Si yo puedo decirlas, seguro que usted puede tocar la campanilla para pedirles a las sirvientas que nos traigan un té como Dios manda.

Paula se irguió con decisión.

-Muy bien, ¡lo haré! -Tocó la campanilla sin más dilación, antes de poder cambiar de opinión.

Con objeto de mejorar todavía más la relación entre los Bronson y el servicio, Holly acordo reunirse a diario con el ama de llaves, la señora Burney. Insistió en que Paula y Elizabeth estuvieran presentes, aunque a ninguna le hacía mucha gracia. Paula continuaba siendo horriblemente tímida cuando tenía que dar instrucciones a la señora Burney, y Elizabeth no estaba interesada en los asuntos domésticos. No obstante, tenían que aprender.

-Llevar una casa es algo que todas las señoras deben saber hacer-les instruyó Holly-. Todas las mañanas, deben reunirse con la señora Burney y revisar los menús del día, hablar sobre las tareas especiales que deben realizar los sirvientes, como lavar las alfombras o sacar brillo a la plata. Y, aún más importante~ deben revisar las cuentas domésticas, anotar los gastos y decidir qué hay que comprar.

-Pensaba que era la señora Burney quien debía ocuparse de todo eso. -Elizabeth hizo un mohín al pensar en tratar asuntos tan tediosos todos los días.

-No, deben hacerlo ustedes -dijo Holly, sonriendo-. Y no está de más que usted practique con su madre, porque algún día tendrá una casa propia que llevar.

Para sorpresa de las Bronson, sus esfuerzos se vieron recompensados con un servicio mucho mejor del que estaban habituadas. Aunque a Paula seguía costándole dar órdenes a los sirvientes, estaba mejorando, y eso le daba seguridad.

El otro cambio significativo en la rutina doméstica fue la conducta del señor. Gradualmente, Holly se dio cuenta de que Zachary Bronson ya no iba y venia de Londres todas las noches en busca de diversión. Aunque no se atrevería a afirmar que se había reformado, Bronson sí parecía más sosegado y calmado, algo menos rudo y brusco. Las miradas mordaces y las discusiones provocativas se habían terminado. No había vuelto a intentar besarla ni a hacerle cumplidos que la desconcertaban. En las clases, Bronson era sobrio y respetuoso> y prestaba mucha atención. Se comportaba de forma impecable incluso en las clases de baile. Y, para su consternación, Holly encontraba mucho más atractivo el Bronson que aspiraba a caballero que al rufián. Holly estaba descubriendo muchas de las cosas que él ocultaba tras su fachada sardónica y cínica, y había empezado a admirarlo más de lo que nunca habría imaginado.

Bronson se desvivía por ayudar a los pobres, no sólo mediante donativos benéficos, sino dándoles la oportunidad de que se ayudaran a si mismos. A diferencia de otros hombres tan ricos como él, Bronson se identificaba con las clases bajas. Conocía sus necesidades y preocupaciones> y emprendía acciones para mejorar su situación. Con objeto de conseguir la aprobación de un proyecto de ley que acortaría la jornada laboral a diez horas diarias, Bronson había celebrado incontables reuniones con políticos e invertido grandes sumas en la financiación de sus causas favoritas. Había prohibido que en las fábricas de su propiedad trabajaran niños, y había creado ayudas para beneficiar a sus empleados, incluyendo las pensiones de viudedad y de vejez.

Otros patrones se habían negado a instaurar aquellas medidas en sus empresas, aduciendo que no tenían suficiente dinero para proporcionar esas ventajas a sus trabajadores Pero Bronson se estaba haciendo tan inmensamente rico que su éxito era el mejor argumento a favor de tratar a los empleados como personas y no como animales.

Bronson destinaba *sus* empresas a la importación o producción de artículos que mejoraban el nivel de vida del pueblo llano, poniendo productos como el jabón, el café, los caramelos, los tejidos y las vajillas al alcance de las masas. No obstante, las estrategias comerciales de Bronson se estaban ganando muchos más enemigos que admiradores entre sus competidores. Los aristócratas lo acusaban de querer borrar las fronteras entre las clases sociales y de intentar reducir la autoridad que les correspondía por derecho, y eran casi unánimes en desear su fracaso.

Para Holly era evidente que por muy refinado que se volviera Bronson, Jamás sería bien recibido en la buena sociedad, donde a duras penas lo tolerarían Sentiría muchísimo verlo casado con una heredera consentida que sólo lo valoraría por su dinero ylo despreciaría a sus espaldas. Ojalá hubiera alguna joven enérgica que compartiera sus intereses, que incluso dis-

frutara teniendo por esposo a un hombre de su inteligencia y vigor. Bronson tenía mucho que ofrecer a una esposa que supiera apreciar su valía. Sería un matrimonio único, vivaz, interesante y apasionado.

Holly habia pensado en presentárselo a una de sus tres hermanas solteras. Sería un buen matrimonio y no había duda de que el dinero le iría muy bien a su familia. Pero imaginarse a Zachary Bronson cortejando a una de sus hermanas le causaba una inquietud muy similar a los celos. Además, sus hermanas, dada su inocencia, no podrían manejarlo con facilidad. Había veces, incluso entonces, en las que Bronson se pasaba de la raya y necesitaba que lo hicieran entrar en vereda.

En el tema de los vestidos, por ejemplo.

El día en que Holly iba a llevar a Elizabeth y a Paula a su modista para encargarles vestidos un poco más elegantes de los que solían ponerse, Bronson le había hecho en privado una oferta sorprendente.

-Usted también debería hacerse algún vestido nuevo -dijo-. Estoy harto de verla con esa ropa que casi parece de luto: tonos grises, marrones, lavanda... Ya no es necesario. Encargue tantos como desee. Yo correré con los gastos.

Holly lo miró boquiabierta.

-No sólo se atreve a hacer un comentario negativo sobre mi aspecto, sino que también me insulta ofreciéndose a pagarme la ropa?

-No pretendía insultarla -respondió él con cautela.

-Sabe perfectamente que un caballero jamás le compraría ropa a una dama. Ni siquiera un par de guantes.

-Entonces, le sustraeré la cantidad necesaria de su salario. -Bronson le dedicó una halagadora sonrisa-. Una mujer como usted se merece llevar algo bonito. Me gustaría verla con un vestido verde jade o amarillo.

orojo. -La idea pareció avivar su imaginación cuando prosiguió-: No puedo imaginarme nada más bello en este mundo que usted con un vestido rojo.

Holly no se dejó influir por el cumplido.

-Tenga por seguro que no voy a encargar vestidos nuevos, y le agradecería que no volviera a mencionar el asunto. ¡Un vestido rojo! ¿Es usted consciente de cuánto se resentiría mi reputación?

-Ya está usted bastante desprestigiada -señaló él-. Así que, ¿por qué no intenta divertirse? -Aparentemente, disfrutaba viendo a Holly indignada.

-Señor, puede... puede...

-¿Irme al diablo? -sugirió él solícito.

Ella se aferro a la expresión con entusiasmo.

-Sí, ¡váyase al diablo!

Como debería haber supuesto Holly, Bronson no hizo caso de su negativa y a sus espaldas encargó una selección de vestidos nuevos para ella. Había sido facilísimo, porque la modista ya tenía sus medidas y conocía sus gustos.

El día en que llegaron las cajas, Holly se puso lívida al descubrir que un tercio eran para ella. Bronson le había encargado tantos vestidos como a su madre y su hermana, con guantes> zapatos y sombreros a juego.

-No voy a ponerme ninguno -declaró Holly, fulminando a Bronson con la mirada desde detrás de la torre de cajas-. Ha derrochado su dinero. No puede imaginarse lo enojada que estoy con usted, señor. No llevaré ni una sola cinta ni un solo botón de estas cajas, ¿lo comprende?-Riéndose de su enfado, Bronson se ofreció a quemarlas personalmente, si eso servía para devolverle el buen humor.

Holly consideró regalar las prendas a sus hermanas, que tenían una talla y una figura similar. No obstante, al ser solteras, estaban obligadas a vestir casi siempre de blanco. Aquéllos eran vestidos para una mujer mundana. Sólo en privado se había permitido Holly examinar las prendas, hermosas y vistosas, muy distintas de sus vestidos de luto o del estilo que había llevado cuando estaba con George. Los colores eran vivos, el corte llamativo y femenino, y eran muy favorecedores para una mujer con una figura torneada como la suya. Hábia un vestido verde jade de seda italiana, con mangas anchas fruncidas en los puños y adornadas con puntas triangulares que tapaban el dorso de la mano. Y otro vestido de paseo rosa oscuro de seda que hacía aguas, con un sombrero de ala ancha a juego adornado con encaje blanco. También un vestido de rayas de color lavanda para llevar por las mañanas, con mangas blancas almidonadas y una falda de volantes, y otro de gasa amarilla, con un bello bordado de rosas en las mangas y en la falda.

El peor de todos era el rojo de seda, un vestido de noche de tal simplicidad y elegancia que casi le rompió el corazón saber que jamás lo llevaría nadie. El corpiño, liso y sin adornos, tenía un atrevido escote, y las faldas, de un matiz rojo entre el color de las manzanas y el de un vino poco corriente, tenían una elegante caída. El único adorno del vestido era un fajín rojo de terciopelo con un ribete de seda. Era la prenda más bella que Holly habla visto jamás. Si el color hubiera sido más circunspecto, incluso algun azul oscuro, Holly habría aceptado el regalo, y al diablo con el decoro. No obstante, Bronson, fiel a sus principios, se habla asegurado de que fuera de un color que ella jamás llevaría. Lo hacía por la misma razón por la que le pedía platos de pasteles: le gustaba tentarla, y verla luchar desesperadamente con su conciencia.

«Pues bien, esta vez no.» Holly no se probo ni un solo vestido. En lugar de ello, le pidió a Maude que los guardara en el armario, para regalar~ los en el futuro, cuando se presentara la ocasión.

-Ya está, señor Bronson -musito Holly, girando la llave del armario con decisión-. Es posible que no siempre pueda resistirme a sus malditas tentaciones, pero en esto al menos, ¡lo he conseguido!

Holly llevaba casi cuatro meses residiendo con los Bronson y ya era hora de ver si sus clases habían dado algún fruto. Por fin, la noche del baile de los Plymouth había llegado. Serviría para presentar a Elizabeth en sociedad. También era la ocasión para que Zachary Bronson demostrara a la buena sociedad que se había convertido en una persona distinguida. Holly estaba orgullosa e ilusionada, y sospechaba que aquella noche muchas personas se sorprenderían gratamente con los Bronson.

Por sugerencia de Holly, Elizabeth lucía un vestido blanco adornado con bandas de seda de color rosa pálido. Llevaba una rosa natural del mismo color prendida en la cintura y otra sujeta en el cabello, que se había recogido en lo alto de la cabeza. La muchacha tenía un aspecto natural y elegante, y su figura esbelta y su considerable estatura le daban un aire regio. Aunque Zachary le había regalado muchas joyas, Holly examinó los valiosos diamantes, zafiros y esmeraldas y concluyó que eran demasiado serios y caros para una muchacha soltera. En lugar de ello, seleccioné una hermosa cadena de oro y una perla como colgante.

-Esto es todo lo que necesita -dijo Holly, poniéndole la cadena a Elizabeth-. Sea sencilla y natural, y guárdese las joyas caras para cuando sea una vieja como yo.

Elizabeth miró los reflejos de ambas en el espejo del tocador.

-Lo dice como si ya estuviera decrépita -dijo riéndose-. ¡Y esta noche está hermosísima!

-Gracias, Lizzie. -Holly le dio un apretón en el hombro y se volvió para mirar afectuosamente a Paula-. Ya que estamos haciéndonos cumplidos, señora Bronson, debo decir que tiene un aspecto magnifico esta noche.

Paula, que llevaba un vestido verde oscuro adornado con cuentas en el cuello y en las mangas, asintió y esbozó una sonrisa tensa. Se notaba a la legua que preferiría estar haciendo mil cosas antes que asistir a un baile.

-No sé si sabré estar a la altura -dijo Elizabeth con nerviosismo, mirándose en el espejo-. Estoy hecha un flan. Voy a dar algún terrible paso en falso y todo el mundo lo comentará. Por favor, lady Holly, dejémoslo por esta noche y volvamos a intentarlo en algún otro momento, cuando lleve más clases.

-A cuantos más bailes, fiestas y veladas asista, más fácil le resultará-respondió Holly con firmeza.

-No me sacará nadie a bailar. Todos saben lo que soy: una bastada. Oh, ¡maldito sea mi hermano por hacerme esto! Esta noche voy a ser la fea del baile. Este vestido me queda fatal. Debería estar pelando patatas en alguna parte, o barriendo alguna calle...

-Está preciosa, Lizzie -dijo Holly, abrazando a la muchacha mientras seguía mirándose en el espejo con preocupación, y tiene muy buenos modales, y su familia es muy rica. Créame, no será la fea del baile. Y ningún hombre que la vea esta noche pensará que debería estar pelando patatas.

Holly tuvo que emplearse a fondo para persuadir a las dos mujeres de que salieran de la habitación. Al fin, consiguió que bajaran la suntuosa escalera con ella. Al observarlas, se enorgulleció especialmente de la aparente serenidad que transmitía Elizabeth, a pesar de que por dentro estuviera hecha un flan.

Bronson las esperaba en el recibidor; el cabello oscuro le resplandecía bajo la abundante luz que proyectaban las arañas de cristal y el techo encofrado de plata. Aunque la combinación de blanco y negro del traje de etiqueta era muy favorecedora, a Zachary Bronson le hacía particular justicia. Su chaqueta negra, de una severa simplicidad, tenía un corte a la moda, con el cuello bajo, las mangas entalladas y solapas que llegaban casi hasta la cintura. Para el imponente físico de Zachary~ de hombros anchos y cintura estrecha, aquel estilo era inmensamente favorecedor. La estrecha corbata blanca y el chaleco blanco almidonado parecían níveos en contraste con su atezado rostro recién afeitado. Desde el cabello, perfectamente peinado, hasta la punta de sus lustrosos zapatos negros de piel, Zachary Bronson parecía todo un caballero. No obstante, tenía un aire gallardo, incluso peligroso. .Tal vez fuera el brillo irreverente de sus ojos negros, y su pícara sonrisa.

Primero posó la mirada en Elizabeth y sonrió con orgullo.

-Qué guapa estás, Lizzie -murmuro, tomándole la mano y dándole un beso en la sonrosada mejilla-. Estás más hermosa que nunca. Saldrás del baile dejando una estela de corazones rotos.

-Es más probable que deje una estela de dedos de los pies rotos -respondió Elizabeth con ironía-. Eso pasará si alguien es lo bastante tonto como para sacarme a bailar.

-Te sacarán -murmuré Zachary~ y le dio un apretón en la cintura para animarla. Miró a su madre y la alabo antes de fijarse en Holly.

Después de las rigurosas clases sobre buenos modales que le habla impartido, Holly esperaba un comentario cortés. Un caballero debería hacer siempre un cumplido a una dama en aquella situación, y Holly sabía que aquella vez se había esmerado. Se habla puesto su vestido favorito, una prenda de seda gris claro bastante escotada, adornada con cuentas de plata en el corpiño y las mangas, cortas y con un relleno de plumas que les daba volumen. Debajo de la falda llevaba una enagua muy almidonada. Holly incluso se había dejado convencer por la modista para llevar un ligero corsé que le quitaba casi cinco centímetros de cintura. Maude le había ayudado a peinarse a la última moda, con raya al medio y el cabello recogido en la nuca. Se lo había sujetado con horquillas y había dejado dos o tres mechones sueltos sobre el cuello, por detrás.

Sonriendo ligeramente, Holly observé el rostro inexpresivo de Bronson mientras la miraba de pies a cabeza. No obstante, no oyó el cumplido caballeroso que esperaba.

-¿Eso es lo que va a llevar? -le pregunté Zachary con brusquedad.

-¡Zach! -grito su madre horrorizada, mientras Elizabeth le daba un codazo en el costado en respuesta a su grosera pregunta.

Holly frunció el entrecejo desconcertada y sintió una mezcla de desilusión y enojo. ¡Aquel patán grosero e insolente! Hasta entonces, ningún hombre habia hecho ningún comentario peyorativo sobre su aspecto. Siempre se habla sentido orgullosa de su buen gusto, ¡cómo se atrevía él a insinuar que llevaba algo inadecuado!

-Vamos a un baile -respondió Holly con frialdad-, y esto es un vestido de noche. Sí, señor Bronson, esto es lo que pienso llevar.

Se desafiaron con la mirada, excluyendo tan claramente a las dos mujeres que Paula se llevo a Elizabeth a un rincón del recibidor con el pretexto de haber descubierto una mancha en el guante. Holly apenas se percato de que se alejaban. Hablo en un tono contenido que dejaba patente su desagrado.

-¿Qué es concretamente lo que encuentra mal, señor Bronson?

-Nada -musito él-. Si quiere demostrarle al mundo que sigue de luto por George, el vestido es perfecto.

Ofendida y extrañamente herida, Holly lo miro a los ojos.

-El vestido es totalmente adecuado para la ocasión. ¡Lo único que a usted le disgusta es que no sea uno de los que me compré! ¿Esperaba realmente que me pusiera alguno?

-Considerando que eran su única alternativa a ir de luto, o de medio luto, como diablos se llame, pensé que cabía esa posibilidad.

Jamás habían discutido así, no con tanta seriedad, de una forma que encendió el genio que Holly llevaba tanto tiempo sin mostrar como si hubieran prendido la mecha de un cartucho de dinamita. Siempre que debatían un tema, sus comentarios contenían humor, sarcasmo, incluso provocación, pero aquélla era la primera vez que Holly estaba realmente enfadada con él. George jamás le habría hablado con la contundencia y la brutalidad de Bronson... George jamás la habría criticado salvo en los términos más amables, y siempre con la mejores intenciones. Cegada por la ira, Holly no se detuvo a preguntarse por qué estaba comparando a Bronson con su esposo, o por qué sus opiniones tenían tanto poder sobre sus emociones.

-Este no es un vestido de luto -dijo irritada.. Se diría que no ha visto un vestido de color gris en su vida. Tal vez se ha pasado demasiado tiempo en los burdeles para saber lo que llevan las mujeres corrientes.

-Llámelo como quiera -respondió Bronson, sin levantar la voz pero con contundencia,reconozco el luto cuando lo veo.

-Bueno, si escojo llevar luto durante los próximos cincuenta años, ¡es mi problema, no el suyo!

Zachary se encogió de hombros sin inmutarse, un gesto vulgar que sabía que la indignaría todavía más.

-Sin duda, habrá muchos que la admirarán por pasearse vestida como un cuervo...

-Un cuervo -repitió Holly fuera de sí.

pero yo nunca he sido de los que admiran las muestras exageradas de dolor, sobre todo en público. Es bueno guardarse los sentimientos para uno. No obstante, si está tan necesitada de la compasión ajena...

-¡Es usted un cerdo! -espeto ella, más enfadada de lo que recordaba haber estado en su vida. ¿Cómo osaba acusarla de llevar luto únicamente para granjearse la compasión ajena? ¿Cómo osaba insinuar que su dolor por George no era sincero? La sangre se le subió a la cabeza, hasta que sintió que le ardía el rostro, ruborizada. Quería pegarle, hacerle daño, pero se dio cuenta de que, por alguna razón insondable, verla enojada lo complacía. La fría satisfacción que transmitía su mirada era inconfundi ble. Hacía unos instantes, ella se había sentido orgullosa de que pareciera todo un caballero; pero en ese momento casi lo odiaba.

-¿Y qué sabe usted del luto? -dijo Holly, con un temblor en la voz. Era incapaz de mirarlo mientras le hablaba. Usted jamás podría querer a nadie como yo quise a George, usted no sabe lo que es entregarse. Tal vez piense que eso lo hace superior. Pero a mí me da lástima.

Incapaz de tolerar su presencia ni un instante más, Holly se marcho a toda prisa, golpeando la enagua almidonada con las piernas. Sin hacer caso de las preguntas y las exclamaciones de Paula y Elizabeth, subió las escaleras con toda la rapidez que le permitían las faldas, sintiendo que los pulmones iban a estallarle.

Zachary se quedo clavado en su sitio, aturdido por aquella discusión tan absurda. No habla tenido intención de empezarla, había incluso sentido una oleada de placer al ver a Holly... hasta que se había fijado en que el vestido era gris. Gris como una sombra, un paño mortuorio arrojado por el recuerdo omnipresente de George. Habla sabido al instante que todos los momentos que Holly viviéra aquella noche quedarían empañados por el dolor de que su esposo no estuviera con ella, y Zachary sufriría lo indecible intentando alejarla del fantasma de George durante las próximas horas. El vestido gris plateado, aunque fuera bonito, lo había provocado como una capa tienta a un toro. ¿Por qué no podía tenerla sólo por una noche, sin que el dolor se interpusiera tan insistentemente entre los dos?

Y por eso habla hablado sin tapujos, incluso con crueldad, demasiado enojado y decepcionado como para medir sus palabras.

-Zachary, ¿por qué le has dicho eso? -le pregunté su madre.

-Te felicito -fue el sarcástico comentario de Elizabeth-. Sólo tú podías echarnos a perder la noche a todos en treinta segundos, Zach.

Los pocos sirvientes que hablan presenciado la escena se ocuparon de repente en tareas que nadie les había pedido, deseando a todas luces evitar que Zachary se desahogara con ellos. No obstante, a Bronson se le había pasado el enfado. En cuanto Holly se hubo marchado, lo había invadido una sensación extraña ~ desagradable. Intento identificarla, pues no se parecía a nada que hubiera sentido antes. Curiosamente se sentía peor en aquel momento que después de la peor paliza que había recibido siendo boxeador. Tenía un inmenso nudo de hielo en el estómago y el frío se le extendía hasta los dedos de las extremidades. De repente, tuvo miedo de que Holly lo odiara, de que jamás volviera a sonreírle ni a dejar que la tocara.

-Subiré a verla -dijo Paula en tono maternal y sereno-. Pero primero me gustaría que me dijeras qué os habéis dicho, Zachary...

-No -la interrumpió su hijo con suavidad. Alzó la mano, indicándole que no lo hiciera-. Iré yo. Le diré... -Guardando silencio, se dio cuenta de que era la primera vez en su vida que le avergonzaba enfrentarse a una mujer-. Diablos -dijo furioso. El, a quien jamás le había importado la opinión de nadie, se habia amilanado con las palabras de una simple mujer. Habría sido mejor que Holly lo hubiera insultado, le hubiera tirado algo, lo hubiera abofeteado. Eso podría haberlo soportado. Pero el quedo desdén de su voz serena lo había destrozado. Sólo quiero darle un par de minutos para que se calme antes de hablar con ella.

-Por la forma en que se ha ido -observé Elizabeth con acritud-, lady Holly tardará como mínimo tres días en poder volver a mirarte a la cara.

Antes de que Zachary pudiera responder con un comentario convenientemente sarcástico, Paula tomó del brazo a su hija y se la llevé al saloncito.

-*Ven,* Lizzie... Nos beberemos una copa de vino para relajarnos. Dios sabe que la necesitamos.

Suspirando, Elizabeth la siguió. Estaba tan enojada que se movía con la gracia de una dieciochoañera furiosa. Si no se hubiera sentido tan turbado, la escena lo habría hecho sonreír

a Bronson. Se dirigió a la biblioteca para tomarse una copa, se detuvo en el aparador y se sirvió. Tragándose el licor sin saborearlo, se puso otra copa. No obstante, el líquido no conseguía alejar el frío que le corroía las entrañas. La mente le bullía, barajando palabras, buscando una disculpa que lo enmendara todo otra vez. Podía decirle a Holly todo salvo la verdad: que tenía celos de George Taylor, que deseaba que dejara de llevar luto por su esposo; cuando era evidente que ella había dedicado el resto de su vida a su recuerdo. Dejando el vaso con un gemido, Zachary salió a desgana de la biblioteca. Los zapatos le pesaban como si tuvieran las suelas de plomo cuando subió las escaleras hacia las habitaciones de Holly.

Holly estaba tan impaciente por entrar en sus dependencias privadas y cerrar la puerta que estuvo a punto de dar un traspié. Pensando en Rose, que dormía plácidamente dos habitaciones más allá, intenté no dar un portazo. Se quedo muy quieta, abrazándose el cuerpo. En su mente resonaban todas las palabras que acababa de intercambiar con Zachary Bronson.

Lo peor era que él tenía parte de razón. Holly habla pensado que el vestido gris era ideal para la ocasión precisamente por la razón que él había sugerido. Era elegante y distinguido, pero en esencia no difería de las circunspectas prendas que ella había llevado durante el tercer año después de la muerte de George. Nadie podía sacarle ningún defecto, ni siquiera su propia conciencia atormentada. Incorporarse al mundo sin George la asustaba muchísimo, y ésa era la forma de recordarles a todos, incluso a sí misma, lo que en un tiempo habla tenido. No quería perder el último vestigio de su pasado con George. Ya había demasiados días en los que no pensaba en él. Demasiados momentos en los que sentía una atracción embriagadora por otro hombre, cuando en un tiempo había pensado que sólo George podría despertar sus sentidos. Se le estaba haciendo tremendamente fácil tomar decisiones por sí misma, sola, sin considerar antes lo que George habría aprobado. Y la independencia la asustaba tanto como la complacía.

Su forma de actuar en aquellos cuatro meses habla demostrado que ya no era la madre joven y protegida, ni la viuda virtuosa y circunspecta que la familia y los amigos habrían visto con buenos ojos. Se estaba convirtiendo en una mujer completamente distinta.

Absorta en sus pensamientos, Holly no advirtió la presencia de su doncella Maude hasta que ésta le habló.

-Señora, ¿le falta algo? ¿Un botón, o un fleco...?

-No, nada de eso. -Holly respiré hondo, intentando serenarse-. Parece que mi vestido gris no es del agrado del señor Bronson -le informó a la doncella-. Quiere que lleve algo que no parezca de luto.

-Se ha atrevido... -empezó a decir Maude sin salir de su asombro.

-Sí, se ha atrevido -dijo Holly con sarcasmo.

-Pero señora... no va a complacerlo, ¿verdad?

Holly se quitó los guantes, los tiró al suelo y se sacó los zapatos plateados. Aún sentía la furia palpitándole en las entrañas, y una excitación crispante que le resultaba desconocida.

-Voy a hacer que se le salgan los ojos de la cara -dijo con brusquedad-. Voy a hacer que se arrepienta de haberse atrevido a decir nada sobre mi atuendo.

Maude la miro con extrañeza, pues jamás habla visto la expresión de venganza que observaba en su rostro.

-Señora -aventuro con cautela-, no parece usted la misma de siempre.

Holly se dirigió al armario cerrado, giro la llavecita y lo abrió. Sacó el vestido rojo y lo sacudió enérgicamente, aireándolo brevemente.

-Deprisa, Maude -dijo, dándole la espalda e indicándole la hilera de botones que debía desabrochar. Ayúdame a quitármelo, deprisa.

-Pero.., pero... -Maude estaba atónita-. ¿Quiere llevar ese vestido? No he podido airearlo bien, ni plancharlo...

-Yo lo encuentro perfecto. -Holly inspeccionéolas ondas de seda roja que tenía en los brazos-. Pero me daría igual que fuera una inmensa bola de arrugas. Voy a llevar este maldito vestido.

Viendo su determinación, aunque sin duda no la aprobaba, Maude suspiro ruidosamente y empezó a desabrocharle el vestido gris. Cuando vieron que la camisola blanca de Holly sobresaldría por el generoso escote, ella se la quitó.

-¿Va a ir sin camisola? -grité Maude, atónita.

Aunque la doncella ya la había visto totalmente desnuda, Holly se ruborizó de la cabeza a los pies, hasta que incluso los pechos se le pusieron rosados.

-No tengo camisolas lo bastante escotadas para este vestido rojo.

-Intentó ponerse sola el vestido rojo, y Maude se apresuro a ayudarla. Cuando tuvo el vestido abrochado y el fajín rojo de terciopelo ceñido en la cintura, Holly se dirigió al espejo. Las tres lunas ovales con el marco de caoba le permitieron verse desde todos los ángulos. Holly se quedé atónita al verse vestida con aquel rojo tan vivo, que tanto contrastaba con la blancura de su piel. Jamás había llevado para George nada tan atrevido como aquello, un estilo que le dejaba al descubierto las níveas curvas de los senos y el tercio superior de la espalda. Las faldas se movían en una masa fluida y rizada a cada paso que daba, cada vez que respiraba. Se sentía vulnerable y expuesta, y al mismo tiempo extrañamente libre y ligera. Aquélla era la clase de vestido que había llevado en sus sueños prohibidos, cuando quería escapar al tedio de su vida cotidiana.

-En el último baile al que asistí -comento, estudiando su reflejo-, vi a mujeres que lucían vestidos mucho más atrevidos que éste. Algunas llevaban la espalda prácticamente al descubierto. Éste parece casi modesto en comparación.

-No es el corte, señora -respondió Maude-. Es el color. Sin dejar de mirarse en el espejo, Holly se dio cuenta de que el vestido era demasiado espectacular para necesitar más adornos. Se quito todas las joyas: la pulsera de diamantes que George le había regalado al nacer su hija, los pendientes, regalo de boda de sus padres, y los pasadores que le adornaban el moño. Todo salvo la sencilla alianza. Le entregó los objetos a la doncella.

-En el saloncito hay un centro de flores -dijo- y creo que tiene rosas rojas. ¿Puedes traerme una, Maude?

La doncella se detuvo antes de obedecer.

-Señora -dijo en voz baja-, casi no la reconozco.

Holly dejó de sonreír y respiro hondo.

-¿Es eso bueno o malo, Maude? ¿Qué habría dicho mi esposo si me hubiera visto así?

-Creo que al señor le habría encantado verla con ese vestido rojo-respondió Maude pensativa-. Era un hombre, al fin y al cabo.

11

Zachary llamó, sin mucha convicción, a la puerta de Holly con dos nudillos de la mano derecha. No oyó ningún ruido ni ninguna respuesta en el interior de la habitación. Suspirando, se preguntéosi tal vez se habría retirado a dormir. Era de esperar que no quisiera verlo aquella noche. Se reprendió en silencio, lamentando no haber sido capaz de mantener la boca cerrada. Aunque no era precisamente un hombre de salón, las mujeres se le daban bastante bien, y podría haber hecho algo mejor que criticar el aspecto de Holly. Probablemente ella estaría llorando en un rincón de la habitación, demasiado herida y furiosa como para siquiera contestar...

La puerta se abrió suavemente, dejando la mano de Zachary suspendida en el aire cuando se disponía a llamar de nuevo. Y allí estaba Holly, sola, enfundada en un vestido que parecía hecho de llamas líquidas.

Zachary se aferro al marco de la puerta para no caerse de espaldas. Recorrió a Holly con la mirada, absorbiendo todos los detalles con avidez: los enhiestos senos blancos, aprisionados bajo el corpiño rojo de seda..., el delicado ángulo de la clavícula; la suave curva del cuello, tan tentadora que le hizo la boca agua. El vestido rojo, de una simplicidad sorprendente~ era elegante pero provocativo. Las zonas de piel blanca que dejaba expuestas bastaron para amenazar su cordura. En su vida habla visto una mujer de una belleza tan deslumbrante y misteriosa como la de Holly. El hielo que tenía en el estómago se disolvió y lo invadió un ardiente deseo. Y como un recipiente de plástico que ha estado expuesto a un cambio radical de temperatura, su autocontrol amenazó con estallar.

La miró a los ojos, pardos y aterciopelados. Por una vez, no supo discernir su estado de ánimo. Parecía cálida, profundamente invitadora, pero cuando hablé, tenía la voz crispada.

-¿Da usted su aprobación, señor Bronson?

Incapaz de articular palabra, Zachary consiguió asentir con la cabeza. «Ella seguía enojada», penso él perplejo. El porqué de que se hubiera puesto el vestido rojo era un misterio. Tal vez había intuido que aquél era el peor castigo que ella podía concebir. La deseaba tanto que le dolía.., especialmente en una zona. Anhelaba tocarla, posar sus manos y su boca en aquella piel tan suave, hundir la nariz en el pequeño valle que se abría entre sus senos. Ojalá le permitiera adorarla, darle placer, de la forma en que él ansiaba.

Holly lo recorrió con la mirada y lo miró directamente a los ojos.

-Pase, por favor -dijo, indicándole que entrara en su habitación-. Se le ha revuelto el pelo. Se lo peinaré antes de salir.

Zachary obedeció con lentitud. Era la primera vez que lo invitaba a entrar en su habitación. Él sabía que no era correcto, que no era decoroso, pero aquella noche todo se había vuelto del revés. Mientras seguía su esbelta silueta enfundada en seda por la habitación perfumada, su cerebro reacciono lo bastante como para recordar que debía excusarse.

-Lady Holly... -Se le quebro la voz. Se aclaro la garganta y volvió a intentarlo-. Lo que le he dicho abajo... No debería... Siento...

-Naturalmente que debe sentirlo -asevero Holly. El tono era agrio, pero ya no estaba furiosa-. Ha sido arrogante y presuntuoso, aunque no sé por qué debería haberme sorprendido esa conducta, viniendo de usted.

Normalmente Zachary habría respondido a aquella reprimenda con un comentario guasón. En ese momento, no obstante, asintió humildemente. El roce de las faldas, el movimiento de las piernas bajo las capas de seda, lo embriagaba y confundía.

-Siéntese ahí, por favor -dijo Holly, señalando una pequeña silla junto al tocador. Llevaba en la mano un cepillo con la base de plata-. Es ústed demasiado alto para mí si se queda de pie.

Él obedeció de inmediato, aunque la frágil sillita se bamboleo y crujió bajo su peso. Por desgracia, le quedaron los ojos justo a la altura de los senos de Holly. Los cerró para no ver aquellos montes seductores, pero nada conseguía aquietar las atormentadoras imágenes que acudían a su mente. Sería tan fácil sujetarla por la cintura y enterrar la cabeza entre los suaves pechos. Empezó a sudar copiosamente~ como si volase de fiebre. Se consumía por ella. Cuando Holly habló, le pareció que el dulce sonido de su voz se le acumulaba en la nuca y en la entrepierna.

-Yo también siento una cosa -dijo Holly en voz baja-. Lo que le he dicho... que es incapaz de amar... Estaba equivocada. Sólo lo he dicho porque estaba molesta. No me cabe duda de que algún día perderá la cabeza por alguien, aunque no puedo imaginarme por quién.

«Por ti -pensó él sin poder evitar su deseo-. Por ti.» ¿Acaso no lo veía? ¿O creía que sólo despertaba su lujuria insaciable, que no era más especial para él que cualquier otra mujer?

En el silencio tenso que se había creado, Zachary abrió los ojos y vio a Holly abrir un frasco de cristal y ponerse unas gotas de un líquido transparente en la palma de la mano.

-¿Qué es? -preguntó.

-Fijador.

-No me gusta el fijador -musito él.

-Sí, ya lo sé. -Pareció que aquello la divertía. Se frotó las manos, distribuyéndose el fijador homogéneamente en los dedos y en las palmas-. Sólo le pondré un poco. Pero no puede asistir a una ocasión como ésta con el pelo cayéndole en la frente.

Resignado, Zachary se dejó hacer. Notó sus dedos húmedos en el cabello, frotándole suavemente el inflamado cuero cabelludo, extendiéndole el fijador por los rebeldes rizos negros.

-En su familia, tienen todos el mismo pelo -comento Holly en tono risueño-. Es muy rebelde. Hemos tenido que usar dos paquetes enteros de horquillas para que Elizabeth llevara el pelo presentable.

Atormentado por el placer exquisito que sentía, Zachary no pudo responder. Notar las manos de Holly en la cabeza, dándole un suave masaje con las yemas de los.dedos, era una verdadera tortura. Ella lo peino hacia atrás y el pelo permaneció milagrosamente en su sitio.

-Ya está -dijo Holly satisfecha-. Ahora parece usted todo un caballero.

-¿Se lo hizo alguna vez a él? -se oyó preguntar Zachary con voz pastosa-. ¿A George?

Holly se quedó callada. Cuando sus miradas se cruzaron, Zachary vio la sorpresa reflejada en sus cálidos ojos castaños. Luego, Holly sonrió débilmente.

-Bueno, no. No creo que George fuera jamás despeinado.

«Naturalmente», pensó Zachary. Entre las muchas virtudes de George, su pelo también había sido el de un caballero. Haciendo un esfuerzo, se levantó. Tenía el cuerpo dolorido y rígido, y se asegurode que llevaba la chaqueta abrochada para ocultar su patente excitación. Espero mientras Holly se lavaba las manos y se ponía un par de guantes de un blanco cegador, que le llegaban hasta los codos. Los tenía encantadores, ni huesudos ni puntiagudos, sólo ligeramente regordetes, perfectos para mordisquearlos.

Se preguntó si aquello era lo que hacían los hombres casados, si podían ver a sus esposas arreglándose antes de salir por la noche. La escena era acogedora e íntima, y el anhelo que sintió lo dejó vacío.

De repente, oyó que alguien sofocaba un grito. Mirando en la dirección de la que procedía el sonido, Zachary vio a la rubia doncella de Holly de pie en el umbral. Tenía los ojos azules redondos como platos. Se le había caído al suelo una exuberante rosa roja.

-Oh... yo no...

-Entra, Maude -dijo Holly con mucha calma, como si la presencia de Zachary en su habitación fuera algo que ocurría a diario.

Recobrándose, la doncella recogió la rosa y se la llevó a su señora. Hablaron durante unos instantes, y luego Maude prendió la fragante flor en el cabello castaño de su señora con mucha habilidad. Satisfecha con los resultados Holly se miró en el espejo, tocó ligeramente la rosa y luego se volvió hacia Zachary.

-¿Nos vamos, señor Bronson?

Él se sintió ala vez apenado y aliviado de dejar la habitación. Luchar contra los apasionados deseos que Holly despertaba en él era una batalla continua, sobre todo mientras notaba su mano enguantada en el brazo y oía el maldito roce de sus piernas contra la falda de seda. Ella no era una seductora profesional, y Zachary sabía que su experiencia con los hombres era limitada. Pero la deseaba más de lo que jamás había deseado a ninguna mujer. Si tenerla hubiera sido sólo cuestión de dinero, él le habría comprado países enteros.

Por desgracia, las cosas no eran tan sencillas. Él jamás podría ofrecerle la vida distinguida que ella se merecía y necesitaba, la clase de vida que había tenido con George. Si, por algún milagro, ella llegaba a aceptarlo, Zachary sabía que la decepcionaría una y otra vez, y ella acabaría odiándolo. Descubriría toda la aspereza de su carácter; lo encontraría cada vez más repulsivo. Hallaría excusas para que él no fuera a visitarla a la cama. Por muy bien que empezara la unión, el final sería catastrófico. Porque, como su madre había observado correctamente, uno no apareaba a un purasangre con un burro. Mejor dejarla en paz y fijarse en alguna otra que fuera mucho más apropiada que ella.

Ojalá pudiera.

Parando a Holly en mitad de la suntuosa escalera, Zachary descendió dos peldaños sin ella y se volvió para que estuvieran al mismo nivel.

-Señora -dijo con gravedad-, todo lo que he dicho sobre sus vestidos de luto... Lo siento. No tenía derecho a hacer esos comentarios.

-Guardó silencio y tragó incómodamente saliva-. ¿Me perdona? Holly lo estudió, esbozando una sonrisa.

-Aún no.

Lo miraba con burla, casi con coquetería, y Zachary se dio cuenta, repentinamente complacido, de que a ella le gustaba decir siempre la última palabra. Estaba tan coqueta y adorable que él tuvo que luchar con todas sus fuerzas para no tomarla en sus brazos y besarla hasta perder el sentido.

-Entonces, ¿cuál va a ser mi penitencia? -preguntó él en voz baja, y durante el instante más delicioso de su vida, los dos se miraron sonriendo.

-Se lo diré cuando piense en algo, señor Bronson. -Holly bajó hasta su peldaño y volvió a tomarlo del brazo.

Aunque no se lo dijo a nadie, Holly se sorprendió del inmenso interés que sus protegidos despertaron en el baile de los Plymouth. Le emocionaba el éxito que estaban teniendo y sobre todo que parecieran estar integrándose perfectamente. Al parecer, las clases de Holly los hacían sentirse más cómodos en aquel ambiente y la aristocracia estaba gratamente complacida.

-Ese señor Bronson -oyó que una viuda le comentaba a otra-, lo veo bastante más distinguido. Está prosperando~ pero hasta esta noche no creí que sus modales pudieran seguir el ritmo de sus progresos.

-No me estará diciendo que podría plantearse casarlo con su hija, ¿verdad? -fue la respuesta de su atónita interlocutora-. O sea, es bastante vulgar, después de todo.

-Naturalmente que si -le respondió la primera viuda con énfasis-. Es evidente que se está esmerando para aprender modales y los resultados son bastante gratos. Y aunque pueda ser un poco ordinario, su fortuna es extraordinaria.

-Cierto, cierto -corroborodistraídamente la segunda viuda. Observaron a Bronson por encima de sus abanicos, como soldados que acechan un objetivo militar.

Mientras Bronson se relacionaba con la gente, Holly se quedó con Elizabeth y Paula. Incluso antes de que hubiera comenzado el baile, a Elizabeth ya le habían presentado al menos una docena de jóvenes, todos los cuales parecían encontrarla lo bastante arrebatadora como para abordarla. Su carnet de baile, que llevaba sujeto a la muñeca con una cinta rosa en un estuche de plata tan fino como el papel, ya habría estado lleno si no fuera porque Holly le había aconsejado que se reservara algunos bailes.

-Querrá descansar de vez en cuando -le murmuro al oído- y, además, tal vez encuentre algún caballero con quien quiera repetir. Elizabeth había asentido obedientemente, dando la impresión de que la escena la aturdía un poco. El inmenso salón de lord y lady Plymouth acogía al menos trescientos invitados, y habla como mínimo doscientos más circulando por las habitaciones y galerías que lo rodeaban. La mansión se llamaba Plymouth Court y estaba construida alrededor de un espectacular patio de piedra y mármol lleno de árboles frutales y flores exóticas. Antiguamente había sido un castillo defensivo, y se había expandido progresivamente durante el último siglo hasta convertirse en una mansión grande y lujosa. En el salón, la luz que vertían las arañas de cristal colgadas del techo y el fuego de la gran chimenea de mármol se reflejaba en las paredes pintadas de color albaricoque. El brillo arrancaba impresionantes destellos a las joyas que llevaban los invitados, dignas del rescate de un rey. Los sillones y sofás, tapizados con seda estampada, acogían a viudas y a muchachas nerviosas, y habla grupos de amigos apoyados en la pared, adornada con tapices flamencos, deslucidos pero de un valor incalculable.

Holly percibió con agrado el olor típico de los bailes, único y familiar. Era una combinación de aromas donde predominaban el fuerte olor del suelo encerado y lavado con leche, y el perfume de las flores, mezclados con efluvios más tenues a colonia, sudor, fijador y velas de cera. Durante los tres años que había dejado de asistir a acontecimientos sociales como aquél, había olvidado aquel olor, pero esa noche le traía centenares de gratos recuerdoss obre ella y George.

-Todo parece irreal -le susurró Elizabeth, después de que otro caballero se hubiera presentado y le hubiera pedido si quería bailar con él-. El salón es tan hermoso... y todo el mundo me trata con amabilidad. Es increíble el montón de jóvenes arruinados que quieren echar mano a la fortuna de Zach.

-¿Cree que por eso quieren bailar y coquetear con usted? -le preguntó Holly con una sonrisa afectuosa-. ¿Por el dinero de su hermano?

~Naturalmente.

-Algunos de los caballeros que se han presentado no están en absoluto arruinados -le informó Holly-. Lord Wolrjche, por ejemplo> o el agradable señor Barkham. Los dos provienen de familias con fortunas considerables.

-Entonces, ¿por qué me han pedido un baile? -musité Elizabeth, perpleja.

-Tal vez porque es usted guapa, inteligente y enérgica -sugirió Holly, y se echó a reír cuando la joven puso los ojos en blanco en señal de incredulidad.

Se acercó otro hombre, esta vez un conocido. Era el primo de Holly, el señor Jason Somers, el arquitecto que visitaba a Zachary todas las semanas para consultarle acerca de los planos y los materiales de la casa solariega que habla proyectado. Durante sus visitas, Elizabeth a menudo asistía a las reuniones para dar su opinión sobre el trabajo de Somers sin que nadie se la pidiera, y él siempre respondía con el conveniente sarcasmo. Holly se divertía secretamente con sus encuentros, sospechando que sus riñas ocultaban una atracción mutua. Se preguntaba si Bronson habla llegado a la misma conclusión, pero aún no le había mencionado el tema.

Aunque Bronson parecía respetar y apreciar el talento de Somers, aún no habla hecho ningún comentario sobre el carácter del joven. ¿Era Jason Somers la clase de hombre que Bronson querría por cuñado? Holly no veía por qué no. Jason era apuesto, tenía talento y era de buena familia. No obstante, era un profesional y no estaba en posesión de una gran fortuna... aun. Necesitarla tiempo y muchos encargos de envergadura para reunir la fortuna que se merecía un hombre de su talla.

Jason saludó a Holly, Paula y Elizabeth con una cortés reverencia, pero se quedó mirando a la joven, que se había ruborizado. La chaqueta negra lo hacía extraordinariamente apuesto. El traje de etiqueta favorecía su figura espigada, y la luz de las arañas de cristal arrancaba destellos pardos y dorados a su cabello castaño. Aunque Jason no permitió que su mirada lo delatase, Holly vio el ligero rubor que le coloreo las mejillas y el puente de la nariz mientras miraba a Elizabeth. «Estaba fascinado con la muchacha», pensó Holly, y miró a Paula para ver si también ella se había dado cuenta.

Paula le devolvió la mirada con una leve sonrisa.

-Señorita Bronson -le dijo Jason a Elizabeth con un desenfado fingido-. ¿Está disfrutando de la velada?

Elizabeth manoseo el estuche plateado y fingió que se colocaba bien la cinta que llevaba en la cintura.

-Mucho, señor Somers.

Mirando la cabeza inclinada de Elizabeth, con el sedoso cabello moreno prendido con horquillas, Jason habló con cierta brusquedad.

-Pensé que debería dirigirme a usted antes de que hubiera concedido todos los bailes... ¿o es ya demasiado tarde?

-Mmmm... déjeme ver. -Elizabeth abrió el estuche de plata y consultó las diminutas páginas, alargando deliberadamente el momento. Holly reprimió una sonrisa, sabiendo que Elizabeth había seguido su consejo justo para una ocasión como aquélla-. Supongo que podría hacerle un hueco -dijo Elizabeth, frunciendo pensativamente los labios-. ¿El segundo vals, tal vez?

-El segundo vals -dijo él-. Me interesará descubrir si bailar se le da mejor que la arquitectura.

Elizabeth respondió a su comentario sarcástico mirando a Holly y abriendo mucho los ojos para simular perplejidad.

-¿Cree que pretende ser ingenioso, señora? -le preguntó~. ¿O acaso se lo está reservando para luego?

-Creo -dijo Holly, riéndose suavemente, que el señor Somers esta intentando provocarla.

-Sí. -Elizabeth se dirigió a Jason-. ¿Suele atraer a muchas jóvenes con esa técnica, señor Somers?

-No estoy intentando atraer a tantas -dijo él con una repentina sonrisa-. Sólo a una, de hecho.

Sonriendo, Holly intuyó que Elizabeth se estaba preguntando si era a ella a quien él deseaba atraer.

Jason se dirigió a Paula y le preguntó si deseaba que le trajera algún refrigerio. Cuando ella rechazó su ofrecimiento con una tímida sonrisa, Jason volvió a mirar a Elizabeth.

-Señorita Bronson, ¿puedo acompañarla a la mesa de los refrigerios para tomar una copa de ponche antes de que comience el baile?

Elizabeth asintió, y Holly vio que el pulso le latía en la garganta cuando Jason la tomó por el brazo.

Cuando se alejaron, Holly pensó que hacían una pareja extraordinaria, los dos eran atractivos, altos y esbeltos. Era posible que Jason, con su energía juvenil y su hombría, fuera el hombre perfecto para Elizabeth. La muchacha necesitaba que la cortejaran, la hechizaran y la hicieran volar. Necesitaba a alguien que la despoj ata del cinismo y la inseguridad que la hacían sentirse indigna del amor de un hombre.

-Mírelos -murmuro Holly a Paula-. Una pareja apuesta, ¿no?

Paula se mostró preocupada y esperanzada a la vez.

-Señora, ¿cree que un hombre tan elegante como él querría casarse con una muchacha como Lizzie?

-Tengo la esperanza, la certeza, de que cualquier hombre en su sano juicio querría a alguien tan especial como Elizabeth. Y mi primo no es tonto.

Lady Plymouth, una mujer alegre y rubicunda, se acercó a ellas hablándoles con entusiasmo.

-Mi querida señora Bronson -dijo, tomando las manos de Paula entre las suyas y apretándoselas afectuosamente-. No es mi deseo privar a lady Holland de su compañía, pero debo raptarla durante un ratito. Tengo algunas amigas que querría presentarle, y luego, naturalmente, debemos visitar la mesa de los refrigerios. Estas ocasiones son muy fatigosas si no se come como es debido.

-Lady Holland -dijo Paula, mirándola encima del hombro mientras se la llevaba-, si no le importa...

-Vaya -la urgió Holly con una sonrisa-. Cuidaré de Elizabeth cuando regrese. -Sintió una inmensa gratitud hacia lady Plymouth, pues le había pedido en privado que presentara a Paula a unas cuantas damas que probablemente aceptarían conocerla. «La señora Bronson es muy tímida -le había confiado a lady Plymouth-, pero es la mujer más afable del mundo, con un sentido común y una buena voluntad infinitos... Si pudiera tomarla bajo su protección y prestantarle a alguien.» Aparentemente su súplica había conmovido a lady Plymouth. Por otra parte, recibir la gratitud de un hombre como Zachary Bronson por haber sido amable con su madre no era nada que no le conviniera.

Al ver que Holly estaba sola, al menos tres hombres se acercaron a ella desde tres puntos distintos del salón. A Holly no le había pasado inadvertido que su vestido rojo vino atraía más atención de la que ella había recibido en su vida.

-No, gracias -dijo repetidamente cuando varios hombres le pidieron que les concediera un baile. Les enseñé la muñeca para demostrarles que no llevaba carnet de baile-. Esta noche no bailo... Gracias por pedirmelo... Es un verdadero honor, pero no... -Pero los hombres no se marchaban, por muy firme que fuera su negativa. Aparecieron dos más, llevándole copas de ponche para que saciara su sed, y llegó otro con un plato de pequeños sándwiches para tentar su apetito. Sus intentos de captar la atención de Holly fueron en rápido aumento, hasta que empezaron a darse codazos y empujones por estar cerca de ella.

Holly, a quien tanta atención le había sorprendido, empezó a sentirse ligeramente alarmada. Jamás la habían acosado así. Cuando era joven e iba vestida de blanco, sus damas de compañía habían supervisado cuidadosamente todos sus contactos con miembros del sexo opuesto y, desde que se casó, habla estado protegida por su esposo. Sin embargo, su aparición luciendo ese vestido rojo, y, sin duda, los rumores e insinuaciones sobre su presencia en casa de los Bronson, se hablan combinado para suscitar gran interés entre el sector masculino.

Sólo un hombre podría haberse abierto paso entre la multitud. De repente, Holly vio a Zachary Bronson avanzando a codazos; con un tamaño y una seriedad imponentes, y un poco irritado. Fue sólo entonces, al ver a Bronson entre tantos hombres, cuando Holly se dio cuenta de que podía intimidarlos por la mera virtud de su tamaño. Sintió un escalofrío, inapropiado pero delicioso, cuando él la tomó posesivamente del brazo y fulminocon la mirada a la horda que los rodeaba.

-Señora -dijo con brusquedad, sin dejar de mirar al grupo-. ¿Puedo hablar un momento con usted?

-Sl, desde luego. -Holly suspiro liviada cuando se la llevó a un rincón relativamente privado.

-Chacales -musité Bronson-. Y la gente dice que yo no soy un caballero. Al menos, yo no jadeo ni babeo por una mujer en público.

-Me consta que está exagerando, señor Bronson. Casi no he visto a nadie babeando.

-Y la forma en que la miraba ese Harrowby -continuó Bronson irritado-. Ese cerdo debe de haberse torcido el cuello intentando mirarle por el escote.

-Su vocabulario, señor Bronson -lo reprendió Holly, aunque tuvo que contenerse para no reír. ¿Era posible que estuviera celoso? Sabía que aquel pensamiento no debería complacerla-. Y no necesito recordarle que llevo este vestido por su culpa.

En el piso de arriba, los músicos empezaron a tocar y el aire se inundode una música alegre y vivaz.

-El baile va a empezar enseguida -dijo Holly, adoptando un aire profesional-. ¿Tiene algún baile apalabrado con alguna señorita?

-Aún no.

-Bueno, debe ponerse manos a la obra de inmediato. Le sugeriré unas cuantas muchachas que merecen la pena: la señorita Eugenia Clayton, por ejemplo, y desde luego, lady Jane Kirby, y esa joven, lady Georgiana Brenton. Su padre es duque.

-¿Acaso necesito a un tercero para presentarme? -le preguntó Bronson.

-En un baile público, sí. Pero éste es un baile privado, y el hecho de que lo hayan invitado es prueba suficiente de su respetabilidad. Recuerde que su conversación no debe ser ni muy seria ni muy trivial. Hable de arte, por ejemplo, o de sus periódicos favoritos.

-No leo los periódicos.

-Entonces hable sobre personas eminentes que admira, o tendencias sociales que encuentra interesantes... Oh, usted sabe perfectamente cómo llevar una conversación. Lo hace continuamente conmigo.

-Eso es distinto -musitoBronson, mirando con una alarma apenas disimulada los rebaños de vírgenes vestidas de blanco que llenaban la sala-. Usted es una mujer.

Holly se rió súbitamente.

-¿Y qué son esas criaturas sino mujeres?

-Que me aspen si lo sé.

-Modere su vocabulario -dijo ella-. Y no diga ninguna indelicadeza a esas muchachas. Venga, vaya a bailar con alguna. Y no olvide que un auténtico caballero se acercaría a las pobres muchachas que están sentadas en lugar de dirigirse directamente a las que tienen más éxito.

Mirando la hilera de pánfilas desconsoladas, Zachairy suspiro. No alcanzaba a explicarse por qué en algún momento le había parecido buena idea casarse con alguna jovencita sin formar y moldearla a su gusto. Había querido un trofeo, una yegua de alta cuna para aportar prestigio a su linaje plebeyo. Pero la perspectiva de pasarse el resto de su vida con una de aquellas muchachas de buena familia no le atraía en absoluto.

-Parecen todas iguales -musité.

-Bueno, pues no lo son -le reprendió Holly-. Me acuerdo perfectamente de cómo me sentía yo en mi puesta de largo, y es aterrador. No tenía ni idea de la clase de esposo con la que terminaría. -Guardé silencio y le tocó ligeramente el brazo-. Aquélla, ¿la ve? ¿La muchacha sentada al final de la fila? ¿La atractiva, con el pelo castaño y el ribete azul en el vestido? Es la señorita Alice Warner. Conozco bien a su familia. Si se parece en algo a sus hermanas mayores, será una pareja deliciosa.

-Entonces, ¿por qué está sola? -le preguntó Zachary ominosamente.

-Tiene media docena de hermanas, y la familia casi no puede ofrecer dote por ella. Eso disuade a muchos jóvenes emprendedores.., pero a usted le da igual. -Holly le dio un empujoncito-. Vaya a sacarla a bailar.-no se dejó persuadir.

-¿Qué hará usted?

-Veo que están acompañando a su hermana a la sala de los refrigerios y creo que su madre también se dirige allí. Es posible que me una a ellas. Ahora, váyase.

Zachary la miró con ironía y se marchó como un gato que sale de caza sólo porque le insisten.

Cuando se hizo evidente que Holly volvía a estar sola, varios hombres se dirigieron hacia ella. Viendo que pronto volverían a acosarla, opté por una retirada estratégica. Fingiendo que no veia a ninguno de los hombres que se le acercaban, se dirigió a la entrada del salón, esperando hallar refugio en una de las galerías o saloncitos que lo rodeaban. Estaba demasiado concentrada en huir como para advertir la gran silueta que se cruzó en su camino. Súbitamente, se dio de bruces con el sólido cuerpo de un hombre. Sofocó un grito, sobresaltada. Un par de manos enguantadas la sujetaron por los hombros, haciéndole recobrar su precario equilibrio.

-Lo siento muchísimo -se apresuré a decir Holly, alzando la vista para ver al hombre que tenía delante-. Tenía un poco de prisa. Perdóneme. Deberla haber... -Pero se quedé sin habla, aturdida al ver con quién había chocado-. Vardon -susurré.

Ver a Vardon, lord Blake, conde de Ravenhill, basto para traerle embriagadores recuerdos a la memoria. Durante unos instantes, se le hizo un nudo en la garganta que no le permitió hablar ni respirar. Habían pasado tres años desde la última vez que lo había visto, en el funeral de George. Parecía mayor, mas serio, y tenía patas de gallo antes inexistentes. Pero era mas apuesto, si cabe, porque la madurez lo habla curtido.

Llevaba el pelo rubio cortado de la misma forma, y los ojos grises eran exactamente como los recordaba, fríos e incisivos hasta que sonreía. Entonces, tenía la mirada cálida y plateada.

-Lady Holland -dijo él en voz baja.

Un millar de recuerdos los unía. ¿Cuántas ociosas tardes de verano habían pasado juntos los tres, a cuántas fiestas y veladas musicales hablan asistido? Holly recordaba cómo George y ella habían bromeado con él sobre la clase de muchacha con la que debía casarse... o a George y a Vardon asistiendo a combates de boxeo y luego volviendo a casa borrachos como cubas... o la funesta noche en que ella le habla dicho a Vardon que George había contraído fiebres tifoideas. Vardon habla sido un gran apoyo para Holly durante toda la enfermedad de George y en el momento de su muerte. Los dos hombres habían sido como hermanos y, por ello, Holly consideraba a Vardon como a un miembro mis de la familia. Al verlo de esa forma, tras su larga ausencia, tuvo la sensación de que George estaba aún vivo. Casi esperaba

que apareciera detrás de él, con un chiste en los labios y una sonrisa radiante. Pero George no estaba allí, naturalmente. Sólo quedaban ella y Vardon.

-La única razón por la que he venido aquí esta noche es porque lady Plymouth me dijo que vendrías -dijo Ravenhill en voz baja.

-Hace tanto tiempo... -Holly se calló, la mente se le quedó en blanco mientras lo contemplaba. Ansiaba hablar con él sobre George, y sobre lo que habla sido de ellos dos durante los últimos años.

Ravenhill sonrió. Los dientes blancos contrastaron con su tez dorada.

-Ven conmigo. Holly lo tomó por el brazo con naturalidad, y anduvo sin pensar, sintiéndose como si se hallara en un súeño. Sin articular palabra, Ravenhill la sacó del salón, atravesaron el recibidor y salieron por una larga hilera de cristaleras. La guié hasta el patio central de la casa, donde el aire estaba impregnado con la fragancia de las frutas y las flores. Afuera, lámparas de hierro forjado proyectaban luz en la espesura e iluminaban el cielo, volviéndolo del mismo color que las ciruelas negras. Para tener cierta intimidad, se dirigieron al fondo del patio, que daba a un gran jardín ubicado en la parte trasera de la casa. Hallaron un círculo de banquitos de piedra semiocttlto por una hilera de setos y se sentaron juntos.

Holly miró el rostro en sombra de Ravenhjll con una sonrisa vacilante. Presentía que él se sentía igual que ella, extraño pero impaciente, dos viejos amigos deseosos por renovar su amistad. Lo sentía tan cerca, tan *fa*miliar, que tuvo el fuerte impulso de abrazarlo, pero algo la detuvo. La expresión de Ravenhjll ocultaba algo que parecía causarle malestar.., inquietud... vergüenza. Fue a tomarle la mano enguantada, pero se contuvo y, en lugar de ello, apoyo las palmas de las manos en las rodillas.

-Holland -murmuré, recorriéndola con la mirada-. Estás más bella que nunca.

Ella también estudié a Ravenhill, sorprendida por lo mucho que hablan madurado sus facciones. El dolor que la vida a veces se reserva para quienes no sospechan que van a sufrirlo había dejado un poso amargo en su apostura juvenil. Aparentemente, ya no poseía la infinita confianza en sí mismo que su educación privilegiada le habla proporcionado y, extrañamente, eso lo hacía aún más atractivo.

-¿Cómo está Rose? -le preguntó Ravenhill en voz baja.

-Feliz, guapa, inteligente... Ooh, Vardon, ¡cómo me gustaría que George pudiera verla!

Ravenhill pareció incapaz de contestar y se quedé mirando algún punto distante del jardín. Debía de molestarle la garganta, porque tragó saliva varias veces.

-Vardon -pregunté Holly después de un largo silencio-, ¿aún piensas a menudo en George?

El asintió y sonrió con cierta ironía.

-El tiempo no me ha ayudado ni mucho menos tanto como todos me decían. Sí, diablos, pienso en él con demasiada frecuencia. Hasta que George murió, yo no había perdido a nadie ni nada que me importara. Holly lo comprendía perfectamente. Para ella la vida también había sido casi perfecta. De joven, no había experimentado el dolor ni la pérdida, y no le cabía duda de que las cosas serían siempre maravillosas. En su inmadurez, jamás se había planteado que pudiera perder a alguien a quien amaba.

-Desde que éramos dos muchachos, todo el mundo pensaba que George era el bromista y yo el responsable -dijo Ravenhill-. Pero eso era sólo lo que se apreciaba a primera vista. En realidad, George era el puntal. Tenía un gran sentido del honor, más integridad que nadie. Mi padre fue un borracho y un hipócrita~ y tú sabes que no tengo a mis hermanos en muy alto concepto. Y en la escuela sólo hice amistad con petimetres y sinvergüenzas. George era el único hombre al que he admirado realmente.

Embargada por la melancolía, Holly le tomó la mano y se la apreté con fuerza.

-Sí -susurré, sonriendo con orgullo y ternura-. Era un buen hombre.

-Cuando murió -dijo Ravenhill-, estuve a punto de derrumbarme. Habría hecho cualquier cosa para aplacar el dolor, pero nada surtía efecto. -Hizo una mueca de desprecio-. Empecé a beber. Y seguí haciéndolo. Toqué fondo, y me marché al continente para pasar algún tiempo a solas y aclararme las ideas. En lugar de ello, hice incluso cosas peores. Cosas que jamás me habría imaginado capaz de hacer. Si me hubieras visto durante estos últimos tres años, Holland, no me habrías reconocido. Y, cuanto más tiempo llevaba fuera, más me avergonzaba presentarme ante ti. Te abandoné, después de lo que le había prometido a George...

Holly le tocó súbitamente los labios con las yemas de los dedos, acallando sus lamentos.

-No habrías podido hacer nada. Necesitaba estar sola para llorar la muerte de George. -Lo miré compasiva, apenas capaz de imaginarlo comportándose de formas indecorosas y poco honorables. Ravenhill había sido siempre moderado. Nunca habla sido un borracho ni un mujeriego, jamás habla jugado ni peleado~ ni cometido ningún exceso. Holly no podía ni imaginarse lo que habría estado haciendo durante su larga ausencia de Inglaterra, pero no le importaba.

Se le ocurrió que debía de haber muchas formas distintas de llorar una muerte. Mientras que ella se habla encerrado en su pena, era posible que el dolor por la muerte de George hubiera trastocado a Ravenhill durante un tiempo. Lo importante era que había vuelto a casa y ella se alegraba inmensamente de volverlo a ver.

-¿Por qué no has venido a visitarme? -preguntó Holly-. No tenía ni idea de que hubieras regresado del continente.

Ravenhjll le sonrió con cinismo.

-Hasta ahora no he mantenido ninguna de las promesas que le hice a mi mejor amigo en el lecho de muerte. Y si no empiezo a cumplirlas, no podré soportarme durante más tiempo. Pensé que la mejor forma de comenzar sería pidiéndote perdón.

-No hay nada que perdonar -dijo Holly con sencillez. Ravenhill sonrió y sacudió la cabeza.

-Sigues siendo toda una dama, ¿no?

-Tal vez no tanto como antes -respondió Holly con cierta ironía. Ravenhill la miré atentamente.

-Holland, me he enterado de que trabajas para Zachary Bronson.

-Sí, soy la instructora social del señor Bronson y su encantadora familia.

-Es por culpa mía. -Aparentemente Ravenhill no recibió la noticia con el mismo entusiasmo que se la contaba ella-. Jamás habrías tenido que llegar a esos extremos si yo hubiera estado aquí para cumplir mis promesas.

-No, Vardon -se apresuré a decir Holly-. Es una experiencia verdaderamente gratificante. -Intentó buscar las palabras adecuadas, preguntándose cómo diantres iba a explicarle su relación con la familia Bronson-. Conocer a los Bronson me ha ido bien. Ha sido positivo para mí de una forma que no es fácil de explicar.

-Tú no tendrías que trabajar -observó Ravenhill en voz baja-. Ya sabes lo que habría opinado George.

-Sé perfectamente lo que George quería para mi -corroboré ella-. Pero, Vardon...

-Tenemos que hablar de algunas cosas, Holland. Ahora no es el momento ni el lugar, pero hay algo que debo preguntarte. La promesa que ese día le hicimos a George... ¿sigue siendo una posiblidad para ti?

Al principio, Holly se quedó sin respiración. Sintió vértigo y tuvo la sensación de que el destino la arrastraba irremisiblemente. Y aquello le produjo una extraña mezcla de alivio y

embotamiento, como si todo lo que tuviera que hacer fuera aceptar una situación sobre la que no ejercía ningún control.

-Si-dijo en voz baja-. Claro que sigue siendo una posibilidad. Pero si quieres liberarte de esa responsabilidad...

-Entonces sabía lo que hacía. -Ravenhill la miró resoluto-. Ahora sé lo que quiero.

Se quedaron sumidos en un silencio que no requería palabras, transidos por el dolor y el remordimiento. En su mundo, la felicidad no se buscaba porque si, sino que se recibía, a veces, como recompensa a un comportamiento honroso. A menudo, cumplir con el deber traía dolor e infelicidad, pero siempre quedaba el consuelo de haber vivido íntegramente.

-Entonces, hablaremos de ello más adelante -musité finalmente Holly-. Ven a visitarme a casa de los Bronson, silo deseas.

-¿Te acompaño al salón de baile?

Holly se apresuré a negar con la cabeza.

-Si no te importa, me quedaré. Quiero estar sola y meditar unos instantes. -Viendo que Vernon no estaba de acuerdo, se lo suplicó con una sonrisa-. Te prometo que nadie me abordará en tu ausencia. Estoy a un tiro de piedra de la casa. Por favor, Vardon...

Él asintió de mala gana y le tomó la mano, besándole el dorso del guante. Cuando Ravenhill se hubo marchado, Holly suspiré hondo y se preguntó por qué razón se sentía tan confusa e infeliz cuando pensaba en cumplir la promesa que le había hecho a George en su lecho de muerte.

-Querido -susurré, cerrando los ojos-, tú siempre supiste lo que era apropiado para mi. Confío en ti ahora tanto como lo hacia antes, y comprendo que lo que nos pediste es razonable. Pero si pudieras darme una señal de que aún es eso lo que quieres, pasaría de buen grado el resto de mi vida como tú deseabas. No deberla verlo como un sacrificio, lo sé, pero...

Una voz irritada la sacó bruscamente de sus reflexiones.

-¿Qué diablos está haciendo usted aquí?

Zachary, cuya hombría era incuestionable, poseía un arraigado espíritu de competición y aquélla no era la primera vez que sentía celos. Pero nunca habla experimentado nada igual. Aquella mezcla de ira y alarma que le desgarraba las entrañas. No era un estúpido; habla visto la forma en que Holly miraba a Ravenhill en el baile y lo habla comprendido todo al instante. Estaban cortados por el mismo patrón y compartían un pasado del que él no formaba parte. Habla lazos entre ellos, recuerdos, e incluso mas, la tranquilidad de saber exactamente qué esperar del otro. De repente, Zachary odiaba a Ravenhjll con una intensidad que rayaba en el miedo. Rayenhill era todo lo que no era él... todo lo que no podría ser jamás.

Ojalá vivieran en una época más primaria, un período de la historia en el que la mera fuerza bruta bastara para dominarlo todo y un hombre pudiera tener lo que quisiera únicamente tomándolo. En realidad, de allí provenían casi todos aquellos malditos aristócratas. Eran los descendientes debilitados y endog~micos de los guerreros, que habían adquirido una posición luchando y derramando sangre. Generaciones de privilegios y facilidades los hablan amansado, ablandado y refinado. Siglos después, aquellos aristócratas consentidos podían permitirse mirar por encima del hombro a un hombre que probablemente se parecía más que ellos a sus venerados antepasados.

«Aquél era su problema», pensó Zachary. Había nacido con varios siglos de retraso. En lugar de tener que hacerse pacientemente un sitio en una sociedad que estaba demasiado adulterada para él, habría podido dominar.., luchar.., conquistar.

Cuando Zachary vio a Holly salir del salón de baile, tomando a Ravenhdel brazo, había tenido que hacer acopio de todas sus fuerzas para no perder los estribos. El impulso de tomar a Holly en sus brazos y llevársela como un bárbaro casi lo habla asustado.

Durante unos instantes, la parte racional de su cerebro le había ordenado que la dejara marchar sin intentar retenerla. Ella jamás había sido suya, ni lo sería. Que fuera Holly quien tomara personalmente las decisiones correctas, las decisiones cómodas. Que pudiera hallar la paz que se merecía.

«Por nada del mundo», había pensado con furia. Había seguido a la pareja, atento como un tigre al acecho, sin permitir que nada se interpusiera en su camino. Y, finalmente, habla encontrado a Holly sentada sola en el jardín, ensimismada y soñadora. Quiso zarandearla hasta que el pelo se le soltara y los dientes le castañetearan.

-¿Qué pasa? -le preguntó-.. Deberla estar allanándole el camino a Lizzie y diciéndome con qué muchachas debo bailar y, en lugar de ello, la encuentro en el jardín mirando a Ravenhill con ojos de cordero.

-Yo no he puesto ojos de cordero -dijo Holly indignada-. Estábanios recordando cosas sobre George, y... Oh, debería ir a ver cómo está Elizabeth...

-Todavía no. Primero quiero una explicación sobre qué hay entre usted y Ravenhill.

Holly lo miró consternada.

-Es complicado.

-Use palabras comprensibles -sugirió él con sarcasmo- y yo intentaré seguirla.

-Preferiría dejarlo para otro momento...

-Ahora. -Zachary la sujeto por løs codos cuando ella intentó levantatse del banco y la miró a la cara iluminada por la luz de la luna, echando fuego por los ojos.

-No tiene por qué molestarse. -Holly reprimió un grito por la tosquedad con que la sujetaba.

-No estoy molesto, estoy... -Dándose cuenta de que la sujetaba con demasiada fuerza, Zachary la solté con brusquedad-. Dígame de qué diablos estaban hablando Ravenhill y usted, maldita sea.

Aunque era imposible que Zachary le hubiera hecho daño, Holly se frotó los codos con ambas manos.

-Bueno, tiene que ver con una promesa que hice mucho antes de que usted y yo nos conociéramos.

-Siga -musité él cuando ella guardé silencio.

-El día en que murió, George expresé sus temores sobre lo que iba a suceder~ps a Rose y a mí. Sabía que no nos dejaba mucho para vivir, y aunque su familia le aseguré que se ocuparla de nosotras, eso le preocupaba terriblemente. Nada de lo que yo dijera podía reconfortarlo. Decía continuamente que Rose necesitaba un padre que la protegiera y que yo... oh, Dios mío... -Temblando ante el víyjdo recuerdo, Holly volvió a sentarse en el banco y pugné por contener el llanto. Bajando la cabeza, usó las puntas de los guantes para secarselas lágrimas.

Zachary maldijo entre dientes y buscó un pañuelo en los inmumerabIes bolsillos interiores de su chaqueta. Encontró s~ reloj de bolsillo, sus guantes de recambio, fajos de billetes, una pitillera de oro y un lápiz, pero el pañuelo se le resistía. Holly debió de darse cuenta, porque de repente se eché a reír.

-Le dije que trajera pañuelo -dijo.

-No sé dónde he puesto el maldito pañuelo. -Le dio uno de sus guantes de recambio. Aunque ella no lo había invitado a sentarse a su lado, Zachary se sentó a horcajadas en el ban-

co y se quedó mirándole la cabeza baja-. Venga -dijo con aspereza-. Cuénteme lo que dijo George.

Holly suspiré hondamente.

-Él tenía miedo de lo que fuera a ocurrirme... Temía que sin un esposo me sintiera sola, que necesitara la guía y el afecto de un hombre... Tenía miedo de que tomara decisiones equivocadas, y de que otros se aprovecharan de mí. Y por eso preguntó por Vardon... mm, Ravenhill. Confiaba en él más que en nadie en el mundo, y tenía fe en su buen juicio y sentido del honor. Aunque Ravenhill pueda parecer un poco frío a primera vista, es un hombre amable, muy justo y generoso...

-Deje de ponerme a Ravenhill por las nubes. -Zachary volvió a sentir la tenaza de los celos-. Digame simplemente qué es lo que quería George.

-Él... -Holly respiré hondo y espiré el aire bruscamente, como si le costara articular las palabras-. Nos pidió que nos casáramos cuando él se hubiera ido.

Los dos guardaron silencio mientras Zachary se preguntaba furiosamente si había oído bien. Holly se negaba a mirarlo.

-Yo no quería que Ravenhill viera lo nuestro como una imposición-susurré Holly al fin-. Pero él me aseguré que el matrimonio era sensato, y que él lo deseaba. Que serviría para honrar el recuerdo de George, y, al mismo tiempo, asegurar un buen porvenir para los tres... Rose, él y yo.

-Jamás había oído semejante disparate -bramo Zachary, modificando rápidamente su opinión de George Taylor-. Evidentemente los dos recobraron el sentido común y rompieron el acuerdo.

-Bueno, no lo hemos roto exactamente.

-¿Qué? -Incapaz de contenerse, Zachary le asió la mandíbula con una mano y la obligó a subir la cabeza para verle la cara. Las lágrimas se le habían secado, dejándole las mejillas húmedas y ruborizadas y los ojos brillantes-. ¿Qué quiere decir con que no lo han roto? No me diga que tienen la absurda intención de seguir adelante.

-Señor Bronson... -Holly se zafé de él molesta, aparentemente sorprendida de su reacción. Le devolvió el guante húmedo, que él se metió en el bolsillo-. Regresemos al baile, y hablaremos de este asunto en un momento más apropiado...

-Al diablo con el baile ‘vamos a hablar de esto ahora mismo!

-No me alce la voz, señor Bronson. -Levantándose, Holly se sacudió la falda del vistoso vestido rojo y se ajusto el corpiño. La luz de la luna rielo en sus senos perlados y proyecto tentadoras sombras en el valle que los separaba. Estaba tan hermosa y arrebatadora que Zachary tuvo que apretar los puños para no abalanzarse sobre ella. Se puso de pie, pasando ágilmente una pierna por encima del banco. Jamás había estado enojado y excitado al mismo tiempo; era una sensación nueva y nada grata.

-Aparentemente Ravenhill no deseaba casarse tanto como parecia-señaló Zachary con voz grave y pastosa-. Han pasado tres malditos años desde que George murió, y no ha habido boda. En mi opinión, salta a la vista que él no está interesado.

-Yo también lo pensé -confesó Holly, frotándose las sienes-. Pero, cuando he hablado con él esta noche, Vardon me ha dicho que ha tardado mucho tiempo en asimilar la muerte de George y que aún desea honrar sus deseos.

-No me cabe ninguna duda -espeté Zachary-, después de haberla visto con ese vestido rojo.

Holly abrió mucho los ojos y se ruborizó un poco a causa del enojo que sentía.

-Ese comentario me ofende. Vardon no es en absoluto esa clase de hombre...

-¿Ah, no? -Zachary la miró furibundo-. Tiene mi garantía, señora, de que todos los hombres del salón, incluido Ravenhill, se mueren por meterse bajo sus faldas. El honor no tiene nada que ver con lo que él quiere de usted.

Horrorizada ante su crudeza, Holly se alejó hasta el otro extremo del banco y lo fulminé con la mirada. Los dedos se le crisparon, como si estuviera tentada de abofetearlo.

-¿Es de Ravenhill de quien estamos hablando, o de usted? -De repente, dándose cuenta de lo que había dicho, se tapé la boca con la mano y se quedó mirándolo en silencio.

-Ahora vamos por buen camino. -Zachary dio una zancada para ponerse junto a ella-. Sí, lady Holly... A estas alturas, no es un gran secreto que la deseo. La deseo, la comprendo... Diablos, incluso la aprecio, lo cual es algo que jamás había dicho a ninguna mujer.

Claramente alarmada, Holly se dio la vuelta y huyó por un camino que atravesaba el jardín, no hacia la casa, sino adentrándose en una zona sumida en las sombras, donde había pocas posibilidades de que los vieran y oyeran. «Bien», pensó Zachary, sintiendo una satisfacción primitiva, abandonado todo pensamiento racional. La siguió sin mucha prisa, adaptando el ritmo de sus largas zancadas a los frenéticos pasitos de Holly.

-Usted no me comprende en absoluto -dijo Holly sin volverse, respirando con rapidez-. Usted no tiene ni idea de lo que necesito o quiero...

-La conozco mil veces mejor de lo que Ravenhill la conocerá jamás.

Ella se rió con incredulidad, entrando a toda prisa en un jardín de esculturas.

-Hace años que conozco a Vardon, señor Bronson, mientras que usted *y yo* sólo nos conocemos desde hace cuatro meses y medio. ¿Qué podría usted decir de mi que él no sepa?

-Por lo pronto, que usted es la clase de mujer que besaría a un desconocido en un baile. Dos veces.

Holly se quedé clavada en el sitio. Su cuerpecito estaba tan tieso y rígido como un poste.

-Oh -la oyó susurrar Zachary.

Se puso detrás de ella y se detuvo, deseando que Holly tuviera agallas para mirarlo.

-Todo este tiempo -dijo ella con un temblor en la voz- ha sabido que yo era la mujer que usted besó aquella noche. Y, sin embargo, no lo ha dicho.

-Tampoco usted.

Holly se volvió entonces, forzándose a mirarlo a los ojos, y las mejillas ruborizadas por la vergüenza.

-Tenía la esperanza de que no me hubiera reconocido.

-Lo recordaré hasta el día de mi muerte. Su tacto, su olor y el sabor de su...

-No -gritó ella horrorizada-. Calle, no diga esas cosas...

-Desde ese momento, la he deseado más de lo que jamás he deseado a nadie.

-Usted desea a todas la mujeres -espeto ella. Decidiendo evidentemente que la mejor estrategia era retirarse, Holly retrocedió y sorteo una estatua de mármol- Todas las noches Obtengo más satisfacción sentándome en ese maldito sa-Zachary la persiguió sin darle tregua.

-¿Qué cree que me ha inducido últimamente a quedarme en casa en el saloncito y oyéndola leer poesía que pasando la noche con las putas más expertas de Londres...

-Por favor -dijo ella desdeñosa-, ahórreme sus sórdidos cumplidos. Es posible que algunas mujeres aprecien sus perversas dotes de seducción, pero yo no.

-Usted no es inmune a mis dotes de seducción -la corrigió él, tocándola justo cuando ella dio un traspié en la gravilla. La sujeto por detrás, asiéndola por los brazos-. He visto la forma en que me mira. He notado cómo reacciona cuando la toco, y no es repugnancia. Usted me devolvió el beso aquella noche en el invernáculo.

-‘Tenía la guardia baja! ¡Me sorprendió!

-Entonces, si volviera a besarla -dijo él en voz baja- ¿usted no respondería? ¿Es eso lo que está diciendo?

Aunque no podía verle la cara, Zachary notó que Holly se ponía rígida al darse cuenta de la trampa en la que acaba de caer.

-Tiene mi palabra, señor Bronson -dijo ella sin mucha convicción-. No respondería. Ahora, por favor, déjeme...

Él le dio la vuelta, la estrechó entre sus brazos y bajó la cabeza.

12

Holly gritó alarmada y se quedó inmóvil, paralizada por la sensación que se apodero de ella. Bronson la besé con el ardor que ella recordaba, en toda la boca, ávidamente, con un deseo tan intenso que ella no pudo resistirse. Le pareció que la noche se cerraba sobre ellos y que las estatuas de mármol ahuyentaban a los intrusos como centinelas mudos. La cabeza oscura de Bronson se movía sobre la de Holly, la lengua, suave pero apremiante, tanteándola profunda y ardorosamente. Holly tuvo la sensación de que todo su cuerpo ardía en llamas. Súbitamente, anhelo estar aún más cerca de él. Le metió las manos por debajo de la chaqueta. El lino de la camisa estaba caliente y desprendía un aroma viril. El olor de Zachary era la fragancia más atractiva que ella conocía: olía a sal y a piel, a colonia y a tabaco. Alterada y excitada, despegó los labios de los suyos y hundió el rostro en la pechera de su camisa. Empezó a respirar entrecortadamente y se abrazó a su cintura.

-Holly -musito él. Parecía tan turbado como ella-. Dios mio... Holly... -Ella notó que le ponía la mano en la nuca y apretaba con suavidad. Le eché la cabeza hacia atrás y la besó una vez más. A Holly no le basto con dejar que explorara su boca; ella también quería saborearlo e introdujo la lengua en la boca de Zachary, ardiente y con sabor a coñac. Quería más... mucho más. Gimiendo, se puso de puntillas, aferrándose a él para izarse, pero Zachary era demasiado voluminoso para ella, demasiado alto, y Holly suspiro frustrada.

Alzándola en volandas como si no pesara nada, Bronson se adentró todavía más en el jardín de esculturas, donde había algo redondo y plano, una mesa de piedra, tal vez, o un reloj de sol. La sentó en su regazo, rodeándola con un brazo, mientras continuaba devorando su boca en deliciosas acometidas. Jamás hasta entonces había experimentado Holly un placer físico tan intenso. Sin poder resistirse a tocarlo, tiró frenéticamente del guante que llevaba en la mano derecha hasta sacárselo. Le hundió la mano temblorosa en el pelo y la desplazó hasta los espesos rizos que se le formaban en la nuca. Los músculos de Bronson se crisparon al notar la mano desnuda de ella, la nuca se le puso dura como una piedra y gimió en la boca de Holly.

Interrumpiendo el beso, Bronson se inclinó sobre ella, acariciándole con la nariz la suave piel del cuello, hallando los puntos más sensibles. Holly notó su lengua en la piel y el placer la hizo retorcerse y temblar en el regazo de Zachary. Bronson se demoro en el hoyuelo del cuello, donde el pulso le latía frenéticamente.

Holly llevaba el vestido desarreglado y el corpiño se le había resbalado hasta apenas cubrirle los pezones. Al darse cuenta, recobré el sentido con un murmullo de alarma, tapándose con el brazo los pechos prácticamente expuestos.

-Por favor... -Holly se notaba los labios inflamados e hinchados, y le costaba hablar.-. No debería... Oh, ¡tenemos que parar!

Él no dio muestras de haberla oído, porque había empezado a explorarle el cuello con los labios. Le mordisqueo y lamió el borde de la clavícula, avanzando hacia el valle que se abría entre sus senos. Cerrando los ojos desesperada, Holly reprimió una protesta cuando notó que él tiraba del corpiño, abriéndolo con sus fuertes manos. Le diría que parara enseguida, pero el momento era de una dulzura insoportable, y ni la vergüenza ni el honor podían influirla.

Holly suspiro cuando el pecho se libero de su cubierta de seda roja. El pezón se le erizó con la caricia de la brisa nocturna. Bronson se quitó el guante con brusquedad y, ahuecando su mano inmensa, la colocó tiernamente sobre el suave montículo, pasando el pulgar por la cima, cada vez más dura. Holly mantuvo los ojos cerrados, incapaz de creer lo que estaba sucediendo Notó el roce de su boca, besándole alrededor del sensible pezón, dando rodeos y

tentándola, pero evitando el centro, hasta que ella se puso a gemir y se arqueo para metérselo en la boca. Zachary lo rodeo con los labios, tirando, acariciando con la lengua la punta dolorida con una habilidad exquisita.

Retorciéndose, Holly le abrazó la cabeza mientras una corriente erótica le recorría todos los puntos sensibles del cuerpo. Respiraba en extraños sollozos, notando los pulmones aprisionados por el corsé que aún llevaba puesto. Tuvo la sensación de que la ropa la agobiaba. Ansiaba notar la piel de él contra la suya. Quería su sabor, como nunca había querido nada en su vida.

-Zachary -le susurré al oído-. Para, por favor. Por favor.

Él volvió a tocarle el pecho, cubriéndolo y apretándolo suavemente, y ella noto el roce de su palma rugosa. La besó furiosamente en los labios hasta dejárselos suaves, húmedos y entregados y luego la incorporó para susurrarle al oído y, aunque su voz era dulce, sus palabras fueron feroces.

-Eres mía, y ningún hombre, dios o fantasma te apartará jamás de mi.

Cualquiera que hubiera conocido mínimamente a Zachary Bronson y supiera de lo que era capaz se habría alarmado. Holly se quedó rígida. No sólo le aterraba que él la considerara suya con tanta vehemencia, sino el placer que ella había sentido al oírlo. Durante toda su vida, Holly se había esforzado por ser moderada, razonable, civilizada, y jamás se hubiera imaginado que aquello pudiera sucederle a ella.

Holly intentó bajarse de su regazo con tanto ímpetu que él se vio obligado a soltarla. Cuando apoyo los pies en el suelo, le costó mantener el equilibrio. Para su sorpresa, las piernas le temblaban tanto que podría haberse caído si Bronson no se hubiera levantado y la hubiera sujetado por la cintura. Ruborizándose violentamente, Holly se arregló el corpiño~ ocultando la carne desnuda iluminada por la luna.

-Sospechaba que esto podía ocurrir -dijo, esforzándose por recobrar la compostura-. Conociendo su reputación con las mujeres. Sabía que algún día daría algún paso conmigo.

-Lo que acaba de suceder entre usted y yo no es un mero «paso» -dijo él con voz pastosa.

Holly no lo miro.

-Para que me quede en su casa en calidad de invitada, debemos olvidar este incidente.

-Incidente -repitió él con desdén-. Esto lleva meses fraguándose, desde que nos conocimos.

-No es cierto -lo rebatió ella. El corazón le latía con tanta fuerza que apenas la dejaba hablar-. No negaré que lo encuentro atractivo, yo... Cualquier mujer lo haría. Pero si usted piensa erróneamente que podría convertirme en su amante...

-No -dijo él, tomándole la cara en sus manos. La obligó a mirarlo y Holly desfalleció al ver aquellos ojos oscuros y apasionados No, nunca he pensado nada semejante -dijo él, adoptando un tono más ronco-. Quiero más que eso de usted. Quiero...

-No diga nada más -le suplicó Holly, cerrando los ojos con fuerza-. Nos hemos vuelto locos los dos. Déjeme ir en este mismo instante. Ahora, antes de que usted haga imposible que yo me quede durante más tiempo en su casa.

Aunque Holly no esperaba que sus palabras fueran a afectar a Zachary, aparentemente lo hicieron, y mucho. Hubo un silencio largo y tenso. Poco a poco, él fue apretándole la cintura con menos fuerza hasta soltarla.

-No hay motivo para que se vaya de mi casa -dijo él-. Llevaremos esto como usted quiera.

Holly se tranquilizó y habló con más normalidad.

-Qui-quiero olvidar esto, como si no hubiera pasado jamás.

-Está bien -dijo él de inmediato, aunque la miraba con evidente cínismo. Usted pone las reglas, señora. -Se agaché, recogió el guante de Holly y se lo entregó. Ruborizándose, ella volvió a ponérselo con torpeza.

-Debe prometerme que no se inmiscuirá en lo que Ravenhill y yo hagamos -consiguió decir-. Lo he invitado a que me visite. No deseo que lo echen ni que lo traten incorrectamente cuando venga. Yo tomaré todas las decisiones sobre mi futuro y el de Rose sin su ayuda.

Por la forma en que había tensado la mandíbula, Holly supo que Bronson estaba apretando los dientes.

-Bien -dijo él sin inmutarse Pero antes quiero decir algo. Durante esos tres años, Ravenhill ha estado divirtiéndose en Europa. No intente convencerme de que la maldita promesa que le hizo a George ha sido lo más importante para él durante ese tiempo. ¿Y qué me dice de usted? No estaba pensando en esa condenada promesa cuando accedió a trabajar para mí; usted sabía que George no lo habría aprobado. Diablos, ¡los dos sabemos que debió de removerse en su tumba!

-Acepté su oferta porque no sabía que Ravenhill aún deseaba cumplir lo que le había prometido a George. Debo pensar en Rose y en su futuro. Cuando usted apareció, y Ravenhill no estaba, me pareció lo mejor en ese momento. Y no me arrepiento. Cuando termine mi contrato con usted, seré libre para cumplir mis obligaciones con George, si pienso que eso es lo más conveniente.

-Todo eso me parece muy sensato -observó Zachary sin levantar la voz, pero con cierto sarcasmo-. Dígame una cosa: si decide casarse con Ravenhill ¿le dejará compartir su lecho?

Holly se ruborizó.

-No tiene derecho a hacerme esa pregunta.

-No lo quiere de esa forma -dijo él con contundencia.

-El matrimonio es mucho más que lo que sucede en el lecho con yugal.

-¿Es eso lo que le dijo George? -espeté él-. Me pregunto... ¿le respondió usted alguna vez como me responde a mí?

La pregunta la encolerizó. Holly no había pegado a nadie en su vida, pero su mano actuo por iniciativa propia. Como si estuviera fuera de la escena, vio el destello del guante blanco cuando lo abofeteo. El golpe fue de una suavidad ridícula, insignificante salvo por su valor simbólico. Aparentemente, Bronson no se inmuto. De hecho, Holly. vio la satisfacción con que la miraba y supo, presa de la desesperación, que acababa de darle la respuesta. Sollozando, se alejó de él tan deprisa como pudo.

Al cabo de un rato, Zachary regresó al baile, esforzándose por parecer sereno mientras el cuerpo le dolía por el deseo que aún sentía. Al fin sabía lo que era tenerla en sus brazos y notar su boca en la suya. Al fin conocía el sabor de su piel, el latido de su pulso en sus labios. Aceptando ausente una copa de un líquido dulzón que un sirviente le ofrecía, Zachary se quedó en un lado del salón y examinó la multitud hasta localizar el llamativo vestido de Holly. Parecía que estuviera indiferente y serena, conversando como si tal cosa con su hermana Elizabeth y presentándole a los posibles pretendientes que se acercaban a ellas. Sólo el rubor de sus pómulos delataba la confusión que la embargaba.

Zachary dejó de mirarla, sabiendo que daría pie a comentarios si seguía haciéndolo con tanta insistencia. Pero, de alguna forma, él sabía que Holly estaba pendiente de él, a pesar de la distancia que los separaba. Ausente, se concentré en la copa de ponche que tenía en la ma-

no. Se la bebió con impaciencia en unos pocos sorbos, hallando el sabor empalagoso y medicinal Lo abordaron varios conocidos la mayoría socios de sus actividades empresariales, y él conversé educadamente con ellos, se rió con chistes que sólo oia a medias y aventuré opiniones cuando apenas sabía de qué se estaba hablando. Toda su atención, *sus* pensamientos, su alma obstinada, estaban centrados en lady Holland Taylor.

Se había enamorado de ella. Todos los sueños, esperanzas y ambiciones de su vida no eran más que una diminuta llama en comparación con la gran hoguera que Holly había encendido en sus entrañas. Le aterrorizaba que ella tuviera tanto poder sobre él. Bronson jamás había deseado querer a nadie de aquella forma; no lo serenaba ni lo hacía feliz, sólo lo hacía dolorosamente consciente de que tarde o temprano iba a perderla. Pensar en no tenerla, en cedérsela a otro hombre, por el deseo de su difuntoesposo, casi lo puso de rodillas. Buscó furiosamente formas de atraerla... Habla cosas que podía ofrecerle. Diablos, construiría un gran monumento de mármol en memoria de George Taylor con sus propias manos, sí ése era el precio para que Holly lo aceptara.

Absorto en su frenéticos pensamientos, Zachary no reparé al principio en que Ravenhill estaba cerca de él. De forma paulatina, se dio cuenta de que a pocos metros había un hombre rubio y alto, una apuesta figura solitaria en medio del vibrante clamor del baile. Sus miradas se encontraron y Zachary se acercó a él.

-Dígame -le dijo en voz baja-. ¿Qué clase de hombre le pediría a su amigo que se casara con su esposa después de que él muriera? ¿Y qué clase de hombre induciría a dos personas aparentemente sensatas a estar de acuerdo con un plan tan absurdo?

Ravenhill lo miró desafiante con sus ojos grises.

-Un hombre mejor de lo que usted y yo seremos jamás.

Zachary no pudo evitar mostrarse desdeñoso.

-Parece que el esposo ideal de lady Holland quiere controlarla desde la tumba.

-Estaba intentando protegerla -dijo Ravenhill, aparentemente sin inmutarse- de hombres como usted.

La serenidad de aquel condenado sacaba a Zachary de sus casillas. Ravenhill tenía una confianza en sí mismo que lo exasperaba, como si ya hubiera ganado una competición de la que Zachary ni siquiera tenía noción hasta que hubo terminado.

-Cree que ella seguirá adelante, ¿verdad? -musité Zachary con resentimiento-. Cree que sacrificará el resto de su vida simplemente porque George Taylor se lo pidió.

-Sí, eso es lo que creo -fue la fría respuesta de Ravenhill-. Y, si usted la conociera mejor, no le cabría ninguna duda.

«,¿Por qué?», quiso preguntar Zachary, pero fue incapaz de formular en voz alta aquella pregunta tan dolorosa. ¿Por qué ya se daba por hecho que ella seguiría adelante? ¿Había amado tanto a George Taylor que él podía influirla incluso después de muerto? ¿O era simplemente una cuestión de honor? ¿Podía su sentido del deber y de la ética impelerla realmente a casarse con un hombre al que no amaba?

-Se lo advierto -dijo Ravenhill en voz baja-. Si le hace daño a lady Holland o la incomoda de cualquier otra forma, responderá ante mí.

-Tanta preocupación por su bienestar es conmovedora. Llega con unos años de retraso.

El comentario pareció afectar a Ravenhill, y Zachary se felicito por su triunfo al ver que se ruborizaba ligeramente.

-He cometido errores -reconoció parcamente Ravenhill-. Tengo tantos defectos como el que más, y la perspectiva de llenar el hueco de George Taylor me intimida muchísimo. Intimidaría a cualquiera.

-Entonces, ¿qué le hizo regresar? -musité Zachary, deseando que existiera alguna forma de obligar a aquel hombre a abandonar otra vez Inglaterra.

-Pensar que lady Holland y su hija podían necesitarme.

-No le necesitan. Me tienen a mí.

Acababan de poner las cartas sobre la mesa. Podrían haber sido generales de ejércitos enemigos, enfrentándose en el campo de batalla. Ravenhill sonrió con desdén, curvando los labios finos y aristocráticos.

-Usted es lo último que ellas necesitan -dijo-. Sospecho que incluso usted mismo lo sabe.

Luego se marchó. Zachary se quedé mirándolo, impasible e inmóvil, mientras la furia lo consumía por dentro.

Holly necesitaba beber algo. Una buena copa de coñac que le calmara los nervios y le permitiera dormir unas horas. No habia tenido que tomar bebidas alcohólicas desde el primer año de luto. El médico le había prescrito una copa de vino en aquella época tan confusa, pero no habla sido suficiente. Sólo la bebida lograba serenarla. Por ese motivo, había enviado a Maude a buscar copas de whisky o coñac cuando los demás ocupantes de la casa dormían. Sabiendo que la familia de George no habría aprobado que una dama bebiera, y previendo que podrían darse cuenta de cómo menguaban las existencias, Holly había decidido tener una botella escondida en su habitación. Valiéndose de Maude como intermediaria, habia conseguido que un lacayo le comprara coñac, y lo habla guardado en el cajón de su cómoda. Esa noche, añorando aquella botella de coñac de hacía tanto tiempo, se puso el camisón y aguardé impacientemente a que los ocupantes de la casa se retiraran.

El regreso del baile en el carruaje habla sido infernal. Por fortuna, Elizabeth estaba demasiado excitada por su éxito y las halagadoras atenciones de Jason Somers como para percatarse del incómodo silencio que reinaba entre Holly y su hermano. Naturalmente, Paula había percibido la tensión y había intentado disimularla, conversando sobre lugares comunes. Holly se había esforzado por eludir la mirada amenazadora de Bronson y había conversado con Paula, sonriendo y bromeando mientras los nervios la corroían por dentro.

Cuando ya no detecté ningún sonido ni movimiento en la inmensa casa, Holly puso una vela en un pequeño candelero y salió sigilosamente de la habitación. Por lo que ella sabía, el lugar donde sería más fácil encontrar coñac era en el aparador de la biblioteca, donde Bronson siempre tenía un surtido de excelentes marcas francesas.

Bajando la escalera principal con los pies descalzos, Holly alzó la vela y se sobresalto un poco cuando la diminuta llama proyectéo misteriosas sombras en las paredes doradas. La casa, tan concurrida durante el día, parecía un museo desierto por la noche. Una corriente fría se le enroscó en los tobillos y la hizo estremecer; se alegro de haberse puesto una bata blanca de volantes encima del fino camisón.

Entrando en la biblioteca, Holly inhalo el familiar olor a cuero y vitela, y pasó junto al gran globo terráqueo de camino al aparador. Dejó la vela en la superficie de caoba pulida y abrió la puerta para sacar una copa.

Aunque en la habitación no se oia nada ni se movía un alma, algo la alerto de que no estaba sola. Inquieta, se volvió para mirar a su alrededor y contuvo un grito cuando vio a Bronson sentado en el mullido sillón de piel, con las piernas estiradas. Tenía sus ojos de ofidio clavados en ella y la miraba sin parpadear. Aún vestía el traje de etiqueta, aunque se había quitado la chaqueta, y llevaba el chaleco y la corbata flojos. Se había desabrochado la camisa blanca hasta la mitad y por la abertura asomaba una espesa mata de vello negro. Tenía un vaso de coñac vacío entre los dedos, y Holly supuso que debía de llevar bastante rato bebiendo.

A Holly le dio un vuelco el corazón. Se quedó sin respiración, incapaz de articular palabra. Buscó apoyo en el aparador> aferrándose al borde con ambas manos.

Bronson se puso lentamente en pie y se acercó a ella. Vio la puerta abierta del aparador y comprendió de inmediato lo que ella quería.

-Permitame -dijo. La voz sonó como un suave murmullo en el silencio que los rodeaba. Sacó una copa y una botella de coñac. Llenando la copa hasta la mitad, la sujeto por el cuello y usó la llama de la vela para calentarla. Revolvió expertamente el contenido un par de veces y se la ofreció a Holly.

Ella se la llevó a las labios de inmediato, deseando que la mano no le temblara tan visiblemente. No podía evitar mirarle el pecho desnudo. George no tenía vello y eso siempre le había parecido atractivo, pero ver a Zachary Bronson con la camisa desabrochada la hacía pensar en imágenes inquietantes y espeluznantes. Quería restregar la boca y la cara contra aquella espesa mata, quería estrujar sus senos desnudos contra ella...

Holly se ruborizó de la cabeza a los pies y se tomó el coñac a grandes sorbos, que la hicieron toser.

Bronson regresó a su sillón y se dejó caer pesadamente.

-¿Va a casarse con Ravenhill?

Holly estuvo a punto de soltar la copa de coñac.

-Le he hecho una pregunta -dijo él con voz pastosa-. ¿Va a casarse con él?

-Aún no sé la respuesta.

-Claro que la sabe. Digamela > maldita sea.

-Yo... -Holly notó que las fuerzas la abandonaban-. Es posible que lo haga.

Bronson no pareció sorprenderse. Se rió, una carcajada desagradable y ronca.

-Tendrá que explicarme por qué. Me temo que a los vulgares boxeadores como yo nos cuesta entender estos acuerdos de la clase alta.

-Se lo prometí a George -dijo Holly con cautela. Tuvo una sensación semejante al miedo. Bronson parecía tan.., malévolo.., sentado en la oscuridad. Apuesto, con el cabello negro y tan imponente, podría haber sido el mismo Lucifer sentado en su trono-, Si hay algo en mi que se merece su admiración o afecto, usted no desearía que yo me comportara de una forma deshonrosa. Me han educado para cumplir siempre con mi palabra cuando la doy. Sé que hay personas que piensan que el sentido del honor de una mujer no es tan fuerte como el de un hombre, pero yo siempre he intentado...

-Dios mío, no dudo de su honor -dijo él ásperamente. Lo que digo, lo que debería ser evidente para todo el mundo es que George jamás debería haberle pedido que le prometiera nada semejante.

-Pero lo hizo, y yo le di mi palabra.

-Y ya está. -Bronson sacudió la cabeza-. De usted no me lo habría imaginado; usted, la única mujer que conozco que es capaz de hacerme frente cuando me enfado.

-George sabía lo que me sucedería sin él -dijo ella-. Sabía que jamás volverla a casarme voluntariamente. Quería que tuviera la protección de un esposo y, lo más importante, que Rose tuviera un padre. Y los valores y creencias de Ravenhill eran similares a los suyos, y George sabía que su mejor amigo jamás nos maltrataría ni a Rose ni y a ml...

-Basta -la interrumpió Zachary con brusquedad-. *Voy* a decirle lo que pienso del santo George. Creo que quería que usted no volviera a enamorarse nunca. Y condenarla a un matrimonio con un besugo como Ravenhill fue la forma de asegurarse de que él sería su único amor verdadero.

Holly se quedó pálida con aquella acusación.

-Eso es inmundo. Está completamente equivocado, no sabe nada sobre mi esposo ni sobre su amigo...

-Sé que usted no ama a Ravenhill. Sé que jamás lo hará. Si está tan interesada por casarse con un hombre que no ama, entonces tómeme a mi.

De todas las cosas que Bronson podría haber dicho, aquélla fue la que menos esperaba oir Holly. Aturdida, se terminó el coñac y dejó la copavada en el aparador.

-¿Me está pidiendo que me case con usted? -preguntó en un susurro.

Bronson se acercó a ella y no se detuvo hasta tenerla acorralada contra el aparador.

-¿Por qué no? George quería que la protegieran y la cuidaran. Yo puedo hacerlo. Y podría ser un padre para Rose. Ella no sabe quién diablos es ese Ravenhill. Yo me haré cargo de las dos. -Deslizó la mano por el cabello de Holly, acariciándole las largas ondas castañas. Holly cerró lo ojos y contuvo un gemido de placer al notar sus dedos en la nuca. Parecía que todo su cuerpo reaccionara cuando él la tocaba. Notó un espasmo mortificante y expectante en sus partes intimas y se avergonzó de sentir un deseo carnal tan intenso. Jamás habla anhelado tanto que un hombre la poseyera como en aquel instante-. Podría darle cosas que jamás ha imaginado -susurré Bronson-. Olvídese de sus malditas promesas, Holly. Eso pertenece al pasado. Ha llegado la hora de pensar en el futuro.

Holly sacudió la cabeza y abrió los labios para hablar. Él bajó rápidamente la cabeza y tomó su boca, haciéndola gemir de placer cuando su lengua la exploro. La besó con una pasión y una destreza enloquecedoras, tentándola y atormentándola, y Holly se puso de puntillas para intentar responderle. Notó sus manos cálidas a través de la fina capa de muselina. La acariciaba con un atrevimiento sorprendente> ahuecándolas al tocarle los senos, las caderas, incluso las formas plenas de las nalgas. Ella gritó levemente cuando él se las estrujé con suavidad, izándola hacia él. Mientras la besaba, la froté insistentemente contra el abultamiento que le provocaba su excitación, y Holly estuvo a punto de desvanecerse al notar su dureza. Ni siquiera su esposo se habla atrevido a tocarla con aquel descaro.

Holly despegó los labios de los de Zachary.

-Así no puedo pensar...

-No quiero que piense. -Zachary le puso la mano en la parte delantera del pantalón, colocándole los dedos laxos sobre la inmensa protuberancia que pugnaba por liberarse de la tela. Ella abrió los ojos al sentirla y hundió la cabeza en su pecho para eludir su boca. Bronson le besó entonces el lóbulo de la oreja, avanzando a besos hacia la garganta. Aunque el sentido común, lo que le quedaba de él, le pedía a gritos que contuviera su sensualidad desbocada, Holly enterré la mejilla en el velludo pecho de Bronson. Estaba fascinada por su virilidad sin límite, por su fuerza y su rudeza. Pero él no era para ella. Aunque los polos opuestos podían atraerse, eso no era aplicable al matrimonio. La satisfacción sólo podía lograrse uniendo a igual con igual. Y ella habla hecho una promesa a su esposo en su lecho de muerte.

Pensar en George la devolvió abruptamente a la realidad, y Holly logro zafarse de los brazos de Bronson.

Fue hacia una silla dando traspiés y se desplomé en ella, sintiendo las piernas débiles y temblequeantes. Para alivio, Bronson no la siguió. Durante mucho rato, lo único que se oyó en la biblioteca fueron sus respiraciones entrecortadas. Finalmente, Holly consiguió romper el silencio.

-No puedo negar la atracción que sentimos el uno por el otro.

-Guardó silencio y se rió sin mucha convicción-. Pero seguro que usted sabe que no nos entenderíamos. Yo estoy hecha para llevar una vida tranquila y sin sobresaltos. Su estilo de vida es demasiado ostentoso y vertiginoso para mí. Se hartaría de mí al cabo de muy poco, y querría deshacerse de mi...

-No y para mí sería una tortura, intentar vivir con un hombre con su afán y su ambición. Uno de los dos tendría que cambiar, y eso crearia un terrible resentimiento, y el matrimonio tendría un final amargo.

-No puede estar segura de eso.

-No puedo correr ese riesgo -respondió ella con resolución.

Bronson la miró en la penumbra. Tenía la cabeza ligeramente ladeada, como si confiara en un sexto sentido para penetrar en sus pensamientos. Se acercó y se puso en cuclillas frente a ella. Holly se asusté cuando le cubrió la mano con la suya. Despacio, le acaricié los fríos nudillos con el dedo pulgar.

-Hay algo que no me dice -murmuré-. Algo que la inquieta... que incluso le da miedo. *¿Soy* yo? ¿Es mi pasado, el hecho de que fuera boxeador, o es...?

-No -dijo ella con una risa entrecortada-.. Claro que no le tengo miedo.

-Reconozco el miedo cuando lo veo -persistió él.

Holly sacudió la cabeza, negándose a abundar en el comentario.

-Debemos olvidar esta noche -dijo- o tendré que irme con Rose mañana mismo. Y no deseo dejarlos a usted ni a su familia. Quiero quedarme el mayor tiempo posible y cumplir nuestro trato. No debemos volver a abordar este tema jamás.

Los ojos negros de Bronson brillaron como el fuego.

-¿Cree que es posible?

-Tiene que serlo -susurré ella-. Por favor, Zachary, dígame que lo intentará.

-Lo intentaré -dijo él inexpresivo.

Holly se estremeció.

-Gracias.

-Será mejor que se marche ahora mismo -dijo él sin sonreír-. Verla con ese camisón está a punto de volverme loco.

Si Holly no se hubiera sentido tan desgraciada, el comentario le habría parecido divertido. Las hileras de volantes que adornaban el camisón y la bata la tapaban más que un vestido normal. Era únicamente el estado inflamado de Bronson lo que la hacía tan deseable a sus ojos.

-¿Va a retirarse también usted? -preguntó ella.

-No. -Bronson fue a llenarse la copa y le respondió sin darse la vuelta-. Aún no he terminado.

Pugnando por contener sus emociones, Holly intentó esbozar una sonrisa.

-Buenas noches entonces.

-Buenas noches. -Bronson se quedó de espaldas, con los hombros rígidos, mientras oía cómo se alejaban sus pasos.sonrisa.

13

Durante las dos semanas siguientes, Bronson apenas se dejó ver, y Holly se dio cuenta de que estaba deliberadamente poniendo distancia entre ellos hasta que fueran capaces de reanudar su anterior amistad. Se pasaba todo el día enfrascado en su trabajo, yendo a las oficinas que tenía en la ciudad, y rara vez regresaba a casa para cenar. Se iba a dormir muy tarde y por las mañanas se levantaba con los ojos inyectados en sangre y profundas ojeras. Nadie en la casa mencionaba su incesante actividad, pero Holly presentía que Paula conocía la causa.

-Quiero que sepa, señora Bronson -le dijo con cautela una mañana- que jamás haré sufrir a ningún miembro de su familia a propósito....

-Señora, no es culpa suya -respondió Paula con su habitual franqueza, dándole a Holly una afectuosa palmada-. Es posible que usted sea la primera cosa que mi hijo ha querido realmente y no ha podido conseguir. A mi modo de ver, es bueno que al fin sepa hasta dónde puede llegar. Siempre le he dicho que nunca debería apuntar demasiado alto.

-¿Le ha hablado a usted de mf? -preguntó Holly, ruborizándose hasta notar que incluso las orejas se le calentaban.

-Ni una palabra -dijo Paula-. Pero no hace falta. Una madre siempre se entera de todo.

-Es un hombre maravilloso -le dijo Holly con sinceridad, temiendo que Paula pudiera forjarse la errónea idea de que no lo consideraba suficiente para ella.

-Sí, yo también lo pienso -dijo Paula con naturalidad-. Pero eso no significa que sea apropiado para usted, señora, igual que usted no lo es para él.

Saber que la madre de Bronson no la culpaba por la situación debería haberla tranquilizado. Por desgracia, no fue así. Cada vez que Holly veía a Bronson, por muy breve o casual que fuera el encuentro, sentía un anhelo casi irresistible. Empezó a preguntarse si realmente podría vivir asi durante el tiempo que le quedaba en casa de los Bronson. Dedicándose a Rose y a las mujeres de la familia, se mantuvo lo más ocupada posible. Y tenía mucho que hacer, sobre todo una vez que Elizabeth había sido presentada en sociedad. El salón estaba repleto de ramos de rosas y centros florales que llegaban constantemente, y la bandeja de plata que había junto a la puerta se llenaba a diario con tarjetas de pretendientes esperanzados.

Como Holly había predicho, la combinación de la belleza y la fortuna de Elizabeth, por no mencionar su inmenso encanto, había atraído a hombres que parecían más que dispuestos a pasar por alto las circunstancias de su nacimiento. Holly y Paula casi no daban abasto acompañándola en las visitas diarias que recibía, los paseos en carruaje y los picnics, pues eran varios los caballeros que venían a cortejarla. No obstante, había un visitante en particular que parecía haber captado realmente su interés: el arquitecto, Jason Somers.

Había visitantes que tenían la sangre más azul y mayores riquezas, pero ninguno poseía el encanto y la confianza en sí mismo de Jason. Era un hombre hecho y derecho con grandes dosis de talento y ambición; un hombre no muy distinto del hermano de Elizabeth. Por lo que había observado Holly, Jason era capaz de equilibrar el espíritu exuberante de Elizabeth con su fortaleza de carácter. Hacían buena pareja y prometían con ser un matrimonio feliz, si todo salía como esperaba Holly.

Durante una de las visitas matutinas de Jason, Holly se topé casualmente con la pareja cuando regresaba de dar un paseo por el jardín.

además, no es usted lo bastante alto para mí... -dijo Elizabeth, riendo alegremente, mientras atravesaban las cristaleras hacia una galería de esculturas de mármol. Holly se detuvo en el extremo opuesto de la galería por la que estaba paseando. Quedaba oculta por la imponente representación alada de algún dios romano.

-Válgame el cielo. No creo que nadie pueda llamarme bajito-protestó Jason-. Y como mínimo le saco un palmo.

•No es verdad!

-~Sí que lo es! -insistió él y atrajo a Elizabeth hacia sí con una fuerza que la sobresalté. Eran de la misma estatura. La silueta más voluminosa de Jason enmarcaba la figura esbelta de la muchacha-. ¿Lo ve? -dijo Jason, adoptando un tono de voz más oscuro. Elizabeth dejó de sonreír y se quedó callada, mirándolo con timidez. Holly pensó brevemente en interrumpir la escena, sabiendo que Elizabeth no estaba habituada a tales atenciones por parte de un hombre. Pero Jason tenía la expresión de una ternura infinita que Holly no había visto antes. Inclinó la cabeza para murmurarle algo al oído y Elizabeth se ruborizó, poniéndole una mano en el hombro.

La propia Holly se ruborizó ligeramente cuando se marchó con discreción, dejándolos a solas. Oh, ¡qué lejano parecía el tiempo en que George la había cortejado de aquella misma forma, y qué inocente y optimista se había sentido ella! Pero sus recuerdos se habían vuelto borrosos y ya no hallaba placer en revivirlos. Su vida con George se había convertido en un sueño lejano.

Invadida por la melancolía, Holly se pasó el resto de la mañana jugando con Rose y luego la dejó a cargo de Maude. No bajó a comer, pues estaba demasiado desanimada como para tomar nada. En lugar de ello, escogió una novela en la biblioteca y salió a pasear por los jardines. El cielo estaba cubierto y había una neblina fría. Holly se estremeció y se abrigó mejor con el chal de cachemir marrón que llevaba sobre los hombros. Deteniéndose primero en la mesa de piedra, y luego en un banco situado junto a unas jardineras de flores, Holly hallé finalmente un lugar para leer, una glorieta de tres metros y medio de anchura. Las ventanas tenían pequeños postigos de madera y en el interior había bancos con cojines apoyados contra la pared. Los asientos y respaldos de los bancos olían ligeramente a moho, lo cual no era en absoluto desagradable.

Acurrucándose en uno de los cojines y subiendo los pies, Holly se recosté y empezó a leer. Pronto, absorta en la historia de un amor imposible (~los había de otro tipo?), Holly no oyó los truenos. El día se volvió gris y la lluvia empezó a caer pesadamente sobre el césped y el camino pavimentado. Unas cuantas gotas se colaron por los postigos y le dieron a Holly en el hombro, advirtiéndola finalmente de que afuera el tiempo estaba empeorando. Abandonando la lectura, frunció el entrecejo.

-~Qué fastidio! -musité, viendo que estaba a punto de terminar la novela. Sin duda, era hora de regresar a la casa. Pero la lluvia arreciaba, y ella se preguntó si la tormenta amainaría en unos minutos. Suspirando, dejé el libro cerrado en su regazo y apoyé la cabeza en la pared, mientras observaba la cortina de agua que caía sobre la hierba y los setos. La glorieta se inundé del fresco olor que traía el chaparrón de primavera.

La puerta se abrió con brusquedad y alguien entré impetuosamente, interrumpiendo sus melancélicos pensamientos.

Holly se sorprendió al ver a Zachary Bronson, envuelto en un abrigo empapado. Con él entró una fresca ráfaga de viento húmedo. Cerró la puerta con el pie y, maldiciendo para sí mismo, intenté plegar un paraguas empapado. Recostándose en un cojín, Holly vio que la cara se le iluminaba con una sonrisa cuando lo consiguió. «Aquel diablo era francamente apuesto», pensé ella con una punzada de placer, mirándole ávidamente la cara mojada, los ojos color café y el lustroso cabello negro, que se le pegaba al cráneo bien formado.

-Creía que estaba en la ciudad -dijo ella, alzando la voz cuando estallé un sonoro trueno.

-He vuelto pronto -fue su breve respuesta-. He llegado a casa justo antes de que empezara el chaparrón.

-¿Como sabía que había venido aquí?

-Maude estaba preocupada; dijo que se había ido a pasear por el jardín. -Triunfal, Bronson cerré el paraguas con un chasquido-. Fue muy fácil encontrarla; no hay muchos sitios para resguardarse. -Posé su oscura mirada en el rostro de Holly y respondió a su sonrisa con una risa radiante-. *Así* que he venido a rescatarla, señora.

-Ni siquiera me había dado cuenta de que corría peligro -dijo Holly-. Estaba completamente absorta en la lectura. ¿Amainará pronto la tormenta?

Como si le respondiera con sarcasmo, el cielo se oscureció ostensiblemente y un trueno ensordecedor secundé a un rayo que iluminé el cielo tormentoso. Holly se rió súbitamente y miré a Bronson, que estaba sonriendo.

-Déjeme llevarla a casa -dijo.

Holly se estremeció, mirando la lluvia torrencial. Le parecía que la casa estaba lejísimos.

-Nos empaparemos -dijo-. Y seguro que el suelo está enfangado. ¿No podríamos esperar hasta que amaine? -Sacándose un pañuelo seco de la manga, se puso de puntillas y secó las gotas de lluvia que Bronson tenía en la cara. Él se quedé inmóvil, dejándose hacer.

-Tardará horas. Y no respondo de mis actos si estoy a solas con usted durante más de cinco minutos. -Se quitó el abrigo y se lo puso a Holly en los hombros. La prenda le quedaba ridículamente grande-. Así que, a menos que desee que la violen en la glorieta -dijo con brusquedad, mirando la cara de ella vuelta hacia él-, será mejor que nos vayamos.

Pero ninguno de los dos se movió.

Holly le pasé el pañuelo por la mandíbula, secándole las últimas gotas de agua que tenía adheridas a la piel recién afeitada. Estrujé el pañuelo de encaje en el puño y se sujeté el abrigo para que no se le cayera. No lograba comprender por qué estar a solas con él le proporcionaba un placer tan intenso, por qué verlo y oír su voz la hacía sentirse tan a gusto y a la vez tan perturbada. Saber que sus vidas sólo iban a estar temporalmente unidas le dolía en lo más hondo. Él se había hecho tan importante para ella tan deprisa, con tan poco esfuerzo.

-Lo he echado de menos -susurré Holly. No tenía la intención de decir las palabras en voz alta, pero salieron por iniciativa propia y se quedaron suspendidas en el aire, con el suave repiqueteo de la lluvia como telón de fondo. Le pareció que aquel deseo, que era más fuerte que el hambre, más agudo que el dolor, estaba a punto de enloquecerla.

-Tenía que mantenerme alejado -dijo Bronson con voz ronca-. No puedo estar cerca de usted sin... -Guardé silencio y la miré desconsolado. No se movió cuando Holly se quitó el abrigo, ni cuando se apreté contra él, ni siquiera cuando le rodeé el cuello con los brazos. Restregó la cara contra el cuello mojado de su camisa y lo abrazó violentamente. Por primera vez en varios días, Holly sintió que podía respirar a pleno pulmón, que al fin se disolvía el dolor sordo de la soledad.

Bronson emitió un gruñido amortiguado y volvió la cabeza para cubrir la boca de Holly con la suya. La abrazó, asiéndola con fuerza. La glorieta se desdibujé yel olor a lluvia fue sustituido por el aroma viril de la piel de Zachary. Holly le acaricié las mejillas ardientes, el cuello, y él la abrazó con más fuerza hasta casi ahogarla, como si quisiera metérsele dentro.

«Sólo esta vez... -Aquel mal pensamiento se apoderé de ella y Holly fue incapaz de alejarlo-. Sólo una vez...» Viviría de ello, lo recordaría, lo saborearía cuando sus años de juventud ya pertenecieran a un pasado lejano. Nadie lo sabría jamás.

La tormenta repiqueteaba en la glorieta de madera, pero su intensidad no era nada comparada~ con los violentos latidos de su corazón. Frenéticamente Holly tiró del nudo de la corbata de Zachary, soltándosela, luego le desabroché el chaleco y la camisa. Él se quedó quieto, aunque su poderoso pecho subía y bajaba trabajosamente.

-Holly... -Le temblaba la voz-. ¿Sabes lo que estás haciendo?

Holly le abrió la camisa, dejándole el torso desnudo y, al mirarlo, se quedé sin respiración. Era una criatura magnífica. Su cuerpo era una obra maestra de músculos y tendones. Holly lo tocó maravillada, extendiendo las manos sobre su pecho velloso, deslizando las yemas de los dedos por la dura musculatura que había debajo. Luego le acaricié el estómago surcado de duros músculos. Hallé los pelos que tenía alrededor del ombligo, investigando suavemente con los dedos, y él gimió de placer. Sujetándola por la muñeca, le aparté la mano y la miro.

-Si vuelves a tocarme -farfullé-, no podré parar. Te tomaré aquí mismo. Holly... ¿lo entiendes?

Ella se acercó a él, se apreté contra su piel desnuda, hundió la cara en el espeso vello negro del pecho. Notó que él dejaba de resistirse y la abrazaba, estremeciéndose de placer. La besé con apremio, provocándole sensaciones de una dulzura que era casi indecente. Zachary tiré varias veces de su corpiño y los botones de hueso se soltaron. La prenda le resbaló hasta los codos. Después de desabrocharle el corsé, Zachary hallé la cinta que sujetaba la camisa, se la enrollé en el dedo y tiré de ella. Los pechos de Holly se derramaron, blancos y rosas, los pezones ya contraídos por el fresco que reinaba en la glorieta. Llenándose las manos con aquellos pesos redondos y suaves, Zachary acuné los sensibles montes en las palmas de las manos.

-Date prisa -dijo ella agitada-. Zachary; por favor, yo... yo, te necesito. -Ahora que se había abandonado a la pasión, había perdido toda la vergüenza, toda las inhibiciones. Quería tenerlo encima de ella, sentir su fuego entre las piernas.

Acallándola con su boca, Zachary se quitó la camisa y el chaleco, desnudando sus hombros esculturales. Se sentó en los cojines verdes y se la puso en su regazo. Metiendo la mano bajo sus faldas, le separé las rodillas y la senté a horcajadas sobre él. Cuando noté su órgano erecto a través del pantalón, Holly se ruborizó por la excitación y la inquietud que aquello le provocaba. Sentía aquella protuberancia inmensa a través de sus finas calzas. Sujetándola por las axilas, Zachary la atrajo hacia sí y le besó entre los senos. Ella acuné su oscura cabeza entre las manos y jadeé cuando noté su boca cerrándose sobre uno de sus pezones, que estaban sensibles y excitados. Las caricias de su lengua eran suaves y ardientes. Pasé al otro pecho y ella noté que le mordisqueaba suavemente la dolorida piel.

Holly gimió y se apreté más contra él, estrujando sus pechos húmedos contra su pecho velloso. El vello, fuerte y sedoso, la atormentaba, la estimulaba, y se restregó contra él con un gemido de placer. Después, su lujuria la mortificaría... mucho después. Pero en ese momento sólo existía Zachary, su cuerpo tenso y musculoso, su amorosa boca explorándola, y ella iba a saborear cada instante con él.

Bronson deslizó las manos bajo sus faldas y le palpé las redondas curvas de las nalgas. Sus caricias se volvieron suaves, casi perezosas, estimulándole el cuerpo con una lentitud desquiciante. Temblando, Holly volvió a pedirle que se diera prisa. Notó que una parte suya se horrorizaba ante el apremio de su deseo. Zachary se rió súbitamente, una risa suave y gutural. Le aflojé las calzas y empezó a quitárselas. Ella se movió con torpeza para facilitarle la tarea y sintió una especie de vértigo cuando él terminó de Sacárselas.

-Di-dime lo que tengo que hacer -le suplicó Holly, nerviosa, consciente de su ignorancia. Aquel encuentro a plena luz del día en medio de la tormenta era completamente distinto de los serenos interludios nocturnos que había compartido con George. Zachary Bronson tenía muchísima experiencia, incluso demasiada, y a ella le parecía imposible satisfacerlo.

-¿Estás preguntándome cómo darme placer? -le dijo tiernamente al oído-. No hace falta ni que lo intentes.

Holly apreté la cara ruborizada contra su hombro, respirando entrecortadamente mientras él le abría más las piernas. Seguían oyéndose truenos, pero el estruendo ya no la sobresaltaba. Todo su ser estaba entregado al hombre que la tenía en sus brazos, al cuerpo duro que tenía debajo, a la mano que con tanta suavidad la tocaba. Zachary le acaricié la cara interna del muslo con las yemas de los dedos, acercándose a la piel más suave de sus partes intimas. Jugó con su sedoso vello púbico, buscando el pliegue secreto de su sexo... La pequeña oquedad se humedeció en cuanto noté el roce de sus dedos. Holly tensé todos los músculos y se quedé suspendida sobre él, temblorosa y atónita. Enterré la frente en su hombro nervudo y gimió diciendo su nombre.

Jamás le habían enseñado nada sobre cómo comportarse en el dormitorio, pero ella y George habían compartido instintivamente la misma dinámica que la mayoría de matrimonios, un caballero le debía a su esposa el mayor respeto en todo momento, incluso en el abrazo conyugal. Él se contenía para no tocarla de formas indecentes y no intentaba enardecer su pasión. Ella tenía que seguir conservando su pureza y, aunque un hombre debía hacer el amor a su amada con amabilidad, jamás debía tocarla ni hablarle lascivamente.

Por lo visto, nadie había informado a Zachary Bronson de aquellos detalles. Le susurraba palabras de amor y lujuria al oído mientras jugaba despiadadamente con ella, acariciándole alrededor del botón oculto entre los pliegues de su sexo. Excitada y envuelta en sudor, Holly se apreté más contra su mano y gritó suavemente cuando él le introdujo un dedo.

Sintió una extraña corriente de placer en todo el cuerpo y empezó a retorcerse, arañándole el hombro, besándole ardientemente en el cuello. Él emitió un sonido gutural y Holly notó que su cuerpo se tensaba de una forma increíble. Despacio, como si temiera asustarla, Zachary retiró la mano y empezó a desabrocharse el pantalón. Holly se estremeció cuando sintió el contacto de su miembro, duro e inflamado. Él le abrió aún más la piernas e indagó en la húmeda abertura.

Holly tembló cuando la penetró, dilatando sus delicadas partes íntimas. Suspiré débilmente.

-¿Te hago daño? -Zachary la estaba mirando, con aquellos ojos tan oscuros como la noche. Empezó a acariciarla, cambiándola de postura, abriéndole más las piernas para estimularle directamente el sensible botón oculto entre el húmedo vello púbico. Aquel instante era tan íntimo que Holly estuvo a punto de llorar. Se relajé para adaptarse a él y la tirantez disminuyó. Súbitamente, ya no sintió dolor, sólo placer. Abandonándose por completo, se abrazó a él, aferrándose a sus caderas con las piernas.

Zachary cerró los ojos y arrugó la frente. La sujeté por la nuca y la atrajo hacia sí, reclamando ávidamente su boca. Le puso la otra mano en las caderas, empujándola hacia si con un ritmo insistente y penetrándola hasta lo más hondo mientras ella se retorcía y se agitaba enfebrecida. No dejaba de besarla, tentándola, devorándola apasionadamente.

Ella intentó deshacerse de la ropa que se interponía entre ellos. Quería acabar de quitarse el vestido y sentir en su piel las piernas desnudas de Zachary en lugar de los pantalones. Notó una tensión voluptuosa en sus entrañas y gimió suplicante. La habla invadido una fiebre extraña y salvaje que la impulsaba a moverse con más ímpetu. Adoraba la textura dura y tersa del cuerpo de Zachary, notarlo dentro, que le tomara los senos con sus manos inmensas mientras la montaba. Entonces, súbitamente, se quedó paralizada; tensé todos los músculos y notó un placer ardiente en sus partes íntimas que se le extendió al resto del cuerpo. Incapaz de moverse, se mordió el labio y gimió cuando sintió una explosión de placer en sus entrañas.

Aunque Holly no comprendía enteramente lo que estaba sucediendo, Zachary sí lo sabía, porque le susurré al oído con suavidad, la acuno en sus brazos y siguió empujando. Ella empezó a temblar y notó deliciosos espasmos en la zona que él estaba invadiendo con tanto ardor. Aquello basté para que Zachary perdiera el control. Se estremeció, suspiré y empujé

por última vez. La sujeté por las nalgas, atrayéndola violentamente hacia sí para penetrarla aún más hondo.

Sintiéndose ebria, Holly se relajé pesadamente sobre su pecho, mientras el lugar por el que estaban unidos seguía candente y latiéndole. Quería reír y llorar al mismo tiempo, y acabó suspirando para aliviar la tensión. Zachary le acaricié la espalda desnuda y ella apreté la mejilla contra su hombro.

-Esto jamás te había sucedido con tu esposo -susurré él. Era una afirmación, no una pregunta.

Holly asintió perpleja y maravillada. Era difícil creer que pudieran tener una conversación en aquella postura~ mientras Holly notaba su calor dentro de ella. Pero afuera la tormenta seguía arreciando, envolviéndolos íntimamente en la oscuridad, y se oyó responder como si estuviera bajo los efectos de las drogas.

-Me gustaba hacer el amor con George... Siempre era agradable. Pero hubo cosas que él nunca... y yo no... porque no está bien, ¿sabes?

-¿Que es lo que no está bien? ~Zachary le quité algunas horquillas del pelo y el resplandeciente cabello castaño se derramé como una cortina sobre su espalda desnuda.

Holly habló despacio, escogiendo las palabras.

-La mujer debería amansar la animalidad del hombre, no enarde cerla. Ya te he dicho que el acto sexual debería ser...

-Una elevada expresión de amor -dijo él, jugando con su cabello-. Una comunión de almas.

Holly se quedó sorprendida de que aún lo recordara.

-No debería ensucíarse con la lascivia.

Zachary tenía la boca apoyada en la cabeza de *Holly,* y ella lo notó sonreír.

-No veo nada malo en un poco de lascivia de vez en cuando.

-Ya me lo imaginaba -dijo ella, sonriendo con la cara hundida en el espeso vello de su pecho.

-Entonces, debes de pensar que estás empezando a degenerar -musitó él. *Y* ella dejé de sonreír.

-Acabo de tener relaciones ilícitas con mi patrón en la glorieta. No creo que nadie lo considerara una conducta intachable. -Intentó apartarse de él, sofocando un grito cuando su largo miembro se deslizó fuera de ella. Sintió una vergüenza insoportable al ver lo mojados que tenía los muslos y buscó algo con que limpiárselos Zachary recogió la chaqueta del suelo y, por una vez, encontró un pañuelo. Se lo dio, y hablé con naturalidad y ternura.

-Es la primera vez que veo a una mujer ponerse roja de la cabeza a los pies.

Mirándose el cuerpo, Holly vio que su piel había adoptado varios matices de rosa. Quitándole el pañuelo, se aparté lo más posible mientras se limpiaba.

-No puedo creer lo que he hecho -dijo en voz baja.

-Recordaré esta tarde durante el resto de mi vida -respondió Zachary~. *Voy* a recubrir esta glorieta de oro y pondré una placa sobre la puerta.

Holly lo miró, aterrorizada de que pudiera estar hablando en serio, y vio su mirada risueña.

-Oh, ¿cómo puedes bromear sobre esto? -Se aparté y tiró del vestido, que tenía arrugado en la cintura.

-Espera, estáte quieta. Con destreza, Zachary le subió las prendas interiores, le abroché el corsé y le ayudé a meter los brazos en las mangas. Percatarse de que Zachary tenía tanta

experiencia en prendas femeninas fue descorazonador para Holly. Seguro que se habría citado allí con muchas amantes... Ella era la última de una lista larguísima.

-Zachary... -empezó a decir, cerrando los ojos mientras él le levantaba el cabello con una mano y posaba la boca en su cuello. Le acaricié la piel con sus labios sedosos, poniéndole la carne de gallina. Ella suspiré desesperada y se apoyé en su robusto pecho-. Me horroriza mi debilidad de carácter contigo -dijo-. Seguro que ya te lo habrán dicho otras mujeres antes que yo.

-Yo no recuerdo a ninguna -dijo él.

Holly se rió con incredulidad, pero Zachary la cambió de postura para tenerla frente a él, recorriéndole posesisavemente con las manos la cintura, la espalda ylos costados.

-Lo que acabamos de compartir, Holly... no sé si ha sido una comunión de almas, pero es lo más cerca de eso que yo voy a estar jamás.

-Ha sido un instante fuera del tiempo. -Holly mantuvo la mirada fija en el pecho desnudo de él; la mano, por iniciativa propia, le acaricié los músculos duros y lustrosos, la gruesa alfombra de vello-. No ha tenido nada que ver con la vida real. Yo no deberla.., es que... quería estar contigo al menos una vez. Lo deseaba tanto que lo demás me daba igual.

-Y ahora, ¿crees que vamos a seguir como si nada hubiera pasado?-le preguntó él con incredulidad.

Holly tragó saliva y sacudió la cabeza, conteniéndose para no acurrucarse contra su cuerpo semidesnudo y llorar como una niña.

-Bueno, no, por supuesto que no. No... no puedo quedarme después de esto.

-Holly, amor mío, no es posible que creas que voy a dejarte marchar. -Zachary la atrajo hacia sí, cubriéndola de besos.

Holly no supo hasta entonces que la alegría y el dolor pudieran mezclarse de aquella forma. Se aferré a él y se permitió responder brevemente, besándolo con feroz adoración, abrazándolo estrechamente por todas las veces que no podría tenerlo en sus brazos. Al final, se aparté de él y se quedó de pie, tirando del vestido arrugado hasta ponérselo. Se puso a buscar los zapatos, hallando uno en el centro de la glorieta y el otro debajo de un banco. Zachary la siguió, recogiendo su ropa y vistiéndose.

Suspirando, Holly miró por la ventana salpicada de gotas de lluvia y davó la mirada en algún punto distante, donde los altos setos se difuminaban.

-Yo ya sabía que tendría que irme -dijo, dándole la espalda a Zachary-. Ahora, después de esto, es evidente que no puedo vivir bajo el mismo techo que tú.

-No quiero que te vayas.

-Mis sentimientos hacia ti no cambian lo que debo hacer. Ya te he explicado por qué.

Bronson guardó silencio durante un largo minuto, asimilando el significado de sus palabras.

-Sigues pensando en casarte con Ravenh-dijo en tono neutro-. Incluso ahora.

-No, no es eso. -Holly sintió mucho frío. El ardor de su encuentro la estaba abandonando al fin. Intentó examinar sus alternativas, pero todas la dejaban vacía y le producían un extraño temor. Retomar los hábitos de toda una vida, seguir el camino que habían elegido para ella, primero su padre y luego George, le parecía lo más natural~. No sé qué va a pasar con Ravenhill. Ni siquiera sé si él aún me aceptará.

claro que lo hará. -Zachary la hizo volverse para que estuvieran cara a cara. Era inmenso y oscuro, y la miraba con una especie de finja resignada-... He tenido que luchar por todo lo que he conseguido.

Pero no lucharé por ti. Vendrás a mí por voluntad propia. Estaría perdido si té intimidara o te suplicara que me aceptes. Supongo que, en opinión de la clase alta, un Ravenh III bien

vale cien Bronsons. Nadie te culpará por casarte con él, sobre todo cuando se sepa que George deseaba ese matrimomo. Y es posible que incluso seas feliz durante un tiempo. Pero un día te darás cuenta de que fue un error, cuando sea demasiado tarde para que cualquiera de los dos podamos hacer nada.

Holly palideció, pero consiguió responder sin perder la calma.

-Nuestro acuerdo... Te devolveré el dinero...

-Guárdalo para Rose. Es absurdo reducir su cuenta a la mitad sólo porque su madre es una cobarde.

Holly bajó los ojos llorosos y se quedó mirándole el tercer botón de la camisa.

-Ahora estás siendo cruel -susurró.

-Creo que podría ser un caballero en casi todo, salvo en perderte. No esperes que me lo tome con elegancia, Holly.

Enjugándose las lágrimas, Holly consiguió susurrar una última cosa.

-Quiero regresar a la casa.

A pesar del abrigo de Zachary y el paraguas~ Holly estaba empapada cuando llegaron. Zachary la guié por las cristaleras que conectaban con una galería llena de esculturas. Debido a los dibujos que la lluvia había dejado en la ventana, el espacio rectangular alternaba las sombras con zonas de luz plateada. Las estatuas estaban surcadas por regueros grises. Empapado~ con el cabello pegado a la cabeza, Zachary miró a la obstinada mujer que tenía ante él. Estaba temblando y rígida~ tan distante a causa de sus obligaciones y promesas que podrían haber estado separados por un muro de granito.

Los mechones castaños estaban empapados y se le pegaban a la cara, pálida y pequeña, dándole el aspecto de una sirena triste. Él anhelaba llevársela arriba para quitarle la ropa fría y mojada, y calentarla junto al fuego, y luego con su cuerpo.

-Hablaré con tu madre y tu hermana mañana -dijo Holly con un temblor en la voz-. Les diré que mi labor aquí ha finalizado y que no hay razón para que me quede. Rose, Maude y yo habremos hecho el equipaje y nos habremos marchado a final de esta semana.

-Me marcho a Durham mañana -musité Zachary-. Ardería en el infierno antes que tener que verte partir mientras finjo que te deseo lo mejor y que no ha pasado nada entre nosotros.

-Sí, naturalmente. -La tenía delante, diminuta y rígida. Estaba distante, herida, arrepentida~ hermética, y profundamente enamorada de él. A Zachary le enfurecía que, para ella, el honor y el sentido común fueran más importantes que él. Holly intenté devolverle la mirada, y él percibió desconcierto y miedo en sus ojos. Le daba miedo confiar en que ellos dos pudieran tener un futuro. Zachary sabía cómo persuadir a los demás para que hicieran cosas que no deseaban, pero con ella no iba a recurrir a aquellas tácticas. Holly tendría que elegirlo a él por voluntad propia y era evidente que jamás haría una cosa semejante.

Amargado por la sensación de derrota, Zachary quiso súbitamente alejarse de ella, antes de hacer o decir algo que los dos lamentaran para siempre.

-Sólo una cosa más -dijo con un tono de voz mucho más áspero e lo que habla pretendido-. Si me dejas ahora, no vuelvas. No doy segundas oportunidades.

Ella se echó a llorar y retrocedió con brusquedad.

-Lo siento -susurré, y salió corriendo.

14

-No lo entiendo -dijo Elizabeth apesadumbrada-. ¿Es por algo que yo haya hecho... o es que ha acabado dejándome por imposible? Me aplicaré más, señora. Lo prometo...

-No tiene nada que ver con usted -le aseguré Holly, asiéndole firmemente la mano. Después de haberse pasado la noche en vela, se había levantado con los ojos legañosos, más resuelta que nunca a no dar marcha atrás. Tenía que hacerlo, antes de estropear aún más las cosas. Su propio cuerpo se le hacía extraño, invadido aún por las sensaciones que había sentido en el encuentro del día anterior en la glorieta. Hasta el momento, no había sabido lo placentero que era fornicar, no comprendía su poder para arruinar la vida a las personas, destruir familias y disolver los votos sagrados. Había descubierto por qué los hombres y las mujeres tenían aventuras, y por qué lo arriesgaban todo por ellas.

George no habría reconocido a su esposa, amorosa y virtuosa, en la mujer que se había entregado a Zachary Bronson. George se habría horrorizado al ver en lo que se había convertido. Avergonzada y llena de aprensión, Holly le había pedido a Maude que empezara a hacer el equipaje cuanto antes. Había intentado explicarle a Rose, con la mayor suavidad posible, que ya era hora de que regresaran con los Taylor, y, naturalmente, la noticia había trastornado a la niña.

~Pero si aquí estoy muy bien! -había gritado Rose enojada. Los ojos castaños se le habían inundado de lágrimas-. Quiero quedarme, mamá. ¡Iros tú y Maude, y yo me quedo aquí!

-Éste no es nuestro sitio, Rose -había respondido Holly-. Sabes perfectamente que no pensábamos quedarnos para siempre.

-Dijiste que nos quedaríamos un año -le rebatió Rose, recogiendo a Magdalena del suelo y abrazándola con todas sus fuerzas-. No hace un año, y aún falta mucho, y tú tenIas que enseñarle modales al señor Bronson.

-Ya le he enseñado todo lo que tenía que enseñarle -dijo Holly con firmeza-. Ahora, deja de dar el espectáculo, Rose. Comprendo que estés triste, y me duele terribleménte, pero no debes importunar a los Bronson con esto.

Cuando Rose se hubo marchado corriendo a algún rincón de la casa, Hoily habla hecho el esfuerzo de pedirles a Paula y a Elizabeth que se reunieran con ella en el saloncito después del desayuno. No era fácil decirles que iba a marcharse dentro de un par de días. Para su sorpresa, se dio cuenta de que las echaría en falta más de lo que jamás habría imaginado.

-Debe de haber sido Zach -exclamó la muchacha~. Últimamente está insoportable, tan malhumorado como un oso herido. ¿Ha sido grosero con usted? ¿Es esto por su culpa? Iría a verlo ahora mismo y lo haría entrar en razón...

-Calla, Lizzie. -Paula miró a Holly con ternura-. No vas a re~ solver nada suifurándote y haciéndole lás cosas más difíciles a lady Holly. Si desea marcharse, se marchará con nuestro afecto y gratitud. No vamos a corresponder a toda su amabilidad atormentándola.

-Gracias, señora Bronson -susurré HoIIy, incapaz de mirar a los ojos a la madre de su amante. Tenía la horrible sospecha de que Paula, con su gran intuición, habla adivinado lo que había sucedido entre ella y Zachary.

-Pero yo no quiero que se marche -dijo Elizabeth con obstinación-. Voy a añorarla muchísimo... Es la mejor amiga que he tenido jamás, y... Oh, ¿qué haré yo sin mi Rose?

-Seguirá viéndonos. -Holly le sonrió afectuosamente, a punto de llorar-. Seguiremos siendo amigas, Lizzie, y está invitada a visitarnos a mí y.a Rose siempre que lo desee. -Embargada por la emoción, Holly se levantó y se retorció nerviosamente las manos-. Si me perdonan, tengo muchas cosas que hacer...

Se marchó a toda prisa, antes de que pudieran verla llorar, y las dos mujeres empezaron a hablar acaloradamente justo cuando ella alcanzaba el umbral.

-¿Ha tenido lady Holly alguna disputa con Zach? -oyó preguntar a Elizabeth-. ¿Es ése el motivo de que a él no se le vea el pelo y de que ella se vaya?

-No es tan sencillo, Lizzie... -fue la cauta respuesta de Paula.

No, no era nada sencillo.

Holly intentó imaginarse cómo seria casarse con Zachary, convertirse en su mujer y llevar su ostentoso y vertiginoso estilo de vida. Dejar atrás todo lo que ella conocía... Convertirse en una mujer distinta, en definitiva. Holly sufría amargamente, lo deseaba con todo su ser, pero cuando se imaginaba con él había algo que la confundía y la helaba por dentro. Buscaba a ciegas el motivo de esa sensación, para dar sentido a sus miedos, pero la verdad se le escapaba.

Zachary jamás había aceptado la derrota hasta entonces. La había tolerado en pequeñas dosis, tal vez, sabiendo que a largo plazo siempre iba a conseguir lo que quería. Pero nunca lo habían vencido de verdad; no sabía lo que en realidad significaba perder. Aquel sentimiento lo volvía cruel e inconstante. Quería matar a alguien. Quería llorar. Por encima de todo, quería reírse de sí mismo por ser tan estúpido. En las absurdas historias que Holly leía algunas tardes en voz alta sobre los griegos y sus dioses enamoradizos y caprichosos, los mortales siempre eran castigados por apuntar demasiado alto. Soberbia, había explicado Holly en una ocasión. Demasiado orgullo y ambición.

Zachary sabía que había pecado de soberbia y que le había llegado la hora de pagar por ello. Jamás debería haberse permitido amar a una mujer que evidentemente no estaba hecha para él. Lo que más lo atormentaba era la sospecha de que aún fuera posible conseguirla, si la intimidaba, la atormentaba y la sobornaba. Pero no le haría aquello, ni se lo haría a él.

~Quería que ella lo amara tan voluntaria y felizmente como había amado a George. La mayoría de las personas habrían encontrado aquella idea ridícula. Incluso a él se lo parecía. ¿Qué debía de pensar Holly cuando lo comparaba con su santo esposo? Zachary era un canalla, un oportunista, un aprovechado sin modales; todo lo contrario de un caballero. Sin duda, Ravenhill era la elección correcta, la Única, si ella deseaba una vida similar a la que había tenido con George.

Frunciendo el entrecejo, Zachary fue a la biblioteca en busca de unos archivos y cartas que pensaba llevarse a Durham. En el piso de arriba habia mucho movimiento. Maude y las sirvientas estaban metiendo ropa y objetos personales en baúles y maletas, y el ayudante de cámara de Zachary doblaba los trajes y las pajaritas para su viaje. Zachary no soportaría ver a Holly marchándose de su casa. Él se iría primero.

Al llegar al escritorio, empezó a rebuscar entre los montones de papel sin advertir, al principio, la presencia de otra persona. Zachary oyó un gritito proveniente de su mullido sillón de piel y se volvió bruscamente sobre sus talones, intrigado.

Rose estaba sentada en el sillón con Magdalena, las dos prácticamente hundidas en el mullido asiento. Con el corazón en un puño, Zachary vio que la niña tenía la cara sucia y enrojecida, y que necesitaba que le Sonaran la nariz.

Parecía que las Taylor siempre necesitaban un pañuelo. Maldiciendo para sus adentros, Zachary buscó uno en la chaqueta, pero no lo encontré. Se aflojé la corbata de lino, se la quitó de un tirón y se la puso a Rose en la nariz.

-Suénate -musité, y ella lo obedeció gustosa. Se rió; era evidente que la novedad de usar una corbata para sonarse la nariz la divertía.

Está siendo un tonto, señor Bronson!

Zachary se puso en cuchillas delante de ella, la miró a los ojos y le sonrió con afecto.

-¿Qué te ocurre, princesa? -preguntó con suavidad, aunque ya lo sabía.

Rose se lo explicó de buen grado.

-Mamá dice que tenemos que irnos. Vamos a vivir otra vez en la casa de mi tío, y... y yo quiero quedarme aquí. -Arrugó la carita apesadumbrada, y Zachary estuvo a punto de perder el equilibrio al notar un golpe invisible en el pecho. Pánico.., amor.., y angustia. Aunque despedirse de Holly no habría acabado por completo con él, aquél iba a ser el golpe de gracia. Durante aquellos meses, él había tomado afecto a aquella niña tan encantadora, con sus manitas pringadas de azúcar, su cordel de botones, sus largos cabellos enmarañados y sus ojos castaños, tan parecidos a los de su madre. Ya no harían más tés juntos, ni se sentarían en el saloncito delante de la chimenea para contarse cuentos de conejitos y coles, dragones y princesas, ya no la llevaría de la manita que tan confiadamente le tendía.

-Dígale a mamá que debemos quedarnos con usted -le ordené Rose-. Usted puede hacer que se quede, ¡sé qué puede!

-Tú madre sabe lo que es mejor para ti -murmuré Zachary, sonriendo levemente, aunque por dentro se sentía morir-. Sé una buena chicay haz lo que te dice.

-Yo soy siempre una buena chica -dijo Rose, y empezó otra vez a lloriquear-. Oh, señor Bronson... ¿qué les pasará a mis juguetes?

-Te los enviaré todos a casa de los Taylor.

-No cabrán. -Con una manita rolliza, se limpié una lágrima que le rodaba por la mejilla-. La casa es mucho, muchísimo más pequeña que la suya.

-Rose... -Zachary suspiré y le apoyé la cabecita en su hombro, cubriéndola con su mano inmensa. Ella se acurrucó contra él, dándole palmaditas en la áspera mandíbula. Al cabo de un rato, se aparté.

-¡Está aplastando a Magdalena!

-Lo siento -dijo él contrito, enderezándole el sombrerito azul a la muñeca.

-¿Volveré a verlos a usted y a Lizzie? -preguntó Rose con tristeza.

Zachary fue incapaz de mentirle.

-No muy a menudo, me temo.

-Van a añorarme un montón -dijo ella, suspirando hondo, y empezó a buscar algo en el bolsillo de su delantal.

Zachary notó una extraña sensación en los ojos. Se le habían empañado y le escocían, sin que él pudiera hacer nada para evitarlo.

-Todos los días, princesa.

Rose sacó un objeto pequeño del bolsillo y se lo entregó.

-Es para usted -dijo-. Es mi botón del perfume. Cuando se ponga triste, puede olerlo y se sentirá mejor. A mí siempre me funciona.

-Princesa -dijo Zachary, hablando en voz baja para que no se le quebrara-. No puedo quedarme con tu botón favorito. -Intentó devolvérselo, pero ella le aparté la mano.

-Lo necesita -dijo la niña con obstinación-. Quédeselo, señor Bronson. Y no lo pierda.

-Está bien. -Zachary cerró la mano y bajó la cabeza, intentando contenerse. «Aquello era culpa suya -pensó-. Había hecho lo indecible para conseguir que lady Holland Taylor viviera en su casa. Pero jamás había anticipado las consecuencias. Ojalá hubiera sabido...»

-¿Va a llorar, señor Bronson? -preguntó la niña preocupada, poniendose junto a sus rodillas y mirándole la cara vuelta hacia abajo.

Zachary consiguió sonreírle.

-Sólo un poquito, por dentro -dijo con voz ronca. Notó su manita en la mejilla y se quedó paralizado cuando lo besó en la nariz.

-Adiós, señor Bronson -susurré, y se marchó arrastrando tristemente el cordel de los botones.

Aún era por la mañana cuando el carruaje de Zachary estuvo al fin listo para partir. No había nada que lo retuviera en su casa. Nada salvo su corazón atormentado. Sopesando todo lo que él y Holly se habían dicho, se dio cuenta de que no ganarían nada con seguir hablando de ello. Habían puesto las cartas sobre la mesa, y Holly se irla o se quedaría en función de lo que le dictaran sus deseos, sin que él se inmiscuyera.

No obstante, aún quedaba un asunto pendiente. Tras comprobar que Holly se había llevado a Rose al jardín, Zachary subió a su dormitorio. Maude, la doncella rubia, estaba allí, con un montón de ropa doblada en los brazos, haciendo viajes del ropero a la cama. Se sobresalté un poco al verlo en el umbral.

-¿Se-señor? -preguntó con cautela, colocando la ropa doblada en una esquina del baúl.

-Tengo que pedirle algo -dijo Zachary con brusquedad.

Claramente intrigada, Maude se volvió para ponerse delante de él. Zachary notó que estaba incómoda por hallarse a solas con él en la misma habttacion. Precisamente aquella habitación, con la ropa y las pertenencias de Holly por todas partes. En la cama había un montón de objetos: un cepillo de pelo, un juego de peines, una caja de marfil, un pequeño marco guardado en un estuche de piel. Zachary no habría reparado en el marco si Maude no hubiera intentado ocultarlo discretamente cuando él se acercó.

-¿Hay algo que pueda hacer por usted, señor? -preguntó la doncella incómoda-. Algo que pueda traerle, arreglarle o...

-No, no es nada de eso. -Posó la mirada en el estuche de piel~. ¿Qué es eso?

-Oh, es... bueno, algo personal de lady Holly, y... señor, a ella no le gustaría que usted... -Maude protestó consternada cuando Zachary lo examino.

-¿Es una miniatura? -preguntó, sacando hábilmente el objeto que había dentro del estuche.

-Sí, señor, pero... no debería, en serio... Oh, Dios mío. -Maude se sonrojé y suspiré con evidente malestar cuando él miró el retrato.

-George -dijo Zachary en voz baja. Nunca había visto una imagen de aquel hombre, jamás había querido hacerlo. Era lógico que Holly tuviera un retrato de su difunto esposo, por Rose y no sólo por ella. No obstante, Zachary jamás le había pedido que le enseñara un retrato de George Taylor y, desde luego, Holly nunca lo habría hecho por iniciativa propia. Aunque Zachary había imaginado que tal vez sentiría odio al ver el rostro de Taylor, cuando miró la miniatura le sorprendió la lástima que le inspiré.

Siempre habla pensado en George como en alguien de su edad, pero su rostro era jovencísimo~ con ralas patillas casi inexistentes. Zachary se sorprendió al caer en la cuenta de que Taylor no podía tener más de veinticuatro años al morir, casi diez años más joven de lo que él era. Holly había sido cortejada y amada por aquel apuesto muchacho que tenía los cabellos rubios, los ojos azules y cristalinos, y una sonrisa traviesa. George había muerto sin apenas haber saboreado la vida, dejando viuda a una joven que era incluso más inocente que él.

Por mucho que lo jntentara, Zachary no podía culpar a George Taylot por intentar proteger a Holly, por dejarlo todo dispuesto para ella, por asegurarse de que cuidarían de su hija. Sin duda, pensar que los Zachary Bronson del mundo podrían seducir y hacer sufrir a su esposa debió de angustiarlo mucho.

-Maldita sea -susurré Zachary, metiendo la miniatura en el estuche de piel. Frunciendo el entrecejo, dejó el objeto en la cama.

Maude lo miró con aprensión.

-¿Hay algo que pueda hacer por usted, señor?

Zachary asintió y rebuscó en el interior de la chaqueta.

-Quieto que te quedes con esto -musité, sacando una bolsita llena de monedas de oro. Para una sirvienta de la posición de Maude, era una fortuna-. Acéptalo y prométeme que si lady Holland necesita algo alguna vez, me avisarás.

La doncella se quedó atónita. Tomó la bolsa, la sopesé en la mano y lo miró con los ojos muy abiertos.

-No necesita pagarme para que lo haga, señor.

-Acéptelo -insistió él con brusquedad.

Maude sonrió a regañadientes y se metió la bolsa en el bolsillo del delantal.

-Ha sido un buen amo, señor. No se preocupe por lady Holland ni por la señorita Rose. Las servjré lealmente, y le avisaré si hay problemas.

-Bien -dijo él, y se volvió para marcharse. Se detuvo y la miró para hacerle una última pregunta. ¿Por qué has intentado ocultarme la miniatura, Maude?

Ella se ruborizó un poco, pero lo miró con franqueza al responderle.

-Deseaba ahorrarle el mal trago, señor. Sé lo que siente por lady Holland, ¿sabe?

-¿Ah, sí? -dijo él en tono neutro.

La doncella asintió con vigor.

-Es una dama dulce y encantadora, y habría que tener el corazón de piedra para no fijarse en ella. -Maude bajó la voz y adopté un tono confldencial Entre usted y yo, señor, creo que si mi señora fuera libre para elegir por sí misma, es posible que se hubiera quedado con usted. Salta a la vista que la tiene encandilada. Pero el señor George se llevé casi todo su corazón a la tumba con él.

-¿Mira la miniatura a menudo? -pregunté Zachary, imperturbable.

Maude entorné los ojos mientras pensaba.

-No tan a menudo desde que vinimos a vivir a su casa, señor. Por lo que *sé,* no la ha sacado desde hace un mes más o menos. Caramba, *hasta* tenía un poco de polvo.

Por alguna razón, la información le reconforté.

-Le deseo buena suerte, señor -dijo la doncella en voz baja.

A su regreso del jardín, Holly fue a su habitación y se encontré a Maude ordenando una pila de medias cuidadosamente dobladas.

-Qué adelantada vas, Maude -comenté con una débil Sonrisa.

-Sí, señora. Y lo estaría más si el señor no hubiera venido a la habitación y me hubiera interrumpido. -Lo dijo como si tal cosa, y prosiguió con sus ocupaciones.

Holly noté que la mandíbula sele desencajaba.

-¿Ah, sí? -preguntó débilmente-. ¿Para qué? ¿Me buscaba?

-No, señora, sólo me ha pedido que cuidara de usted y de la señorita Rose, y yo le he prometido que lo haría.

-Oh. -Holly recogió una enagua de lino e intenté doblarla, pero terminó estrujándola contra su pecho-. Qué amable por su parte -susurro.

Maude la miré divertida y con cierta lástima.

-No creo que haya sido amabilidad lo que lo ha impulsado a hacerlo, señora. Parecía tan enamorado como un muchachito imberbe. De hecho, tenía exactamente la misma expresión que usted tiene en este momento. -Viendo el desastre que Holly estaba haciendo con la enagua recién planchada, Maude se echó a reír y acudió en su rescate.

Holly solté la prenda sin protestar.

-¿Tienes idea de dónde puede estar ahora el señor Bronson, Maude?

-De camino a Durham, diría yo. No parecía muy dispuesto a entretenerse, señora.

Holly fue corriendo a la ventana para ver la entrada de la casa. Gimié angustiada cuando vio el inmenso carruaje negro de Bronson alejándose por el camino flanqueado de árboles que conducía a la carretera. Apoyé una mano en la ventana, apretando la palma contra el frescor del cristal. La boca le temblé violentamente e intentó contenerse.

«Se había ido -pensó-, y ella lo haría pronto. Era lo más conveniente. Estaba haciendo lo correcto para ella, y también para él. Era mejor que él se casara con una muchacha joven e intacta, con quien pudiera vivirlo todo por primera vez: los primeros votos, la primera noche de bodas, el primer hijo...

«Y en lo que a ella respectaba, sabía muy bien que en cuanto regresara con los Taylor, su destino podría perfectamente ser quedarse con ellos durante el resto de su vida. No tenía la intención de obligar a Ravenhill a cumplir su promesa de casarse con ella; no era justo negarle la oportunidad de que encontrara a alguien a quien amara de verdad.»

-Vuelvo al principio -susurré Holly con una sonrisa vacilante, pensando en cómo sería retomar la vida con la familia de su esposo. Aunque estaba más triste, era un poco más sabia y ya no estaba tan segura de su infalibilidad moral.

Siguió el carruaje con la mirada hasta que alcanzó el final del camino y pareció que la espesura lo engullía.

-Todo lo que necesita es un poco de tiempo, señora -oyó que Maude decía detrás de ella para intentar animarla-. Como usted ya sabe, el tiempo lo cura casi todo.

Holly tragó saliva y asintió sin decir nada, pero sabía que esta vez su doncella se equivocaba. Por mucho tiempo que pasara, la pasión, aquella necesidad de cuerpo y alma, que sentía por Zachary Bronson jamás se de bilitarla.

15

Los Taylor recibieron a Holly como a la hija pródiga. Hubo comentarios, naturalmente, pues ninguno de ellos podía resistirse a expresarle la opinión colectiva .de que marcharse había sido un grave error. Se había ido con una reputación sólida e intachable, y contando con la admiración y el respeto de todo su círculo de amistades, y había regresado desprestigiada. Económicamente, su asociación con Zachary había sido muy beneficiosa, pero había caído moral y socialmente.

A Holly no le importaba. Los Taylor podrían protegerla de algunos, si no de todos, los obstáculos con los que se toparía en su camino. Y cuando Rose tuviera dieciocho años y poseyera una cuantiosa dote, tendría muchos pretendientes~ y el escándalo que había rodeado a su madre haría ya tiempo que se habría olvidado.

Holly no hizo ningún intento de ponerse en contacto con Ravenhill, sabiendo que los rumores de su nuevo paradero le llegarían enseguida. Él fue a visitarla cuando ella llevaba apenas una semana instalada en casa de los Taylor, y Thomas, William y sus esposas lo recibieron de muy buen grado. Alto, rubio y bien parecido~ Ravenhill parecía un caballero que acudía en rescate de una damisela en peligro. Cuando Holly se unió a él en el serio salón donde los Taylor recibían las visitas, tenía la intención de decirle que no necesitaba que la rescataran. No obstante, él enseguida le hizo saber con su habitual franqueza que los últimos deseos de George eran también los suyos.

-Así que has abandonado ese nido de perversión -comenté Ravenhill. Tenía la expresión seria, salvo el brillo burlón de sus ojos grises.

Holly no pudo contener una repentina risa, porque su irreverencia la habla sorprendido.

-Debes andarte con cuidado en tu asociación conmigo -le advirtió alegremente. Tu reputación puede salir perjudicada.

-Después de mis correrías por Europa durante estos tres últimos anos, te aseguro que no me queda ni una pizca de reputación por salvar.

-Ravenhill pareció dulcificarse cuando Holly le sonrió-. No te culpo por irte a vivir con los Bronson -dijo-. ¿Cómo podría, silo hiciste por mi culpa? Yo deberla haber estado aquí hace años, para hacerme cargo de ti, tal y como le prometí a George.

-Vardon, con respecto a la promesa... -Holly se quedó callada y lo miró indecisa, ruborizándose mientras intentaba hallar las palabras justas.

-¿Sí? -le preguntó él con suavidad.

-Sé que acordamos hablar de ello -dijo ella, incómoda-, pero ahora creo que... no hay necesidad... Después de todo, tú y yo...

Ravenhill la hizo callar, poniéndole sus largos dedos en los labios con mucha suavidad. Atónita, Holly no se movió cuando él le tomó las manos con afecto y decisión.

-Piensa en un matrimonio entre amigos íntimos -dijo- que han acordado comunicarse siempre honestamente entre ellos. Una pareja que posee los mismos ideales e intereses. Nos gusta estar en compañía del otro y nos tratamos con respeto. Eso es lo que yo quiero. No veo por qué no podemos tenerlo juntos.

-Pero tú no me amas, Vardon. Y yo no....

-Quiero darte la protección de mi apellido -la interrumpió él.

-Pero eso no basta para acallar el escándalo y los rumores...

-Es mejor que lo que tienes ahora -señaló él con buen criterio-. Ademas, te equivocas en una cosa. Yo te amo. Te conozco desde antes de que tú y George os casarais. Jamás he respe-

tado ni apreciado a ninguna mujer como a ti. Es más, creo que un matrimonio entre amigos es la mejor unión que existe.

Holly comprendió que Ravenhill no se refería a la clase de amor que ella había vivido con George. Ni tampoco estaba ofreciéndole la apasionada relación que ella había tenido con Zachary Bronson. Aquél era realmente un matrimonio de conveniencia, una unión que colmaría sus necesidades y satisfaría la última petición de George.

-¿Y si eso no te basta? -le preguntó Holly en voz baja-. Conocerás a alguien, Vardon... Podría ocurrir semanas después de que nos casáramos, o años, pero sucederá algún día. Una mujer por la que estarías dispuesto a morir. Y querrás estar con ella desesperadamente, y yo no sería más que una carga para ti.

Él sacudió la cabeza de inmediato.

-Yo no soy así, Holly. No creo que exista una sola persona o un solo amor verdadero para cada uno de nosotros. He tenido aventuras, llevo tres años teniéndolas, y estoy harto de tantas payasadas, tanta obsesión, éxtasis y melancolía. Quiero paz. -Ravenhill sonrió con sarcasmo-. Quiero ser un hombre casado respetable, aunque Dios sabe que jamás me habría imaginado diciendo una cosa así.

-Vardon... -Holly miró el brocado del sofá, pasando un dedo por la cenefa de flores de lis doradas y rojas-. No me has preguntado por qué he dejado de trabajar para Bronson con tanta brusquedad.

Hubo un largo silencio antes de que él respondiera.

-¿Quieres contármelo? -No parecía especialmente impaciente por saber la respuesta.

Holly hizo un ademán negativo con la cabeza y se rió con nerviosismo.

-No realmente. Pero a la luz de tu proposición, me siento obligada a confesar algo. No quiero mentirte y...

-No necesito escuchar tu confesión, Holly. -Ravenhill le tomó la mano y le dio un apretón que la reconforté. Esperé hasta que ella fue capaz de mirarle a los ojos, que reflejaban remordimiento y pesar-. No quiero oírla -continué-, porque entonces tendría que confesarme yo. No es necesario, ni práctico. Así que guárdate tu pasado y yo me guardaré el mío. A todo el mundo se le permite tener un secreto o dos.

Holly notó una oleada de afecto hacia él. Cualquier mujer sería afortunada de tener un esposo así. Era incluso capaz de imaginarse un matrimonio entre los dos. Serían algo más que amigos, aunque bastante menos que amantes. Pero la situación se le hacía extraña y artificial, y frunció el entrecejo mientras lo miraba.

-Quiero hacer lo correcto; ojalá supiera lo que es -dijo.

-¿Qué crees tú?

-No lo sé -confesó ella, y Ravenhill se rió suavemente.

-Entonces, deja que te corteje durante un tiempo. Podemos darnos un margen. Esperaré hasta que tú estés convencida de que ésta es la mejor opción para los dos. -Ravenhill guardó silencio y, tomándole las manos, se las colocó en sus hombros, sonriéndole levemente, como si la desafiara a que no las retirara. Holly las dejó donde estaban, aunque el corazón empezó a palpitarle cuando se dio cuenta de lo que iba a hacer.

Ravenhsll se acercó y le dio un suave beso en los labios que duró sólo unos instantes. No habla nada apremiante en aquel beso, pero Holly percibió su dilatada experiencia sexual y su gran aplomo. Se preguntó si George habría sido como él al hacerse maduro, si habría adquirido su desenvoltura, si sus ojos estarían también surcados por patas de gallo, si su figura desgarbada habría adquirido la misma solidez y fuerza que la de Ravenhjll.

Ravenhiil se retiró. Siguió sonriéndole cuando Holly se apresuró a retirarle las manos.

-¿Puedo verte mañana por la mañana? -preguntó-. Iremos a cabalgar por el parque.

-Está bien -susurró ella. Holly estaba sumida en un mar de dudas y se despidió de él mecánicamente. Por fortuna, Ravenhill no cedió ante la insistencia de los Taybr para que se quedara a cenar, y dedicó a Holly una Sonrisa irónica que expresaba su opinión sobre la evidente intromisión de los parientes de George.

Olinda, la esposa de Thomas, una mujer elegante, alta y rubia, se acercó a Holly mientras estaba en el recibidor.

-Qué guapo es lord Blake -exclamó en tono de admiración~. Cuando George vivía, pasaba desapercibido, pero ahora que ya no es su sombra... -De repente, dándose cuenta de que la observación podía ser ofensiva, se quedó callada.

-Continúa siendo la sombra de George -dijo Holly en voz baja. Después de todo, ¿no era George quien habla creado aquella situación? Todo estaba saliendo como él había planeado. Aquel pensamiento debería de haberla reconfortado, pero sólo consiguió irritarla y enojarla.

-Bueno -dijo Olinda pensativa~. Supongo que para ti cualquier hombre es inferior a George. Era tan extraordinario en todos los sentidos. Nadie podría eclipsarlo.

Hubo un tiempo, no muy lejano, en el que Holly habría estado automáticamente de acuerdo con ella. En esos momentos, no obstante, se mordió los labios y guardó silencio.

Aquella noche le costó conciliar el sueño. Cuando finalmente lo consiguió, fue ligero e inquieto, y la acosaron sueños muy vívidos. Andaba por un jardín de rosas, la gravilla crujía bajo sus pies y la intensa luz del sol la obligaba a entornar los Ójos. Hechizada por las exuberantes rosas rojas que la rodeaban, se acercó a una, acunó en las manos sus pétalos aterciopelados y se inclinó pali oler su fragancia. Un repentino pinchazo en el dedo la sbbresaltó y se retiró a toda prisa. Una espina le habla hecho sangre en la b~.se del dedo. Al ver una fuente cercana, que vertía agua fresca en una picá de mármol, fue a mojarse la mano herida~ Pero los rosales la rodearon y crecierón como una extraña masa viva. Las rosas se marchitaron y cayeron, y lo único que quedó fue una cortina de puntiagudas espinas marrones, aprisionándola por todos los costados. Gritando de desesperación, Holly se acurrucó en el suelo, mientras las ramas espinosas seguían creciendo a su alrededor, y se puso la mano herida en su corazón compungido y palpitante.

Luego, el sueño cambió y se hallé echada sobre la hierba, mientras algo... alguien le impedía ver el cielo y las nubes. «¿Quién eres...? ¿Quién eres?», preguntaba suplicantes pero su única respuesta era una risa suave y tonca que la envolvía como el humo. Notó las manos de un hombre sobre ella, subiéndole suavemente las faldas, deslizándose por sus piernas rígidas, mientras una boca ardiente y deliciosa la besaba. Gimiendo, se relajó bajo él y sus ojos, cegados por el sol, consiguieron ver dos ojos negros que la miraban con malevolencia. «Zachary -dijo sofocando un grito, abriendo las piernas, los brazos y el cuerpo entero para recibirlo, y se retorció de placer al sentirse aplastada bajo su peso-. Oh, Zachar» si, sigue...»

Él sonrió, le cubrió los senos con las manos y la besó, y ella gimió de placer. «Zachary..»

Holly se despertó bruscamente, alarmada por el sonido de su propia voz. Respirando con rapidez, miró confusa a su alrededor. Estaba sola en la cama, con los almohadones apilados a su alrededor, las sábanas enredadas en las rodillas y en los tobillos. Se apoderó de ella una decepción insoportable cuando las últimas reminiscencias del sueño se esfumaron. Se abrazó a un almohadón y se apoyó en el costado, temblando y ardiendo. ¿Dónde estaría Zachary en aquel mismo instante? ¿Estaba durmiendo y soñando en su cama solitaria o estaba saciando sus deseos en los brazos de otra mujer? Sintió la tenaza de los celos. Se apretó las sienes, intentando ahuyentar las imágenes que le venían a la cabeza. Otra mujer podía estar abrazando su cuerpo poderoso, tocándole el espeso vello negro, sintiéndolo temblar de placer.

«Ahora ya no importa; he hecho mi elección -susurró Holly para sus adentros. Y él me dijo que no volviera. Se acabó... Se acabó.»

Fiel a su palabra, Ravenhíll cortejé a Holly, visitándola casi todos los días. La acompañaba en sus cabalgatas por el parque, los picnics con los Taylor y las fiestas con sus amigos. Gracias a la decidida protección de los Taylor, aquellas reuniones solían transcurrir sin incidentes y Holly estaba a salvo de ofensas y desaires. La lealtad que le estaba demostrando la familia de su difunto esposo era loable. Cerraron filas en torno a ella y la defendieron con celo, a pesar de censurar personalmente sus actos pasados. No obstante, sí aprobaban que Ravenhill la frecuentara. Conociendo los últimos deseos de George sobre el matrimonio de Holly y Ravenhill, la familia hacía lo posible para asegurarse de que no hubiera impedimentos para la pareja.

-Cuando tú y Ravenhill os caséis -le dijo William, el cabeza de familia, con mucha naturalida&..., se acallarán muchos rumores sobre ti y Bronson. Yo que tú, haría lo posible por acelerar el proceso.

-Lo comprendo, William -respondió Holly, aunque por dentro ardía en deseos de decirle que nadie le había pedido aquel consejo-. Y te agradezco que compartas tu sabiduría conmigo. No obstante, aún no es del todo seguro que Ravenhill y yo vayamos a casarnos.

-¿Qué? -William entornó los ojos azules y la miró frunciendo el entrecejo-... ¿Tiene él dudas sobre si debe asumir el compromiso? Hablaré con él y pondré las cosas en su sitio. No te preocupes, querida, subirá contigo al altar, aunque tenga que apuntarle con una pistola.

-No, no -se apresuró a decir Holly, a punto de soltar una carcajada-. No hace falta. Ravenhill no da ninguna muestra de querer echarse atrás. Soy yo la que tengo dudas, y él me está dando el tiempo que haga falta para que tome la decisión.

-¿Qué decisión es ésa? ¿Qué razón puedes tener tú para retrasar las cosas? -William la miró con impaciencia-. Permíteme que te diga que si no llega a ser por esta familia, ahora serías una paria. Estás al borde de la ruina. Cásate con Ravenhill, por el amor de Dios, y conserva la poca reputación que te queda.

Holly lo miró pensativa; el corazón se le ablandó al ver su parecido con George, aunque el cabello rubio, en un tiempo abundante, le estaba clareando en la coronilla, y su mirada era estricta y no alegre como la de George. Sin que él se lo esperara, Holly se acercó y lo besó afectuosamente en la mejilla.

-Has sido muy amable conmigo. Tendrás mi eterna gratitud por acoger a un personaje tan escandaloso como yo.

-Tú no eres escandalosa -gruñó él-. Sencillamente, estás desorientada. Necesitas un hombre, Holland. Como la mayoría de las mujeres, necesitas el buen juicio y el sentido común que proporciona un marido. Y Ravenhill es de fiar. Oh, conozco sus correrias por Europa, pero todos los hombres cometen diabluras alguna vez en su vida, y eso pertenece al pasado.

Holly sonrió súbitamente.

-¿Y por qué razón mi asociación con Bronson se define como escandalosa mientras que la conducta incluso peor de Ravenhill se describe como una mera «diablura»?

-No es el momento de hablar sobre semántica -dijo William, suspirando con exasperación-. El hecho es, Holland, que necesitas un esposo si quieres seguir formando parte de la buena sociedad. Y Ravenhill es el candidato apropiado y está dispuesto a ello. Es más, es el candidato que mi querido hermano George recomendó y si él lo tenía en tan alto concepto, también lo tengo yo.

Reflexionando más adelante sobre la conversación, Holly admitió que la postura de William era razonable. Ser la esposa de Ravenhill sería mucho más llevadero que vivir como una viuda de moralidad dudosa, perseguida por el escándalo. Los sentimientos de Holly hacia Vardon eran claros. Lo apreciaba y confiaba en él, y tenían una afinidad que se basaba en su larga amistad. Su compañerismo se cimentaba todos los días en largos paseos y en tardes ociosas, y en cenas donde bromeaban, se hacían confidencias y se sonreían por encima de las copas de cristal. Pero Holly esperaba desesperadamente una señal interior que le indicara que

habla llegado el momento.., el momento de quitarse a Zachary Bronson de la cabeza y hacer realidad los deseos de George.

No obstante, seguía necesitando a Zachary como el primer día. Incluso lo necesitaba cada vez más, si cabe, hasta que empezó a tener dificultades para comer o conciliar el sueño. No se habla sentido tan triste desde la muerte de George. Le parecía que llevaba en los ojos un lúgubre velo gris y, aparte de leer y jugar con Rose, sus días apenas tenían ningún propósito. Pasó una semana, luego otra, hasta que hubo transcurrido un mes entero desde que dejara a los Bronson.

Holly se despertó temprano después de una noche en vela más y se dirigió a la ventana. Corrió las pesadas cortinas de terciopelo y miró la calle, iluminada por la luz violeta del amanecer. El humo del carbón estaba suspendido sobre la ciudad como una suave neblina, difuminando el horizonte de edificios y hogares. Dentro de la casa empezaron a oírse los sonidos del nuevo día: doncellas abriendo los postigos, encendiendo los fogones, preparando la chimenea y sirviendo las bandejas del desayuno. «Otro día más», pensó Holly, y sintió un hastío inmenso al pensar en que tenía que bañarse, vestirse, arreglarse el pelo y tomar el desayuno sin tener hambre. Quería volver a meterse en la cama y taparse la cabeza con las mantas.

-Deberia sentirme feliz -dijo en voz alta, confusa por el vacío que sentía en sus entrañas. La clase de vida ordenada que siempre había esperado, planeado y valorado estaba al alcance de su mano, pero ya no la quería.

Un breve recuerdo le vino a l~ memoria, sobre una ocasión en que ella y Rose habían ido al zapatero, y Holly se había probado un par de zapatos de paseo exquisitos con un diseño único. Aunque el zapatero había usado la horma de siempre, alguna característica del cosido o la rigidez de la piel le había producido un dolor insoportable.

-Me van demasiado justos -había comentado Holly contrariada, y Rose había exclamado con orgullo.

-Eso quiere decir que estás creciendo, mamá!

Volver con los Taylor y pensar en casarse con Vardon era exactamente como probarse aquellos zapatos tan justos. Para bien o para mal, ya no estaba hecha para aquella vida. Todos aquellos meses con los Bronson la habían convertido, si no en una mujer mejor, sí en una mujer distinta.

¿Qué hacer?

Por la fuerza de la costumbre, Holly fue a la mesilla de noche y sacó la miniatura de George. Ver su rostro la reconfortaría y le daría fuerzas, y tal vez un poco de orientación.

No obstante, mientras miraba las serenas facciones de su joven esposo, le sorprendió darse cuenta de una cosa. Ver a George no le traía paz. Ya no anhelaba sus brazos, su voz, su sonrisa. Por increíble que pareciera, se había enamorado de otro hombre. Amaba a Zachary Bronson con la misma intensidad con que había querido a su esposo. Sólo con Zachary se sentía viva y completa. Añoraba sus conversaciones provocadoras y terrenales, y esos ojos oscuros que la miraban con una soma, una ira o una ¡ujuria que la derretían. Añoraba la forma en que su presencia carismática parecía abarcarlo todo, el torrente de planes e ideas que fluía de él, la energía sin límites que la había arrastrado en una corriente vertiginosa. La vida sin él era lenta, lúgubre y de un tedio insoportable.

Notando que estaba respirando con extraños jadeos, Holly se tapó la boca. Lo amaba y eso la aterraba. Durante meses, su corazón se había resistido a dejarse llevar por lo inevitable. Había tenido un miedo cerval a que otra pérdida volviera a destrozarle el alma, y por ello había sido más fácil y más seguro evitar enamorarse. ~se había sido el verdadero obstáculo entre ella y Zachary... No su promesa a George, ni sus distintos orígenes, ni ninguno de los problemas triviales que ella habla puesto como excusa.

Dejando la miniatura, Holly se soltó el cabello y se quitó los enredos pasándose el cepillo de base de plata con ímpetu y brusquedad. El impulso de correr hacia Zachary era superior

a ella. Quería vestirse y pedir que le prepararan el carruaje para irse con él en aquel mismo instante, e intentar explicarle por qué habla confundido tanto las cosas.

Pero ¿era unir sus vidas realmente la mejor opción para ellos? Sus pasados, sus expectativas, incluso sus formas de ser, eran radicalmente distintos. ¿Les aconsejaría alguna persona racional que se casaran? Pensar que el amor bastaría para que todo saliera bien era un tópico absurdo, una respuesta simplista a un problema complicado. Y sin embargo... a veces las respuestas más simples eran también las mejores. Las cuestiones menores tal vez se podrían resolver más adelante. Tal vez lo único que realmente importaba era la verdad que le dictaba su corazón.

Se iría con él, decidió Holly con resolución. Sólo temía que ya fuera demasiado tarde. Zachary le habla dejado claro que no intentara volver con él. Que no sería bien recibida.

Holly dejó el cepillo en el tocador con sumo cuidado, y se miró en el espejo. Estaba pálida y parecía cansada, tenía ojeras. Un rostro que apenas podía compararse con las atractivas bellezas que sin duda rodeaban a Zachary. No obstante, si había alguna posibilidad de que él aún la deseara, merecía la pena arriesgarse a que la rechazara.

El corazón le palpitaba violentamente y se sintió desfallecer. Fue al armario y rebuscó entre los vestidos que él le había comprado, las vistosas prendas que ella nunca se había puesto. Si él la aceptaba, prometió en silencio, jamás volvería a vestirse de gris. Encontró el vestido verde jade de seda italiana, con sus modernos puños acabados en punta, y lo extendió cuidadosamente en la cama después de sacudirlo. Justo cuando empezaba a buscar ropa interior de lino limpia, alguien llamó suavemente a la puerta y la abrió.

-¿Señora? -dijo Maude en voz baja, entrando en la habitación. Parecía sorprendida y no obstante aliviada de que Holly estuviera despierta-. Oh, señora. Me alegra verla levantada y trajinando. El ama de llaves ha venido a buscarme hace cinco minutos. Parece que tiene visita, e insiste en quedarse hasta que usted baje.

Holly frunció el entrecejo, picada por la curiosidad.

-¿Quién es, Maude?

-Es la señorjtá Elizabeth Bronson, señora. Ha venido sola a caballo desde su casa... Caramba, debe de haber al menos diez kilómetros, ¡y sin que la acompañe un mozo!

-Ayúdame a vestirme, rápido, Maude. ¡Oh, debe de haber pasado algo para que Elizabeth venga aquí sola a estas horas! -Holly se sentó en una silla y se puso las medias a toda prisa, sin molestarse en que las costuras quedaran rectas.

Estaba impaciente y le pareció que tardaba una eternidad en vestirse y recogerse el pelo. Bajó apresuradamente a la habitación de las visitas, donde la criada ya había servido una bandejita de café para la recién llegada. El resto de la familia aún no se había levantado, lo cual Holly agradeció. Si alguno de los Taylor estuviera despierto, seria imposible impedir que se inmiscuyeran. Sintió una profunda alegría al ver la figura atractiva y espigada de Elizabeth yendo de arriba abajo en la habitación. La habla añorado muchísimo.

-Lizzie -exclamó.

Tan vibrante, bella e impetuosa como siempre, Elizabeth se volvió y fue hacia ella.

-Señora... -Abrazó espontáneamente a Holly, y las dos se echaron a reír.

-Lizzie, tiene buen aspecto -dijo Holly, apartándose para mirarle los brillantes ojos oscuros y la cara sonrosada. Elizabeth iba vestida a la última moda, con un elegante traje de montar azul, un chal blanco de gasa en el cuello y un sombrerito de terciopelo adornado con plumas teñidas de azul. Parecía tan saludable como siempre, pero tenía la mirada triste, y su frustración apenas disimulada era casi palpable.

-Pero no estoy bien -dijo Elizabeth, a todas luces impaciente por explicarle el motivo de su visita-. No estoy nada bien. Estoy triste, amargada y a punto de asesinar ami hermano, y... -

Miró a Holly de arriba abajo-. ¡Oh, señora! Parece usted agotada, y ha perdido peso, ¡al menos tres kilos!

-Es porque su hermano ya no pide platos de pasteles para mi en cuanto me descuido -respondió Holly con una alegría forzada. Le indicó a la muchacha que tomara asiento junto a ella en el sofá-. Siéntese conmigo y dígame qué la ha impulsado a cruzar sola toda la ciudad. ¿Recuerda que yo a menudo le insistía en que una joven no debe desplazarse sin acompañante...?

-Oh, maldito decoro -exclamó Elizabeth apasionadamente, los ojos brillantes.

-Pensaba más en su seguridad -dijo Holly burlona-. Si el caballo pisara una piedra o tropezara, tendría que pedirle ayuda a algún desconocido, que podría...

-Maldita seguridad -la interrumpió la muchacha-. Las cosas van francamente mal, y yo no sé cómo arreglarlas. Usted es la única persona a la que puedo recurrir.

A Holly se le aceleré el pulso.

-¿Se trata del señor Bronson? ¿O de su madre?

-Se trata de Zach, naturalmente. -Elizabeth frunció el entrecejo y se removió en el sofá, con evidentes ganas de levantarse y ponerse a andar de nuevo por la habitación-. Creo que no lo he visto sobrio ni una sola vez durante todo este mes. Desde que usted se fue, se ha convertido en un monstruo de egoísmo. No tiene palabras amables para nadie, y es exigente e imposible de complacer. Se pasa todas las noches en compañía de juerguistas y pelandruscas, y se pasa el día bebiendo e insultando a quien se cruza en su camino.

-Así no es como suele comportarse su hermano -dijo Holly en voz baja.

-Y no he hecho más que empezar. Parece que no le importe nadie, ni yo ni mi madre, ni siquiera él mismo. He intentado ser paciente con él, pero luego ha ocurrido esto último y ahora yo no...

-¿Qué es esto último? -preguntó Holly, intentando dar sentido al rápido torrente de palabras.

Elizabeth sonrió de repente, cambiando el tono de la conversación.

-Su primo, el señor Somers, ha pedido mi mano.

-¿Sl? -Holly sonrió complacida-. Así que lo ha conquistado, ¿eh?

-Sl, así es -graznó la muchacha, derritiéndose de alegría y triunfo-. Jason me ama y yo le correspondo multiplicando sus sentimientos por cien. ¡Jamás pensé que el amor pudiera ser tan magnífico!

-Mi querida Lizzie, me alegro muchísimo por usted, como estoy segura de que se alegra su familia.

El comentario pareció devolver a Elizabeth a la ingrata realidad.

-Hay un miembro de mi familia que no se alegra -dijo tristemente-. Zach ha prohibido la unión. Dice que no apoyará un matrimonio entre el señor Somers y yo bajo ningún concepto.

-¿Que ha hecho qué? -Holly sacudió la cabeza con incredulidad-. Pero ¿por qué? Mi primo es un hombre perfectamente respetable con un gran porvenir. ¿Qué razón dio su hermano para negarse?

-Zach dijo que Jason no es lo bastante bueno para mí! Dijo que debía casarme con un hombre con titulo y fortuna, y que puedo aspirar a más que a un mero arquitecto de una familia cuyos origenes son mediocres. Es el comentario más esnob que he oído jamás, ¡y en boca de mi hermano, precisamente!

Holly la miró perpleja.

-¿Cómo reaccionó usted, Elizabeth?

La muchacha endureció la expresión.

-Le dije a Zach la verdad, que no importa si aprueba o no la unión. Tengo la intención de casarme con Jason Somers. Me da igual si Zach aporta una dote o no; Jason dice que él podrá mantenerme, y que no le importa si soy una heredera o una indigente. Yo no necesito un carruaje, ni joyas, ni una gran casa para ser feliz. Pero, señora, ¿qué forma es ésa de empezar un matrimonio? Mi madre está angustiada, mi hermano y mi prometido enemistados... La familia se está desmoronando, todo por... -Guardó silencio y hundió el rostro entre las manos, a punto de deshacerse en lágrimas.

-¿Por qué? -le preguntó Holly en voz baja.

Elizabeth la miró a través de los dedos; sus ojos oscuros centelleaban.

-Bueno -farfulló-, supongo que iba a decir «por usted», aunque eso parece una acusación, y mi intención no es ésa, desde luego. Pero, señora, es evidente que Zach cambió cuando usted se fue. Supongo que yo estaba demasiado ensimismada para darme cuenta de lo que sucedía entre ustedes dos, pero ahora lo veo... Mi hermano se ha enamorado de usted, ¿verdad? Y usted no lo ha aceptado. Sé que debía de tener una buena razón para dejarnos, usted es muy inteligente y sabia, y debe...

-No, Lizzie -consiguió susurrar Holly-. No soy ni inteligente ni sabia, en absoluto y sé que está acostumbrada a una clase de hombre muy distinto a Zach, por lo cual yo jamás me atrevería a suponer que usted siente lo mismo por él. Pero he venido para pedirle algo. -Elizabeth bajó la cabeza y se limpió unas cuantas lágrimas con la manga-. Por favor, vaya a verlo -dijo con voz ronca-. Hable con él, dígale algo para que entre en razón. Jamás lo había visto actuar así. Y creo que usted es la única persona en el mundo a quien tal vez escuche. Consiga simplemente que vuelva a ser razonable. Si no lo hace, Zach va a acabar destrozándose y arrastrará con él a todos los que lo queremos.

-Oh, Lizzie... -Holly le pasó afectuosamente el brazo por la cintura y la acercó a ella. Se quedaron sentadas en aquella postura durante al menos un minuto. Al final, Holly habló en voz baja-. No querrá yerme.

-No -dijo Elizabeth, suspirando-. Zach no permite que se pronuncie su nombre. Finge que usted no existe.

Ante aquellas palabras, Holly sintió un vacío y mucho miedo.

-Lo único que puedo prometerle es que lo intentaré. No obstante, es posible que se niegue a hablar conmigo.

Elizabeth suspiró y vio por la ventana que se estaba haciendo de día.

-Debo irme; tengo que regresar a casa antes del desayuno. No quiero que Zach sospeche dónde he estado.

-Permita que uno de los mozos de los Taylor la acompañe -dijo Holly con firmeza-. Es demasiado peligroso que cabalgue sola.

Elizabeth ladeó la cabeza y le sonrió en señal de disculpa.

-Está bien, señora. Le dejaré que me acompañe hasta el final del camino, siempre que tenga la cautela de que no lo vean desde la casa.

-Miró a Holly esperanzada-. ¿Cuándo irá a ver a Zach, señora?

-No lo sé -confesó ella, mientras notaba una mezcla de excitación, miedo y esperanza en su interior-. Supongo que cuando me vea con fuerzas para hacerlo.

16

Absorta en sus pensamientos, Holly habla olvidado que aquella mañana tenía una cita con Ravenhill, su supuesto prometido, para salir juntos a cabalgar. Mucho después de que Elizabeth Bronson se hubiera marchado, aún Holly estaba sentada en la habitación de las visitas con una taza de té tibio en la mano. Tenía la mirada clavada en el líquido lechoso y buscaba las palabras adecuadas para convencer a Zachary de que la perdonara y volviera a confiar en ella. No creía que hubiera una forma fácil de abordar la cuestión. Sencillamente tendría que ponerse a su merced y confiar en que todo saliera bien. Sonrió irónica al pensar que le hablan enseñado cien formas distintas de rechazar educadamente a un caballero, pero que en su repertorio no había ninguna para recuperarlo. Conociendo la soberbia de Zachary y sus formidables defensas, Holly sabía que no cedería fácilmente. Le haría pagar caro por la manera en que habla huido de él; le exigiría su rendición incondicional.

-Dios mío, ¿por qué está tan seria esa cara tan bonita?

Vardon, lord Blake, entró en la habitación. Alto y atlético, llevaba un traje de montar oscuro. Con sus cabellos rubios, su discreta gallardía y su porte elegante, era el hombre con el que cualquier mujer habría soñado. Sonriéndole con melancolía, Holly decidió que había llegado la hora de quemar las naves.

-Buenos días. -Le indicó que se sentara junto a ella.

-No estás vestida para ir a montar -observó él-. ¿He llegado demasiado pronto, o has cambiado de opinión sobre lo que te apetece hacer esta mañana?

-He cambiado de opinión sobre muchas cosas, me temo.

-Ah. Presiento que vamos a tener una conversación seria. -Ravenhill le sonrió con desenfado, pero sus ojos grises adoptaron una expresión vigilante.

-Vardon, tengo tanto miedo de perder tu amistad después de lo que quiero decirte.

El le tomó la mano con suavidad y le dio un beso en la palma. Cuando alzó los ojos, su mirada era grave, amable y serena.

-Querida amiga, tú no me perderás jamás. No importa lo que digas o hagas.

Tras un mes de compañerismo, los dos habían adquirido una profunda confianza en el otro, lo cual permitió a Holly hablar con la honestidad y la contundencia que Ravenhill merecía.

-He decidido que no quiero casarme contigo.

Él no parpadeó ni demostró la más mínima sorpresa.

-Siento oír eso -dijo en voz baja.

-Tú no te mereces otra cosa que no sea un matrimonio por amor -se apresuró a proseguir Holly-. Un amor verdadero y maravilloso con una mujer sin la que no puedas vivir. Y yo...

-¿Y tú? -preguntó él, reteniendo su mano.

-Voy a reunir el valor necesario para ir a ver al señor Bronson y pedirle que me tome como esposa.

Se hizo un largo silencio, mientras él asimilaba las palabras de Holly.

-¿Te das cuenta de que si te unes a él muchas personas de nuestra clase pensarán que has caldo en desgracia? Habrá círculos que jamás volverán a aceptarte...

-No importa -le aseguró Holly con una sonrisa nerviosa-. Mi reputación sin tacha fue un frío consuelo en los años que siguieron a la muerte de George. La cambiaré gustosa por la oportunidad de ser amada. Lo único que siento es haber tardado tanto tiempo en darme cuenta

de lo que realmente importa. Desde que George murió, he tenido un miedo atroz a sufrir de nuevo y, por ese motivo, me he mentido a mi misma y he mentido a todo el mundo.

-Entonces, ve a ver a Bronson y dile la verdad.

Ella sonrió a Ravenhill, estupefacta ante las sencillez de la respuesta.

-Vardon, se supone que tienes que hablarme del deber, del honor y de lo que le debo a George.

-Querida Holland -dijo él-. Te espera toda una eternidad sin George. Usa el sentido que te ha dado Dios para decidir lo que es mejor para ti y para Rose. Si te decides por Bronson, yo aceptaré tu elección.

-Me sorprendes.

-Quiero que seas feliz. La vida no te da tantas oportunidades para serlo, y yo no voy a cometer la torpeza de interponerme en tu camino.

La naturalidad de Ravenhill, la caballerosidad con que habla aceptado los deseos de Holly, aliviaron el dolor que se le había instaurado en el corazón. Le sonrió con inmensa gratitud.

-Ojalá todo el mundo reaccionara como tú.

-No lo hará -le aseguró él sarcástico, ylos dos se echaron a reír y se tomaron las manos, antes de que Holly retirara suavemente las suyas.

-¿Crees que a George le habría gustado el señor Bronson? -se oyó preguntar.

Vardon la miró con aquellos ojos tan grises, sonriéndole con la mirada.

-Bueno, no. No creo que hubieran tenido suficientes cosas en común como para que le gustara. Bronson es un poco tosco y le faltan principios para ser del gusto de George. Pero ¿acaso te importa eso?

-No -confesó ella-. Sigo queriendo al señor Bronson.

Tomándole las manos, Ravenhill la urgió a levantarse.

-Entonces, ve a verlo. Pero, antes de marcharte, quiero que me prometas una cosa.

-No más promesas -se quejó Holly con una sonrisa en los labios-. Me hacen muy desgraciada.

-Pero ésta vas a tener que hacérmela. Prométeme que si algo va mal, cuando sea, acudirás a mí.

-Sí -dijo Holly, cerrando los ojos cuando notó los cálidos labios de él rozándole la frente-. Y, Vardon, debes creerme, en mi opinión, has cumplido por completo la promesa que le hiciste a George. Para él, fuiste un amigo fiel y sincero, y para milo eres incluso mejor.

Ravenhill le respondió abrazándola estrechamente.

Holly tenía los nervios destrozados cuando su carruaje se detuvo ante la casa de Bronson. Un lacayo le abrió la puerta y la ayudó a bajar, mientras el otro iba a llamar a la puerta. Holly vio el rostro de la señora Burney asomando por la puerta principal y contuvo una sonrisa cuando pensó que nunca habría imaginado que se alegrarla tanto de verla. La casa y todos los sirvientes le parecían maravillosamente familiares. Se sentía como si regresara al hogar. No obstante, se le hizo un nudo en el estómago al considerar la posibilidad de que Zachary Bronson pudiera echarla en cuanto la viera. El ama de llaves la miró con evidente inquietud cuando Holly se acercó a ella. Le hizo una reverencia y luego se enderezó, entrelazando las manos.

-Señora -dijo-. Me alegro de verla.

-Señora Burney -respondió Holly con amabilidad-. ¿Va todo bien?

El ama de llaves le sonrió evasiva.

-Sl, aunque... -Bajó el tono-. Nada ha sido igual desde que usted se fue. El señor... -Se quedó bruscamente callada, recordando sin duda que un sirviente debía respetar la intimidad de la familia a la que servia.

-He venido a ver al señor Bronson. -Holly estaba tan nerviosa que se ruborizó y tartamudeó como una adolescente-. Si-siento muchísimo no haberla avisado de que venía y haber llegado tan pronto, pero es bastante urgente, ¿sabe?

-Señora -se excusó la señora Burney-. No sé como decírselo, pero... el señor ha visto su carruaje desde la ventana y... bueno.., no recibe visitas. -Bajó la voz y miró con recelo al lacayo que esperaba a cierta distancia-. No está bien, señora.

-¿No está bien? -Holly se alarmó-. ¿Ha caído enfermo, señora Burney?

-No exactamente.

Entonces, el ama de llaves debía de referirse a que habla estado bebiendo. Perturbada, Holly consideró la situación.

-Tal vez deberla regresar en otro momento -dijo en voz baja-, cuando el señor Bronson esté un poco más despejado.

La señora Burney parecía francamente angustiada.

-No sé cuándo será eso, señora.

Se miraron a los ojos. Aunque el ama de llaves jamás se atrevería a expresar sus propias opiniones y deseos, Holly tuvo la sensación de que la urgía tácitamente a que se quedase.

-No querría molestar al señor Bronson, naturalmente -dijo Holly-. Pero me temo que, durante mi estancia aquí, debí de olvidarme algunas... humm... cosas en mi habitación. ¿Tendría alguna objeción en que fuera a buscarlas?

Sin duda, su sugerencia fue un alivio para el ama de llaves.

-No, señora -se apresuró a decir, aferrándose a la excusa-, faltaría más. Claro que tiene que recoger sus cosas si se las dejó en la habitación. ¿La acompaño o recuerda el camino?

-Recuerdo el camino. -Holly le dedicó una sonrisa radiante-. Subiré sola. Por favor, ¿podría decirme dónde está el señor Bronson, para evitar molestarlo?

-Creo que está en su habitación, señora.

-Gracias, señora Burney.

Holly entró en la casa, que parecía un mausoleo. El inmenso salón central, con sus imponentes columnas doradas, el techo encofrado de plata y el olor a flores, resplandecía en la oscuridad. No se vela ni un alma en aquella penumbra tan ostentosa. Para evitar encontrarse con Paula o Elizabeth, lo cual la distraerla de su misión, Holly subió las escaleras tan deprisa como se lo permitieron sus piernas. A causa del esfuerzo y de la agitación que sentía, el corazón empezó a palpitarle con violencia hasta notar los latidos en todas las extremidades del cuerpo. Pensar en tener a Zachary de nuevo en sus brazos la excitaba tanto que casi la indisponía. Temblando como una hoja, fue hasta su puerta, que estaba entornada. Pensó en llamar, pero decidió no hacerlo, pues no quería darle la oportunidad de que le negara la entrada.

Con suavidad, abrió la puerta, que chirrié de forma casi imperceptible. De hecho, Holly jamás había entrado en el dormitorio de Zachary durante el tiempo en que había vivido en la casa. La inmensa cama de caoba tenía una colcha de terciopelo azul adornada con brocados del mismo color. La luz que se colaba por una hilera de cuatro ventanales rectangulares se reflejaba en el artesonado de madera de cerezo. Zachary se hallaba de pie junto a un ventanal. Había corrido las cortinas de terciopelo para ver la entrada de la casa y tenía una copa de licor en la mano. Aún llevaba el pelo húmedo tras el baño de la mañana y la habitación estaba impregnada del olor de su espuma de afeitar. Llevaba puesta una bata de seda morada que le llegaba casi hasta los pies e iba descalzo. Holly habla olvidado lo grande que era. Se alegró de que siguiera con la espalda vuelta hacia ella, para que no pudiera ver el deseo con que lo miraba.

-¿Qué ha dicho? -preguntó Zachary con un gruñido, creyendo que Holly era la señora Burney.

Holly se esforzó para que no le temblara la voz.

-Me temo que ha insistido en verlo.

Zachary se puso rígido al darse cuenta de quién era la intrusa, y la desarrollada musculatura de la espalda se tensó bajo la fina bata de seda. Durante unos instantes, pareció que no conseguía articular palabra.

-Vete -dijo en voz baja, sin vehemencia-. Vete con Ravenhill.

-Entre lord Blake y yo no hay nada -susurró Holly con un nudo en la garganta.

Despacio, Zachary se volvió. Los dedos le temblaban ligeramente y el líquido ámbar que llenaba la copa osciló de un lado a otro. Dio un largo sorbo al licor, sin apartar la vista de Holly. Parecía sereno, aunque era innegable que estaba cansado. Tenía ojeras y su tez, normalmente bronceada, había adquirido un tono ceniciento por pasarse demasiado tiempo bebiendo en interiores. Holly lo recorrió ávidamente con la mirada y quiso correr hacia él, acariciarlo, tranquilizarlo y tenerlo en sus brazos. «Por favor, Dios mío, no dejes que me eche», pensó desesperada. Odiaba la forma en que la miraba. Los ojos negros que tanto afecto y pasión le habían transmitido tenían una expresión fría e indiferente. La miraba como si fuera una desconocida.., como si ya no sintiera nada por ella.

-¿Qué significa esto? -Zachary habló en tono neutro, como si el tema no le interesara.

Haciendo acopio de todo su valor, Holly cerró la puerta y se acercó a él, pero se detuvo a cierta distancia.

-Lord Blake y yo hemos decidido continuar siendo amigos, pero no habrá boda. Le dije que no podía mantener la promesa que le hice a George porque... -Se quedó callada y estuvo a punto de darse por vencida cuando vio la indiferencia con que Zachary recibía la noticia.

-Porque... -le insté él con frialdad.

-Porque mi corazón pertenece a otro.

Tras su admisión, hubo un silencio largo y tenso. Oh, ¿por qué no decía nada? ¿Por qué parecía tan frío e indiferente?

-Ha sido un error -dijo Zachary finalmente.

-No. -Holly lo miró suplicante-. Mi error fue marcharme de aquí... dejarte... y he venido para explicártelo y para pedirte...

-Holly, no. -Zachary suspiró incómodo y sacudió la cabeza-.

No hace falta que me des ninguna maldita explicación. Sé por qué te fuiste. -Sonrió con sarcasmo-. Tras un mes de reflexión, y de revolcarme en el lodo, he aceptado tu decisión. Hiciste lo correcto. Tenias razón, lo nuestro no habría funcionado. Dios sabe que es mejor conservar unos cuantos recuerdos agradables y dejar las cosas tal y como están.

La resolución con la que habló dejó a Holly aturdida.

-Por favor -dijo con un temblor en la voz-. No digas nada más. Escúchame. Debo decirte toda la verdad, y después de olrla, si aún quieres que me vaya, me iré. Pero no lo haré hasta que haya dicho lo que tengo que decir, y tú te quedarás ahí y me escucharás, y sí no lo haces...

-¿Si no lo hago? -preguntó con un fantasma de su antigua sonrisa.

-Entonces, no te dejaré en paz ni un instante -lo amenazó Holly, conteniendo su propio miedo-. Te seguiré a todas partes. Gritaré hasta desgañitarme.

Zachary apuró la copa y se dirigió a la mesilla de noche, donde lo aguardaba una botella de coñac. Aquello le dio a Holly una brizna de esperanza. Él no seguirla bebiendo si ya no sintiera nada por ella, ¿no?

-Está bien -dijo Zachary con brusquedad, llenándose de nuevó la *copa-.* Di lo que tengas que decir. Tienes mi atención durante los próximos cinco minutos, después de lo cual te pondré de patitas en la calle. ¿De acuerdo?

-De acuerdo. -Holly se mordió el labio. Le costaba desnudar su alma ante él, pero aquello era precisamente lo que tenía que hacer si quería recuperarlo.

-Te amé desde el principio -dijo, esforzándose por mirarlo directamente a los ojos-. Lo veo ahora, aunque en el momento no me di cuenta de lo que estaba sucediendo. No quería

enfrentarme a la verdad, al hecho de ser lo que tú me llamaste: una cobarde. -Ante aquella admisión, Holly miró el rostro de Zachaty para ver si reaccionaba, pero él permaneció impasible. Se tomó otros dos dçdos de coñac, con sorbos lentos y pausados-. Cuando George murió ~n mis brazos -continuó Holly confusa-, yo también quise morir. No quería volver a sentir aquel dolor jamás y sabia que lo más seguro sería no volver a amar de esa forma. *Y,* por ese motivo, empleé la promesa que le hice a George como una excusa para alejarte de mi.

Holly se calló indecisa, reparando en que, por alguna razón, Zachary se había ruborizado hasta las orejas. Sacando valor de aquella prueba tan palpable, se obligó a seguir adelante.

-Estaba dispuesta a utilizar cualquier razón que pudiera hallar para no amarte. Y luego, cuando tú y yo... en la glorieta... -Demasiado perturbada para seguir mirándolo a los ojos, Holly bajó la cabeza-. Jamás me habla sentido así -dijo-. Estaba perdida. Ya no tenía control ni sobre mi corazón ni sobre mis pensamientos, y por eso estaba frenética por dejarte. Desde entonces, he intentado retomar mi antigua vida, pero ya no encajo. He cambiado. Por ti. -De repente, las lágrimas apenas la dejaron verlo-. Por fin me he dado cuenta de que hay algo peor que perderte... y es no tenerte jamás. -La voz se le quebró y le falló, y sólo fue capaz de susurrar-. Por favor, deja que me quede, Zachary, con las condiciones que tú desees. No me hagas vivir sin ti. le quiero con locura.

En la habitación se hizo un silencio sepulcral. Zachary se quedó quieto, sin articular palabra. «Si aún la deseara, si aún la quisiera -pensó Holly-, ya la habría tomado en sus brazos.» En aquel instante, quiso menguar hasta desaparecer. Empezó a notar un dolor sordo y persistente en el pecho. Se preguntó qué haría cuando él la echara, adónde iría, cómo lograría construir una nueva vida para ella y para Rose, cuando todo lo que deseaba era enroscarse como un ovillo y aullar amargamente de arrepentimiento. Se quedó con la mirada clavada en el suelo, luchando por no prorrumpir en humillantes sollozos.

Vio los pies descalzos de Zachary y se sobresaltó, pues se había acercado a ella con el sigilo de un gato. Le tomó la mano izquierda y se quedó mirándola sin articular palabra. De repente, Holly comprendió lo que estaba haciendo: miraba la alianza que ella llevaba desde el día en que se la puso su esposo. Con un gemido, Holly le soltó la mano y tiró del anillo. No salía, y ella insistió frenéticamente hasta lograr quitárselo. Tirándolo al suelo, vio la marca pálida que le había dejado en el dedo y miró a Zachary con los ojos inundados de lágrimas.

Lo oyó murmurar su nombre y luego, para su sorpresa, lo vio hincarse de rodillas y notó sus dos manos inmensas en las caderas, aferrándose a los pliegues del vestido. Luego hundió el rostro en su estómago, como un niño exhausto.

Sorprendida, Holly le tocó el pelo oscuro con las yemas de los dedos. Los gruesos mechones ligeramente ensortijados estaban húmedos, y Holly los acarició amorosamente.

-Amor mío -susurró ella una y otra vez, tocándole la nuca.

Zachary se puso bruscamente en pie y la miró. Tenía la expresión de un hombre que ha bajado a los infiernos y ha salido escaldado.

-Maldita seas -musitó, secándole las lágrimas con los dedos-. Podría estrangularte por habernos hecho pasar por esto.

-Me dijiste que no volviera -dijo ella sollozando-. Tenía tanto miedo de intentarlo... Parecías tan resuelto...

-Pensé que te estaba perdiendo. No sabía qué diablos decía. -La estrujó contra su corazón palpitante, pasándole las manos por el cabello y despeinándola.

-Dijiste que no me darías una se-segunda oportunidad.

-Te darla mil. Cien mil.

-Lo siento -gimoteó Holly-. Lo siento...

-Quiero que te cases conmigo -dijo Zachary con voz gutural-. Voy a atarte a mí con todos los vínculos, contratos y rituales que ha inventado el hombre.

-Sl, sí... -Impaciente, Holly lo atrajo hacia sí, besándolo con todo el deseo que la había torturado durante aquel último mes. Él gimió y atacó su boca con una pasión brutal, haciéndole un poco de daño, pero ella estaba tan exaltada que no le importó.

-Quiero poseerte -dijo Zachary con voz pastosa-. Ahora.

Holly se ruborizó y apenas tuvo tiempo de asentir antes de que él la alzara en volandas y la llevara a la cama, como si fuera un felino hambriento a punto de devorar a su presa. Ella se sometió de buen grado a su autoridad. Lo amaba más allá del decoro, más allá de la moral o la cordura. Era suya por completo, como él lo era de ella.

Zachary la desnudó deprisa, tirando bruscamente de las hileras de botones y ganchos, rasgando la ropa con sus dedos impacientes allí donde no cedía con la suficiente rapidez. Sofocando un grito ante su apremio, Holly intentó ayudarlo, sentándose en la cama para desatarse los zapatos, quitándose las ligas y las medias, alzando los brazos cuando él le sacó la camisa por la cabeza. Cuando estuvo totalmente desnuda, con el cuerpo ruboroso reclinado en el colchón, Zachary se quitó la bata y se tendió junto a ella.

Al ver su magnifico cuerpo, largo, poderoso y de una virilidad suprema, Holly abrió los ojos para recrearse.

-Oh, Zachary~ eres tan hermoso. -Holly se acurrucó contra el espeso vello que le cubría el pecho, jugando con los rizos negros, peinándolos con la boca y con los dedos.

Oyó un leve gemido por encima suyo.

-Tú sí que eres hermosa. -Zachary le acarició la espalda y las caderas, deleitándose con la textura de su piel-. Jamás me he recobrado de la primera vez que te vi, en el baile de los Bellemont.

-¿Me viste entonces? Pero si era de noche. -le seguí después de besarte en el invernáculo. -La tumbo boca arriba, recorriendo su cuerpo desnudo con la mirada-, le vi ir hacia el carruaje y pensó que eras la cosa más encantadora que había visto en mi vida. -Le dio un beso en el hombro, tocando la frágil curva con la lengua, y Holly se estremeció.

-Y empezaste a urdir un plan -dijo ella jadeante.

-Eso es. Pensé en cien formas de meterme bajo tus faldas, y decidí que el mejor plan era contratarte. Pero en algún punto de mis intentos por seducirte me enamoré de ti.

-Y tus intenciones se volvieron honradas -dijo ella, complacida.

-No, seguía queriendo meterme bajo tus faldas.

-Zachaiy Bronson -exclamó Holly, y él se echó a reír, apoyando las manos en el colchón junto a la cabeza de Holly. Ella notó que el pulso empezaba a latirle más aprisa cuando lo vio colocar una pierna dura y vellosa entre sus muslos y notó su sexo, inflamado y sedoso, presionándole la cadera.

-Aquella tarde en la glorieta fue lo mejor que me ha sucedido nunca -dijo él-. Pero la forma en que me dejaste después... fue como si me expulsaran del cielo para ir a caer directamente en el infierno.

-Tenía miedo -dijo Holly arrepentida, atrayóndolo hacia sí y besándole las mejillas y la boca con sabor a coñac.

-También yo. No sabía cómo iba a recobrarme de tu pérdida.

-Lo dices como si yo fuera una enfermedad -dijo Holly con una sonrisa vacilante.

Zachary la miró con el deseo en los Ójos.

-He descubierto que no hay una cura para ti, señora mía. Pensé en acudir a otra mujer, pero no pude. Lo peor de todo es que tú eres la única que quiero.

-Entonces, no has... -Holly sintió un gran alivio. Imaginarse a Zachary haciendo el amor con otras mujeres en su ausencia la había atormentado y se alegró inmensamente de saber que no había sido así.

-No, no lo he hecho-le informó él con una gravedad que era fingida-. Llevo un mes sin desfogarme, y vas a pagar por ello. -Holly cerró los ojos y se retorció de placer cuando él le susurró al oído-. Durante las próximas horas, señora, vas a estar ocupadísima satisfaciendo mis necesidades.

-Sí -susurró ella-. Sí, eso es también lo que yo quiero...

Holly no pudo terminar la frase, porque Zachary acercó la cara a uno de sus pechos. Lo acarició con su cálido aliento hasta que el sensible pezón se contrajo, y luego lo tomó en la boca. Holly se arqueo mientras el lo excitaba con la lengua. Se abrazó a él, palpándole los músculos de acero. Zachary aumentó la presión sobre el duro pezón, chupándolo durante largos minutos, hasta notar que Holly cerraba ritmicamente los muslos sobre su pierna.

Zachary deslizó la mano entre sus piernas, hallando con facilidad la región húmeda que se ocultaba entre su vello púbico. Susurrándole con suavidad, le separó los pliegues de sus partes intimas hasta hallar el botón que tan dulcemente le dolía. Siguió excitándola, rodeándolo con la yema del dedo pero sin llegar a tocarlo, hasta que ella jadeó y alzó las caderas suplicante.

-Por favor -susurró Holly. Notaba los labios hinchados e inflamados-. Por favor, Zachary...

Él restregó la boca contra la suya, una presión deliciosa que la incitó a incorporarse, ávida de más besos. Zachary volvió a besarla, explorándole la boca con la lengua, y Holly se abandonó por completo a él. Zachary se colocó encima, y ella notó su sexo duro entre las piernas, la presión del glande en el triángulo de vello púbico. Cuando Zachary gimió, Holly se estremeció y bajó la mano. La cerró sobre su miembro y empezó a acariciarlo con inseguridad. Se ruborizó cuando él le enseñó a hacerlo con más fuerza y rapidez, ayudándola con su propia mano.

-¿No debería acariciarte con más suavidad? -le preguntó Holly, avergonzada y excitada al mismo tiempo.

-Los hombres no somos como las mujeres -dijo él con voz ronca-. Vosotras preferís suavidad. Nosotros sólo necesitamos entusiasmo.

Sin articular palabra, Holly demostró su entusiasmo hasta que él le retiró la mano con una maldición y un gemido.

-Basta -consiguió decir-. No quiero que esto termine demasiado pronto.

-Yo sí. -Holly se abrazó a él y lo besó en el pecho y en el cuello-. le deseo.., oh, Zachary, quiero...

-¿Lo que hicimos en la glorieta? -susurró él, mirándola con perversidad.

Holly asintió contra su cuello y abrió las piernas debajo de él. Estaba tensa y temblaba, ardiendo en deseos de que la tomara, la poseyera. Él empezó a acariciarla lentamente, como si la explorara; primero los pechos, luego el estómago, el vientre, y ella gimió excitada cuando Zachary frotó con la palma el pequeño triángulo de vello rizado que tenía entre los muslos. Sus dedos eran inteligentes y procedían con una lentitud exasperante, acariciándole el vello con suavidad, sin alcanzar nunca la zona embarazosamente húmeda que tanto le quemaba. Holly alzó las caderas con apremio, buscando la estimulación que Zachary le negaba, y entonces notó su boca deslizándose por su piel, desde los pechos hasta el estómago. La sujetó por las caderas, estrujándoselas y cambiándola de postura, y Holly se sobresaltó cuando él la besó en sus partes íntimas. Exclamó algo, un sonido incoherente que podría haber sido de protesta o de aliento, y Zachary alzó la cabeza para mirarle el rostro inflamado.

-Mi dulce dama pudorosa -dijo en voz baja-. ¿le he sorprendido?

-Sí -gimió ella.

-Ponme las piernas sobre los hombros.

Ella lo miró avergonzada.

-Zachary, no podría...

-Ahora. -Y Zachary respiró entre sus muslos, haciéndola temblar de la cabeza a los pies.

Holly cerró los ojos y obedeció, apoyando las pantorrillas ylos talones en su espalda musculosa. Zachary la acarició y la abrió con los dedos, y luego Holly notó su boca, la caricia de su lengua, y se retorció de placer. Le parecía imposible que aquello estuviera sucediéndole a ella, que estuviera experimentando aquella intimidad tan dulce y tan terrible a la vez. Notó cómo la mordisqueaba y la lamía, y la sensación se hizo más intensa y fue extendiéndose hasta que Holly gimió como jamás lo había hecho en su vida. Sus gemidos y súplicas parecieron excitar a su atrevido amante. Zachary gimió y la sostuvo por las nalgas, aplastándola contra su boca. Siguió excitándola con la lengua hasta que ella ya no pudo soportar tanto placer. Gritó enfebrecida y el tormento dio paso a una explosión de placer. Él no apartó la boca hasta que Holly dejó de temblar por completo, quedándose débil y aturdida.

Bajándole las piernas, que aún le temblaban, Zachary se colocó encima, acoplando su cuerpo lustroso y poderoso al de ella. Holly notó su sexo grande y duro apretándose contra ella.

-Zachary, ten piedad -suplicó con los labios secos.

-Para ti no hay piedad, señora mía. -Le tomó la cara entre las manos, besándola mientras penetraba sus carnes húmedas e inflamadas. Ella inspiró profundamente abriéndose para recibirlo, notando la invasión de su miembro erecto. Zachary le separó las piernas con las suyas y la penetró más profundamente~ hasta que Holly gimió en su boca. Notarlo dentro la excitaba y, a pesar de estar cansada, se arqueó de placer. Él empezó a empujar con un ritmo regular, frotándole los pezones endurecidos con el vello del pecho. Holly echó la cabeza hacia atrás extasiada cuando él la cubrió de besos y suaves mordiscos en el cuello.

-Eres mía -susurró él, montándola más deprisa, adoptando un ritmo impaciente-. Me perteneces... Holly... para siempre.

-Sí ~gimio ella mientras sentía que volvía a excitarse.

-Dímelo.

-Te amo, Zachary... Oh... Te necesito tanto... Sólo a ti..

Él la recompensó con una acometida que le llegó hasta lo más profundo, y Holly se retorció enfebrecida, temblando, latiendo, invadida por un placer físico que hasta entonces nunca había imaginado. Zachary se tensó violentamente sobre ella y los músculos se le pusieron duros como el acero. Emitió un gemido gutural~ y Holly notó los latidos de su órgano viril dentro de ella.

Suspirando profundamente~ Holly se aferró a él con brazos y piernas, abrazándolo con fuerza mientras todas sus sensaciones daban paso a un agradable calor. Notó que Zachary intentaba salir de ella y murmuró una protesta.

-Te aplastaré -Susurró él.

-No me importa.

Sonriendo, Zachary se colocó a un lado y la arrastró con él, los cuerpos aún unidos.

-Esto ha sido incluso mejor que en la glorieta -dijo Holly maravillada.

Zachary se rió.

-Hay muchas cosas que me va a encantar enseñarte.

Al pensar en el futuro, Holly dejó de sonreír.

-Zachary -dijo con gravedad-. No puedo evitar preguntarme si un hombre como tú estará satisfecho con una sola mujer.

Zachary le tomó la cara entre las manos y la besó en la frente. Apartándose, la miró a los ojos, que tenían una expresión interrogante.

-Llevo toda la vida buscándote -dijo solemne-. Tú eres la única que quiero, ahora y siempre. Si no me crees, yo...

-le creo -se apresuró a decir ella, tocándole los labios con los dedos. Le sonrió-. No hacen falta pruebas ni promesas.

-No tendría ningún inconveniente en volver a demostrártelo.

-Zachary se introdujo más dentro de ella. Holly jadeó levemente y se acurrucó contra él, gimiendo complacida.

-No, quiero hablar -dijo Hollyjadeante. Quiero pedirte algo...

-¿Mrnmm? -Él le acaricié la nalgas, deleitándose con sus suaves formas.

-¿Por qué rechazaste al señor Somers cuando vino a pedirte la mano de Elizabeth?

La pregunta lo distrajo y la miró a los ojos, vigilante. Frunció el entrecejo.

-¿Cómo lo has sabido?

Abrazándosele al cuello, Holly sacudió la cabeza, sonriéndole levemente.

-Responde a mi pregunta, por favor.

El maldijo para sus adentros y apoyó la cabeza en la almohada.

-Lo rechacé porque lo estoy poniendo a prueba.

-Poniéndolo a prueba -repitió Holly. Pensando en lo que había dicho, se separó de él, contrayendo ligeramente las facciones cuando el pesado miembro de Zachary salió de ella-. Pero ¿por qué? No es posible que pienses que sólo quiere casarse con Elizabeth por su, tu, fortuna.

-Entra en el terreno de lo posible.

-Zachary, no puedes manipular a las personas como si fueran peones en una partida de ajedrez. ¡Sobre todo a las personas de tu propia familia!

-Sólo intento proteger los intereses de Lizzie. Si Somers sigue queriéndola sin mi aprobación, y sin la dote que lleva asociada, entonces pasará la prueba.

-Zachary. -Holly sacudió la cabeza y suspiró. Se cubrió el cuerpo con las sábanas y lo miró mientras él yacía desnudo junto a ella sin ningún pudor-. Tu hermana ama a ese hombre. Debes respetar su elección. E, incluso si ella y el señor Somers pasan esa prueba tuya, jamás te lo perdonarán, y habrás abierto una brecha insalvable en la familia.

-¿Qué quieres que haga?

-Ya lo sabes -musitó ella. Abrazándose más a él, le sopló suavemente en el vello rizado del pecho.

-Maldita sea, Holly. Llevo toda la vida haciendo las cosas de una forma determinada, y eso no puedo cambiarlo. Mi carácter me hace proteger a mí y a los míos de todos los sinvergüenzas que intenten aprovecharse de nosotros, y admito que me he habituado a eso. Si vas a intentar convertirme en una especie de calzonazos.

-Claro que no. -Holly le pasó la lengua por la clavícula y se demoró en el hueco donde el pulso le latía violentamente-. No me gustaría que cambiaras en nada. -Apretando la cara contra su cuello, dejó que sus largas pestañas le hicieran cosquillas en la piel-. Pero deseo tanto que tu hermana sea feliz, Zachary. ¿Le negarías la misma alegría que tú y yo hemos hallado? Olvídate de esa maldita prueba y pídele al señor Somers que venga.

Holly percibió la lucha interior de Zachary~ el deseo de controlar la situación batallando con la faceta más benévola de su carácter. Sin embargo, cuando ella siguió rogándole y acariciándolo, él se echó a reír. Le puso las manos en sus suaves hombros blancos, hundiéndola en la almohada.

-No me gusta que me dominen -gruñó.

Ella le sonrió.

-No estoy intentando dominarte, amor mío. Sólo estoy apelando a tus instintos nobles.

Aquellas palabras cariñosas lo dejaron ensimismado y abstraído, y la discusión pareció perder interés para él.

-Como ya te dije en una ocasión, señora mía, no tengo instintos nobles.

-¿Pero le pedirás al señor Somers que venga? -le preguntó Holly-. ¿Y solucionarás lo de Elizabeth?

-Sí. Más tarde. -Le quitó las sábanas que la cubrían y le puso una mano en el pecho.

-Pero, Zachary -dijo ella, sofocando un grito cuando él le abrió las rodillas-. No es posible que quieras volverlo a hacer... No tan pronto después... -Notar su miembro duro deslizándose dentro de ella la dejó muda y, en lugar de hablar, gimió de placer.

-Ahora verás -musitó él tiernamente contra su pecho, tomando un pezón enhiesto entre los dientes, y, durante largo rato, no hubo conversación.

Holly iba de la mano de Zachary mientras paseaban por la parte más frondosa del jardín. La falda del vestido que llevaba rozaba al pasar con matas de florecillas violetas y blancas, y la suave brisa primaveral mecía los lirios amarillos y las campanillas blancas que flanqueaban los bordes del sendero. Largas líneas de frágiles acónitos amarillos conducían a vastos bosquecillos de madreselvas y albaricoques japoneses. Inhalando profundamente el fragante aire, Holly notó que la felicidad le inundaba el pecho y no pudo contener la risa.

-Tu casa puede ser horrenda desde el punto de vista arquitectónico -dijo-, pero, oh, este jardín es como el paraíso.

Zachary le apretó más la mano y le sonrió. Aquella tarde había sido la más feliz de sus vidas; hablan hecho el amor y se habían reído durante horas, e incluso habían derramado algunas lágrimas, mientras compartían los secretos de sus corazones. Una vez reconciliados, parecía que tuvieran un millar de cosas de las que hablar y les faltara tiempo. No obstante, Holly estaba impaciente por regresar a casa de los Taylor para darle a su hija la noticia de su inminente boda. Los Taylor se escandalizarían, naturalmente, y no sólo porque ella iba a casarse con alguien que no era de su agrado, sino porque había incumplido los últimos deseos de su difunto esposo. Y a duras penas comprenderían que ella no habla actuado de forma temeraria. Lo cierto es que no había tenido elección. Era incapaz de vivir sin Zachary Bronson.

-Quédate conmigo -le susurró Zachary-. Haré que vayan a buscar a Rose, y las dos viviréis aquí mientras organizo la boda.

-Sabes que no puedo hacerlo.

Él frunció el entrecejo y la guió cuidadosamente alrededor de un reloj de sol de mármol y bronce que había en el suelo.

-No quiero perderte de vista.

Holly distrajo su atención abordando el tema de la ceremonia nupcial, insistiendo en que se llevara con discreción y corrección. Por desgracia, Zachary parecía querer algo mucho más ostentoso. Tras oír sus planes. de celebrar la boda en una iglesia grande, con un millar de palomas, una docena de trompetistas, un banquete para quinientos comensales y otras tantas ideas descabelladas, Holly le dijo con contundencia que ella no tendría nada que ver con un acontecimiento semejante.

-Haremos algo íntimo y tranquilo, y por encima de todo, reducido -dijo-. Es la única opción, en realidad.

-Estoy de acuerdo -se apresuró a decir él-. Pensándolo bien, no necesitamos invitar a más de trescientas personas.

Holly lo miró con incredulidad.

-Cuando he dicho «reducido», no pensaba en tanta gente. Media docena, tal vez.

Él tensé la mandíbula con obstinación.

-Quiero que todo Londres sepa que eres mia.

-Lo sabrán -dijo Holly con sarcasmo-. Estoy segura de que en la buena sociedad no se hablará de otra cosa... y es evidente que ninguna de mis antiguas amistades, enemigas del escándalo, asistirá a la boda, sea grande o pequeña.

-Casi todos mis amigos vendríanijo él alegremente.

-No me cabe la menor duda -convino ella, sabiendo que se refería a la hueste de rufianes, dandies y trepadores que habían caído en desgracia en la buena sociedad por su mala fama-. En cualquier caso, la boda será lo más discreta posible. Puedes reservar las palomas, las trompetas y todo lo demás para la boda de Elizabeth.

-Supongo que así sería más rápido -dijo él a regañadientes.

Holly se detuvo en el camino degravilla y lo miró sonriendo.

-Entonces, nuestra boda será reducida y enseguida estaremos casados. -Lo abrazó por la esbelta cintura-. No quiero esperar un día más de lo necesario para pertenecerte.

Sin necesitar más persuasión, Zachary se inclinó y la besó apasionadamente.

-Te necesito -musitó, estrujándola contra su entrepierna para demostrarle lo excitado que estaba-. Ven conmigo a casa ahora mismo, amor mío, y déjame...

-No volveremos a hacerlo hasta casarnos. -Respirando con rapidez, Holly apoyó la oreja en su corazón palpitante. A pesar de su deseo de hacer el amor, quería esperar hasta que estuvieran convenientemente casados-. Hoy ya he hecho bastantes concesiones, me temo.

-Oh, no es verdad. -Zachary la acarició a través del corpiño y la besó en el cuello. Con un murmullo seductor, la llevó hasta un muro de piedra cubierto de raras camelias amarillas y lite a subirle las faldas.

-No te atrevas -le advirtió Holly con una risa indecisa, apartándose de él-. Un caballero debería tratar a su amada con respeto, y tú estás aquí...

-El tamaño de esto es una prueba palpable de cuánto te respeto -la interrumpió él, Poniéndole la mano en su abultada entrepierna.

Holly sabía que debería haberlo rechazado, pero, en lugar de ello, se encontró tocándole aquella forma larga y robusta.

-Eres francamente vulgar -le dijo al oído.

Zachary la incitó a que apretara más.

-Ésa es una de las cosas que más te gustan de mí -susurró él, y Holly no pudo evitar sonreír.

-Sí.

Él le hundió la nariz entre el cuello de encaje y la suave piel del cuello.

-Déjame llevarte a la glorieta. Sólo unos minutos. Nadie lo sabrá.

A desgana, ella se aparto de él.

-Lo sabré yo.

Zachary sacudió la cabeza y se rió quejumbroso, volviéndose para apoyar las manos en el muro cubierto de flores. Bajando la cabeza, respiró hondo, luchando por contener su deseo desbocado. Cuando Holly se le acercó vacilante, la miró apasionadamente.

-Está bien -le dijo con un suave tono de amenaza~. No volveré a tocarte hasta nuestra noche de bodas. Pero es posible que te arrepientas de haberme hecho esperar.

-Ya lo he hecho -confesó ella, y se miraron durante unos instantes, sonriéndose con los ojos.

Aunque Zachary pensaba convocar a Jason Somers al día siguiente, el joven lo sorprendió visitándolo aquella misma mañana. Bronson había dormido de un tirón por primera vez en un mes y se despertó a las ocho, desusadamente tarde para él. Ya no recordaba la última vez que se había sentido tan relajado. Parecía que, después de esforzarse y luchar durante décadas, había al fin alcanzado el pináculo que buscaba. Tal vez por primera vez en su vida podría intentar ser feliz.., y la razón era al mismo tiempo extraordinaria y típica. Estaba enamorado. Al fin había entregado su corazón a alguien y descubierto que ella lo amaba también. Parecía demasiado milagroso para ser verdad.

A medio desayuno, anunciaron al visitante, y Zachary le pidió al ama de llaves que hiciera entrar al joven. Serio, apuesto, pálidó y vestido como si fuera a asistir a un funeral, Somers apareció como el héroe trágico de alguna pomposa novela rosa. De hecho, Zachary sintió incluso cierto remordimiento al recordar su último encuentro, donde él había contestado a su petición de mano con una rotunda negativa. Sin duda, Somers recordaba todos los detalles de aquella desagradable escena, lo cual explicaba su expresión resuelta. De hecho, era la expresión de un intrépido caballero que se atrevía a enfrentarse con un malvado dragón, desafiándolo en su propia madriguera.

Sin afeitar y aún en bata, Zachary estaba sentado en la mesa del desayuno y le indicó a Somers que se uniera a él.

-Perdone mi aspecto -dijo con suavidad-, pero es un poco pronto para recibir visitas. ¿Quiere tomar un café?

-No, gracias. -Somers se quedó de pie.

Arrellanándose en la silla, Zachary dio un largo sorbo al café caliente.

-Es muy conveniente que haya elegido este día para hacerme una visita -observó-, pues pensaba pedirle que viniera esta misma mañana.

-¿Ah, si? -Somers entornó los ojos verdes-. ¿Por qué, señor Bronson? Algo relacionado con la casa de Devon, supongo.

-En realidad no. Se refiere al asunto del que hablamos el otro día.

-Por lo que yo recuerdo, no hablamos -dijo Somers en tono neutro-. Le pedí su consentimiento para casarme con Elizabeth, y usted se negó.

-Sí. -Zachary se aclaró la garganta-. Bueno, yo...

-No me ha dejado elección, señor. -Aunque Somers se ruborizó un poco, obviamente nervioso, no le tembló la voz cuando prosiguió-. Por respeto a usted, he venido a informarle en persona de que tengo la intención de casarme con Elizabeth con o sin su aprobación. Y, a pesar de lo que usted o cualquier otra persona crea, no lo hago pensando en su maldita fortuna. Resulta que amo a su hermana. Si me acepta, la mantendré, trabajaré como un loco para ella y la trataré con todo el respeto y la dulzura que un hombre puede darle a su esposa. Y si usted le exige más que eso a cualquier hombre, puede irse al infierno.

Zachary enarcó levemente las cejas. No pudo evitar sentirse impresionado por aquel joven; no ocurría a menudo que alguien se atreviera a llevarle la contraria.

-Si me permite la pregunta -dijo en voz baja-, ¿por qué ama a Elizabeth?

-Es igual que yo en todo lo importante.

-Socialmente no -señaló Zachary.

-He dicho -fue la serena respuesta del joven- en todo lo importante. Su posición social me trae sin cuidado.

La respuesta satisfizo a Zachary. Se dijo instintivamente que Somers era un hombre decente que amaba a Elizabeth de verdad.

-Entonces, tiene mi aprobación para casarse con Lizzie, si hace algo por mí.

Al principio, Somers pareció demasiado aturdido para responder.

-¿Qué es? -preguntó al fin en tono suspicaz.

-Tengo otro proyecto para usted.

Somers sacudió la cabeza de inmediato.

-No voy a pasarme el resto de mi carrera aceptando encargos suyos para que me acusen de nepotismo. Respeto demasiado mis capacidades como para hacer eso. Me irá lo bastante bien haciendo proyectos para otras personas, y le recomendaré otro arquitecto que le convenga.

-Es un proyecto humilde, de hecho -dijo Zachary desoyendo la negativa-. Estoy derribando algunas casuchas de alquiler en un solar que poseo al este de la ciudad. Quiero que proyecte un edificio nuevo, distinto a todo lo que se ha hecho hasta ahora. Un gran bloque que aloje a docenas de familias; habitaciones con ventanas, viviendas decentes donde puedan cocinar, comer y dormir. Y una fachada lo bastante atractiva como para que un hombre pueda entrar y salir del lugar sin avergonzarse. Por encima de todo, quiero que sea económico, para que inspire a otros a imitarlo. ¿Puede hacer algo así?

-Sí, podría -respondió Jason en voz baja, captando la importancia de la idea, la cantidad de vidas que cambiaría.... Y lo haré, aunque tal vez no quiera que el proyecto lleve mi nombre. Sabe...

-Le comprendo -dijo Zachary sin rencor-. Los aristócratas no le encargarían nada si se enteran de que también trabaja para el pueblo llano.

Somers lo miró con curiosidad, adoptando una extraña expresión.

-Jamás he conocido a un caballero de su posición a quien le importaran las condiciones de vida de las personas corrientes.

-Yo soy un hombre corriente -señaló Zachary-. Es sólo que he tenido un poco más de suerte que los demás.

Somers esbozó una leve sonrisa.

-Me reservaré la opinión sobre eso, señor.

Dando por sentado que habían llegado a un acuerdo, Zachary separó las manos y tamborileó perezosamente en la mesa.

-Sabe, Somers, no tendría por qué ser tan malo. Podría pasar el resto de su carrera aceptando mis encargos. Con su talento y mi dinero...

-Oh, no. -Somers se rió súbitamente y, por primera vez, miró a Zachary con una afabilidad que era real-. Le respeto, Bronson. Pero no va a tenerme en sus manos. No quiero su dinero. Sólo quiero a su hermana.

Zachary pensó en un centenar de consejos sobre cómo quería que trataran a su hermana, sobre todo lo que Elizabeth necesitaba y se merecía, sobre lo mal que lo pasaría Somers si la defraudaba. Pero al mirar el rostro apuesto, seguro y joven de Jason Somers, cambió de opinión. Zachary se dio cuenta de que ya no podía controlar todos los detalles de la vida de su familia ni organizar todos los minutos de sus días. Era hora de que todos ellos, incluido él, tuvieran una vida propia. Se sintió extraño ante la novedosa perspectiva de dejar a su hermana a cargo de otra persona, y de confiar en que sería feliz y amada.

-Está bien -dijo él, levantándose y tendiéndole la mano-. Tome a Lizzie con mi bendición.

-Gracias.

Se dieron la mano cordialmente, y Somers le sonrió radiante.

-En cuanto a la dote -dijo Zachary-. Querria...

-Como ya le he dicho -lo interrumpió Somers-. No quiero dote.

-Es para Elizabeth -dijo Zachary-. Una mujer debería gozar de cierta independencia en su matrimonio. -Aparte de ser su criterio personal, lo había constatado en matrimonios de clase alta, donde las mujeres que se casaban poseyendo propiedades y dinero recibían más consideración por parte de sus esposos. Es más, la mujer tenía legalmente el derecho de con-

servar sus propiedades cuando su esposo muriera, independiente mente de lo que hubiera estipulado el difunto.

-Muy bien. Quiero lo que sea lo mejor para Elizabeth, naturalmente. Si no le importa, Bronson, voy a dejarle. Aunque sé que aún nos quedan algunos asuntos de que hablar, me gustaría darle la buena noticia a su hermana.

-Gracias -respondió Zachary de corazón-. Estoy harto de que me acuse de ser un ogro insensible, como ha estado haciendo estos últimos días. -Cuando se despidieron y el arquitecto se dirigía a la puerta, Zachary pensó en algo-. Oh, Somers... Confio en que no pondrá objeciones a que yo organice la boda.

-Organfcela como desee -respondió el joven sin detenerse, claramente impaciente por ver a Elizabeth.

-Bien -musitó Zachary satisfecho, y se sentó en el escritorio, pluma en mano. La mojó en el tintero y empezó a elaborar una lista.

-Mil palomas para la iglesia, cinco orquestas para la recepción... fuegos artificiales, una docena de trompetistas, no, mejor, que sean dos docenas...

17

Como Holly había previsto~ ninguno de los Taylor asistió a su discreta boda, celebrada en la capilla de los Bronson. Comprendiendo cómo se sentían porque ella hubiera elegido casarse con Bronson en lugar de cumplir los últimos deseos de George, Holly no se lo reprochaba. «Con el tiempo -pensó-y tal vez la perdonarían~ sobre todo cuando vieran cuánto beneficiaba a Rose su alianza.» Y la niña, desde luego, no habla mantenido en secreto su alegría.

-¿Ahora va a ser mi papá? -le había preguntado a Zachary mientras éste la tenía en su regazo, abrazada a su cuello. Habla corrido hacia él dando gritos de entusiasmo cuando Holly la había traído de visita a la casa, y él la había aupado hasta dejarle las enaguas y las medias blancas hechas un lío. Conmovida por la evidente felicidad de la pareja, Holly había sentido una paz y un alivio inmensos. Si aún le hubiera quedado alguna duda sobre lo apropiada que sería aquella nueva vida para su hija, se disipó al ver el rostro radiante de Rose. La iban a consentir, de eso no había duda, pero también la amarían de todo corazón.

-¿Es eso lo que quieres? -dijo Zachary en respuesta a la pregunta de Rose.

Ella arrugó la frente pensativa~ y miró a Holly dubitativa antes de contestar.

-Me gustaría mucho vivir en esta casa tan grande -respondió con todo e] candor de un niño- y no me importa que nmmá se case con usted. Pero no quiero llamarle papá. Pondría triste a mi papá que está en el cielo, creo.

Las palabras aturdieron a Holly, que intentó en vano buscar una respuesta. Sin saber qu~ hacer, vio a Zachary poner el dedo en la barbillita redonda de la niña y volverle la cara hacia él para que lo mirara.

-Entonces, Ilámame como quieras -dijo con naturalidad. Pero, créeme, princesa, yo no voy a sustituir a tu papá. Sería un necio silo intentara, con lo bueno que era. Sólo quiero cuidar de ti y de tu madre. Me imagino, espero, que a tu padre le aliviará saber que hay alguien aquí que cuida de vosotras mientras él no puede.

-Oh -dijo Rose con evidente satisfacción-. Entonces perfecto, creo, siempre que no lo olvidemos, ¿verdad, mamá

-Sí-susurró Holly. La emoción le había hecho un nudo en la garganta y era tan feliz que se había sonrojado-. Exactamente, hija.

A la ceremonia asistieron Elizabeth, Paula y Jason Somers, además de los padres de Holly. Habían venido desde Dorset para la ocasión, y aunque no parecía que desaprobaran la unión, les sorprendía que su hija mayor se estuviera casando con un mundo tan distinto al suyo.

-El señor Bronson parece un hombre decente -le susurró su madre antes de la ceremonia y sus modales son correctos, aunque tal vez le falte finura. Y supongo que es guapo, aunque un poco tosco para considerarlo realmente apuesto...

-Mamá -preguntó Holly con una sonrisa traviesa, acostumbrada como estaba al recato de la mujer-, ¿estás intentando decirme que lo apruebas?

-Supongo que sí-admitió su madre-, aunque el señor Bronson no se parece en nada, ni en aspecto ni en carácter, a tu primer esposo.

-Mamá... -Holly la abrazó impulsivamente y sonrió contra las plumas que adornaban su sombrero-. Con el tiempo, te darás cuenta, como he hecho yo, de que el señor Bronson es un hombre maravilloso en todos los sentidos. Tiene algunos defectos, pero también posee algunas virtudes que eclipsarían a George o a mí.

-Si tú lo dices -dijo su madre dubitativa, y Holly se echó a reír.

Cuando se reunieron en la capilla, Holly acompañada por Elizabeth y Rose, y Zachary por Jason Somers, que se había ofrecido a ser su padrino, se les unió otra persona justo en el último momento. Holly sonrió radiante al ver a lord Blake, conde de Ravenhill, entrar en la capilla. Tras detenerse para hacer una reverencia impecable, fue a sentarse junto a los padres de Holly. Sus ojos grises parecieron sonreír cuando miró a Holly, y luego a Zachary.

-¿Qué está haciendo aquí? -preguntó Zachary en voz baja.

Holly le sujetó suavemente el brazo, que había puesto rígido.

-Un favor inmenso -le susurró ella-. Al asistir a nuestra boda, lord Blake está demostrando públicamente que respalda nuestro matrimonio.

-Es más probable que esté aprovechando su última oportunidad de comérsete con los ojos.

Holly lo reprendió con la mirada, pero él no pareció darse cuenta, porque la estaba mirando con avidez. Holly llevaba un elegante vestido de seda amarillo pálido con un diminuto ramillete de flores primaverales prendido en el centro del cuello cuadrado. Las mangas cortas y abombadas llevaban encima otras largas transparentes de crepe liso. El vestido daba a Holly un aspecto juvenil y frágil, y no requería ningún adorno adicional salvo unas cuantas flores de color naranja prendidas en el pelo castaño, que llevaba recogido en lo alto de la cabeza.

El vicario empezó a hablar.

-¿Quieres a esta mujer como legítima esposa, para amarla en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe?

Zachary respondió sin que le temblara la voz.

-Sí, quiero.

Ya medida que transcurría la ceremonia, Holly dejó de ser viuda para convertirse en esposa por segunda vez.

Hicieron los votos, se pusieron las alianzas y se arrodillaron cuando el vicario empezó una larga oración. Holly intentó concentrarse en sus palabras, pero al mirar el rostro serio de Zachary le pareció que el mundo entero había desaparecido a excepción de ellos dos. Cuando él la ayudó a levantarse, tomándola firmemente de la mano, se asombró de que el vicario estuviera terminando la ceremonia: «... lo que ha unido Dios, que no lo separe el hombre.»

«Estaban casados», pensó Holly maravillada, mirando a su esposo en el silencio que se había hecho en la capilla, sus dedos entrelazados estrechamente con los de él. De repente, Rose, que por lo visto había sentido el impulso de añadir algo a las últimas palabras del vicario, rompió el silencio, imitando su tono grave y monocorde.

-Y vivieron felices y comieron perdices.

La pequeña congregación se echó a reír y Zachary le dio a Holly un beso breve pero contundente mientras ella aún sonreía.

La cena que siguió fue muy animada, amenizada con música interpretada por violinistas y por conversaciones regadas con innumerables botellas de vinos caros. Rose pudo sentarse a la mesa de los adultos durante un ratito. La contrarié muchísimo que Maude apareciera a las ocho para llevársela a su cuarto, pero dejó de protestar cuando Zachary le susurró al oído y le puso algo en la mano. Dándole a HolIy un beso de buenas noches, la niña se marchó felizmente con Maude.

-¿Qué le has dado? -le preguntó Holly a Zachary, y él la miró como si acabara de hacer una travesura.

-Botones.

-Botones -susurró ella sorprendida. ¿De dónde?

-Uno de la chaqueta de mi traje y otro de la espalda de tu vestido. Rose los quería para conmemorar la ocasión.

-¿Me has quitado un botón de la espalda del vestido? -susurró Holly, mirándolo con reprobación mientras se preguntaba cómo se las había ingeniado para realizar aquella pequeña hazaña sin que ella se diera cuenta.

-Da gracias a que no te haya quitado más, señora mía -le recomendó él.

Holly no respondió, ruborizándose al darse cuenta de que esperaba su noche de bodas con tanta expectación como hacía él.

Al fin, la larga cena y las interminables tandas de brindis terminaron y los hombres se quedaron en la mesa tomando oporto. Holly se fue a su dormitorio contiguo al de Zacharn y con ayuda de Maude se quitó el vestido de bodas. Se puso un camisón de batista blanca muy fina con un intrincado plisado, y volantes en el corpiño y las mangas. Holly despidió a la doncella con una sonrisa de agradecimiento, se cepilló el cabello hasta que le cayó sobre los hombros en largas ondas sueltas.

Era extraño, estar otra vez esperando la visita conyugal, extraño pero maravilloso Qué afortunada era de haber tenido dos amantes en su vida. Sentada ante el tocador, inclinó la cabeza para susurrar una oración de agradecimiento.

Al fin, el suave crujido de la puerta rompió el silencio y Holly alzó la vista para ver a Zachary acercándose.

Despacio, Bronson se quitó la chaqueta y la dejó en el respaldo de la silla. Se acercó a ella y le puso las manos en los hombros mientras sus miradas se encontraban en el espejo.

-Tendría que haberme quedado más rato, no hay duda. -Deslizó los dedos por el brillante cabello de Holly y luego le toco ligeramente los lados del cuello. Ella se estremeció gratamente al notar la caricia de las yemas de sus dedos-. Pero cuanto más pensaba en que estabas aquí arriba... mi dulce y bella esposa... más imposible se me hacía no venir. -Sin apartar la vista del reflejo de Holly, Zachary empezó a desabrocharle cuidadosamente la larga hilera de botoncítos hasta que el camisón cayó flojo sobre sus pechos. Deslizó las manos bajo la fina tela y empezó a acariciarle las formas rotundas de sus senos.

Holly se puso a respirar más hondo mientras se reclinaba en la silla. Los pezones se le contrajeron bajo las cálidas manos de Zachary. Él tiró de ellos suavemente, tomándolos entre los dedos índice y pulgar, hasta que Holly sintió que una corriente la recorría hastá los dedos de los pies.

-Zachary -dijo con un temblor en la voz-. Te amo.

Él se arrodilló junto a la silla y la atrajo hacia sí, capturando con la boca un pezón a través del camisón y tirando con apremio. Ella se estremeció y le acaricio la cabeza, frotando con la boca su espeso cabello negro. Soltándole el seno, Zachary sonrió y tomó su rostro entre las manos.

-Dime dijo-, ¿aún piensas que las buenas esposas siempre satisfacen los deseos de sus maridos, pero que jamás deberían enardecerlos?

-Creo que ése es mi deber -dijo ella con pesar.

-Es una lástima -le informó él, mirándola risueño-. Porque no hay nada que me guste más que verte luchar contra tus deseos impúdicos.

-La levantó con suma facilidad, y ella se le abrazó al cuello mientras la llevaba hasta la cama. La habitación estaba iluminada por la luz parpadeante de las velas, y la piel de Zachary adquirió un brillo broncíneo cuando se quitó la ropa. Le bajó el camisón a Holly hasta las caderas, cubriendo de besos cada nuevo centímetro de piel que dejaba al descubierto, y luego la desvistió por completo. Ella se apretó contra él, gimiendo con tantoplacer y deseo que Zachary se echó a reír dulcemente. Pero su diversión menguó cuando ella lo tocó, inspeccionándole los hombros y la espalda, y recorriéndole la dura musculatura con sus manos inexpertas. Zachary empezó a respirar de forma entrecortada y hundió el rostro en el cabello de Holly.

-Zachary -le susurro ella al oído-, enséñame lo que te gusta. Dime qué quieres. Haré cualquier cosa por ti... cualquier cosa.

Él alzó la cabeza y la miró a los ojos castaños, cálidos y confiados, transmitiéndole una profunda adoración y la besó con avidez. Tomándole la mano, le pasó lentamente los dedos por todo su cuerpo, demorándose en los lugares que le proporcionaban placer, enseñándole formas de acariciarlo que ella jamás había imaginado.

Murmurando ardientemente contra su garganta, Zachary le abrió los muslos y le introdujo los dedos; le besó el estómago y el ombligo, y tocó suavemente con el dedo pulgar el botón oculto en el húmedo vello púbico. Ella se arqueo, gimiendo de placer, y Zachary empezó a mover el pulgar en círculos, uno, y después otro, mientras la penetraría más profundamente con los otros dedos. Bajó la cabeza y le acarició con la lengua la carne inflamada, mordisqueándola suavemente con los labios y el borde de los dientes, y ella se aferró a su nuca con frenesí.

-Por favor-gimió ella, enardecida y lista, tensando todos los músculos del cuerpo con anticipación-. Ahora, Zachary...

Pero él se aparto y la sentó encima suyo, colocándola de forma que su miembro erecto rozara con la parte de Holly que él había puesto tan húmeda e inflamada. Comprendiendo lo que quería, ella asió el miembro y lo guió con manos temblorosas. Intentó introducirlo dentro de ella, pero su inexperiencia no le permitió hallar el ángulo correcto. Él la guió para que se inclinara más, hasta que tuvo los pechos a la altura de su rostro. Entonces, el duro miembro penetró con facilidad y ella jadeo al notarlo dentro.

Apoyándose sobre los codos, Zachary se metió un pezón en la boca, y luego el otro, dándoles pequeños mordiscos que la impulsaron a retorcerse contra él. Holly empujó con apremio, aligero la presión y volvió a acometerlo, hallando un ritmo que lo hizo temblar bajo ella. Zachary apretó los dientes y se aferró a las sábanas, mientras el sudor le penaba el rostro. No la sujetó ni la guió; se limitó a dejarle hacer lo que quisiera hasta sentir que alcanzaba el punto culminante. Emitiendo un grito gutural, Holly se apretó contra el, lo besó con pasión y fusionó su cuerpo con el de Zachary, notando el placer en todos los poros de su piel. Sólo entonces la toco él, sujetándola por las nalgas para introducirse más adentro todavía mientras estallaba su propia pasión.

Holly se quedó apoyada en su hombro durante mucho rato, acariciándole de vez en cuando la cara con las yemas de los dedos. Cuando Zachary empezó a respirar con normalidad, se levantó para apagar las velas y luego regresó a los brazos de Holly. Ella no sabía si habían dormido minutos u horas, pero se despertó en la oscuridad para notar una vez más las manos de Zachary acariciándola.

La besó en la boca y los pechos, y empezó a estimularle sus partes íntimas con la mano hasta que volvió a estar lista para recibirlo. Holly se sobresaltó un poco cuando Zachary le dio la vuelta y le puso una almohada debajo de las caderas.

-¿Confías en mí? -le susurró diabólicamente al oído.

Ella se relajó y gimió indicándole que siguiera, abriéndose por completo para que él hiciera lo que deseara, fuera lo que fuera. Notó sus piernas deslizándose entre las suyas y la tomó desde atrás, penetrándola profundamente. Holly se preguntó abotargada si aquello era inmoral, si debería permitirlo, y luego muy pronto, ya no le importó. Sus acometidas le arrancaron gemidos guturales, y Zachary la mordió suavemente en la nuca cuando su clímax siguió al de ella.

Volvieron a hacer el amor poco antes del amanecer, con movimientos lánguidos y adormilados, dándose besos interminables mientras Zachary la acunaba en sus brazos.

-No quiero salir nunca de esta cama -le susurró Holly, desperezándose cuando el le acarició la espalda.

-Me temo que tendrás que hacerlo, señora mía. Pero de ahora en adelante siempre habrá otra noche para nosotros.

Holly le pasó los dedos por el vello del pecho, encontró el pezón diminuto y se lo frotó con suavidad.

-¿Zachary?

-¿Sí, mi amor?

-¿Con cuánta frecuencia sueles, humm..., o sea, cada cuánto prefieres...?

Sus intentos para plantear la cuestión con delicadeza parecieron divertir a Zachary.

-¿Con cuánta frecuencia lo prefieres tú? -preguntó él, pasándole la yema del dedo por la mejilla ruborizada.

-Bueno, con George, yo..., es decir, nosotros... al menos una vez a la semana.

-Una vez a la semana -repitió él, y en su mirada risueña Holly vio un deseo tan intenso que la hizo estremecerse-. Me temo que yo voy a requerirte con bastante más frecuencia, lady Bronson.

Gratamente sorprendida, Holly se dijo que Zachary era un hombre de fuertes apetitos; que su sexualidad insaciable no debería haberla sorprendido. Y la perspectiva de pasar la mayoría de las noches con él no era precisamente un infortunio.

-Toda la vida me han enseñado a ser moderada en todo -dijo-. Y lo he sido.., salvo contigo.

-Bien, lady Bronson -murmuró él, incorporándose-. Creo que es buen augurio para nosotros. -La besó antes de que pudiera responder.

Hoily pensaba que conocía y comprendía a Zachary Bronson bastante bien después del tiempo que habla vivido bajo su techo. No obstante, pronto descubrió la inmensa diferencia que había entre residir con él y ser su esposa. Durante el primer mes de vida en común, habían adquirido un grado de intimidad sorprendente. Holly descubrió muchas cosas sobre Zachary: que aunque pudiera ser insensible o duro con quienes lo defraudaban, nunca era despiadado. Que no era un hombre religioso, ni particularmente espiritual, y sin embargo tenía un código de honor que lo impulsaba a ser honesto por encima de todo. Que lo incomodaban los elogios y quitaba importancia a los favores que él hacia.

Aunque Zachary intentaba ocultarlo a toda costa, era compasivo y amable con quienes él consideraba vulnerables o débiles. En los negocios era un hueso duro de roer, pero daba generosas propinas a los barrenderos y a las cerilleras, y subvencionaba anónimamente multitud de causas refonmistas.

Cuando se descubría alguna de sus buenas obras, negaba que tuviera buenos motivos y fingía que todo lo que hacía era por razones puramente mercantiles.

Perpleja por su conducta, Holly lo abordó en la biblioteca un día que él se habla quedado a trabajar en casa.

-Las pensiones para tus trabajadores, el nivel de seguridad que has logrado en tus fábricas y el colegio para trabajadores que estás financiando -le preguntó Holly-, ¿has hecho todo eso únicamente porque acaba proporcionándote más beneficios?

-Exactamente. Aumentar el nivel de inteligencia de los empleados y mejorar su salud redundará en una mayor productividad.

-Y el proyecto de ley que estás respaldando anónimamente en el Parlamento para prohibir que los huérfanos trabajen en molinos y fábricas -prosiguió Holly-, ¿también es por razones puramente comerciales?

-¿Cómo te has enterado? -preguntó él frunciendo levemente el entrecejo.

-Te oí hablar de ello con el señor Cranfill el otro día -dijo Holly, nombrando a uno de sus amigos políticos. Sentándose en su rodilla, Holly le aflojó el cuello almidonado de la camisa y jugueteó con el pelo de su nuca-. ¿Por qué te incomoda que los demás conozcan tus buenas obras? -preguntó con suavidad.

Él se encogió de hombros, incómodo.

-No sirve de nada. Ya sabes lo que dicen.

Holly asintió pensativa, recordando el artículo publicado el día anterior en el *Times,* donde se criticaba el respaldo de Zachary al colegio para trabajadores:

El señor Bronson se ha puesto como mcta conseguir que las clases medias e incluso las bajas accedan a la dirección del país. Personas que ignoran lo que es la responsabilidad o la moral van a tener poder sobre el resto de nosotros. Él quiere que las ovejas guíen a los pastores~ y en su lucha se está esforzando activamente para que brutos incultos como él sean elevados por encima de hombres de intelecto y cultura.

-Todo lo que hago crea polémica -dijo Zachary con naturalidad-. De hecho, hay veces en las que mi intervención es contraproducente para las causas que apoyo. Sólo me falta que me acusen de intentar dirigir una gran conspiración de las clases bajas para derrocar a la monarquia.

-No es justo -murmuró Holly, sintiéndose repentinamente culpable al darse cuenta de que en los círculos que ella había frecuentado había hombres respetables que se oponían activamente a leyes cuyo objetivo era educar y proteger a personas mucho menos afortunadas que ellos. Qué extraño que ella y George jamás hubieran hablado de aquellos problemas, que apenas hubieran sido conscientes de ellos. Nunca se les había ocurrido preocuparse por los niños que tenían que trabajar en minas a los tres y cuatro años.., por los cientos de viudas que intentaban mantener a sus familias vendiendo cerillas o paja para trenzar.., por toda una clase de personas que no tenían posibilidades de mejorar su situación a menos que alguien luchana por ellas-. Qué egoísta y ciega he sido durante la mayor parte de mi vida -musitó.

-¿Tú? -Zachary parecía sorprendido. La besó en el pómulo-. Tú eres un ángel.

-¿Ah, si? -preguntó ella con sarcasmo-. Me estoy dando cuenta de que apenas he hecho nada para ayudar a los demás.., pero tú... tú has hecho tanto, y no te dan el reconocimiento que te mereces.

-No quiero reconocimiento. -Zachary la sentó en su regazo y la besó.

-¿Qué quieres? -preguntó ella en voz baja, sonriéndole.

Zachary enroscó la mano en el tobillo de Holly y empezó a subirla bajo las faldas.

-Yo diría que, a estas alturas, ya deberías tenerlo bastante claro.

Desde luego, Zachary no era un santo. No dudaba en manipulan a los demás para obtener los resultados que deseaba. Descubrir pruebas de sus maquinaciones divertía y horrorizaba a Holly al mismo tiempo, como la invitación que recibieron para la fiesta de fin de semana que los condes de Glintworth celebraban todos los años en el campo para inaugurar la temporada social. La invitación fue totalmente inesperada, pues Glintworth, lord Wrey, disfrutaba de gran prestigio en la buena sociedad, y los Bronson tenían una reputación demasiado dudosa para ser incluidos en una lista de invitados tan exclusiva. No obstante, en cuanto los recibieran publicamente en un baile ofrecido por los Glintworth, sería difícil que a partir de entonces alguien los rechazara.

Holly llevó la invltaclon a Zachany con una expresión interrogante. Él estaba holgazaneando en la habitación de música mientras Rose aporreaba las teclas de un pequeño piano de caoba que hablan instalado para su uso particular. Curiosamente, Zachary afirmaba que le gustaba escuchar a la niña mientras aprendía las escalas, y se pasaba al menos dos mañanas por semana escuchándola.

-Un mensajero acaba de traen esto -le dijo Holly en voz baja, enseñándole la invitación mientras él escuchaba la cacofonía de Rose como si fuera la interpretación de un coro celestial.

-¿Qué es? -preguntó él, arrellanándose en el sillón junto al piano, mientras Rose empezaba a tocar otra vez las escalas.

-Una invitación para la fiesta que celebra el conde de Glintworth en el campo. -Holly lo miró con suspicacia-. ¿Has tenido tú algo que ver en esto?

-¿Por qué lo preguntas? -contestó él con suavidad sospechosa.

-Porque no hay ninguna razón para que nos inviten. Glintwonth es el esnob más grande que hay en el mundo civilizado, y él jamás se prestaría voluntariamente a invitarnos a nada, ¡aunque sólo fuera a ver como le limpiaban las botas!

-A menos que... -musito Zachary-, quisiera que yo hiciera algo por él.

-Escucha ésta, tío Zach -le ordenó Rose-. ¡Es la que hago mejor! -El piano casi vibró por el entusiasmo con que tocaba la niña.

-Estoy escuchando, princesa -le aseguró Zachary; luego le habló a Holly bajando la voz-. Creo que pronto verás, amor mio, que muchos aristócratas van a tener que pasar por alto nuestras pequeñas transgresiones. Hay demasiados nobles que tienen negocios conmigo, o querrían tenerlos. Y la amistad, como cualquier otra cosa, tiene un precio.

-Zachany Bronson -exclamó Holly con incredulidad-, ¿me estás diciendo que, de alguna forma, has obligado a los condes de Glintworth a invitarnos a su fiesta?

-Les di a elegir -dijo él indignado-. La cuestión es que Glintworth está hasta los orejas de deudas y lleva meses detrás de mí para que le deje invertir... -Se calló para aplaudir a Rose cuando se puso a interpretar una canción infantil casi irreconocible; luego volvió a dirigirse a Holly-. Me ha perseguido como un perro a un gato para que le deje invertir en la línea de ferrocarril que he proyectado. El otro día le dije que a cambio de permitirle participar en mi negocio no me importaría una demostración pública de amistad de un hombre tan estimado como él. Evidentemente, Glintworth convenció a lady Wrey deque lo mejor para ellos sería enviarnos una invitación.

-¿Así que les diste a elegir entre invitarnos o la bancarrota?

-No fui tan directo.

-Oh, Zachary, ¡eres un pirata!

Él se rió al ver su expresión reprobatoria.

-Gracias.

-¡No pretendía ser un elogio! Sospecho que si alguien estuviera hundiéndose en arenas movedizas, le arrancarías todas las promesas imaginables antes de echarle una cuerda.

se encogió tranquilamente de hombros.

-Amor mío, para eso está precisamente la cuerda.

Asistieron ala fiesta de los Glintworth y fueron recibidos por la aristocracia con una especie de cortesía distante que dejaba patente una cosa:

no es que fueran exactamente bienvenidos, pero tampoco los iban a excluir. La predicción de Zachary había sido correcta. Tenía incontables vínculos financieros con nobles ambiciosos que le debían favores; no osarían arriesgarse a provocar su ira. Aunque un hombre poseyera un buen patrimonio y muchas tierras, sino tenía dinero para mantener sus propiedades y su estilo de vida, acababa perdiéndolo todo. Con el progresivo distanciamiento de las raíces agrícolas que estaba experimentando la economía, muchos aristócratas venidos a menos se habían visto obligados a vender sus propiedades y empresas familiares por falta de liquidez, y ningún asociado de Zachary Bronson quería verse en esa situación.

Hubo un tiempo en el que a Holly podría haberle molestado la frialdad con que la recibieron sus antiguas amistades, pero en esta ocasión le sorprendió comprobar que ya no le afectaba. Sabía lo que decían de ella:

que había sido la amante de Zachary Bronson antes de casarse con él, que la boda se habla celebrado porque se habla quedado embarazada, que se había casado con él por motivos

puramente económicos, que habla perdido posición asociándose con una familia plebeya. Pero las habladurías, la desaprobación social y el escándalo eran como dardos inofensivos lanzados contra una armadura. Jamás se había sentido tan segura, tan apreciada y amada, y le parecía que su felicidad no hacía más que crecer día a día.

Para alivio suyo, Zachary había aminorado su vertiginoso ritmo de vida, y aunque seguía estando constantemente ocupado, su energía inagotable no la dejaba exhausta como había temido. Incluso Paula habla comentado el cambio que se había operado en él, complacida de que por fin durmiera habitualmente ocho horas en lugar de cinco, y de que pasara las noches en casa en lugar de irse de juerga a la ciudad. Durante años, Zachary había actuado como si la vida fuera una batalla, pero había empezado a mirar el mundo que lo rodeaba con una nueva placidez que lo serenaba.

Zachary bebía menos y estaba menos horas dentro de casa enfrascado en contratos y cifras, optando, en lúgar de ello, por pasar las tardes acompañando a Holly y Rose a picnics o paseos en carruaje. Les compró un hermoso balandro, las acompañaba a obras de teatro en Drury Lane y adquirió un «chalé» con una docena de dormitorios en Brighton para pasar el verano en La playa. Cuando sus amigos le hacían bromas sobre lo casero que se había vuelto, Zachary se limitaba a sonreír y respondía que no había nada que le gustara más que pasar el tiempo en compañía de su esposa e hija. La alta sociedad estaba claramente perpleja ante su conducta. En general, se consideraba poco viril hablar tan amorosamente de una esposa, y aún más de una niña, y sin embargo nadie osaba hacer un comentarjo crítico en presencia de Zachary. Su actitud se interpretaba como una más de sus excentricidades. La propia Holly se sorprendía de cuánta era su devoción, pero no podía evitar complacerse cuando percibía los evidentes celos de otras mujeres, que le preguntaban burlonas qué pócima mágica había empleado para tener a su esposo tan encandilado.

A menudo, Zachary traía amigos a cenar a casa, y su mesa se llenaba de políticos, abogados y comerciantes ricos que eran muy distintos de las compañías a las que Holly estaba acostumbrada. Hablaban sin tapujos sobre dinero, negocios o política, sobre todas las cosas que jamás se habrían mencionado en las mesas de los aristócratas. Aquellas personas le eran ajenas y a menudo carecían de raíces y delicadeza, pero las encontraba fascinantes a pesar de todo.

-Vaya panda de sinvergüenzas -le dijo a Zachary una noche, después de que el último invitado a cenar se hubiera marchado. Holly estaba subiendo a su habitación, y Zachary le habla pasado un brazo por la cintura-. Ese señor Cromby y el señor Whitton son bastante impresentables.

-Lo sé. -Zachary bajó la cabeza fingiendo arrepentimiento, pero ella le *oyó* reírse-. Viéndolos, me doy cuenta de cuánto he cambiado desde que te conozco.

Ella resopló con escepticismo.

-Tú, señor mio, eres el más sinvergüenza de todos.

-Tu misión es reformarme -respondió él perezosamente, deteniéndose un peldaño por debajo de Holly para que tuvieran las caras a la misma altura.

-Holly se le abrazó al cuello y le besó la punta de la nariz.

-Pero no quiero. Te quiero tal como eres, sinvergüenza y perverso.

El tomó su boca en la suya, besándola profundamente.

-Sólo por eso, voy a ser especialmente perverso. -La besó en la mejilla y siguió hasta el borde de la mandíbula-. Esta noche no vas a tener a un caballero en tu cama, señora mia.

-En otras palabras, una noche típica -musitó ella, y gritó cuando él se la cargó inesperadamente al hombro y siguió subiendo las escaleras Zachary, bájame ahora... Oh, bruto, ¡va a vernos alguien! -Bronson pasó junto a una boquiabierta criada, sin prestar atención a las súplicas de Holly, y fue a su dormitorio, donde se dedicó a provocarla e incitarla durante horas. La hizo reír, la hizo jugar, luchar y gemir de placer. Después, cuando ella estaba exhausta y saciada, le hizo el amor con ternura, susurrándole en la oscuridad que la querría siempre. Tan-

to amor la hacía sentirse humilde, y le resultaba incomprensible que él la viera tan especial cuando en realidad era una persona corriente.

-Hay muchas mujeres como yo, ¿sabes? -murmuró cuando ya amanecía, mientras yacía con el cabello desparramado sobre el cuello y el pecho de Zachary-. Mujeres con mi educación, con títulos más antiguos y caras y figuras más bonitas.

Notó en la mejilla que Zachary le sonreía.

-¿Qué estás intentando decir? ¿Que preferirías que me hubiera casado con otra?

-Por supuesto que no. -Le tiró suavemente del vello del pecho en señal de reprobación-. Es sólo que no soy el gran trofeo en que tú me conviertes. Habrías conseguido cualquier mujer que te hubieras propuesto.

-En toda mi vida, sólo has existido tú. Tú eres todos mis sueños, deseos y afanes. -Jugueteó suavemente con su cabello-. Y no creas, tanta felicidad me da miedo... Me recuerda al rey de la montaña.

-Ahora que has llegado arriba, ¿temes que te echen? -le preguntó Holly, comprendiendo a qué se refería.

-Algo parecido.

Holly entendía perfectamente cómo se sentía Zachary. Aquélla había sido precisamente la razón de que ella no hubiera querido casarse con él al principio, temiendo arriesgarse a perder algo tan valioso, hasta que el miedo la había alejado de lo que más quería.

-Bueno, nosotros no viviremos así -murmuró Holly, besándole el hombro desnudo-. Disfrutaremos todos los momentos al máximo sin preocuparnos por el mañana.

Interesándose por una de las sociedades reformistas a las que Zachary hacía donativos, Holly asistió a una reunión de las señoras que habían fundado el grupo. Cuando supo que era una sociedad de ayuda a la infancia, decidió colaborar personalmente aparte de hacer donativos. Las mujeres de la sociedad organizaban bazares, hacían presión para mejorar la legislación social *y* fundaban nuevas instituciones para atender a la multitud de niños que se habían quedado huérfanos a causa de la reciente epidemia de tifus y tisis. Cuando el grupo decidió redactar un panfleto para describir las condiciones en que trabajaban los niños en las fábricas, Holly se ofreció para formar parte del comité. Al día siguiente, ella y media docena de mujeres fueron a visitar una fábrica de escobas que, según sus informaciones, era una de las que más contravenían las normas. Sospechando que Zachary no aprobaría su visita a la fábrica, Holly decidió no mencionárselo.

Aunque se había preparado para ver cosas desagradables, las míseras condiciones de la fábrica la impresionaron profundamente. El lugar estaba sucio y mal ventilado, y había muchos niños trabajando con edades evidentemente inferiores a los nueve años. Holly se conmovió al ver aquellas criaturas delgadas y desgraciadas con caras inexpresivas, trabajando sin cesar con aquellas manitas tan diminutas; algunos habían perdido uno o varios dedos en accidentes con los afilados cuchillos que usaban para cortar las gavillas de paja. Eran huérfanos, explicó uno de los trabajadores adultos, recogidos de orfanatos y trasladados a un dormitorio angosto y oscuro ubicado junto a la fábrica. Trabajaban catorce horas diarias, a veces más, y a cambio de su incansable trabajo recibían un mínimo de comida y ropa, y unos pocos peniques diarios.

Las mujeres del comité se quedaron en la fábrica e hicieron preguntas hasta que el director descubrió su presencia. Las echaron enseguida, pero, para entonces, ya sabían lo que necesitaban. Entristecida por lo que habían visto, pero resuelta a tomar cartas en el asunto, Holly regresó a casa y redactó el informe del comité para presentarlo a la sociedad en la próxima reunion.

-¿Vienes cansada de la reunión? -pregunté Zachary aquella noche durante la cena. Era observador y había notado signos de cansancio en la cara de Holly.

Holly asintió, sitiéndose culpable por no decirle dónde había estado aquel día. No obstante, estaba casi segura de que saberlo no le haría ninguna gracia y se dijo que no era necesario confesárselo.

Por desgracia, Zachary se enteró de la visita a la fábrica al día siguiente, no por Holly, sino por uno de sus amigos, cuya esposa también había ido. Lamentablemente su amigo también le había dicho que la fábrica estaba ubicada en una parte de la ciudad especialmente insalubre y peligrosa.

La reacción de Zachary dejó a Holly estupefacta. La abordó en cuanto llegó a casa, y ella vio con pesar que él no estaba meramente disgustado. Estaba iracundo. Se esforzaba por no alzarle la voz, pero la furia que sentía era patente en cada palabra que lograba articular.

-Maldita sea, Holly. Nunca habría imaginado que pudieras hacer algo tan absurdo. ¿Te das cuenta de que el edificio podría haberse derrumbado encima de ti y de esos cerebros de chorlito? Sé en qué condiciones están esos sitios y no permitirla que entrara allí ni mi perro, mucho menos mi mujer. *Y* los hombres... Dios mío, cuando pienso en los sinvergüenzas que debía de haber por allí, ¡se me hiela la sangre! Marineros y borrachos en todas las esquinas. ¿Sabes lo que sucedería si a uno de ellos se le metiera en la cabeza disfrutar a tu costa?

Como aquello pareció dejarlo momentáneamente incapaz de seguir hablando, Holly aprovechó la oportunidad para defenderse.

-Iba acompañada, y...

-Señoras -dijo él con violencia-. Armadas con sombrillas, sin duda. ¿Qué crees tú que podrían haber hecho, si os hubierais topado con malas compañías?

-Los pocos hombres del barrio con los que nos cruzamos eran inofensivos -argumentó Holly-. De hecho, estuvimos precisamente en el mismo sitio donde tú pasaste tu infancia, y esos hombres no eran distintos de ti...

-En aquellos tiempos, me habría puesto las botas contigo si te hubiera podido poner la mano encima -dijo Zachary con rudeza-. No te engañes, señora mía... Habrías acabado de cara a la pared con las faldas por la cintura. El milagro es que ayer no te encontraras con ningún marinero borracho.

-Estás exagerando -dijo Holly a la defensiva, pero con ello sólo consiguió aumentar su mal humor.

Zachary continuó atormentándole los oídos con un sermón que alternaba la furia con los insultos, nombrando las diversas enfermedades que podía haber contraído yios parásitos que posiblemente habla encontrado, hasta que Holly no pudo seguir escuchándolo.

-Ya he oído bastante -gritó enojada-. Me queda claro que no debo tomar ni una sola decisión sin pedirte primero permiso. Vas a tratarme como a una niña y tú vas a actuar como un dictador. -La acusación era injusta, y ella lo sabía, pero estaba demasiado iracunda para que eso le importara.

De repente, Zachary pareció calmarse y se quedó mirándola con una expresión inescrutable. Tardó bastante en volver a hablar.

-No habrías llevado a Rose a un sitio así, ¿verdad?

-¡Por supuesto que no! Pero ella es una niña, y yo soy...

-Mi vida -la interrumpió él sin levantar la voz-. Eres toda mi vida. Si alguna vez te sucede algo, no me quedará nada.

De repente, sus palabras la hicieron sentirse pequeña y trivial y, como él había dicho, irresponsable. Pero, no obstante, sus intenciones habían sido buenas. Por otra parte, sabia que visitar la fábrica no había sido lo más apropiado, o no habría intentado ocultárselo. Conteniéndose para no seguir discutiendo, se quedó mirando un punto fijo en la pared con el ceño fruncido.

Zachary juró entre dientes, y Holly no puedo evitar hacer una mueca al oír sus reniegos.

-No diré una palabra más si me haces una promesa.

-¿Sí? -dijo ella con cautela.

-De ahora en adelante, no vayas a ninguna parte adonde no llevarías a Rose. A no ser que yo esté contigo.

-Supongo que es razonable -dijo ella a regañadientes-. Muy bien, lo prometo.

Zachary asintió brevemente, sin abandonar su expresión severa. Holly pensó que aquélla era la primera vez que él ejercía su autoridad sobre ella.

Es más, había abordado la situación de una forma muy distinta de como lo habría hecho George. Su difunto esposo le habría puesto unos Iimites mucho más estrictos, pero utilizando palabras más suaves. En circunstancias similares, George le habría pedido directamente que abandonara el comité. Las verdaderas damas, habría dicho, se limitaban a llevarles a los pobres cestas con dulces y sopas, o quizás a contribuir en un bazar con algunos bordados. Zachary, a pesar de su furia e indignación, le pedía de hecho muy poco en lo que respecta a la obediencia que le debía como esposa.

-Lo siento -consiguió decir Holly-. No quería preocuparte.

Él aceptó la disculpa con un asentimiento.

-No me has preocupado -musité-. Cuando he sabido lo que habías hecho, me he muerto de miedo.

Aunque la pelea había terminado y el ambiente se había distendido, Holly notó cierta tensión entre ellos que duró hasta después de la cena. Por primera vez en su matrimonio, Zachary no fue a verla aquella noche. Holly durmió mal, dando vueltas en la cama, despertándose con frecuencia para constatar que estaba sola. Por la mañana, estaba frustrada y con los ojos legañosos y, para colmo, descubrió que Zachary ya se había marchado a sus oficinas de Londres. Aquel día estaba más apagada de lo habitual y pensar en la comida le daba náuseas. Tras consultar el espejo y ver que parecía cansada, gimoteé y se preguntó si Zachary había estado en lo cierto, si habría contraído realmente alguna enfermedad durante su visita a la fábrica.

Más tarde durmió una siesta, corriendo las cortinas de la habitación para sumirla en la oscuridad. Tras quedarse profundamente dormida, se desperté y vio la silueta de Zachary cerca de ella, sentado en una silla junto a la cama.

-¿Qué... qué hora es? -preguntó semidormida, apoyándose en los codos con dificultad.

-Las siete y media.

Al ver que había dormido más de lo que pensaba, Holly se disculpé con un gemido.

-¿He retrasado a todo el mundo para la cena...? Oh, debo de haber...

Zachary la hizo callar con suavidad, acercándose a ella, apoyándole la espalda en los almohadones.

-¿Es la migraña? -musité en voz baja.

Ella sacudió la cabeza.

-No, sólo estaba cansada. Esta noche no he dormido bien. Te quería... es decir.., quería tu compañía.

Él se rió suavemente ante la torpe admisión de Holly. Levantándose, se desabroché el chaleco y lo dejó en el suelo, luego se quitó la corbata. Holly tuvo la sensación de que su voz grave *y* vibrante se le acumulaba en la parte superior de la columna y le hacía cosquillas.

-Haré que te suban la cena.

Holly vislumbré un destello blanco en la oscuridad cuando él se quité la camisa y la tiró también al suelo.

-Dentro de un rato -añadió, y acabó de desvestirse para meterse con ella en la cama.

En el transcurso de las dos semanas siguientes, Holly se dio cuenta de que no era la de siempre, pues no lograba reponerse por mucho que durmiera. Le costaba mucho esfuerzo mantener su buen humor habitual *y* a última hora a menudo estaba irritable y melancólica. Empezó a perder peso, lo cual al principio le alegré, pero, lamentablemente, le salieron unas ojeras que no eran en absoluto agradables. Llamaron a un médico, pero no pudo encontrarle nada.

Zachary la trataba con una amabilidad y una paciencia extremas, regalándole dulces, novelas.y grabados cómicos. Cuando fue patente que ella ya no tenía fuerzas para hacer el amor, a pesar de desearlo, él le mostró su adoración de otras formas; se pasaba las tardes bañándola, extendiéndole crema perfumada en la piel seca, acunándola y besándola como si fuera una niña adorada. Llamaron a otro médico, y luego a otro, pero siempre le diagnosticaban «decaimiento», el término que todos los médicos utilizaban cuando eran incapaces de identificar una enfermedad.

-No sé por qué me encuentro tan cansada -exclamó Holly con nerviosismo una noche que estaban sentados junto al fuego, mientras Zachary le cepillaba los largos cabellos. La habitación estaba caldeada casi en exceso, pero ella tenía las piernas heladas-. No hay motivo para mi fatiga; siempre he tenido una salud de hierro, *y* jamás me había pasado una cosa ast.

Zachary se detuvo un instante, y luego siguió cepillándole suavemente el pelo.

-Creo que ya casi lo has superado -dijo en voz baja-. Parece que hoy te encuentras un poco mejor. -Mientras le cepillaba el pelo, le hizo cientos de promesas sobre todas las cosas que harían cuando ella se hubiera recuperado; los sitios a los que viajarían, los placeres exóticos que él le enseñaría. Holly se quedó dormida en su regazo con una sonrisa en los labios *y* la cabeza apoyada en el hueco de su brazo.

No obstante, a la mañana siguiente, Holly se encontraba mucho peor; tenía temblores y estaba ardiendo, como si la carne se le hubiera transformado en fuego. Apenas si era consciente de las voces, de la suave mano de Zachary en su cabeza y de los dedos fríos de Paula pasándole suavemente un paño mojado por el cuerpo abrasado. Holly tenía la sensación de que si Paula dejaba de darle aquel suave masaje, no podría soportar el calor que la invadiría. Se oyó susurrar palabras sin sentido; luego, en algunos momentos, la mente se le aclaraba *y* era capaz de hablar.

-Ayúdame, madre... Sigue, por favor...

-Holly querida -dijo Paula, con su voz amable y familiar, *y* siguió pasándole diligentemente el paño por el cuerpo.

En medio de su delirio, Holly oyó a Zachary dar órdenes a los sirvientes y enviar a un lacayo en busca del médico, y percibió en su voz una aspereza que no había oído antes. «Tenía miedo», pensó con acierto... Intentó llamarlo, para asegurarle que se pondría bien. Pero aquelki no era más que una esperanza lejana. Le parecía que aquel horrible fuego interno fuera a quedarse con ella para siempre, ardiendo y consumiéndola hasta que no fuera más que una cáscara vacía.

Llegó otro médico, un hombre apuesto y rubio que no eta mucho mayor que ella. Como siempre la hablan atendido viejos médiéos de bigotes canos cuya experiencia y conocimiéntos gozaban de renombre, y Holly se preguntó si el doctor Linley le seda de alguna utilidad. No obstante, enseguida dio muestras de su competencia y durante sus exámenes, Holly notó que el delirio remitía un poco, como si los nubarrones de tormenta se hubieran alejado y el sol volviera a brillar. Con una diligencia que en ciertó nada la tranquilizaba, Linley dejó tdnico de coñac y pidió que trajeran ¿dldb de la cocina, aconsejándole que debía comer para conservar las fuerzas. Luegó salió para conversar con Zachary, que lo esperaba fii~ra de la habitación.

Finalmente, Zachary entró a verla. Con cuidado, pusó lá silla junto a la cama.

-Me gusta ese dóctor Linley -murmuré Holly.

-Me lo imaginaba -dijo Zachary con sarcasmo-. He estado a punto de no dejarlo entrar al ver que era tan guapo. Su excelente reputación es lo único que nie ha disuadido.

-Oh, bueno... -Haciendo un esfuerzo, Holly le quitó importancia al tema con un débil ademán-. No está mal, supongo... Si te gustan los rubiales como él.

Zachary se rió brevemente.

-Afortunadamente, tú prefieres a Hades.

Ella emitió un sonido que, de no ser por su debilidad, habría sido una risa.

-En este momento, tu parecido con el dios de los infiernos es... muy lejano -le informó ella. Observó su rostro, que estaba tan tranquilo y sereno como siempre, pero la palidez extrema de su tez lo delataba-. ¿Cuál es el veredicto del doctor Linley? -preguntó en apenas un susurro.

-Es sólo un caso grave de gripe -dijo él con naturalidad-. Con un poco más de tiempo y reposo, estarás...

-Es tifus -lo interrumpió Holly, dedicándole una sonrisa cansada al ver su decepción. Naturalmente, el médico le había aconsejado que se lo ocultara, para evitar que la preocupación obstaculizara su posible recuperación. Alzó una mano pálida *y* delgada y le enseñé una manchita rosa en el huecodel codo-. Tengo más en el estómago y en el pecho. Igual que George.

Zachary se miró los zapatos pensativo. Tenía las manos metidas en los bolsillos, como si estuviera profundamente concentrado. No obstante, al alzar la mirada, ella vio el miedo cerval que se reflejaba en sus negros ojos e intentó tranquilizarlo con un susurro. Dio unas palmaditas en el colchón junto a ella. Despacio, él se acercó y apoyé la cabeza en sus senos. Abrazando su espalda poderosa, Holly susurré entre los rebeldes rizos de su cabello.

-Voy a recuperarme, amor mío.

Él se puso a temblar y luego se recobró con una rapidez asombrosa. Se incorporé y la miró esbozando una sonrisa.

-Por supuesto -musité.

-Llévate a Rose de aquí para protegerla -susurré ella-. Envíala al campo con mi familia. Y a Elizabeth *y* a tu madre...

-Se habrán ido dentro de una hora. Salvo mi madre... Quiere quedarse para cuidar de ti.

-Pero el riesgo... -dijo-. Haz que se vaya.

-Los Bronson somos una raza muy resistente -dijo él sonriendo-. Cada vez que una plaga o epidemia se propagaba por nuestro vecindario, salíamos inmunes. Fiebre escarlata, fiebre pútrida, cólera...-Movió la mano como si estuviera ahuyentando un mosquito-. A nosotros no puedes ponernos enfermos.

-No hace mucho, yo habría dicho lo mismo de ml. -Holly intento sonreír con sus labios resecos-. Jamás había estado verdaderamente enferma. Me pregunto que por qué ahora. Cuidé de George durante toda su enfermedad y jamás tuve síntomas.

Mencionar a su difunto esposo hizo palidecer a Zachary aún más si cabe, y Holly se disculpé en un murmullo, comprendiendo su temor de que ella tuviera el mismo final que George.

-Me pondré bien -susurré-. Sólo necesito reposo. Despiértame cuando traigan el caldo. Me beberé hasta la última gota... para demostrarte...

Pero no guardaba recuerdos del caldo, ni de nada definido, porque se sumió en un sueño torturado, y el mundo entero se disolvió en un torbellino de calor. Su fatigada conciencia intentaba atravesar aquel muro abrasador, pero rebotaba en él como un insecto, dejándola sin sentido, sin palabras, sin nada salvo los sonidos incoherentes que emitía involuntariamente. Estaba harta de sus gemidos incesantes, y, sin embargo, parecía que no estuviera en su mano acallarlos. No tenía poder sobre nada, ni sentido del día y la noche.

Había veces en que sabía que Zachary estaba con ella. Se aferraba a sus manos grandes y suaves, y escuchaba el murmullo sedante de su voz mientras el dolor la consumía. Él era fuerte, poderoso, y ella intentaba en vano absorber parte de su vitalidad. Pero Zachary no po-

día darle su fuerza, ni protegerla de las oleadas de calor abrasador. Aquella batalla debía librarla ella y, para su desesperación, vio que su voluntad de recuperarse iba flaqueando hasta que sólo le quedaron fuerzas para resistir. Así había ocurrido con George. El tifus había debilitado su tierno espíritu y le había quitado las ganas de luchar. Hasta ese momento, ella no había comprendido lo difícil que había sido para él, y al fin lo perdoné de todo corazón por haberse rendido. Holly estaba muy cerca de hacer como él. Pensar en Rose y Zachary aún la tentaba, pero estaba muy cansada, y el dolor la alejaba irremisiblemente de ellos.

Habían pasado tres semanas desde que Holly comenzara a guardar cama, semanas que se mezclarían para siempre en la mente de Zachary como un largo intervalo de agotamiento y tristeza. Casi peores que el delirio de Holly eran los intervalos en que estaba lúcida, cuando le sonreía con afecto y le demostraba lo preocupada que la tenía. No dormía ni comía bien, le decía. Quería que se cuidara como era debido. Ella pronto estaría mejor, le decía... ¿Cuánto tiempo hacia?... Bueno, ei tifus nunca duraba más de un mes. Y justo cuando él se permitía animarse y convencerse de que Holly estaba realmente mejorando, ella volvía a sumirse en sus febriles delirios, y él se desesperaba todavía más.

A veces se sorprendía cuando esporádicamente le dejaban un periódico en la mesa junto a un plato de comida. Tras dar unos cuantos bocados al pan o a la fruta de forma mecánica, echaba un vistazo a la primera página, no para leerla, sino para corroborar que el resto del mundo seguía adelante. En su casa estaban viviendo una catástrofe y, sin embargo, los negocios, la política y la vida social proseguían al ritmo vertiginoso de siempre. No obstante, la prueba de resistencia de Holly no estaba pasando desapercibida. A medida que se corría la voz sobre su enfermedad, empezaron a llegar cartas.

Parecía que todo el mundo, desde los círculos sociales más altos hasta los más bajos, quisiera expresar su preocupación y amistad por la enferma. Los aristócratas que habían tratado a los recién casados con un desdén apenas disimulado, parecían estar súbitamente deseosos de expresar su lealtad. Al parecer, a medida que la enfermedad de Holly avanzaba, su popularidad iba en ascenso, y todo el mundo se erigía en su mejor amigo. «Qué panda de hipócritas», pensaba Zachary con rencor, mirando el recibidor repleto de centros de flores, cestas de dulces, cajas de galletas, licores de frutas y bandejas de plata llenas de mensajes que lo acompañaban en el sentimiento. Hubo incluso algunas visitas, a pesar de la naturaleza contagiosa de la fiebre tifoidea, y Zachary obtenía un placer salvaje impidiéndoles la entrada. Sólo hubo una persona a quien permitió entrar, una persona que había estado esperando: lord Blake, conde de Ravenhill.

El hecho de que Ravenhill no trajera otra cesta inútil o un ramo no deseado mejoré el concepto que Zachary tenía de él. Ravenhill apareció sin anunciarse una mañana, .vestido con sobriedad, el cabello brillante incluso a la luz tenue del recibidor. Zachary jamás seria amigo de aquel hombre; era incapaz de perdonar a alguien que habla competido con él para conseguir la mano de Holly. No obstante, muy a su pesar, le estaba agradecido desde que Holly le había contado que Ravenhill le había aconsejado que siguiera el dictado de su corazón en lugar de cumplir los deseos de George Taylor. Saber que Ravenhill podría haber puesto trabas a la decisión de Holly, pero no haberlo hecho mejoraba la buena disposición de Zachary hacia él.

Ravenhill se acercó a él, le dio la mano y luego lo miré atentamente con sus ojos gris plateado. No le pasé desapercibido que Zachary tenía los ojos inyectados en sangre y había perdido peso. Luego aparté la mirada de repente y se pasé la mano por la mandíbula varias veces, como si estuviera considerando un problema grave.

-Oh, Dios mío -*susurré* al fin. Zachary podía leerle el pensamiento: que él no tendría tan mal aspecto si Holly no estuviera en grave peligro, tal vez, de muerte.

-Vaya a verla silo desea -dijo Zachary con aspereza.

Ravenhill esbozó una amarga sonrisa.

-No sé-dijo, con una voz apenas audible-. No sé si puedo pasar por esto por segunda vez.

-Haga lo que quiera entonces. -Zachary lo dejó con brusquedad, incapaz de soportar el dolor que veía en el rostro de Ravenhill, el miedo que transmitía su mirada. No quería compartir sentimientos, recuerdos ni lamentos. Les había dicho friamente a su madre, a Maude, al ama de llaves y a todos los sirvientes que pudieron oírlo que si se ponían a llorar o daban otras muestras de emoción, tendrían que marcharse de inmediato. El ambiente que reinaba en la casa era tranquilo, silencioso y extrañamen te sereno.

Sin preocuparse por dónde fuera o por lo que hiciera Ravenhill, ni por si podría encontrarla habitación de Holly sin ayuda, Zachary vagó por la casa hasta llegar al salón de baile. Estaba a oscuras, las ventanas cubiertas por gruesas cortinas de terciopelo. Corrió una y la até. Los rayos del *sol* se reflejaron en el reluciente suelo de parquet e iluminaron una pared tapizada de seda verde. Mirando un inmenso espejo con marco de oro, Zachaiy recordó las clases de baile, la forma en que Holly había estado en sus brazos, dándole instrucciones con mucha seriedad, cuando en ese momento él sólo podía pensar en cuánto la deseaba, cuánto la amaba.

Holly lo había mirado radiante con aquellos ojos tan cálidos y le había hecho una broma: «Le sugiero que no aplique muchas de sus técnicas de boxeo a *las* clases de baile, señor Bronson. No me gustaría acabar a puñetazos con usted...»

Zachary se senté lentamente en el suelo, apoyándose en el alféizar de la ventana, recordando con los ojos entornados y la cabeza baja a causa de la fatiga. Estaba agotado y, no obstante, por las noches no podía conciliar el sueño. La incertidumbre de lo que pasaría lo consumía. Sólo obtenía paz cuando llegaba su turno de cuidar de Holly y podía asegurarse a cada instante de que seguía respirando, de que el pulso seguía latiéndole, de que continuaba moviendo los labios sin cesar en su delirio.

Después de lo que podían haber sido cinco minutos o cincuenta, Zachary oyó una voz en el oscuro recinto.

-Bronson.

Zachary alzó la cabeza y vio a Ravenhill en el umbral. El conde estaba pálido y triste, con un autocontrol casi antinatural.

-No sé si va a morir o no -dijo Ravenhill con brusquedad-. No parece tan hundida y entregada como lo estaba George a estas alturas. Pero sé que está a punto de entrar en la fase de crisis, y le aconsejo que llame al médico.

Zachary se había puesto en pie antes de que Ravenhill terminara de hablar.

Holly tuvo la sensación de que despertaba en un sueño de una frescura bendita; el dolor y el calor la estaban abandonando, dejándola relajada y más despierta de lo que se había sentido en semanas. «Ahora me encuentro mejor», pensé sorprendida, y miró a su alrededor con impaciencia, deseando compartir aquella maravillosa noticia con Zachary Quería verlo, y a Rose, y decirles que el tormento de los días pasados había terminado al fin. Pero se extrañó al encontrarse sola, envuelta por una fría niebla salada que le recordaba a la orilla del mar. Vacilé, sin saber muy bien adónde ir o por qué estaba allí, pero la atrajo un tenue rumor.., sonaba *ca*si como el agua que corre, como el canto de los pájaros o los árboles meciéndose con el viento. Se dirigió hacia allí, sintiéndose fuerte de nuevo, con los sentidos serenados por aquel entorno tan suave. Gradualmente el velo se niebla se esfumé y se encontró en un lugar de aguas azules y suaves colinas verdes, con exuberantes flores exóticas por doquier. Con curiosidad, se agaché para tocar una que era del color del melocotón, y le pareció que su fragancia la envolvía y la embriagaba. A pesar de su perplejidad, quiso reír. Oh, había olvidado qué se sentía siendo feliz de aquella forma tan pura, con la ingenuidad de un niño.

-Qué sueño tan hermoso -dijo.

Le respondió una voz risueña.

-Bueno, no es precisamente un sueño.

Holly se volvió sorprendida, buscando el origen de aquella voz atractiva y familiar, y vio a un hombre acercándose a ella. Él se detuvo y la miré con unos ojos azules que Holly jamás había olvidado.

-George -dijo.

La piel de Holly había adquirido un tono ciruela y su respiración era alarmantemente rápida y superficial. Tenía muchísima fiebre ylos ojos entreabiertos y la mirada fija. Con el camisón blanco y únicamente una fina sábana para cubrirle las piernas, se le veía tan pequeña en aquella cama inmensa que parecía una niña. «Se estaba muriendo», pensé Zachary con los sentidos embotados, y le pareció imposible pensar en el después. Para él ya no habría esperanza, expectativas, placer o felicidad futuros, como si su propia vida fuera a terminar cuando lo hiciera la de ella. Aguardaba en silencio en un rincón de la habitación mientras el doctor Linley examinaba a Holly. Paula y Maude también habían entrado, y las dos pugnaban por ocultar su dolor.

El médico se acercó a Zachary y le hablé en voz muy baja.

-Señor Bronson, conozco varias técnicas que en su mayoría terminarían enseguida con la vida de su esposa en lugar de salvarla. Lo único que puedo hacer es darle algo que le facilite el tránsito.

Zachary no necesitaba una explicación. Sabía exactamente lo que Linley le estaba ofreciendo: drogar a Holly para que pasara durmiendo y sin sentir dolor la última fase del tifus. Empezó a respirar de una forma casi tan rápida y superficial como la de Holly. Luego oyó que el sonido cambiaba y miré la cama. Holly había empezado a respirar con dificultad y a suspirar espasmédicamente.

-Son los estertores -oyó lamentarse a Maude.

Zachary creyó que iba a volverse loco e intentó disimular ante la mirada impasible de Linley.

-Fuera de aquí -dijo con voz ronca, a punto de enseñar los dientes y gruñir como un animal furioso-. Déjenme solo con ella. Váyanse. ¡Ahora mismo!

Zachary casi se sorprendió de que lo obedecieran sin protestar y vio a su madre secarse las lágrimas con un pañuelo cuando cerró la puerta. Él echó la llave, encerrándose en la habitación con su esposa, y fue hasta la cama. Sin vacilar, se senté en el colchón y abrazó a Holly, sin hacer caso de su débil gemido de protesta.

-Te seguiré a la otra vida si tengo que hacerlo -le susurré roncamente al oído-. Jamás te librarás de mí. Te perseguiré en el cielo y en el infierno, y más allá todavía. -Zachary continué susurrando sin cesar, amenazando, intimidando, maldiciendo, mientras la tenía apretada contra su cuerpo, como si pudiera evitar físicamente que la vida la abandonara-. Quédate conmigo, Holly -musité con furia, acariciándole con la boca el rostro y el cuello empapado de sudor-. No me hagas esto. Qué- date, maldita sea. -Y, finalmente, cuando la garganta le dolió tanto que ya no pudo hablar, se tumbé junto a ella, hundiendo la cabeza en sus senos quietos.

Era George sin duda, pero se le veía algo distinto de como había sido en vida. Parecía jovencísimo, tenía la piel y el cabello radiantes, y emanaba fuerza y salud.

-Holly, amor mío -dijo con una sonrisa tranquila, divertido aparentemente por lo sorprendida que estaba ella-. ¿No sabías que vendría a buscarte?

A pesar de lo mucho que le complacía verlo, Holly se contuvo y lo miré fijamente, temiendo tocarlo por alguna razón.

-¿George, cómo es posible que estemos juntos? Yo... -Consideró la situación y su felicidad menguó al darse cuenta de que podía haber perdido la vida que había conocido hasta entonces-. Oh -dijo. Los ojos empezaron a escocerle. No le salieron lágrimas, pero estaba desconsolada.

George ladeé la cabeza y la miró con afectuosa compasión.

-No estás preparada para esto, ¿verdad?

-No -dijo ella cada vez más desesperada-. George, ¿no tengo elección? Quiero regresar ahora mismo.

-¿A la prisión de tu cuerpo y al sufrimiento y al dolor? ¿Por qué no vienes conmigo? Hay lugares incluso más bellos que éste. -Le tendió invitadoramente la mano-. Permíteme enseñártelos.

Ella sacudió violentamente la cabeza.

-Oh, George, podrías ofrecerme un millar de paraísos, pero yo no podría... Hay alguien, un hombre, que me necesita, y yo a él...

-Sí, lo sé.

-¿Lo sabes? -Holly se asombré de no ver ninguna acusación ni recriminación en su rostro-. George, ¡debo regresar con él y con Rose! Por favor, no me culpes, debes entender que no te he olvidado, ni he dejado de quererte, pero, oh... ¡cómo lo amo!

-Sí, lo comprendo. -George sonrió y, para alivio de Holly, dejó de tenderle la mano-. Jamás te culparía por ello, Holly.

Aunque Holly no había retrocedido ningún paso, le pareció que su inquietud la había alejado varios metros de él.

-Has encontrado a tu compañero del alma -dijo él.

-Sí, yo... -Holly supo que George estaba en lo cierto y sintió alivio al ver que parecía comprenderla-. Sí, así es.

-~Eso es bueno! -musité él-. Es bueno que te des cuenta de lo afortunada que eres. Yo sólo sentí una cosa al venir aquí. Hice muy poco por los demás en mi vida. Casi todo lo que nos interesaba era inmaterial. Sólo existe el amor, Holly... vívelo mientras puedas.

Holly se sintió embargada por la emoción al verlo partir.

-George -gritó con un temblor en la voz, deseando poder preguntarle muchísimas cosas.

Él se detuvo y la miró amorosamente.

-Dile a Rose que velo por ella.

Y entonces desapareció.

Holly cerró los ojos y notó que se hundía, que el calor y la oscuridad la engullían, y oyó el eco de palabras feroces y contundentes que la aprisionaron como cadenas. Tanta vehemencia la asusté hasta que comprendió la causa. Se movió y le pareció que sus brazos eran pesadísimos, como si llevaran una funda de hierro. Iras la sensación maravillosa y etérea de su visión celestial, era difícil acostumbrarse de nuevo al dolor y a la enfermedad. Pero Holly se prestaba gustosa, sabiendo que había conseguido más tiempo con la persona que más amaba, en este mundo o en el otro. Alargó la mano, le tapé la boca a su esposo para acallar sus palabras y notó el temblor de sus labios.

-Calla -le susurro, contenta de que él hubiera interrumpido su violenta letanía. Le costaba muchísimo hablar, pero se concentro furiosamente en hacerse entender-. Calla... Ya ha pasado todo.

Holly abrió los ojos y miró el rostro pálido y desencajado de Zachary. Sus ojos negros la miraban con perplejidad y asombro, y tenía las pestañas salpicadas de lágrimas. Holly le acaricio lentamente la cara, la mejilla, viendo cómo su rostro recobraba poco a poco la cordura y la conciencia.

-Holly -dijo Zachary. La voz, le temblaba y era de una humildad suprema-. ¿Vas... vas a quedarte conmigo?

-Por supuesto. -Ella suspiré y sonrió, manteniendo la mano en la mejilla de él, aunque el esfuerzo le exigía todas sus fuerzas-. No me voy a ninguna parte, amor mio.

Epílogo

¡Más alto, mamá, más alto!

Holly solto más cuerda, y la corneta cabeceé y ganó altura en el cielo salpicado de nubes, con su gran cola verde de seda revoloteando en el fuerte viento. Rose trotaba junto a ella, gritando de felicidad. Sin saber cómo, las faldas se les enredaron en las piernas y las dos cayeron al suelo, riéndose como locas. Rose se puso en pie automáticamente, recogió el rollo de cuerda y siguió corriendo, con los rizos castaños ondeando al viento. Holly se quedó en el suelo, tendida boca arriba. Sonriendo, se relajo en el mullido césped mientras el sol le daba de lleno en la cara.

-Holly. -La ansiedad que percibió en la voz de su esposo la arrancó de su ensoñación. Rodó sobre el costado y le sonrió interrogante. Zachary venía hacia ella desde la casa, andando a grandes zancadas y con aspecto de estar preocupado.

-Estabas mirando por la ventana de la biblioteca -musitó Holly, indicándole con el dedo que se sentara junto a ella en el suelo.

-He visto cómo os caíais -dijo Zachary con brusquedad, agachándose junto a ella-. ¿Estás bien?

Holly se tendió de espaldas sin importarle que la hierba pudiera mancharla, sabiendo que parecía más ser una campesina que la gran dama para lo que la hablan educado.

-Acércate más y te lo demostraré -dijo ella con voz oscura.

Él se rió a regañadientes mientras la recorría con la mirada, viéndola tumbada en aquella postura tan abandonada, con las faldas levantadas por encima de los tobillos, cubiertos por medias blancas. Holly se quedó quieta mientras él la observaba, esperando que sus reticencias hacia ella hubieran empezado a menguar. Después de seis semanas de recuperación, Holly había recobrado la salud por completo. Volvía a tener las mejillas rosadas y rebosaba vitalidad, e incluso estaba un poco rellena. Sabía que jamás había tenido mejor aspecto ni se había sentido mejor, y junto con la salud había recobrado su deseo natural de estar físicamente con su esposo.

Irónicamente, la recuperación de Zachary había sido algo más lenta que la de ella. Aunque estaba tan afectuoso y bromista como siempre, la trataba con un comedimiento exagerado y la tocaba con un cuidado innecesario, como si pudiera hacerle daño involuntariamente. Aunque había recuperado parte del peso que había perdido, aún estaba un poco delgado, demasiado alerta y tenso, como si estuviera aguardando a que algún enemigo invisible se abalanzara sobre él.

Zachary no le había hecho el amor desde que había caído enferma. No había duda de que la deseaba, y después de dos meses de abstinencia, un hombre con su potencia sexual debía de estar sufriendo muchísimo. No obstante, él había rechazado los recientes avances de Holly con suavidad y tacto, prometiéndole que volverían a estar juntos cuando ella se encontrara mejor. Obviamente la opinión que Zachary tenía sobre la salud de Holly era muy distinta de la que tenía ella, e incluso el doctor Linley. El médico había informado a Holly con mucho tacto dc quc podía retomar la actividad conyugal normal en cuanto se sintiera capaz. No obstante, Holly no Øarecía poder convencer a Zachary de que su salud ya no era un obstáculo para recibirlo en su cama.

Descando que Zachary sc rclajara, fuera feliz, pcrdicra ci control en sus brazos, Holiy lo miró provocativamente.

-Bésame -musito-. Aquí no hay nadie aparte de Rose.., y a ella seguro que le da lo mismo.

Zachary vacilé y se inclinó sobre ella, rozándola suavemente con la boca. Ella le rodeé el cuello con un brazo, tocándole los músculos, que estaban duros como el acero. Atrayéndolo hacia sí, le rozó los labios con la lengua, pero él no la siguió. Le tomé suavemente la muñeca y le aparté la mano del cuello.

-Debo regresar -dijo con un temblor en la voz, y suspiré profundamente-. Tengo trabajo. -Se estremeció y, riéndose brevemente, se puso ágilmente en pie y posé en ella una torturada mirada de amor. Luego regresé a la casa mientras ella se sentaba en la hierba y contemplaba su esbelta figura alejarse.

«Tengo que hacer algo», pensé Holly con una mezcla de diversión y exasperación. De entre todos los hombres, ella jamás habría pensado que Zachary Bronson sería tan difícil de seducir. Parecía que casi le diera miedo tocarla. No le cabía ninguna duda de que algún día volvería a hacerle el amor, cuando al fin se diera cuenta de que no le haría daño involuntariamente. Pero Holly no estaba dispuesta a esperar. Lo quería ya, quería al amante vigoroso y viril cuyos requerimientos la volvían loca de placer, no a aquel caballero considerado y cuidadoso con un autocontrol excesivo.

Al llegar a casa después de haberse pasado todo el día en sus oficinas de la ciudad, Zachary entré con un suspiro de alivio. La negociación había sido más ardua de lo que esperaba, pero al final había logrado hacerse con el control de una metalúrgica de Birmingham que producía cadenas, clavos y agujas. Lo difícil no había sido acordar las condiciones económicas, sino convencer a los futuros socios de que a partir de ese momento la fábrica estaría dirigida por los gerentes que propusiera Zachary. Habría un horario decente para los trabajadores, no se contratarían niños y parte de los beneficios se reinvertirían de formas que sus socios consideraban absurdas e innecesarias. Zachary había estado a punto de marcharse sin firmar el acuerdo, y cuando ellos se habían dado cuenta de que no iba a ceder ni un milímetro habían aceptado todas sus condiciones.

Pasarse el día discutiendo paciente y persistentemente lo había dejado nervioso. Aún estaba tenso por haber batallado y necesitaba desahogar tanta energía contenida. Por desgracia, aún no podía recurrir a su método favorito, revolcarse con su espásа. Sabía que Holly lo recibiría si se acercaba a ella. No obstante, todavía la encontraba diminuta y frágil, y le aterraba que pudiera recaer si la forzaba demasiado. Es más, sus sentimientos hacia ella lo abrumaban. Hacía tanto tiempo que no le había hecho el amor que casi tenía miedo de caer sobre ella como un animal rabioso cuando al fin la tomara.

Era jueves, la noche en que la servidumbre solía librar, pero la casa parecía mucho más tranquila y vacía de lo habitual. Cuando Zachary se dirigió al comedor, vio que la cena fría que la cocinera servía esas noches no estaba. Consultando su reloj de bolsillo, comprobé que sólo se había retrasado un cuarto de hora. ¿Era posible que la familia ya hubiera cenado y se hubiera retirado? Le intrigaba que no se viera ni un alma, y que nadie hubiera salido a recibirlo. La casa parecía desierta.

Frunciendo el entrecejo, Zachary fue a la escalera principal, apretando el paso cuando se le ocurrió que podía haber ocurrido algo... y entonces la vio. Una rosa roja, dejada con cuidado en el primer peldaño. La recogió por el tallo, al que le hablan quitado todas las espinas. Al subir las escaleras, encontró otra en el sexto peldaño, y otra en el duodécimo. Miró hacia arriba, viendo que habían dejado un rastro de rosas rojas para que él lo siguiera.

Sonrió enternecido y sacudió ligeramente la cabeza. Siguió el camino de rosas, sin apresurarse, mientras iba sumando flores a su colección. Las rosas eran exuberantes y fragantes, y su dulce aroma despertaba sus sentidos. Después de haber recogido más de una docena de rosas, se encontro de pie ante la puerta de su propio dormitorio, con una última rosa prendida del pomo con una cinta roja. Sintiéndose como en un sueño, abrió la puerta, traspasé el umbral y la cerró.

En un rincón había una mesita con platos de plata iluminada por velas colocadas en candeleros de plata. Su mirada se desvié de la cena íntima para dos a la hermosa mujer de pelo castaño, que iba vestida con un salto de cama negro. El cuerpo se le transparentaba de una forma perversamente invitadora, y él la miró estupefacto.

-¿Dónde está todo el mundo? -preguntó con dificultad.

Holly agité una rosa como si fuera una varita mágica.

-Los he hecho desaparecer a todos. -Sonriendo enigmáticamente, se acercó a él para abrazarlo-. Bueno, ¿qué te apetece primero? -pregunto-. ¿Cenar... o yo?

Zachary soltó las rosas, que cayeron al suelo formando un montículo a sus pies. Se quedó quieto mientras ella se apretaba contra él, sedosa, fragante y profundamente femenina. Zachary la abrazó. Notar su cálida piél a través de la prenda transparente basté para que la boca se le resecara y la entrepierna se le despertara dolorosamente. Intentó controlar la ardiente excitación que lo invadía, pero la deseaba tanto y su necesidad física era tan grande que todo lo que pudo hacer fue quedarse quieto e intentar respirar con normalidad. Holly metió las manos debajo de su chaqueta y empezó a moverlas con destreza, desabrochándole los botones, tirando de la tela hasta sacarle la camisa del pantalón. Posó suavemente una mano en su miembro erecto, duro como la roca, acariciándolo y estrujándolo, y él notó que sonreía contra la pechera de su camisa.

-Supongo que esto responde a mi pregunta -musité Holly, y empezó a desnudarlo.

A pesar de su patente excitación, Zachary consiguió articular algunas palabras.

-Holly, me temo... oh, Dios. No puedo controlarme.

-Entonces no lo hagas -dijo ella con sencillez, y lo atrajo hacia si.

Él se resistió, mirándola atormentado.

-Si te hago recaer...

-Amor mío. -Holly le acaricié la mejilla con la mano, sonriéndole con ternura-. ¿Acaso no sabes que tu amor sólo me da fuerzas?

-Le tocó suavemente la tensa comisura de la boca con la yema del dedo-. Dame lo que necesito, Zachary -susurré-. Ha pasado demasiado tiempo.

Gimiendo, Bronson la besó en la boca, introduciéndole la lengua muy adentro, y el placer que sintió lo enfebreció. Siguió besándola sin parar, chupándola, acariciándola, devorándola, mientras le acariciaba los senos a través de la seda, las redondeadas caderas, las nalgas. Tocarla le daba vértigo. La arrastró hasta la cama, la echó sobre el colchón, y empezó a quitarse la ropa hasta quedarse casi desnudo. Se montó sobre ella, buscando con las manos y la boca la piel blanca que el salto de cama dejaba al descubierto, mientras Holly le susurraba con apremio que se lo quitara.

-Tiene botones -jadeo-. No, ahí no, aquí... si, y la cinta que se ata... Oh, sí...

Cada vez más desesperado, Zachary fue incapaz de desabrocharle todos los cierres. Al final, decidió subirle las faldas transparentes hasta la cintura y se colocó entre sus muslos abiertos. La penetró, empujando y embistiendo hasta sentirse completamente envuelto por su sedosa calidez. Holly gimió y se aferré a él con brazos y piernas, alzando las caderas para sentirlo más adentro. Sujetándole la cara entre las manos, él le besó la boca abierta y empezó a embestir sin control, tomándola con acometidas primitivas y apremiantes que la hicieron gemir en sus labios. Holly le clavé las uñas en la espalda, y él se estremeció y empujó con más fuerza, hasta alcanzar al fin el clímax. Durante unos instantes, la explosión de placer le pareció demasiado intensa para soportarla, como si una corriente de lava le hubiera recorrido el cuerpo. Justo cuando el fuego de su clímax empezaba a apagarse, Zachary notó que los músculos internos de Holly se tensaban alrededor de su miembro. Él recibió su grito en la boca y se mantuvo tan dentro de ella como pudo, montándola hasta que el último temblor hubo desaparecido.

Se quedaron echados en la cama, recuperando el aliento y relajados, y se ocuparon en placenteras caricias. Zachary pasó los dedos por el atractivo cuerpo de su esposa, desabrochándole el salto de cama por completo y quitándoselo. Hallando una rosa que había caído en el almohadón, la recogió y se la pasó por la piel perlada de sudor, haciéndole cosquillas en los senos y en el ombligo, acariciándole suavemente entre los muslos.

-Zachary -protestó ella, deleitándolo cuando se ruborizó.

Él se rió perezosamente, sintiéndose en paz por primera vez durante meses.

-Bruja -musité-. Sabías que quería esperar más tiempo antes de hacer esto.

Holly se incorporé con una sonrisa triunfal.

-Tú no siempre sabes lo que es mejor para mí.

Zachary le hundió las manos en el cabello y la urgió a besarlo.

-¿Y qué es lo mejor para ti? -le susurré cuando sus labios se hubieron separado.

-Tú -le informo ella-. En las mayores dosis posibles.

Lleno de adoración, Zachary miró su rostro radiante.

-Creo que puedo complacerte, amor mío. -La abrazó estrechamente y volvió a hacerle el amor.